

César Bianchi

SHUAR Y EL AMBIENTE



BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta de este.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** “(...) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (...) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones” y **literal vii** “La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad”.

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en

Biblioteca:

Biblioteca General

Piso:

02

Estante:

29

Bandeja:

29

Convenio interinstitucional:

Enlace al catálogo:



No 100. 537 924

30231041

CESAR BIANCHI



E29-729

Ediciones
ABYA-YALA
1968

INV-676-DU	
UNIVERSIDAD CENTRAL	
BIBLIOTECA GENERAL	
QUITO - ECUADOR	
DEL COLECCIONADO GENERAL	
Clas. 834	834
834	834



980.3
B577
J:L

No. 5034 924

CESAR BIANCHI

30231087

EL SHUAR Y EL AMBIENTE

Conocimiento del medio
y cacería no destructiva

SEGUNDA EDICION



Ediciones
ABYA-YALA
1988

1NU-676-DN

UNIVERSIDAD CENTRAL
BIBLIOTECA GENERAL
QUITO - ECUADOR

COLECCION GENERAL

No. 834 2400,00
PRE 2400,00

980.3

5034931



PRESENTACION

Es muy grato para Ed. ABYA-YALA presentar la segunda edición de "EL SHUAR Y EL AMBIENTE", un texto que ha contribuido no poco a fomentar el respeto y la admiración hacia el pueblo Shuar, sobre todo por el uso y asombroso conocimiento del medio.

Fruto de una larga convivencia del autor con los shuar, esta obra recoge experiencias y relatos que manifiestan la concepción shuar del medio y su conocimiento exhaustivo de la fauna, resalta también la identificación y compenetración de este pueblo de cazadores con el mundo viviente de la selva, el cual dejarían de ser lo que son.

No es una obra abstracta, controversial o teórica. Al igual que otras anteriores (**Artesanías y Técnicas shuar, La casa shuar, Hombre y mujer en la sociedad shuar** etc.) se fundamenta en un fino y agudo sentido de observación y en un admirable conocimiento de la cultura y el idioma.

Cesar Bianchi el autor de estas páginas trabajó entre los shuar como voluntario entre los años 1968-1981 en diversos aspectos; hay que destacar sobre todo, su aporte en la delimitación de territorios shuar en la zona del trans-Kutukú. Actualmente continúa con tareas de voluntariado en Italia a cuya sociedad mecanizada y competitiva propone como alternativa el fuerte sentido de humanidad de los shuar.



INTRODUCCION

Con este fascículo, que complementa el "Mundo Shuar", se ha querido entrar en el íntimo mundo de la cacería, que es, sin lugar a duda, una de las actividades que más inciden en la vida y uno de los capítulos fundamentales de las costumbres shuar.

Es innegable que el argumento es tan amplio, tan lleno de misterio y tan complicado, que se puede afirmar, con toda seguridad que ésta no es más que una enunciación y una proluación de una obra más completa y exhaustiva.

No pretende ser un trabajo científico, sino la presentación de nociones que pertenecen a la ciencia shuar, fruto de experiencia milenaria y de una perfecta simbiosis con la vida de la selva, que le ha permitido al shuar sobrevivir, dominar sobre lo creado sin destruirlo, respetando y haciéndose respetar. Es una obra destinada primeramente a los mismos shuar para que no se olviden de las enseñanzas que le ha proporcionado la selva y, en modo especial, la fauna, en lo que se refiere a la cacería.

Las narraciones fueron escogidas siguiendo una cierta línea, o sea enfocando también el punto de vista de los animales y escogiendo, entre los cuentos aquéllos que pueden enseñar o que pueden testimoniar lo que se asevera en la "biografía" del animal que se describe. Por otra parte, no se ha querido quitar la originalidad de las narraciones, conservando el estilo shuar con sus modismos y expresiones propias, siendo algunas de ellas grabadas, otras escuchadas verbalmente de los protagonistas, otras referidas por segundas personas. De algunas fuimos testigo ocular.

No es un esfuerzo orientado a ofrecer material a los científicos, sino más bien a los alumnos de las escuelas y, sobre todo, a todos los shuar. Por esta razón, se ha tratado de implementar la descripción verbal con una serie de dibujos que podrían ser tranquilamente interpretados y leídos aún por aquéllos que no saben leer. De este modo todos los shuar pueden ser "lectores" de este texto y pueden sentirse con derecho destinatarios de estas páginas.

Las informaciones fueron proporcionadas, en primer lugar, por la misma selva y por la fauna existente dentro de la misma. Me he esforzado en ser un alumno aprovechado, ya que ello me ha ayudado a familiarizarme más con el ambiente y a sentirme más hombre. Luego, fueron mis informantes Kumpánam Antonio, de unos 32 años de edad, y Mashiant Roldán, de unos 30 años de edad, moradores del Centro Tukup'. No son ancianos, pero son personas maduras, personas que han nacido y han vivido toda una existencia

a contacto con la naturaleza, con una secuela de vicisitudes positivas y negativas que los hacen acreedores a la máxima confianza. Es importante subrayar que todas las noticias proporcionadas están bien metidas en sus cabezas y no son más que el fruto de su experiencia personal y de las enseñanzas de los antiguos. Ambos son analfabetos, pero tienen un afán único de comunicar y se puede dar por descontado que lo que han informado no es más que una mínima parte de los conocimientos que ellos tienen en la materia.

Además en lo que se refiere a la fauna del valle del Upano, fueron interpelados en varias ovaciones Suamar, de Uunt-Chiwias (Chiguaza) y Pauch, de Shimpis (Logroño), quienes informaron sobre todo acerca de las aves.

Es rendir un tributo a la verdad consignar que en general todos los habitantes del centro Tukup' han prestado una valiosa ayuda, sea perfeccionando y completando las noticias, sea acompañándome en la selva, para conocer más de cerca lugares y animales.

Inicialmente pensé ampliar las informaciones con cantos (o anent) relacionados a los distintos animales y la cacería, tomando en cuenta en modo especial el papel importantísimo que tienen los perros en este aspecto, pero, pensando que el fascículo podía llegar a ser muy voluminoso y que está prevista la publicación de otro librito dentro de la serie que recopila dichos cantos, no he creído conveniente incluirlos.

El mérito de los dibujos corresponde en su totalidad a Tonino Clemente, mientras la información mitológica viene del P. Siro y la redacción del P. Natale.

Me he esforzado en dar a conocer una parte del mundo shuar, con el propósito de eludir el peligro de que este llegue a ser un simple recuerdo histórico.

César Bianchi

Julio 1980

I PARTE

EL SHUAR Y EL UNIVERSO ANIMAL Y VEGETAL QUE LO RODEA

EL AMBIENTE.

El territorio habitado por los shuar durante estos últimos siglos está situado en las zonas más habitables de la floresta amazónica, es decir, en las partes más altas de la llanura y en las primeras faldas de la Cordillera de los Andes.

En esta zona el clima va graduándose desde el fresco propio de los 1.500 metros a lo más cálido y húmedo de las partes bajas. Esta porción de terreno reúne muchísimas ventajas respecto al territorio de otros grupos que viven en el Marañón o a lo largo del río Amazonas.

Ante todo el clima de la zona shuar es variado; asimismo la lluviosidad y el suelo, que presenta zonas completamente pedregosas o fangosas y extensos charcos, da origen a una vegetación igualmente muy diferente.

Encontramos por lo tanto una selva que presenta diferentes aspectos, según el clima: en la parte más alta del territorio tenemos variedades de madera, palmeras, bejucos, frutas y, de consecuencia, animales que en la parte baja no existen, y vice-versa.

La selva en las partes más altas abunda en árboles madereros; en las zonas pedregosas aparecen especies de maderas duras que no hay en los lodazales; el bajo monte, (los así llamados "bajiales"), no es tan tupido, debido a que los árboles forman una grande copa que no permite a los rayos del sol penetrar y renovar la vegetación interior. De hecho, se ve que donde llegan los rayos del sol y su luz, por ejemplo, donde cayó un árbol, la baja vegetación se desarrolla de manera violenta y extraordinariamente lujuriante.

Según se vaya descendiendo hacia la llanura, algunas palmeras de clima frío desaparecen para dar lugar a otras generalmente más grandes y ricas en hojas. Por ejemplo, es característica de las zonas bajas la palmera achu, kuákash, kunkuk', chaap', awán. También se encuentran más raramente los árboles de kunchai, mukunt, para dar lugar a los enormes mente, wámpuish, tsaik', mientras que otras especies desarrollan tanto en la montaña como en la llanura, como la palmera terén, que crece desde los 2.000 metros hasta los 300 metros de altura, o los árboles "temáshnumi" o los "kawa". Asimismo, si de árboles se trata, en las alturas encontramos los kunchai que en el llano son rarísimos o inexistentes. En cambio, en el llano tenemos los sabrosos chimi que no crecen en las alturas. Mucho depende de la formación del terreno: en algunas partes el terreno es más arenoso, en otras es más arcilloso, en otras, negro o

colorado, razón por la cual en algunas partes desarrollan algunas especies más que en otras zonas.

En la zona de clima templado, como en las cumbres del Kutukú, o en las estribaciones de los Andes, los árboles son más bajos, duros, torcidos; el musgo en las rocas y en los troncos llega a 20 cms. de largo. Es propiamente una zona inhóspita, con mucho viento y frío, y con una humedad impresionante, que caracteriza las zonas más altas. En estos lugares, donde abundan las quebradas y donde tienen origen los ríos y las aguas que desembocan en el Marañón, los ríos forman numerosas cascadas, algunas de las cuales son altísimas; las aguas son correntosas y frías. El nivel del agua sube rápida e improvisamente después de un fuerte aguacero, duplicando o triplicando el caudal, arrastrando cualquier tipo de material y causando fuertes erosiones. Más abajo, los ríos se reúnen y conforman cuencas o valles abiertos y vegas muy fértiles; los ríos, ya caudalosos, son correntosos y fríos en las cabeceras para llegar al llano tranquilos y calientes, fácilmente navegables y con amplias playas de arena, sin encontrar casi señal de piedras, en las zonas más bajas.

Al Oriente del Kutukú hasta el río Pastaza y, se pudiera decir, hasta el Océano Atlántico, es imposible encontrar un desnivel que supere los 50 metros. Es realmente un "mar verde". Los árboles de mediano grosor son más malos que en las alturas; en cambio, algunos son de proporciones inconmensurables como los mente, que llegan a tener una copa de una hectárea o más de extensión, pero muy débiles y poco resistentes a los fuertes ventarrones y huracanes que se desencadenan en estas tierras.

Así que es fácil ver estos árboles caídos en el suelo, lo cual permite que penetren los rayos del sol hasta el suelo, favoreciendo una vegetación espesísima de espinos, arbustos, bejuco impenetrables, sea para el cazador como para los animales más grandes. Son frecuentes también vastísimas zonas cenagosas, que se llenan de agua durante los meses de lluvia, y, donde, siendo el terreno plano, el agua no corre por ningún lado, quedando estancada por varios meses. En cambio, donde el terreno es más permeable, en la superficie, se forman lodazales impresionantes, sea por la extensión como por la profundidad. Estos lugares son casi impenetrables; abundan las palmeras achu, que se reproducen fácilmente, encontrando el terreno favorable; es normal ver a los pies de un achu, centenares de retoños del mismo fruto; la palmera awán también abunda en estos lugares; ésta, baja y espinosa, forma casi una barrera impenetrable. En estos lugares abundan boas e insectos de cualquier especie; se puede bien afirmar que asustan más que los tigres los zancudos y las garrapatas que se apegan en cualquier parte del cuerpo y la hormiga shuin—kampa, diminutísima, pero de una bravura única, cuya picadura procura fiebre. Lo más desesperante es que son casi invisibles y es difícil localizarlas. Son lugares verdaderamente inhóspitos. A lo largo de los grandes ríos, calmos y hondos, se encuentran vastas lagunas, rodeadas por el mismo ambiente; las aguas de estas lagunas son particularmente calientes y en sus orillas crecen en forma propia pintiu, wawa y una especie de pasto muy similar al gramalote llamado saak'.

En todo el territorio shuar la pluviosidad es muy alta. Se podría dividir el año

en dos estaciones: una, ligeramente más seca, que va de octubre a febrero, y otra, más lluviosa, en lo restante del año, mientras que en la zona montañosa las lluvias son persistentes, pero no violentas. En las partes bajas los aguaceros son fortísimos, con ventarrones, pero no se prolongan por mucho tiempo. Con semejantes lluvias en la zona montañosa, la erosión hubiera acabado con las alturas. Haciendo un balance en milímetros de pluviosidad, la diferencia no es mucha en todo el territorio. Durante el período de lluvia, los ríos crecen desproporcionalmente, dificultando y, a veces, imposibilitando su cruce; arrastran en su curso turbulento, palos, basuras, piedras y residuos de cualquier tipo. En la zona baja, durante el período de las fuertes crecientes, los ríos inundan vastísimas zonas a lo largo de las orillas, dejando después espesos limos en el suelo. Durante estas crecientes, cualquier río, aunque sea el más tranquilo, se hace impetuoso; las aguas toman diferentes colores, según las zonas que atraviesan: el Upano se pone grisáceo, el Zamora de un color amarillento, el Morona de un color café claro, el Kusuim', de un rojizo claro. Durante estas aluviones, caen muchos árboles que están al borde de los ríos y los cursos de lechos antiguos, a veces, son irreconocibles. A veces hay playas enteras que desaparecen y aparecen en otros lugares.

Durante las fuertes lluvias, es peligroso andar por la selva; el ruido es infernal a causa de las gotas de agua que se reúnen en las grandes hojas para después caer al suelo a chorro; con el peso del agua o del viento caen hojas, se rompen ramas secas o caen árboles podridos. En estos casos es mejor guarecerse bajo árboles seguros. Desde el comienzo de la lluvia hasta que el agua llegue al suelo si el aguacero no es muy fuerte, a veces pasan 5 minutos o más, tan espesa es la capa de hojas que el agua tiene que vencer. Durante el mal tiempo en la selva parece que todo se pone triste y oscuro y la humedad llega a ser insoportable. Acabada la lluvia, en la floresta sigue lloviendo lo mismo por más tiempo y al salir el sol se puede ver la evaporación que se levanta rápidamente. En este ambiente se puede fácilmente imaginar la exhuberancia de bejuocos, arbustos, hojas prénsiles de todo lado, musgos, plantas parasitarias encima de otros árboles, todo tendiente hacia arriba, en el afán angustioso de encontrar luz y calor. Una cantidad incontable de hongos multicolores recubren palos podridos, troncos secos, etc.

En medio de tanta vegetación, a veces aparecen espacios casi limpios con pocos arbustos y plantitas de tseásnumi, un arbolito que al parecer mata a todas las otras especies y se yergue solo en medio de la floresta. No se conocen todas las especies, por las rarezas que ofrece este ambiente que va de las maderas más finas a las venenosas, a plantas que no son combustibles, a otras que producen frutas extrañas, algunas comestibles, otras venenosas, otras resinosas, otras floridas, otras sensitivas y otras carnívoras.

El color de la floresta es indescriptible: se pueden observar centenares de tonalidades o de matices del color verde, que pasa al amarillo y al marrón; hojas de cualquier tamaño, de la más delgada y fina a las enormes que pueden tapar a una o más personas. La floresta encierra en sí una tenebrosidad que asusta y una belleza que atrae al mismo tiempo.

De este ambiente el shuar trae su vida. Para otros sería imposible vivir. De las palmeras el shuar saca el material para las construcciones, para las casas, la artesanía, las armas. Las casas son construidas exclusivamente con material de la selva.

De los bejucos se saca el material para confeccionar chankin; de las hojas de wasáke y kumái, fibras para sogas; del kunchái, resinas para alumbrar; del tsápatar, pepas que, secadas al sol, prenden y alumbran como velas; hay resinas para impermeabilizar los trabajos de alfarería, colores para teñir el algodón y fabricar pinturas; troncos para hacer canoas o construir balsas para la navegación. En fin, el conocedor de este ambiente consigue cualquier ventaja útil para la vida y, a veces, ocasión de muerte, como es el caso del bejuco "machap" o "tirisnumi", que producen venenos fortísimos que matan en pocas horas, o también plantas venenosas para la fabricación del tseas, o varios tipos de barbasco para la pesca.

Se escribirían varios libros si un viejo shuar se pusiera a hablar y describir lo que conoce del monte. Cualquier botánico quedaría asombrado y avergonzado de tanta sabiduría; es raro que un shuar no sepa reconocer cualquier árbol o planta; es suficiente una mirada a las hojas o a la corteza u olfatearla para que diga el nombre. Lo más admirable es que todo tiene su nombre propio; es imposible que confundan las especies, así que en la descripción de un lugar raramente lo confunden con otro por pequeño que sea, a pesar de las numerosísimas especies que hay en poco espacio. De hecho no hay una especie predominante.

No hablemos de las plantas medicinales, porque, entre ellas, el shuar conoce y escoge el remedio apropiado para cada una de sus enfermedades, como por ej. las plantas narcóticas, wáis, pepas perfumadas, etc.

Una vez talada, la floresta por muchísimos años no vuelve a ser tan tupida como antaño; en los antiguos trabajos de los shuar (viejas chacras o viejos asentamientos) —llamados asaak— abandonadas desde hace mucho tiempo, el monte es más raro, con árboles de madera floja como por ejemplo el warump; casi no hay arbustos o bejucos; en cambio, abundan las hierbas bien tupidas, llamadas chirichiri. Pasando de la floresta virgen a los asaakri, uno se da cuenta en seguida por la diferencia de vegetación. Se puede afirmar que la destrucción de la floresta es irremediable.

En este ambiente, la fauna es tan prolífica como la flora: va desde el más invisible insecto al feroz y enorme jaguar y al puma. Obviamente los insectos, anfibios, invertebrados, mariposas, etc. superan mucho en especies a los mamíferos y pájaros. Tenemos insectos de los más variados colores, formas y tamaños; seguramente hay muchísimas especies todavía desconocidas y no catalogadas. El que camina por la floresta puede observar vistosas mariposas multicolores, llamadas wampanku. Parece que los shuar no tienen mucha afición por este animal desde que lo denominan con un nombre genérico: wámpishuk. Esto no pasa con las hormigas, las cuales tienen un nombre propio según su especie, como la invisible kampa o la especie mamatunch, la venenosa yutuí, la comestible week o la migratoria washím, que de repente aparece

en la casa en columnas de a millares. Se podrían enumerar otras 20 especies de todo color, desde el rojo al negro y al gris, y de todo tamaño. Enormes escarabajos negros, el comestible tsampunt, insectos luminosos que andan por la noche. Enormes saltamontes invisibles aun a una distancia mínima por su mimetismo; gusanos, cienpiés, arañas que tejen extensas telarañas entre los bejucos, arañas enormes y venenosas como makanch'-terere, coleópteros descomunales como wauwau de alas color verde-oro, que son usadas como adornos. Por no hablar de la cantidad de moscas y moscardones de todo tamaño que vuelan por la selva; en donde hay algo podrido, se puede oír su zumbido, a la distancia de centenares de metros, tanta es la cantidad de moscas reunidas. Las avispas más variadas, algunas útiles por la cera o la miel, otras realmente bravas, cuya punzada puede dejar paralizado un miembro por algunos días; alacranes cuyas tenazas punzoñas son mortales. Pero los insectos más numerosos y terribles son los zancudos o manchu, que son un verdadero azote y hacen la vida imposible, sobre todo para aquel que debe pernoctar en la floresta. Son además el flagelo más grave, porque son los responsables directos de las enfermedades que azotan la zona. Las libélulas son de un tamaño fuera de lo común. Los anfibios no faltan: desde lejos se oye el intenso croar de los juat¹, antes de que las lluvias inunden los pantanos; se trata de la rana más grande que se conozca; mide hasta 20 cm. de largo, mientras las más minúsculas miden 2 cm. tienen colores que van del rojo al verde, al negro, al café; para reconocer y ver estos animales hay que ser propiamente expertos, porque la mayor parte de ellos poseen la propiedad del mimetismo. Durante el tiempo de puach², o sea, cuando las ranas, después de fuertes lluvias que llenan los charcos, vienen a deponer los huevos a millares, normalmente, por la noche, su croar es aturdidor.

Los reptiles también abundan en estos lugares; son de todo tamaño, desde la culebra más corta de 5 cm. hasta los enormes shukem o boa³, hay una cantidad y una variedad de culebras, que hace que este animal sea uno de los más temidos por los shuar. Hay clases que poseen veneno mortífero⁴. Un hombre mordido por kuákash-napi no vive más de 3 horas. Mortal es también, entre las otras, la makanch', que puede llegar a 2 m. de largo. Igualmente peligrosa es la káwaikiam, de tamaño pequeño, de color verde, que queda colgada de los arbustos, mimetizada a tal punto de ser imposible su localización. Existe la muwásh, la yamúnk, comunmente llamada equis, y una variedad inverosímil de reptiles. Por último, la reina de la floresta de proporcio-

- (1) Según la mitología Juat^u se transforma en rana por no obedecer a Shakaim. Se transforma defecando cerca de un charco, razón por la cual vive en charcos de agua sucia.
- (2) Puach' siempre según los mitos, se comió a un shuar que quiso cogerla. El shuar comido en sueño dijo que lo comió Kawayu. Los shuar no la comían diciendo que son anacondas disfrazadas o sea arutam.
- (3) Shukem es el asiento mítico de Tsunki, o sea su chimpí.
- (4) El mito dice que sólo Wayas^u poseía el veneno y Shakaim se lo quitó para distribuirlo entre las culebras y los insectos.

nes asombrosas¹. Los shuar narran de ejemplares de más de 10 metros de largo; vive en los charcos a orillas de las lagunas, en donde la tierra se confunde con el agua; es difícil, a pesar de su tamaño, ubicarla porque sus colores se confunden ordinariamente con ramas, árboles, etc. Se podría decir que no tiene enemigos en el suelo y en los árboles; es capaz de tragarse un venado o un sajino entero, después de haberlo reducido a una masa informe y de haber triturado los huesos con su fuerza constrictora. Normalmente, de un fulmíneo mordisco ataca al adversario apretándole las mandíbulas e impidiendo la respiración; luego lo envuelve con el rabo y así lo sofoca. Finalmente lo absorbe lentamente. Es normal ver al animal con una fuerte hinchazón. A los pocos días vomita todos los huesos, dejando montoncitos de ellos a lo largo de su ruta, muchas veces, pasa ociosa en los árboles. Lo mejor y lo más deseable es no topar con ella².

Hay cinco especies de anaconda o panki. Raramente se deja ver; sólo los ancianos parece que la hayan visto. En cambio, es más fácil oírlo, ya que emite unos mugidos, como de ganado vacuno, preferentemente por la noche, asustando así aún al más esforzado shuar. Es de proporciones enormes, parangonables a las canoas más largas. Se cuenta que algunas canoas fueron viradas y desaparecidos sus ocupantes a causa del panki. Acerca de este reptil hay varias leyendas y cuentos. Cierto es que si se encontraran tan frecuentemente como es descrito en algunos libros o filmado en películas, nadie tendría el valor de viajar por la floresta o por los ríos.

Hay otros reptiles más chiquitos, como el suntai, un lagarto de tierra de unos 80-90 cm., que vive de preferencia alrededor de los charcos o en lugares en donde los rayos del sol alcanzan a penetrar a través del ramaje; hay lagartijas "sumpa"³, las comunes, otras peludas, otras que producen comezones. En las orillas de los ríos se pueden ver fácilmente los lagartos "yantan entsa" o los enormes kaniats, cocodrilos que viven más comúnmente en las orillas de las lagunas. A estos últimos les fue dada una indiscriminada cacería por su cuero, que anteriormente valía una carabina. Por eso, actualmente, es raro encontrar estos ejemplares. Así como es fácil encontrar insectos, es difícil encontrar los animales terrestres; parece que tienen una innata aversión al hombre, que logran divisar antes que él se de cuenta de su presencia. En efecto, es difícil verlos si no se aplica toda una técnica de acercamiento. En cambio, es fácil oírlos: una manada de unturi-paki⁴ se escucha de lejos mientras rompen las duras

-
- (1) La mitología inculca que no se debe comer porque es arutam. La primera tsantsa se hizo con la cabeza de Panki y los shuar fueron transformados en animales por castigo.
 - (2) Durante la celebración de la tsantsa los shuar llaman "camote de la anaconda" las piedras del río que recogen para disecar la tsantsa.
 - (3) Sumpa engaña a Iwia haciéndole cortar el vientre. Por esto tiene unas como cicatrices en el vientre. Sumpa se transforma en animal porque toca a una mujer Arutam en el ayámtai (soñadero).
 - (4) Un cazador se casa con una Paki y aprende a vivir como paki (mitología).

pepas de matá; así el silbido de una káyuk en peligro¹. Recorriendo los ríos, se pueden sorprender el pamá² o el únkum', los cuales, durante el día, se refugian en sus profundas guaridas. En las zonas montañosas de vez en cuando se puede encontrar también el chai³ oso de color pardo; es frecuente también el trompudo wishiwishi (oso hormiguero) y el manchunk y una cantidad de mamíferos chiquitos, como ratones⁴, zorros, pequeñas guatusas/ (shaaki) conejos, erizos y las ágiles ardillas, comadreas, etc., los terribles cuchuchos que suelen dejar a menudo ingratos recuerdos de mordeduras en los perros cazadores.

Por último, el jaguar (uunt yawá): la fuerza, el valor, la agilidad de estos animales le han ganado el atributo de Rey de la selva. Los shuar conocen 6 especies grandes y unas 5 más chiquitas: el tsenkú—tsenkú⁵, de color negro, es una mezcla de realidad y de leyenda; difícilmente uno da con él, porque sabe estar quieto, a poca distancia, invisible, y puede seguir su presa por kilómetros, capaz de asaltar un ganado y, en pocos segundos, dejarle sin vida y, el día siguiente, aparecer a más de 20 kilómetros de distancia. Es muy temido: sus garras y sus muelas causan el terror; el simple descubrimiento de sus pisadas deja perplejo y pone en guardia al cazador, que en seguida avisa a los shuar, indicando que en tal sitio durmió, o en tal otro dejó los huesos de una presa. Cada especie tiene su nombre: El shiáshia⁶ tiene un pelo manchado, el japá—yawá, de color rojizo, se piensa que se nutre solamente de venados; el suach—yawá es la pantera negra. Entre los más chiquitos hay el untúcham, muy temido porque ataca y mata hasta 20 gallinas seguidas sin hacer el mínimo ruido; el wámpuish, buscado por su cuero suave.

No por nada en la mitología shuar el jaguar es uno de los animales más renombrados. Todos estos mamíferos son óptimos nadadores: se afirma que la totalidad de los animales de la zona shuar tienen esta propiedad. Un ejemplo único es la nutria (uyu), que es velocísima en el agua y que puede pasar sumergida hasta 5 minutos sin respirar.

- (1) Kayuk guía a la mujer dormida hasta la huerta en donde roba la yuca; aunque los hombres las vean como animales entre ellas se ven como personas (mitología).
- (2) Pama fecundiza a las Tsunki en el río (mitología).
- (3) Un shuar se casa con Chai. Un Chai lucha con un cazador y lo arrastra a un barranco. Un Chai domesticado defiende a su dueño contra un jaguar (mitología).
- (4) Katip enseña a la mujer a dar a luz (mitología).
- (5) Tsenkútsenku se come a un cazador. Lo cazan con una trampa y le hacen la tsantsa. Son castigados porque es Arutam.
- (6) Shiashia fecundiza una mujer shuar de la cual nacen las estrellas, que logran exterminar los tigres más enormes y crueles.
Shiashia es Arutam que saca al shuar caído en la cueva de los Tayu (mitología).



El cazador que camina en la selva alza continuamente la mirada hacia arriba en lo más intrincado de las ramas. Es allí que andan las numerosas especies de monos desde los más grandes washí¹, agilísimos, veloces y verdaderos acróbatas, hasta el más chiquito (tsepái), más reducido que el tamaño de un puño, desde el más gritón yakúm² hasta el juguetón tsere³.

Los tsenkúsh andan en manadas de 50 o más y es fácil notarlos por el ruido de ramas que producen al escaparse. El llamado chu, es el mono preferido por su carne. Los shuar son aficionados a las crías que cuidan con esmero único.

En el vocabulario shuar podemos encontrar más de 300 nombres propios de aves, desde el pajarito más chiquito hasta el ave más grande. Los pájaros son de una belleza rara por su tamaño, color, costumbres y voz. En la montaña, en las partes frías, abunda el gallo rojo (sunka) de un color anaranjado-rojo⁴; que se puede divisar de lejos; además, pitsa, wakésh, que no viven en el llano. En cambio, en las zonas bajas, hay una cantidad de loros impresionante, desde el más grande y rojo yusa al maravilloso yampuna, amarillo y azul. Estos guacamayos⁵ abundan en los árboles y a las orillas de los ríos; sus graznidos se escuchan de lejos. El chiwia (trompetero), el aunts, el mashu, paujil, el kuyu⁶, son otras clases muy conocidas por los shuar, a quienes les vienen ganas de cogerlos, sólo al oírlos nombrar, porque van haciéndose siempre más raras. Hay aves muy extrañas, como el tayu⁷, de largos bigotes, que vive en profundas cuevas y viaja a largas distancias sólo con sus ondas ultrasónicas. El jempe⁸, colibrí, es el más minúsculo de los pájaros y el más chiquito; llega a tener el tamaño de un moscardón. Los tucanes (tsukanká) o predicadores, cuya voz se escucha a muchos centenares de metros de distancia, son pájaros muy buscados por sus plumas rojas y amarillas para confeccionar lindas coronas, que, por diversos motivos, en vez de adornar al shuar, están guardados en los museos y en casas de aficionados.

- (1) Washí: se transforma, en la celebración de la tsantsa, por no participar en los cantos. Enseña cómo hacer la cerbatana. Enseña cómo iniciar a los cazadores con el humo de tabaco y con los anent a Etsa. Es Arútam.
- (2) Yakum: se transforma al tragarse un pilche lleno de chicha en la celebración de la tsantsa.
- (3) Tsere o janchu: quita el hacha a Iwia. Teje y hace varias travesuras para ganarse la voluntad y el afecto de las mujeres Ipiak y Súa.
- (4) Según la tradición shuar las aves de colores vivos no se deben comer, pues el shuar que las come será descubierto en la guerra.
- (5) Los guacamayos mitológicos son ayudantes de Iwia, porque hacen extraviar a una mujer shuar para que se lo coma juntamente con su hijito.
- (6) Todas estas aves eran shuar que se transformaron durante la celebración de la tsantsa de la anaconda(mitología).
- (7) Los Tayu, según la mitología, ayudan al shuar caído en la cueva para que salga de ella.
- (8) Yempe roba el fuego a Takea, y descubre el tabaco que nació sobre la tumba de Iwia.



El saasá, ave hedionda, que vuela en las riberas de los ríos, no comestible, es una de las más raras, porque es una mezcla de ave, mono, anfibio, y se nutre de las hojas como un rumiante.

Es imposible describir todos los pájaros (chinki), con sus variadas costumbres; la mayor parte de ellos es comestible y constituye un considerable rubro en la alimentación shuar.

Y, ¿qué decir de los mamíferos vampiros voladores (jeéncham)¹, que pueblan la selva? Algunas especies son extremadamente dañinas, para los demás animales, como para los hombres. Son animales nocturnos, se alimentan de la sangre de otros seres, como perros, gallinas, puercos, y de la sangre de los animales silvestres, y llegan hasta a morder y chupar la sangre de las personas. Muerden, rasgando un pedacito de piel en los lugares en donde hay más afluencia sanguínea mientras van aventando con las alas, anestesiando por así decirlo, la parte afectada, en modo tal que el hombre, dormido, raramente se da cuenta de ser mordido. Sucesivamente escupen un líquido anticoagulante que les permite chupar tranquilamente la sangre que sale. Estos volátiles son golosos de maduros y, en una noche, pueden comer una o más cabezas de guineo, ensuciando luego por doquier.

Esta no es más que una descripción rápida y superficial de la fauna que puebla el territorio shuar, es una descripción somera y resumida. Hay que tener presente la vastedad del territorio shuar, porque, a veces, después de hacer varios días de camino, se encuentran solamente mosquitos, hormigas² y raros pajaritos; o también, después de un fatigoso día de cacería, se regresa a la casa con dos tristes pajaritos.

Si el hombre de la selva es sumamente ambientado e inteligente, los animales no quedan atrás y, en algunos casos, lo superan, aún tomando en cuenta solamente su capacidad mimetizadora. Basta pensar en el uyush³, o mono perezoso, que pasa días enteros inmóvil entre las ramas y los musgos de los árboles, confundándose con ellas, gracias a su pelo largo, de un color verdoso-café, en el cual se apegan musgos, hojas podridas, y, por lo tanto, se hace prácticamente imposible su localización. Los animales contrarrestan la inteligencia del hombre con su agudísima vista, su desarrollado oído y, más que nada, su finísimo olfato.

Si en la tierra se encuentran tantas especies, en el agua no son menos, cuanto a

-
- (1) Son los mawí del mito que cuidan los mullos o conchitas de los ríos, devorando a los que quieren llevarlos.
 - (2) Hormigas bravas, enviadas por la anaconda en contra de los shuar que quieren vaciar la laguna. Los yarush son shuar que fueron transformados en hormigas por golosos, durante la celebración de la tsantsa.
 - (3) Viejo (Wea) que se emborrachaba con el tabaco y se transforma al resbalarse en un palo caído.

numero y variedad¹. Desde las vertientes hasta la desembocadura del Morona, del Pastaza, del Santiago, en el Marañón hay una variedad impresionante de peces que surcan y bajan y deponen huevos y se reproducen. El pescado constituye también una parte notable de la alimentación del pueblo shuar y, juntamente con la carne, es la fuente de proteínas. Como para la cacería, el shuar es un especialista para la pesca; ha desarrollado varias formas para apresar o coger los animales de agua, desde el sistema de aferrarlos con las manos, sumergido en el agua, tanteando las piedras en donde están adheridas las carachas (nayump)², hasta el uso de las lanzas. Durante las famosas pescas con el barbasco (timiu)³, en donde participa la tribu entera, se suele coger el pescado con washím, o barbacoa, trampa con la que, sin necesidad de medios extraños y con un poco de suerte, se puede conseguir un buen resultado, mejor que en las largas y enervantes horas pasadas pescando con los anzuelos. El shuar ha elaborado con su experiencia estos medios, pero lastimosamente en estos últimos años ha aparecido la dinamita, que destruye indiscriminadamente cualquier forma de vida íctica. Mientras el barbasco ejerce un poder narcótico y debilitante sobre el pescado, sin matarlo, dejando intactos los huevos y el fondo de los ríos, la dinamita, además de matar el pescado grande y chico, destruye los huevos, perjudicando así la reproducción. Por otra parte la dinamita quita el gusto de la lucha entre el hombre y el pescado y no estimula el desarrollo de nuevas técnicas autóctonas, al mismo tiempo que destruye las ya existentes.

Asignándoles un nombre propio, los shuar conocen más o menos unas 50 especies; pero es difícil afirmarlo, tomando en cuenta que los ambientes, que atraviesan los ríos, van desde el frío y correntoso de la cordillera a las lagunas calientes y tranquilas del llano. Algunas especies, durante los meses de febrero y marzo, o de ama (crecentada), surcan desde los ríos más grandes a las cabeceras para deponer los huevos y regresar en el mes siguiente; recorren muchísimos kilómetros en sus viajes. Basta decir que el Santiago recorre más de 400 kilómetros en territorio shuar desde las vertientes del Zamora o del Upano.

Hay clases de pescados que son enormes y que superan los 150 kg., como los paits o los tunká. Al halarles con anzuelo y nailon de regulares dimensiones, desarrollan la fuerza de un torete y pueden arrastrar una canoa por varios metros. Estos dos se pueden considerar los más grandes entre los comestibles y viven en las tranquilas y hondas aguas de los grandes ríos. Otros pescados que son de tamaño grande, son los wámpi, los kánka, los wáncha, los karáts, y otros, cuya enumeración es imposible realizar.

(1) Luchaban contra los shuar. Su jefe era la anaconda. Varios fueron decapitados, juntamente con ésta, y les hicieron la tsantsa. Les hicieron la tsantsa a los peces que actualmente no tienen dientes. Los que tienen dientes, lograron escapar.

(2) Son las cucarachas en la casa de Tsunki.

(3) Timiu era un shuar que logró no dejarse seducir por una mujer provocativa.

También las aguas presentan sus peligros: los peligrosos pez-rayas, o kashap, tienen la cola terminada en punta y preñada de neneno, procuran unas heridas dolorosísimas y difícilmente sanables.

Estos pescados se ponen rabiosos cuando en los ríos se coloca el barbasco. Los que fueron picados por un pez-rayas, usan un tino especial en la pesca. Anádase el pez eléctrico, (tsunkírum), que emite unas descargas eléctricas capaces de fulminar a cualquier ser que se encuentra en los alrededores. El tsunkírum prefiere estar en las aguas sucias o turbias; se cuenta que han encontrado ejemplares de un metro y setenta centímetros. Cabe recordar las voraces pirañas (pani)¹, que además de tronchar cualquier tipo de sogas o nailon para la pesca, son los más temidos y feroces de los habitantes acuáticos; un grupo de pani puede despulpar un venado caído en el agua en pocos minutos; sus dientes, por lo afilados que son, son usados por los shuar para trabajos artesanales y para la incisión de los tséntsak (flechas).

Los diminutos yutuí, de 4 cms. de largo, tienen unas espinas parangonables a agujas; lo mismo podemos decir de los karamír. Muy temidos son también los kanír, minúsculos pececillos de forma alargada, de unos 2 cms., verdaderos parásitos de los peces grandes; éstos saben anidar y apegarse en las branquias de los tunká y ákiam; los shuar los temen, porque pueden entrar en cualquier orificio natural del cuerpo, pegándose con su boca a ventosa y difícilmente se pueden extraer sin operación. Viven en los riachuelos y charcos, al igual que las sanguijuelas.

En fin, también en el agua hay que tener un cuidado especial. Es por eso que los mayores cuentan a manera de enseñanza sus hazañas de pesca, acentuando y explicando a los menores los peligros y la técnica a adoptarse. El mayor siempre recuerda a los chicos que, antes de meterse en el agua, deben tener cuidado para evitar los peligros. Y, por último, recordamos el gran mamífero del agua, el apup o bufeo, muy frecuente en los ríos mansos y anchos del llano; este animal, ligado mitológicamente a los brujos, conduce una vida tranquila y acompaña con sus saltos fuera del agua a los raros viajeros que surcan los ríos. Es de tamaño grande y puede llegar sin dificultad a los dos metros de largo; al sacar su trompa del agua, emite unos soplos de aire que se escuchan desde lejos. Para los shuar es tabú, y por eso no comestible.

EL SHUAR Y EL AMBIENTE

En el ambiente anteriormente descrito viven los shuar, uno de los grupos étnicos más numerosos de la Amazonía.

Lo importante e interesante es descubrir cómo un grupo humano con pocos contactos con el mundo exterior, ha podido adaptarse y vivir en este ambiente. Ló-

(1) Son los mawí del mito que cuidan los mullos o conchitas de los ríos, devorando a los que quieren llevarlos.

gicamente no es sólo una simple adaptación, sino la construcción, a través de la centenaria experiencia, de una cosmovisión que le ha permitido vivir.

Anteriormente las familias vivían aisladas entre sí, con sus temores y sus tensiones, que no podían ser superados y vencidos con facilidad. De allí la necesidad de descubrir y de tratar con lo ultra-terreno (los brujos) y la guerra. Un factor importantísimo, que ayudó a los shuar a sobrevivir, es la cacería y la floresta, como el mar al pescador o el cielo para el aviador.

Para el shuar cada ser o cosa tiene su wakan', su espíritu. Para él no puede existir una cosa que sea total y únicamente materia: cada árbol o animal es considerado como un ser¹. No existe un claro delineamiento de superioridad o de inferioridad en las clases del reino animal, vegetal y mineral. No es raro que al andar en el monte, el shuar se ponga a conversar o a dirigir la palabra a un árbol; a veces lo reprocha, le da consejos o también, se pone a bromear con él; asimismo actúa con los animales. Cada forma de vida tiene su razón de existir; así es que el shuar tiene un respeto consciente del medio ambiente, movido evidentemente por el interés personal, porque sabe muy bien que sin este medio, la vida para él sería imposible o, por lo menos, catastrófica y fatal.

Contrariamente a lo que se pudiera pensar de un pueblo cazador, los shuar tienen un alto sentido ecológico. En la batida de caza matan únicamente lo que creen necesario, con cierta abundancia, pero nunca superan una determinada medida, aún en el caso de tener las presas muy al alcance². De un grupo de monos, los preferidos son los machos grandes; eso mismo sucede en la matanza de los sajinos. Para los sobrevivientes el cazador tiene palabras de consolación, como por ej.: pampartarum (aumenten). Sucede muy raramente que el shuar persiga encarnizadamente una presa. Se nota la voluntad de cazar, pero, si se da cuenta que el animal demuestra resistencia, o sea es arisco (yupíram) abandona tranquilamente la persecución, usando las mismas palabras: pampartí, que aumente. Además, sabe muy bien que la suerte le es revelada en los sueños nocturnos. Kuntúrarjai, dice el shuar al aprestarse para la cacería. Nada es dado al acaso o a la suerte; todo es reglamentado por los seres espirituales. El cazador no hará públicas las intenciones o lo revelado en los sueños, porque los espíritus pueden avisar a las presas, que seguramente se esconderán. También en las conversaciones de preparación para la caza, nunca se pronuncia el nombre propio del animal que se piensa matar, sino que se usan sinónimos, precisamente para que el animal no llegue a tener conocimiento del plan del cazador. Esto sucede también para la pesca.

(1) Todos eran shuar que se transformaron. Entre animales de la misma especie, se ven como personas y ven a los shuar como animales que ellos deben cazar para alimentarse.

(2) Un shuar fue transformado en mono WASHI, por matar demasiado, solamente para que le digan que es un gran cazador.

Un joven es comido por la boa porque mata demasiados peces con su tsentsának.

Los períodos del tiempo de la cacería son regulados perfectamente por la naturaleza que, de varias maneras, comunica al shuar las actitudes que tiene que tomar o la temporada más conveniente para prepararse a la cacería. No se trata de una concepción histórica del tiempo, sino rotativa; así que no se puede fijar una temporada como inicio y otra como fin de la misma, porque no existe. La temporada preferida es la de los frutos, o sea cuando la floresta llega al máximo de la generosidad¹. En esta temporada maduran el kunkuk, el achu, el chimi, etc. Los animales, disfrutando de tanta abundancia, llegan a su punto máximo de gordura (machatin); es el período en que los ríos llegan a la mayor sequía, y por ende, es relativamente fácil la pesca. En esta temporada, llueve poco y es la época más favorable para los desmontes. En fin, es una temporada de alegría para todos. Los animales en este tiempo dan sus crías. Por la mañana es fácil oír cantar de alegría al sunkamát, o a los pavos o al ruidoso yakum², anunciando la salida del sol, y por la tarde, la buena noche anunciada por el wa³ con su silbido prolongado. En los ríos, los pescados son preñados de huevos (teeri). Los tunka, aproximándose al mediodía, brincan afuera del agua, saludando el sol. La clausura de esta temporada la da la maduración de UWI, chonta, el fruto muy apetecido, que predispone a una solemne celebración. Los primeros fuertes aguaceros⁴ anuncian el período de las flores y de la carestía y los últimos seres que alegran el ambiente en esta temporada, llamada puachtin, son las ranas. Una cantidad indescriptible de ranas⁵ baja de los árboles y se reúne en los charcos y lagunitas que se han formado con las primeras lluvias y allí los machos, apretando la barriga de las hembras, las ayudan a deponer los huevos. Es la última señal que indica el cambio. Siguen las fuertes lluvias que hacen crecer y desbordar los ríos, temporada llamada amatin. En este tiempo el pescado surca los ríos hasta las cabeceras para deponer los huevos. Aprovechando de la hondura pueden llegar tranquilamente hasta los rincones más seguros, en donde los huevos reventarán sin peligro de ser tragados por otros pescados.

En esta temporada abundan también muchas flores en los árboles; es la llamada temporada naikiatin. Es la última señal indicativa de escasez y, por lo tanto, de tristeza.

- (1) El mito de Uwí dice que éste mismo trae, junto con la chonta, toda clase de frutos y animales.
- (2) Era shuar que se transformó, al engullir el pilche durante el sénak de la celebración de la tsantsa.
- (3) Wa asusta a Etsa y es condenado a correr por el suelo en lugar de volar.
- (4) Yumi (lluvia) siembra las palmeras, de las que se cortan las hojas para cobijar las casas, lejos de las mismas, porque Chuank se puso a construir la casa, en lugar de dejarla sólo comenzada, como se lo había ordenado Shakaim.
- (5) Puach se traga al joven que la quiere cojer para comerla. Dicen que es panki. Kuatank se come al shuar que imita su voz. Kúa se transforma por quedar dormido durante el waimianch y no sale de la casa cuando Wee da la orden. Juar o Yantsauch era una mujer que no obedeció a Shakaim.

Pasado este período, la naturaleza anuncia el Wampuíshtin, período en el cual las lluvias son más raras y los mastodónticos árboles de ceibo abren sus numerosos frutos blancos para hacer caer en el suelo y en los ríos los mechones de ceibo. Los shuar, en este período, cosechan este algodón, muy útil para preparar las flechas.

También los árboles de wawa o balsa dejan caer sus flores semejantes a copos de lana que, arrastradas por el río, le dan un aspecto extraño. La alegría vuelve a reinar en esta temporada. Las charap¹ o tortugas de agua empiezan a salir para depositar los huevos en las calientes playas de los ríos. Las lluvias desaparecen para dar paso a esporádicos aguaceros que anuncian el advenimiento de la temporada llamada weektin, porque en este tiempo se cuidan los grandes nidos de las hormigas (yarush), para descubrir el día en que salen y así cosecharlas. Los ríos siguen bajando (kuyatin) y los pacharacos (wakáts) anuncian esta temporada y así otra vez los frutos van madurando y dan origen a la alegría y a la abundancia. Se concluye el ciclo que sucesivamente se repetirá como desde la antigüedad.

La luna también tiene importancia; en el decurso del tiempo cada ciclo lunar es una etapa que se repite periódicamente; lo mismo pasa con el sol que se renueva cada día constantemente: se lo espera de mañana con gritos de alegría y se lo despide por la noche con un dejo de tristeza.

Actualmente en los grupos aculturados y en donde el ambiente no es más que la sombra de lo que fue antes, las cosas cambiaron y probablemente cambiarán aún más en el futuro. Es la tragedia del colonialismo, del nuevo sistema económico y productivo; desde algún tiempo la ley no hace más que favorecer la destrucción del ambiente a favor de la producción, la eliminación de centenares de años de esfuerzo de la naturaleza, para dejar paso al ganado, la ruptura del equilibrio ecológico y cósmico, indispensable para una vida digna para un shuar. Yo mismo fui testigo de la destrucción indiscriminada de monos, paki, chinki, sólo porque se dice que pronto llegará el potero, que las cosas cambian, que ahora tenemos que demostrar que somos capaces, etc. etc. Triste es constatar que la fuerza cultural exterior es tan opresiva que obliga al suicidio.

FUNDADA EN 1620 LA CACERÍA

Como toda la vida shuar es reglamentada por la mitología con sus arquetipos, también la cacería sigue el mismo hilo lógico. El hombre mayor con su experiencia² conoce claramente las dificultades, las astucias, las técnicas, el espíritu y el compor-

- (1) Es el asiento o chimpi en la casa de Tsunki (mitología).
- (2) En el mito de Tsenkútsenku se enseña la preocupación en la cacería y cómo construir la trampa para animales feroces.
En el mito de Kashi, Pinchu enseña la prudencia en la caza nocturna.

tamiento para poderse enfrentar al ambiente de selva y a los animales. Hay que saber que la cacería es la única fuente de carne y de proteínas: sin carne se puede bien afirmar que no hay vida. La mujer shuar, anteriormente, no servía yuca simple; era considerada una vergüenza para la familia y para el dueño de casa no poder ofrecer al visitante abundantes cantidades de carne. De hecho, la celebración de la tsantsa, de nua-tsank¹, de napi, etc. eran caracterizadas por las abundantes y variadas presas que se presentaban a los invitados. Al wea y a la uja, por ej., se les entregaba 3 ó 4 ichinkian, cada una de ellas repleta de carnes y pescado. También durante los trabajos comunitarios, en la construcción de la casa, o en la tala de una chacra, el dueño del trabajo preparaba para los invitados buenas presas de carne y muits repletas de chicha. El buen yerno o awe se gana la confianza y el amor de su suegro¹ regalándole a menudo presas de cacería cazadas por él. La característica de un hombre, según el dicho de una mujer, es la de ser un buen cazador. Las hazañas de un buen cazador se cuentan en cualquier parte y el buen cazador, que ande lejos por la noche, demostrando valentía, superando los miedos, etc., es bien visto por todos, es el orgullo de su padre y es admirado por los brujos. Al regresar a la casa con sus víctimas, los hijos corren al encuentro para saber primeros lo que el padre trae. El cazador es bien servido y respetado. En cambio, un vago es tildado de "naki", "netse" y es objeto de la burla de toda la comunidad. Un shuar que no sea cazador es prácticamente inconcebible.

Le corresponde al "uunt" la tarea de enseñar los secretos materiales y espirituales, las técnicas, los tabúes a los menores: los papás a los hijos, los hermanos mayores a los menores. Es una tarea larga, hecha de experiencia y pruebas, de sacrificios y derrotas. Las enseñanzas espirituales y teóricas, el adulto se las da por la mañanita a los hijos, contándoles que sus padres mismos eran buenos cazadores porque al ir al monte no comían numpi y no eran golosos (el ser goloso es signo de debilidad y sólo las mujeres pueden permitirse este lujo). Se cuenta que una vez un shuar de nombre Kujancham, andando por el monte, no pudo aguantar más el hambre y, dándose cuenta que nadie lo vefá, se puso a comer un fruto amarillo llamado numpi, fruto muy dulce, que para los shuar es tabú, precisamente debido a su exagerada dulzura (el shuar raramente como dulce y los mayores dicen que debilita). Después de esta transgresión la cacería (kuntin) se hizo difícil de encontrar y los animales se hicieron ariscos, como lo son en la actualidad; además, las saetas sopladas por Kujancham, que antes acertaban infaliblemente, ya no acertaban a los animales. Esto pasa cuando no se observan los numerosos tabúes y los consejos impuestos por la experiencia. El hombre adulto aconseja que el cazador no debe comer de la carne de la primera presa matada de cada calidad del animal, y esto porque no hay todavía una relación fija entre el cazador y el animal matado. Si lo come, será difícil y, a veces, imposible que el transgresor vuelva a matar nuevamente esta especie. El buen shuar nunca debe comer o masticar los huesos de la cacería, chupando su médula, porque de lo contrario el cazador se volverá lento en seguir la pista de los animales, tropezará frecuentemente en palos

(1) En el mito de los Kaup shuar y del yerno incapaz se inculca la necesidad de ofrecer carne a los suegros.

o raíces, arbustos y, además, se hará ruidoso al caminar, dejándose descubrir por los animales. Es lo que cuentan los mayores. También los huesos de algunos animales, no tienen que ser tirados a los perros o botados donde quiera; se dejan en el tachau o tazon y la mujer cuidadosamente los botará al río.

Los cráneos se guardan colgados entre las hojas del techo.¹

Cuando van al monte de cacería entre dos o más personas y uno por ej. descubre una manada de chu, se lo comunica a los demás usando una terminología convencional, por ej.: chinki irunui (hay bastantes aves), porque nunca se debe nombrar el animal con el nombre propio. Asimismo no se avisan a la familia diciendo escuetamente: "voy a cazar" o "kuntin maatin weajai", porque el espíritu de los animales podría oír y ponerse en guardia, sino que dicen simplemente: "voy de paseo" o "wekasataj-tsan weajai".

Tomen en cuenta los muchachos que si quieren seguir con seguridad a un animal que dejó pisadas, no tienen que tocar con las manos las huellas, sino usar un palito cuando sienten la necesidad de disipar alguna duda.

Muchachos ¡Tienen que saber también que antiguamente nuestros shuar no tenían con qué ir de cacería². Por lo tanto, Etsa nos indicó cómo fabricar la bodoquera o uum, señalando de antemano el material, cómo preparar las flechas y de dónde sacarlas³.

La cerbatana es una de las armas de cacería más perfecta que se conozca, sencilla, silenciosa, autosuficiente, efectiva, mortal.

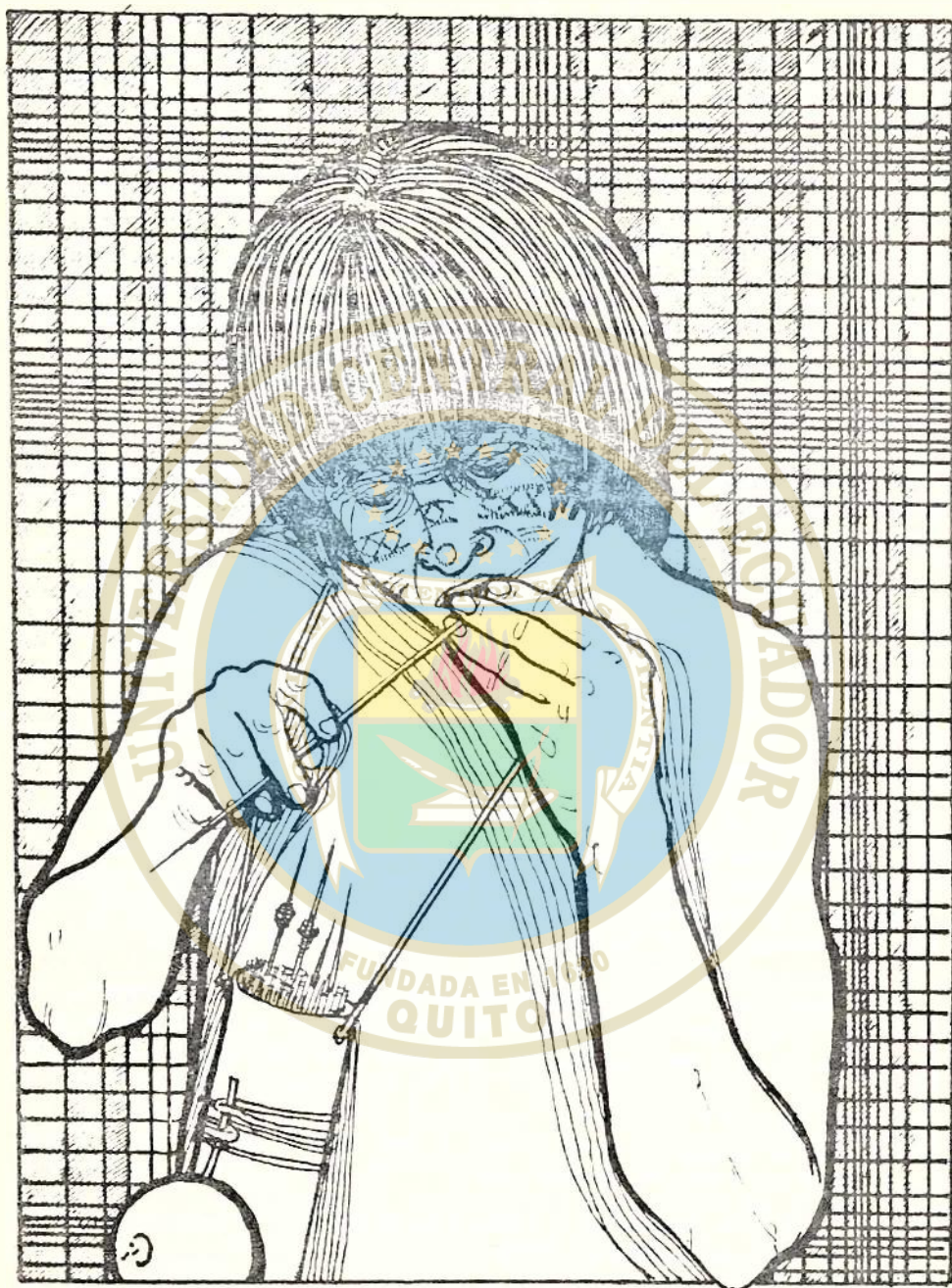
Su fabricación requiere trabajo y mucha paciencia, pero todo con material del monte, exactamente como indicó Etsa. Se usa madera de Uwí o Chuchuk que son las palmeras más rectas, duras y, más que todo, las mas livianas. El shuar, con un paciente trabajo de pulimento con arena, obtiene dos tiras de unos 2,50 m. de largo por 3 cm. de ancho y 2 cm. de grosor, que empalman perfectamente una encima de otra.

El trabajo se realiza de la siguiente manera: Una tira se asienta entre 2 palos y la otra se la frota encima, mientras la mujer riega agua con arena entre las dos tiras. Acabado este trabajo entre las dos tiras, se pone el shikit, que consiste en un palito

-
- (1) Nunkui trae animales sin cabeza para alimentar a los niños (comer los sesos es comer la vida y de este modo se terminaría la especie).
 - (2) El cazador, en la mitología, busca los monos armado de garrote. Entonces Wáshi le enseña los anent de caza y le entrega la cerbatana.
 - (3) Etsa entrega a Kujáncham 5 clases de tséntsak. Etsa construye la cerbatana y un soltero la daña por darse de sabido.

UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES







de unos 3 metros de largo, hecho de shinki, y de un centímetro de diámetro; se amarra el todo, y con gran pericia y paciencia el constructor mueve el shikit adelante y atrás, mientras la mujer riega agua y arena que sirve de corrosivo. Después de algunos días de trabajo, el agujero ya está listo, perfectamente recto y pulido. Sucesivamente se modela exteriormente, las dos piezas se amarran con bejucos, en la embocadura se le coloca un hueso de fémur de paki, se la embadurna con sekát, sobre toda la superficie y el artefacto está listo para el uso.

Hay algunos que la prefieren más larga, otros, más corta. Algún fabricante es más preciso en la construcción, otros, menos.

Un buen shuar, antes de comprar una nueva bodoquera la prueba, la mira, observa el agujero en dirección a la luz, para ver si es recto, perfecto, brillante.

En la casa la bodoquera tiene un sitio privilegiado, cerca del pau o pilar central de la casa¹; debe ser siempre guardada verticalmente, no debe nunca ser expuesta a los rayos del sol y tiene que ser tratada con muchísimo cuidado, siendo un arma muy delicada.

Etsa enseñó a los shuar el modo de hacer las flechas o tséntsak, sus medidas y las palmeras más propicias como iniyaya y tintiuk. De éstas se utiliza el tallo de las hojas y, más concretamente, la corteza, que es más dura; se mide el largo que va del codo hasta la muñeca. Se corta el tallo transversalmente en la medida exacta, se parte longitudinalmente y se raspa, dándole una forma cilíndrica con una de las puntas más afiladas, mientras en el medio queda más grueso y la otra punta, cónica.

Antes de poner las flechas en la tunta o carcaj, se las endereza si presentan imperfecciones. Las flechas terminadas se ponen en la tunta, que es un carcaj hecho con una especie de guadúa con hojas de tintiuk en su interior para conservar las flechas en lugar seco. Se añade un mati o poro vacío, para guardar el ceibo o wámpuish.

Ese carcaj es llevado por el cazador puesto en bandolera o al cuello.

El shuar tiene siempre 2 ó 3 flechas listas, enfiladas entre el cabello.

Se pone en la parte posterior de la flecha un copo de ceibo bien enrollado, tomando como medida el hueco de la bodoquera. Así preparada, se la pone en el agujero; al encontrar la presa, el shuar lleva a la boca la boquilla del hueso de la bodoquera, y tapa el hueco con la lengua, mientras con la mano derecha cierra firmemente la boca de aire, apunta, saca la lengua del agujero y el soplo empuja la flecha hacia la víctima. Es difícil que un experto cazador falle un pajarito que esté a 15 metros de altura o un mono que esté a 20—25 metros.

(1) Etsa al volver de la caza amarra la cerbatana al pau de la casa (mitología).

Para los pajarillos se usan flechas normales; en cambio, para la cacería de proporciones mayores, en la punta de la flecha se pone un veneno paralizante o tseas, que se obtiene haciendo hervir prolongadamente el bejuco machap, con el aditamento de otras yerbas.

Cuando el shuar se dispone a hacer el tseas, tiene que observar un sinnúmero de tabúes para que resulte bien fuerte; no tiene que comer ají, ni chicha fuerte, no debe dormir con la mujer, ni comer carnes grasientas, y, más que todo, tiene que tener sumo cuidado en no respirar el vapor de lo cocinado, porque produce fuertes mareos y diarreas.

Una vez listo el veneno, el shuar prepara algunas tséntisak, les pone veneno, por el lado de la punta, unos 2 cms., le hace una pequeña incisión a la base del veneno, y se va para probar la fuerza del mismo.

Es seguro que, si el fabricante ha observado toda la técnica, el veneno resulta bueno. El veneno se guarda en un pequeño mati, bien tapado; el dueño cuida celosamente que nadie lo toque o se lo lleve, porque lo podría dañar.

A los chicos se les enseña que nunca hay que disparar saetas a un animal tabú, como pinchu, tseátik, kushi, etc., porque el veneno perdería toda su fuerza y se volvería inservible. Además, si se dispara a esos animales, la cerbatana pierde su rectitud y tiene que ser lavada repetidamente con agua caliente.

Para conservar bien la uum', de vez en cuando hay que limpiarla internamente, haciéndola pasar un poco de algodón bien comprimido, con un bejuco de kaap.

La bodoquera y la tunta son considerados como cualquier otro ser con su propia alma, que duerme y descansa; es por esa razón que el shuar les canta un anent o plegaria a fin de que tanto la uum' como la tunta se despierten y se pongan en la actitud de trabajar, matando y acertando las presas.

Escuchen lo que les voy a contar: antiguamente los lwia, seres golosísimos e insaciables, tenían a su servicio a Etsa, valiente cazador, el cual les proporcionaba cualquier clase de animales. Pero, con el pasar del tiempo, la cacería empezaba a disminuir y a hacerse más rara, hasta que al final no encontraba ser vivo por el monte. Apenado, andaba por la selva sin saber qué hacer, hasta que se le acercó una palomita, yápankam, y le aconsejó que metiera en la bodoquera las plumas de su tawásap, o corona, y las soplara al aire. Etsa hizo como había escuchado y al salir las plumas de la bodoquera, se transformaron en aves de cacería. Es por eso que actualmente todavía tenemos kuntin.

Etsa es el arquetipo del hombre cazador, el que no falló, el que proporcionó a los shuar todo tipo de carne comestible, que le ganó al lwia, el destructor de la cacería.

Es por eso que hay que pedir siempre por medio de la plegaria, o anent, a Etsa, porque sea generoso en proporcionar lo que los shuar necesitan en kuntin.

Hay muchos de estos cantos: algunos se cantan en alta voz, mientras se camina por el monte; otros se cantan mentalmente y sucede cuando el cazador se acerca ya a los animales.

Los shuar se autodenominan "pequeños Etsa" o "hijos de Etsa" "buenos cazadores como Etsa" o simplemente se identifican con él (siendo yo un Etsa"..). Sucesivamente piden que la cacería sea abundante.

Otros cantos se dirigen directamente a los animales, diciéndoles que se acerquen, otros al "kuntin amánari", que es el jefe supremo de cada especie. Es imposible encontrar el amánari o se lo puede ver muy raramente.

Se cuenta que cada especie tiene un amánari: es más grande de lo normal; por ej., el de chu tiene un rabo larguísimo.

El amánari anda siempre de noche y ordena a los suntari, a los de la manada lo que tienen que hacer durante el día, la dirección que tienen que tomar, los recorridos, etc. En cambio, él va adelante y espera en el lugar establecido por él al grupo para reunirse y pasar la noche.

Otros anent los shuar los piensan y cantan así; "Yo, siendo como tunká-ete, avispa perseguidora, te seguiré hasta pincharte con mis infalibles flechas..."

Otros cantos parecen generados para hacerse fuerza, para cobrar ánimo.

En otras ocasiones el hombre mayor enseña: los animales tienen su wakan y es necesario conversar con ellos y enamorarlos con los anent, para que puedan acercarse fácilmente y volverse mansitos (o yúpinchuch); pero hay que tener el cuidado de no matar indiscriminadamente como antiguamente solía hacer el washi, el cual mataba aún los ejemplares más chiquitos, las hembras y, peor aún, las preñadas y, muchas veces, sin reales necesidades, atrayendo así las iras de Etsa que le transformó a él mismo en mono Washi para que pruebe el sufrimiento.

Los menores tienen que pensar profundamente y no atraer las iras de Etsa, el cual podría privar de la cacería a toda la tribu con la consiguiente escasez de carne.

El buen cazador también tiene que observar todos los tabúes impuestos por la experiencia, para que no suceda como antiguamente le pasó a un shuar de nombre Tseátik, el cual, no respetando los consejos, se acercó a un nido y comió huevos del

(1) Wáshi prohíbe al cazador matar el amana.



del pájaro homónimo, transformándose él mismo en lo que hoy es este pájaro, de cola bifurcada, de nombre tseátik.

Por diferentes motivos y por experiencia, los shuar no comen carne de aves de rapiña, animales carnívoros como el tigre, el kushi, el kujáncham, etc.; roedores como los ratones; ni reptiles como de boa, kaníats, etc.

Al respecto, un mito cuenta que algunos shuar, después de disecar un río, en el fondo encontraron un panki. Lo hicieron pedazos, hicieron bastantes ayampaku y comieron abundantemente de esa carne prohibida. Le hicieron la tsantsa y los shuar se transformaron al instante, de uno en uno, quien en urik o cangrejo, quien en pájaro como chuf, yurukam, shiik, tiukcha, yukum, etc., por no respetar los tabúes prescritos.

En otro mito se cuenta que un cazador prueba la carne de boa (panki) y se transforma en un panki, que se traga los hijos de su hermano.

Es por esta razón que las carnes prohibidas ni se las puede tocar porque a los hijos chiquitos les puede procurar fuertes diarreas.

Al tocar esas carnes inmundas, el cazador tendrá que tomar tabaco para purificarse.

Los shuar saben bien las costumbres de los animales, porque antiguamente uno de ellos se fue al monte y, encontrando una mujer-sagino, se casó con ella y vivió por largo tiempo con los saginos, conociendo así profundamente las costumbres de los mismos. Pero su hermano no se dio paz hasta que logró encontrarlo y rescatarlo, consiguiéndole una digna esposa. Para lograr liberar a su hermano tuvo que matar a muchísimos panki; pero, por haber comido exageradamente tanta carne, le sobrevino una fuerte diarrea y murió.

Lo cual nos da otra enseñanza: no hay que matar inútilmente y no hay que comer desproporcionadamente.

La carne de sagino es prohibida para el shuar enfermo, tabú absoluto para los brujos, los cuales ni pueden tomar chicha de una mujer que haya tocado esa carne un poco antes.

Antiguamente vivía un shuar que andaba remedando inútilmente a los animales; pero una vez, al remedar un sapo kuaatank, de improviso éste se transformó en tigre y se lo comió.

Los chicos tienen que aprender que, cuando se remeda un animal, hay que estar alerta, porque las voces de los animales atraen a los animales feroces, los cuales se imaginan que sean sus presas.

Esto sucede especialmente cuando se remeda a káyuk, wa, tsukanká, etc.

Los mayores recuerdan también que no hay que ser imprudentes y subestimar la astucia y la fuerza de los animales, porque pueden atacar improvisamente.

Es lo que pasó a un shuar que al andar por el monte sin cuidarse, fue atacado por un tigre que estuvo para matarlo y así hubiera sucedido, si no hubiera intervenido un oso en su defensa. Este acompañaba siempre a su amo porque fue amansado por él.

Es por esta razón que hay que tratar bien a los animales silvestres, que, llevados a la casa, se amanzan (tanku).

Durante los días de cacería, el hombre, a veces, especialmente en tiempo en que los animales dan cría, encuentra o busca crías de mono (washí, chu, tsere, tseém, tsepai), o de aves, como aúnts, mashu, chiwía, wakáts; durante la puesta de los huevos cuida los nidos de los loros yampuna, achu, yusa, awármás, tinki, taish, pushankat, tsukanká y espera la temporada en que los pichones estén casi listos para emprender el vuelo, a fin de tumbar el árbol con el nido y así cogerlos.

Es más raro, pero, a veces, se cogen también crías de unkum, pamá o paki o tigrillo. Más raro todavía es el cháí.

Para todo animal se necesita un cuidado especial para que pueda criarse en la casa.

En cambio, parece imposible criar a los pequeños de yakum, de wa, kuyu y wankésh.

Las crías de unt-yawá, mientras son pequeñas, quedan tranquilas; pero, creciendo no pierden su agresividad y gusto incontenible de la sangre caliente. El hombre lleva a la casa las crías y es muy raro que lleve ejemplares grandes heridos, porque es ya imposible que se acostumbren a vivir en la casa. En la casa, el cazador entrega la cría a la mujer o a una de las hijas para que de allí en adelante se preocupen del animal. Sería casi inútil decir que el respeto y el cariño para con los animales domésticos es único y se lo podría denominar un tipo de educación.

La mujer ya conoce las comidas preferidas de cada animal y da a cada uno las más saludables. Por ej., al tsere se le da plátano, porque el maduro le hace mal; en cambio, el tsukanká prefiere maduro, el paki destetado prefiere yuca cruda, la lora, yuca cocinada y mascada, el pamá, hierbas y papayas, el unkum, saaki, etc. Pero a los mamíferos, si son cogidos todavía cuando están mamando, se les da leche y no es raro ver a una mujer shuar que amamanta un pequeño chu, un washí chiquito, un paki, que todavía tienen el cordón umbilical fresco. La mujer estruja su leche, que, empapada en algodón, exprime en la boca del chiquito.

Hay técnicas dignas de los más expertos zoólogos, para encariñar al animal; por ej., a los paki chiquitos, recién cogidos, se les sopla en la nariz, repetidamente, escupiéndole en la boca; éstos colocados en el suelo y llamados por su nombre "kasu", seguirán al igual que un perrito al dueño.

Para amansar a las loras, las mujeres pasan la mano debajo del sobaco y las acarician en la cabeza, haciéndoles oler el propio sudor.

Los pájaros chiquitos no pueden por sí mismos coger y mascar la comida; por lo tanto, la mujer le masca primero la comida y acerca el pico del pájaro a su boca para que el volátil la coja directamente. Sucesivamente los animalitos son tratados como seres humanos; después de los primeros días de ambientación y de domesticación, se les suelta para que anden en las cercanías de la casa. No es raro ver a un yampuna volar en el monte libremente y regresar luego infaliblemente a la casa por la tarde. Eso mismo sucede con las dantas, las cuales a veces se pierden 2 ó 3 días en la selva y después regresan a la casa.

Los shuar suelen hablar con los tanku; les hacen jugar. No hablemos de algunos tipos de loros que aprenden a hablar; para la familia es un gusto vivir con un tsepai que corre por las vigas de la habitación, sentir la música del silbido de un pirish, los cantos de una awármás, sobretodo antes de alguna precipitación atmosférica., divertirse por las travesuras de un mono tseré, ladrón y glotón, chistoso y juguetón. Es lindo ver a un paki que sigue a la mujer en todas las actividades, a la chacra, al baño, etc. Este animal es tan celoso que no deja acercarse a nadie.

Causa diversión el chiwía que pelea con la gallina para que se aleje de su espacio vital. O admirar los colores de un achu-yampuna. También el tsukanká es muy divertido con sus saltos continuos. Y el chuwi no se queda atrás.

En fin, los animales amansados contribuyen a mantener más fuerte este ligamento con la naturaleza.

Se ha podido observar gallinas abarcando y criando pollitos junto a una pequeña aúnts o a una pequeña mashu, salidas de huevos, tal vez encontrados en el monte y traídos a la casa envueltos en ceibo, para que no se enfríen, o puestos entre los senos.

Raramente, y sólo si hay algún peligro, se les corta las alas a los loros para que no se alejen mucho o se encierra a los paki cuando entran en calor o cuando dañan mucho las huertas.

A veces, para castigar a los monos más atrevidos o para llevarlos de un lugar a otro, se les amarra en las caderas con una piolita.

En la habitación, el tanku tiene su puesto para dormir; a los monos se les prepara una rama plantada en el suelo que tenga varias ramificaciones, en donde podrán

dormir acurrucados, envolviendo su cabeza entre las extremidades anteriores y mantenerse colgados contemporáneamente con el rabo; a la lora se le indica un lugar fijo donde dormir.

Si los pájaros son muy chiquitos y acostumbrados a vivir en los huecos de los árboles, se los pone en un punu o poro, huequeado oportunamente.

La lemucha o káshai, animal nocturno, durante el día duerme debajo de los kutank o en un palo hueco traído a propósito.

También al ujúkam y al kushi, monos nocturnos, se les alista en un lugar oscuro el sitio para su descanso.

Los paki prefieren descansar cerca de la candela o a los pies del peak del ama de casa.

Hasta los perros cazadores tienen un respeto reverencial hacia los animales amados que normalmente persiguen o matan. En efecto, no es difícil encontrar a un mono washi jugando con los perros, saltándoles en las espaldas o tirándoles del rabo.

El viejo cazador tiene guardadas muy celosamente unas piedras especiales llamadas namur.

Cuentan que antiguamente había muchas guerras y nadie podía encubrir las sangrientas matanzas porque los relámpagos, charimp, revelaban lo sucedido. Un día, un shuar, durante una guerra, se hizo el muerto y se escondió entre los cadáveres hasta que los enemigos se fueran del sitio; al poco tiempo llegó una manada de chuank (grandes gallinazos) para comerse los cadáveres. El shuar, que se fingía muerto, estuvo escuchando lo que hablaban entre ellos; se acercó y vio que amontonaban unas extrañas piedras brillantes, de diferente tamaño, mientras decían "ésta es para la muerte, ésta otra para la cacería, ésta para los brujos, etc.". El hombre, emocionado por el descubrimiento, asustó a los chuank, cogió las piedras y se las llevó a la casa. En los días siguientes estuvo probando los poderes de tales piedras y mientras iba por el monte, un desconocido entró en su casa y se llevó las prodigiosas piedras, transformándose en cóndor y volando muy lejos. Pero, durante el vuelo, se le cayeron algunas, dispersándose por el suelo, razón por la cual algunos shuar todavía las encuentran.

Siguen explicando los mayores que las piedras namur de la cacería encontradas en la selva, son tragadas por los animales; es por eso que se encuentran en las vísceras de los animales cazados.

Esto sucede raramente, pero cuando se mata un animal, se examinan bien las tripas, porque allí pueden estar. A veces están en el tsukajé o en el estómago de las aves o, más precisamente, en el buche.

Otras veces, durante los sueños, a los shuar se les revela dónde se pueden encontrar estas piedras. Esto es revelado por los arútam.

De mañana, en ayunas, sin avisar a nadie, el shuar se pintará con achiote e irá a buscar en el sitio que le fue indicado en el sueño. En el caso de encontrar la piedra, la esconderá de la vista de cualquier otra persona. Hablará de ella solamente con un brujo de confianza, el cual, tomando natém, revelará a su dueño qué clase de namures, si es de cacería, o de brujo, o de enfermedad, si es para tener mucha descendencia, etc.

En cambio, las que se encuentran en las vísceras de los animales, se limpian y se llevan a la casa, guardándolas en un poco de algodón, en un lugar seguro.

De vez en cuando, el cazador las saca al sol para que se calienten y no tengan motivo de enojarse, en cuyo caso se forma en sus contornos una especie de pelusa. Si esto sucede, el cazador las debe regalar a otra persona de su confianza.

Cuando el cazador decide ir a la selva, antes de salir, se pinta con achiote, mira su piedra, y la coloca nuevamente en su puesto.

Si no ha transgredido ningún tabú, el cazador seguramente encuentra el animal al cual pertenece el namur.

Se ha sabido de casos en los que el cazador al perder las piedras o al transgredir algunas de las reglas indicadas, no pudo matar más animales de tal o cual especie.

A veces los padres, haciéndose viejos, pasan tales namur a los hijos, para que sigan teniendo suerte.

También los chamanes (uwishín) tienen un papel importante en lo que se refiere a la cacería; de hecho ellos con sus poderes pueden abrir o cerrar las puertas de los caminos de los paki (sajinos), los cuales, según los atajos, pasan de una zona a la otra. Cuando un chamán quiere hacer sufrir a un grupo humano, pone en acto sus planes y los paki se alejan por mucho tiempo de la zona establecida, hasta que otro uwishín más fuerte pueda abrir nuevamente los caminos.

En cambio, si quiere favorecer a un grupo, los abrirá con tal suerte que los sajinos, a veces, vienen hasta a lado de las chacras cultivadas y de las viviendas, siendo fáciles presas de los cazadores.

Además los chamanes pueden encerrarlos con invisibles redes en un espacio determinado, del cual los sajinos no pueden salir, facilitando así enormemente la caza.

Lo descrito anteriormente hace parte de una instrucción y educación que se podría llamar teórico—espiritual. A esto se podrían añadir las discusiones entre mayores

sobre las hazañas antiguas más destacadas o los relatos de los hechos vividos durante los días normales de cacería. Los niños, los muchachos, los jóvenes, no pierden una palabra de las enseñanzas de los viejos, porque saben que para ellos el aprendizaje de estas normas es de vital importancia y casi nunca ponen en duda lo contado y raramente intervienen en las discusiones.

La formación práctica de los niños para la cacería inicia muy pronto; los niños, ya desde los 4—5 años, siguen con entusiasmo los discursos de los mayores, de modo tal que en sus sencillos pensamientos empiezan a fantasear, contando a los vecinos lo que han escuchado de los mayores, a veces hasta exagerando o inventando. Al niño le entra poco a poco el entusiasmo, la gana de hacer, de imitar. De ahí que los niños juegan al papel del cazador: a veces, al ver un hueco, imitan a los perros que descubren una guarida de lechuga o de armadillo. Después de algunos comentarios, a manera de entendidos en la materia, hacen como oyeron, y si algún mayorcito ha asistido de veras al hallazgo de dichos animales, aconseja a los más chiquitos, que ya empiezan a cavar alrededor del hueco. Es interesante escuchar las exclamaciones de los chiquillos durante esos juegos.

Al regreso de algún miembro de familia, de la cacería, los niños son los primeros en ir al encuentro del cazador y, si éste ha traído algo liviano, se lo da a los chicos para que lo lleven a la cocina sin ningún comentario.

Ya en la cocina, observan atentamente cada detalle del animal: su sexo, su color, su tamaño, sus ojos, sus dientes, el largo del rabo; el color de sus plumas (si es pájaro), pidiendo informaciones a los mayores, preguntando los nombres, el por qué de esto o de aquello.

A veces las madres entregan un pedacito de tripa, o lo que al niño le guste, para que él mismo se lo prepare en la brasa.

De la imaginación, el niño pasa a la práctica: corta unos canutos¹ de papaya, o de zanahoria, o algunas cañitas que se encuentran en el monte y, después de haberlas limpiado, introducen pepitas o piedritas y empiezan a soplar con gran ostentación, digna de un experimentado cazador, buscando acertar cualquier tipo de insecto o sapo que les cae bajo la vista. Durante estas pruebas, los mayorcitos corrigen las faltas de los menores, aconsejándoles cómo tener la bodoquera, cómo apuntar y los demás secretos correspondientes.

Algunos más atrevidos, al conseguir un poco de ceibo, hacen unas flechitas que luego intentarán disparar. Debido a los inconvenientes de la inexperiencia, la flecha a veces queda atrancada o sale completamente torcida; pero poquito a poco el niño

(1) Etsa caza moscas con un canuto.

Le entregan luego una cerbatana y por último una lanza. Etsa es el arquetipo de los varones shuar.

crece adquiriendo experiencia, sigue con atención los movimientos de los maestros, la forma de colocar o limpiar la bodoquera, la preparación de las flechas, la colocación del veneno. Si hay una escopeta en la casa, el niño la estudia desde una distancia prudencial, en los mínimos detalles. También los juegos adelantan y los niños construyen juguetes que funcionan con aire comprimido, como el takétak; éste es un tubo formado con el tallo de la hoja de papaya o con el tronco de caña chinkian', en cuya extremidad se introduce una bolita de estopa de plátano bien mascado, y lo mismo se hace en el otro extremo.

La bolita de abajo se la contiene con un dedo, mientras la otra se la empuja adentro con un palito de manera que entre las dos se comprime el aire, y éste al soltar el dedo que contiene la bola de abajo, saldrá con fuerza, emitiendo un ruido similar a una escopeta.

Los muchachos juegan con este artefacto y se adiestran a acertar pequeños insectos, moscas, ranas, etc. Los niños crecen y ensayan a soplar furtivamente en verdaderas bodoqueras; algunas de ellas, cortas y livianas, son muy aptas para los chicos.

También sirviéndose de un cuchillito, empiezan a imitar a los mayores en la construcción de flechas; los adultos, de vez en cuando, los llevan de paseo con ellos, y, al matar o al herir un animal o un pájaro, descartada ya toda posibilidad de que el animal se escape, permiten que los muchachos disparen la segunda flecha.

A veces ponen a una cierta distancia la presa matada y la hacen nuevamente blanco del muchacho. Esto sirve para que el principiante se acostumbre a los animales, estudie las formas, el color y el lugar en donde es más correcto pegarle. Sucesivamente, el adulto explica, critica, aconseja en base a los errores cometidos por el muchacho.

Cuando el mayor piensa que tal o cual muchacho ya está en condición de cazar, o sea, que ha dado prueba de destreza, lo llama y le comunica que para el día siguiente se prepare para ir con él al monte; los dos van al monte en ayunas, el "wea" prepara una bebida con las hojas chirikiaship y se la proporciona al chico que la toma, a veces acompañada con agua. Luego le provoca el vómito y el wea maestro, le da las normas acerca de lo que no tiene que hacer por un período que va de 2 a 4 meses: el principiante no tiene que tomar chicha muy fermentada, ni ají, ni sal; tiene que abstenerse de relaciones sexuales, etc...

Desde este momento el chico puede decirse independiente en cuanto a cacería se refiere; no obstante, continuará acompañando al padre para aprender en el monte los caminitos, los nombres de los riachuelos, de las quebradas, de los charcos, conocer las plantas y las costumbres de los animales. Lo más importante es aprender a orientarse, porque en la selva es muy fácil perderse o rodear continuamente el mismo lugar.

La primera cosa que hay que aprender en la orientación son los puntos cardinales, siendo el sol el punto de referencia básico para no perderse.

Además es necesario conocer su posición durante las varias horas del día, para saber el tiempo de regreso y para que la noche los coja en un lugar predestinado, casi siempre cerca de una vertiente, o de un riachuelo, en un lugar plano y seco. Prefieren pernoctar en lugares en donde alguien haya dormido anteriormente; así se evitará la construcción de un nuevo rancho y se puede conseguir leña seca, pues el anterior ocupante guarda la leña debajo del rancho para usarla posteriormente.

En sitios nuevos, el cazador procura limpiar bien, eliminando basuras, raíces, o arbolitos, que puedan estorbar; limpiada el área suficiente, se sacan unos palos que se plantan en el suelo oblicuamente; a esos palos se les arriman ordenadamente hojas de terén o de chapí o de cualquier palmera que abunde en las cercanías. Si el cazador piensa quedarse algunas noches, construye un ranchito más sólido, tejiendo el techo como se hace con la casa.

En el suelo tienden hojas de las mismas palmeras en forma tal que, al echarse, la parte dura de tales hojas no cause fastidio.

A los pies se prende un buen fogón con palos o shinki secos que se buscan en los alrededores.

También las armas se guardarán en lugar seco; si hay carne en abundancia, se construye encima de la candela una parrilla con palos verdes, lo cual sirve para secar la carne y para evitar su deterioro. Algunas partes se comen en el mismo lugar.

Si el cazador piensa regresar a dormir allí mismo, entonces guarda lo que momentáneamente le es inservible; a veces las mujeres quedan en los ranchos, mientras los hombres andan. Por la noche el cazador se mueve raramente; lo hace sólo en caso de extrema necesidad, llevándose siempre un tizon de candela prendido para alumbrar el camino.

El shuar, cuando anda en lugares desconocidos y en donde no existen caminitos (sharuk), prefiere seguir las lomas en su cuchilla o en las partes elevadas, y así evitar el cruce de ríos peligrosos y los lugares vírgenes.

El cazador, mientras camina, quiebra ramitas hacia la dirección en la cual se dirige, para poder ver claramente el sendero para su eventual regreso, y deja otras señales como es el de tapar un camino, quebrando transversalmente unas ramas.

Otro método es el de fijarse en la vegetación y en el suelo; es importante conocer los árboles originales, normalmente los más grandes, o alguna característica del lugar.

Es rarísimo que un shuar se pierda más de uno o dos días en el monte; en tal caso, la familia sabe por dónde se ha adentrado el cazador, porque normalmente en el grupo cada uno tiene su zona de cacería y cada hombre tiene un área preferida para sus paseos, que casi nunca abandona, facilitando así su hallazgo en caso de desgracias.

Ordinariamente sigue un camino conocido como medio seguro para acercarse a una zona; al descubrir un animal lo sigue para después regresar al mismo camino; si van entre varios, para comunicarse la posición en caso de necesidad, acostumbran imitar la pava wa o alguna otra ave; hasta con silbidos se comunican noticias y eso lo hacen para no dejarse descubrir por los animales.

En estos últimos años, con la facilidad de las linternas, algunos se aventuran a ir de cacería también por la noche y pueden descubrir un káshai comiendo en la chakra o bajo algún árbol frutal. Raramente, aún con linterna, se alejan mucho de las casas. Por la noche el tiempo se mide según la luna y sus fases.

El muchacho que desde pequeño empezó a observar al papá en este campo de su actividad llega a conseguir su propia experiencia; pero un shuar nunca deja de aprender y siempre pregunta, investiga y pide consejo a los más expertos.

ARMAS Y TRAMPAS

Además de la bodoquera, que es el arma fundamental para la cacería, hay que tener en cuenta los tipos de lanzas, ahora desaparecidas, que se usaban para algún tipo de animal, al cual se lo esperaba o se lo acercaba con muchísima paciencia, sea buscándolo directamente, sea atrapando las crías para atraer a las madres.

La lanza (nanki) es muy efectiva; al caer algún animal en los ríos, se sigue con la canoa y se lo pincha, causándole la muerte.

Las lanzas desaparecieron con la aparición de las armas de fuego, según el testimonio de algunos mayores (Shiki – Tukup' – Ayuí).

Las primeras armas, rarísimas, entraron, se supone, hacia 100–120 años por el sector de Gualaquiza.

Cuentan algunos que para conseguir una de esas escopetas caminaban hasta unes, cabiéndolas con caucho, oro o chanchos, etc. Pero la experiencia inicial hizo un poco difícil su aceptación, también por el problema de la consecución de la pólvora, de los fulminantes y de las municiones, pero sus ventajas fueron tantas que poco a poco se propagaron entre todo el grupo. De hecho, más que para la cacería la lanza se usaba para la guerra; más luego hicieron su aparición, por el lado peruano, los fusiles Mauser, de proyectil único.

Estas armas eran carísimas y las compraban con cueros y caucho. Esta temporada no duró mucho, porque las comunicaciones con el río Amazonas eran difíciles.

En estos últimos 30 años apareció la carabina de cartucho, también ésta de proveniencia peruana; los regatones que surcan los ríos son los encargados de este comer-



cio; estos comerciantes cambian carabinas y cartuchos con cueros de paki, de tigre, de nutria y en cierta época, con el trabajo de la madera.

Los shuar y achuar que viven cerca de la frontera tumban y trozan troncos, los hacen rodar cerca de los ríos y, cuando viene la creciente, los comerciantes los llevan abajo.

Una carabina, actualmente, se cambia con 60 cueros de paki, un cuero con cinco cartuchos.

Este comercio disminuyó un poco a causa de una ley peruana que prohíbe el comercio de cueros y entonces ha vuelto otra vez el auge el uso de las escopetas de proveniencia ecuatoriana que, con las vías de comunicación y con los aviones, se adquieren más fácilmente, lo mismo que la pólvora, las municiones y los fulminantes.

Pero está regresando otra vez el comercio de los cueros.

Además de las armas, por el Perú entra en la zona achuar y shuar mucho veneno (tseas) que es fabricado con el curare por artesanos del bajo Marañón y del Ucayali. Este tseas a veces llega bien fuerte y otras mal hecho y, de consecuencia, inofensivo.

Se reconoce un buen tseas por la fulmineidad con que mata a las víctimas, siendo un veneno que obra sobre el sistema nervioso, paralizando la víctima, que muere por sofocación.

Una prueba de su efectividad consiste en ver cuánto tiempo emplea un pollo para morir.

Lo cierto es que, antes de comprarlo, se prueba siempre.

Las armas de fuego tienen pocas ventajas sobre la bodoquera con sus flechas envenenadas. Una de las pocas ventajas es que con las armas de fuego se puede disparar a mayor distancia; además es más fácil de llevar por el monte.

En cambio, las desventajas son muchas: ante todo el costo inicial y los gastos de mantenimiento; luego el ruido del disparo que hace asustar a los animales, alejándolos de la zona; por fin, su peso y la dificultad en arreglarlas una vez que se dañan.

Se puede decir que las armas de fuego tuvieron su auge en los tiempos de conflicto, por su rapidez en matar al enemigo.

Hoy día la bodoquera está recobrando terreno, también porque en muchas zonas los animales grandes están en camino de extinción, mientras que los pájaros son siempre abundantes.

Los shuar han elaborado inteligentes sistemas de trampas para apresar y matar a los animales. Hay muchos tipos, pero el sistema es fundamentalmente el mismo para todos: el engaño.

Las trampas son todas construidas con material del mismo lugar. A veces, no es una sola, sino algunas, todas colocadas sistemáticamente para que el animal, si no entra en una, puede caer en otra.

La más usada es la que sirve para atrapar animales que acostumbran recorrer un mismo camino como los káshai, los shushuí y, más raramente, los káyuk. Los dos primeros son animales nocturnos; por esa razón, al no divisar claramente la trampa, se caen. Este artefacto se llama chinia: se construye un túnel en todo el camino del animal, el cual, por costumbre, sigue por el mismo y así entra en este túnel; luego topando con la cabeza un gatillo que está atravesado en el túnel, se le cae por todo lo largo del mismo un palo pesadísimo que aplastará el animal sin posibilidad de salida. Por la mañana el dueño de la trampa se acerca a ella con un palo y acaba con la presa. Ordinariamente esta trampa sirve por una sola vez.

Otro sistema usado para los mismos animales que se descubren en una guarida, es el de construir en su entrada una especie de cono alto, de un metro, con unas tiras de tsarup o de chonta; se clava la base en el suelo y a la extremidad superior se la amarra fuertemente con bejucos. El espacio interno de este cono se llena de bejucos, hojas y palitos; el animal al salir del hueco se encuentra con esta basura y la arroja en el interior de la cueva, tapando la entrada del hueco.

No pudiendo darse la vuelta, se encuentra atrapado entre el cono y la cueva, y será fácil matarlo con un machete o palo.

El tashitash es una trampa para animales pequeños: se construye a lo largo de caminos de dichos animales, como por ej. el shaaki, y, a veces, el katip (ratón) por cierto no comestible. Consiste en aprovechar la elasticidad de una palo puesto en tensión con un bejuco. El animal, al pasar, topa en el gatillo que hace saltar el bejuco y de consecuencia el palo cae con fuerza sobre el animal, matándolo.

Timpiak: Trampa para cazar pájaros; es un sistema de palos plantados que aprovecha siempre de la fuerza de un palo en tensión; sobre un travesaño se hace un lazo unido al palo en tensión; el pajarito, atraído por una comida puesta en el medio del lazo, se apoya en el palo que cede a causa del peso haciendo funcionar el palo tensor que, apretando el lazo, apresaa al pajarito.

Tukchat: Es una trampa para apresar animales como conejos y tigrillos no comestibles, pero dañinos: se trata de un palo clavado, de unos 3 metros de largo. Se sujeta el palo perpendicular con un bejuco, enclavándole y poniéndole en presión, mientras en la extremidad del bejuco o piola se le hace un lazo tendido en el suelo. La fuerza del palo es aguantada con un gatillo puesto con carnada. El animal, al tocar la

comida, hace saltar el gatillo, y el palo, al volver a su posición vertical atrapa el animal, levantándolo en el aire.

Ajatkampramu: Se construye en algunos períodos del año, alrededor de árboles que cargan semillas y caen al suelo. Alrededor del lugar escogido, se forma una barrera con hojas, procurando dejar algunas aberturas. En estas aberturas se construye una trampa accionada con el mismo sistema del lazo y del palo en tensión.

El ave, caminando, pretende alcanzar el lugar de las semillas y pasando por estas rendijas queda presa de los lazos.

El shuar recorrerá el lugar controlando las varias trampas, y, en caso de tener suerte, lleva las presas y deja preparadas nuevas trampas ¹.

Unt kuntin achiktin. Es muy sencilla: detrás de un palo caído o al final de una bajada en los senderos de la danta, se cava un hueco de un metro o más de profundidad, en cuya cavidad se clavan lanzas de shinki; luego se tapa y se mimetiza a la altura del suelo. El animal, asustado por los cazadores, se pone a correr por su camino y, llegando al palo que sirve de obstáculo, lo salta, cayendo con todo su peso sobre las lanzas que lo traspasan irremediabilmente.

Otra especie de chinia se construye a la salida de los huecos que sirven de guarida del shushui, káshai, káyuk. El sistema es el del túnel con una extremidad puesta a la salida de la guarida del animal; al salir del hueco, pasa por el túnel que en la mitad tiene un gatillo. Este, tocado, hace caer sobre el animal unos pesados palos, matándolo.

Tampuch: Es una trampa para matar o herir a las dantas. En el camino de una de ellas se alista una tira de chonta en cuya punta se amarran largas cuchillas del mismo material; la latilla, siendo muy elástica, se la sujeta entretejida entre tres árboles y con un sistema de bejucos se la mantiene bajo presión; los bejucos atraviesan el camino del animal a unos 10 cm. del suelo, sujetos al sistema del gatillo. La danta al pasar topa el bejuco que suelta la latilla, que puesta a la altura del animal, le clava las puntas afiladas en las costillas; es una trampa mortal que, de ser bien hecha, es infalible.

No faltan accidentes: una vez un shuar armó una trampa cerca de un maizal en un camino de lemucha. Por la tarde oyó el disparo, no muy lejos de casa. Uno se pone siempre contento al oír el disparo; así él se fue con la linterna pero en el sitio no encontró nada, sino solamente un poco de sangre. Se puso a seguir las huellas hasta encontrar un poco más allá a otro shuar que se alejaba cojeando y perdiendo sangre del tobillo. Como era un shuar conocido, le ayudó a llegar a la casa, en donde lo curaron, pero la herida era tan delicada que tuvieron que llevarle al hospital. Después, se supo

(1) Iwia iba todos los días a controlar sus trampas para comerse a los hombres que habían caído en ellas (el shuar controla todos los días sus trampas para alimentarse con las presas):

que ese tipo iba a robar los choclos del vecino (Hecho acaecido en la población de San Isidro, en 1973).

EL PERRO

Un elemento muy importante en la vida shuar y para la cacería es el perro o yawá.

La misma denominación shuar parece indicar que el perro fue introducido recientemente. En efecto yawá, traducido literalmente, significa tigre con sus respectivas clases.

También la mitología, a pesar de considerar que el perro es un elemento muy importante en la vida shuar, hace escasas referencias al mismo¹.

Actualmente el perro tiene un puesto preferencial en la cultura shuar: en la casa tiene un puesto especial donde dormir, su plato, y es tratado con mucho cariño y respeto; es oficio de la mujer criarlo, educarlo, castigarlo, llevarlo a defecar y a orinar, acompañarlo en la cacería; en fin, es tratado como un miembro de la familia, con sus derechos y deberes y con sus tabúes.

Desde que nacen, la mujer se ocupa de las crías, dando de comer abundantemente a la perra, tanto carne como sopas, para que tenga leche abundante; la coloca en un lugar apartado y bien protegido, aún de las miradas indiscretas. La dueña selecciona las mejores crías para sí y vende o cambia las otras.

No es raro ver a una mujer que amamanta con sus pechos a perritos pequeños, sustraídos al cuidado de la mamá.

Poco a poco sustituye la leche con yuca mascada o maduro que le introduce en la boca, en forma de bolitas.

De acuerdo al crecimiento del perrito, la mujer le habla, le canta anent para que se haga buen cazador, lo reprocha como si fuera un ser humano inteligente y responsable. No faltan las atenciones de los chicos y de los adultos que lo hacen jugar y lo incitan para que se acostumbre a ser agresivo. Paulatinamente la mujer le enseña a orinar y defecar fuera de la casa y más luego en lugares fijos.

Durante las visitas y en los viajes, la mujer carga los perritos; en la casa los tiene

(1) Se relata, por ej., que el perro desafía a todos los animales y gana, que el perro vence la tentación de la mujer y es bendecido, que el perro socorre a sus dueños aún en la otra vida, y es bien tratado en esta, que se le canta al perro después de darle infusión de hierbas, para que no se remonte, haciéndose lobo, etc. ...



amarrados con sogas (construidas apropiadamente con kaka o kumái), a sus peak o cama, normalmente a lado de la entrada del ekent.

Hay perros que no soportan ser amarrados y con astucia muerden la soga, librándose así del castigo; por esta razón se le pone una añadidura de madera, que consiste en un palo que se extiende desde la argolla del pescuezo por unos 50 cm. de largo hasta la pata del peak donde está amarrado.

No es raro ver en algunas casas a los perros dormir en el mismo peak de las personas o en peak que tienen la misma forma.

Según su crecimiento, empieza a llevarlo al monte juntamente con otros perros que ya conocen el arte de matar o de seguir a los animales.

Para que el perro se haga cazador o se haga fuerte, se le suministra mikiut o yawá maikiua, expresamente sembrado y cultivado para los perros. Tomando este alucinógeno, el perro se refuerza y se hace cazador.

Cuando el perro se hace caprichoso y no quiere obedecer, o deja de seguir la presa, se le da iklam—yawá, unas hojas del monte amargas y semialucinógenas.

Cada perro tiene su nombre propio y la dueña difícilmente se equivoca en reconocerlos, bastando la simple voz para reconocer a sus perros.

Los mejores perros para la cacería son los denominados shuar—yawá. Se trata de una raza no muy grande o alta; son de diferente color, a veces flacos, de largas orejas y bien rabudos; la flaqueza no es debida a la mala alimentación, sino a la raza misma. Esta raza, criada por largo tiempo en el monte, es bien aclimatada y acostumbrada al suelo y a las dificultades de la selva, de los pantanos, de los ríos y de las quebradas.

Por la mañana, el esposo avisa a la mujer que quiere ir de cacería con ella y que lleve a los perros; la mujer, cargando la chankín, suelta los perros que pueden ser 2, 3, 5 ó más, y alegremente hacen bulla alrededor de ella. Cuando se adentran en el monte en donde se sabe que hay peligro para ellos, la mujer los amarra y los lleva cerca de sí.

Los peores enemigos de los perros son el kushi, (cuchucho) que se echa de espaldas esperando que el perro lo ataque; en ese momento, con una habilidad sorprendente, le muerde en el cuello; el perro inexperto puede sucumbir.

Otro enemigo peligroso es el tigre, que, con su agilidad, raramente lo deja con vida. En los pantanos, el panki, que, envolviéndolo con la extremidad, lo tritura para tragárselo o, a veces, se lo traga directamente.



Peligrosas son también las culebras y, al cruzar los ríos, los yantana, que siempre están listos para agarrarlos de una pata.

Con paciencia y cariño, la mujer lleva amarrados los perros. Al llegar al sitio designado, la mujer los suelta para que, olfateando, empiecen a seguir los rastros de algún paki, káshai, yunkíts o pamá. La dueña incita a los animales para que realicen la búsqueda con el grito sumiso: ta—ta—ta—ta.

Cuando el perro olfatea algún olor conocido, empieza a ladrar con un tono característico y determinado; en tal caso la dueña lo estimula, le da ánimo con su grito expresivo: sik—sik—sik, o también: sti—sti—sti— para evitar que se pierda y se desorienta.

También el hombre se pone en acción, buscando descubrir la ruta que sigue el perro, las curvas que hace, para poder acercarse a la pista y divisar las pisadas, reconocer la clase de animal que el perro está persiguiendo.

A los gritos de uno de los perros se añaden inmediatamente los de los demás; el perro, al acercarse a la presa, se hace más rabioso y grita con más energía, con mayor rapidez y asumiendo una tonalidad más aguda.

El animal que menos corre es el sajino (untsuri paki). Este, al cansarse, se defiende poniéndose entre raíces que puedan defenderle las espaldas; una vez en esta posición, ataca a mordiscos al perro, el cual, si no es bien aleccionado y de larga experiencia, aguanta las laceraciones causadas por las mordeduras; los dueños siguen incitando al perro para que aguante el ataque, y así darles tiempo para llegar y hacer uso de la carabina.

El yankípiik es más veloz y sabe entrar en cuevas o en palos huecos; en éstos siempre entra reculando y espera que entre también el perro, lo cual le resulta fatal.

El perro, una vez apresado o acorralado un animal, cambia de tono en los ladridos, así que es fácil establecer que la víctima está en dificultad. Es el momento de correr rápidamente hacia el lugar.

El yunkíts es más veloz del paki, y, también, más inteligente: suele dar largas vueltas, regresar al mismo sitio, siguiendo las mismas pisadas, entra y sale por los palos huecos, en la tentativa de confundir al perro, el cual, si no es bien amaestrado, pierde prontamente la pista.

También el yunkíts se esconde en huecos de palos caídos, de shinki, o en guaridas viejas de armadillos.

Una vez que lo ha apresado, el perro, no lo suelta más, cuidando que no salga del hueco, hasta la llegada del dueño, el cual estudia la forma de sacarlo.

Lo mismo sucede con al káshai, pero éste prefiere saltar al agua, si hay algún río cercano; siendo un buen nadador, deja muy atrás al perro, pero el shuar previsivo se queda en los bordes del río y al caer un káshai en el agua lo sigue con la canoa.

Al seguir un pamá, el perro intenta morderlo repetidamente hasta que el animal se canse y se desanime, quedando fácil presa; a veces también el pamá, viéndose perseguido, se bota al agua, distanciando así a sus perseguidores.

Hay que estar bien identificados con los perros para conseguir buenos resultados; este consejo vale tanto para el dueño como para la dueña. Estos, en el lapso de tiempo de la persecución tienen que incitar al perro seguidor, llamar a los demás, siempre con su propio nombre, que deriva generalmente de su color, por ej., si es blanco, wampuish; si es negro, suach; si tiene el rabo enroscado, washí; kujints, si es de color café; y así según su característica.

El hecho de llamarlos por su propio nombre, induce a la obediencia; se puede así reunirlos fácilmente, mandarlos en tal o cual dirección, llamarlos de lejos repitiendo continuamente el nombre.

Los dueños tienen que estar alerta para escuchar eventuales ladridos de auxilio, oyendo los cuales, corren precipitadamente en la dirección señalada para averiguar lo acontecido.

Durante la cacería hay que tratar al perro con respeto y dignidad sin confundirlo o enojarlo; hay que demostrar honradez y gratitud.

Mientras se organiza la persecución, el amo canta mentalmente anent para que el perro no incurra en algún peligro; hay anent para que el perro no haga correr muy lejos la presa; otros, para que ésta caiga en el río o entre en el palo de shinki, ya que éste es el más fácil de abrir y de consecuencia más rápido se hace el adueñarse de la presa.

No siempre la batida da resultado positivo; a veces el animal logra engañar al perro, especialmente si es joven o muy viejo; a veces, el perro se acobarda delante de los sajinos, los cuales lo acorralan entre 3 ó 4 y, si no lo matan, por lo menos lo dejan con un buen susto y con ninguna gana de perseguirlos en lo sucesivo.

Acontece que el perro, por capricho o por viejo, deja la presa a medio camino; entonces la dueña busca hojas de shiniumas, le prepara un brebaje y lo obliga a tomar. Se piensa que con esto se lo castiga adecuadamente y el recuerdo de esta amargura le enseña a no dejar abandonadas las presas que persigue.

También, para que el perro no tenga miedo del sajino, se le golpea con el kati o pene del sajino recién matado.

Cuando el animal es apresado en el hueco o en el palo, los shuar empiezan a cavar, mientras el perro asegura al dueño que la víctima está realmente en su escondite. A veces no deja cavar en paz por su afán de meter el hocico en el hueco.

Ya en posesión del animal, el dueño deja que el perro se desahogue mordiendo rabiosamente la víctima. A los más chiquitos se les hace olfatear y se los incita para que se acostumbren al olor y a la sangre y para que participen del gozo de la victoria, porque efectivamente los perros se ponen a correr contentos alrededor del amo y de la presa y porque ellos saben por experiencia que les espera una parte de ella.

Si es yankípi, se le cortará el "yuntsuk", que es la glándula maloliente que tiene en el dorso y se la dará cruda para que este olor intenso le quede en el olfato y en el cuerpo; si los perros son más de uno, primero se lo frotan en el hocico y, luego, lo distribuyen a todos.

También la parte que corresponde de derecho a los perros, o sea el corazón se la dan cruda para que se hagan fuertes y corran más.

Le distribuyen las patas, chamuscándolas. En las comidas, la mujer le mascarará yuca o plátano con carne de los animales matados por él mismo.

Al perro se le trata como a una persona: se le da la misma cantidad que a los demás miembros de la familia; al no tener carne, la mujer le dará yuca mascada con mukint o pescado; a lado de su peak, en donde está amarrado, tiene su plato propio recabado de ollas viejas, de caparazones de tortugas, de poros cortados o de hojas de palmera adecuadas para el uso. La dueña da proporcionalmente la comida, cuidando que no se la quiten entre ellos, hablándoles en diversos tonos.

Con ocasión de las visitas, los perros visitantes quedan siempre amarrados a lado del amo; de vez en cuando entre perros desconocidos se arma la pelotera; es el momento de la intervención tempestiva de los respectivos amos para el retorno al orden.

Si por mala suerte, un perro muerde o intenta morder a alguien, es castigado duramente y a veces se le pega con palo.

Sucede también que los perros sueltos vayan solos al monte, sigan las presas y queden a lado del escondite, ladrando por largas horas en la esperanza de que asome el amo. A veces las alcanzan antes de que puedan refugiarse y esto sucede especialmente con el venado, del cual comen abundantes porciones, regresando repetidamente al lugar para continuar el banquete hasta terminar con la víctima.

Para criar los perros, la mujer tiene que conocer profundamente los tabúes, las enseñanzas de los antiguos y tener un cariño especial hacia el animal.

Las preocupaciones empiezan cuando los perros están en calor; se tiene la con-

vicción que los perros, cuando se aparean, pierden fuerza y se dañan; si son buenos cazadores, sea hembras que machos, al aparearse parece que les entra la pereza y pierden el olfato¹, así que la mujer tiene amarrada a la hembra controlando que no se le acerquen los machos.

De mañanita, la baña repetidamente en agua fría y le frota el cuerpo con mikiut, para que le pase pronto el calor.

Si no se quiere que dé cría, después de que ha sido pisada, se la aplasta la barriga en la tentativa de que aborte.

A veces, para castigar a los perros que montan contra la voluntad de la dueña, se le corta el rabo de un tajo.

Quando la preñez sigue su curso normal con la anuencia de la dueña, al acercarse el tiempo del parto se le prepara a la perra un lugarcito apartado, medio oculto, para que los indiscretos no se fijen, de lo contrario, lo envidiosos podrían causar el mal ojo y la perra de consecuencia perdería la leche.

Hasta que los perritos abran los ojos, se los deja con la mamá, pero si la mamá es buena cazadora, al abrir los ojos los cachorros, se lo separa y desde ese momento la dueña los alimenta con su seno o mascándole maduros o yuca que pasa directamente de boca a boca.

Por la noche hay que levantarse varias veces para continuar la alimentación, que, poquito a poco, será reemplazada por carne, pescado, huevo, mukint.

Para que el perro pequeño se haga agresivo, se lo alimenta con larvas de avispas o con cangrejos previamente asados.

Los perritos corretean por la casa, juegan con los niños, pero, aún en tierna edad, la dueña los acostumbra a vivir amarrados cerca de los demás.

No es trabajo fácil enseñarles a que aprendan a orinar y a defecar fuera de la casa; la mujer al enterarse que el perrito ha ensuciado, lo deja en el lugar mismo de la deposición; luego lo baña con agua fría y, cogiéndolo, lo lleva rápidamente afuera, indicándole que a orinar se va afuera de casa.

Con el tiempo los perritos crecen: una de las crías se regala al dueño del macho que montó la hembra; las otras, si la dueña quiere, las canjea con pollitos o con favores de los vecinos; si la mamá es muy buena cazadora, entonces los tiene para ella.

(1) Se cuenta que el perro que no cayó en la seducción de la mujer, recibió el premio de tener un buen olfato.

Como hemos notado antes, los cachorros, acompañando a los perros de más experiencia, aprenden a conocer la selva y a seguir las presas.

Un buen perro cazador es conocido y apreciado por la dueña que supo criarlo con todo lo de la ley; pero las antenciones siguen. La presa cazada casi nunca se convida a otras familias por el temor que la cocinen con cebolla o mezclada con grasas de otros animales; también las sobras, los huesos, las tripas y los pedacitos de carne caída son recogidos cuidadosamente botados al río o puestos en lugares en donde no puedan llegar pollos o chanchos.

Además, se barre detenidamente alrededor del lugar donde se comió, para asegurarse que no queden restos del animal, porque se piensa que las gallinas, y los chanchos, al comer estas carnes, causan daño al perro.

Por último, no se convida a otros perros, porque, obrando así, el poder de la caza pasaría al otro, juntamente con los huesos y con la carne.

A veces, los perros son mudos, o sea, cuando descubren con el olfato rastros del animal, se ponen a seguirlo sin ladrar; tampoco al acorralarlo emiten ningún sonido; a estos perros, que pueden resultar buenos seguidores, se les da hojas de shiniumas, para que puedan aprender prontamente a ladrar.

No siempre el perro resulta óptimo; a veces, hay perros que se acostumbran a robar huevos de pollo. El remedio infalible para corregir este vicio es el de coger un huevo, asarlo y cuando está bien caliente, quemarle el hocico. ¡Santo remedio!

Sucede que se vuelven ladrones de carne, que roban en casas ajenas o sacan directamente de la candela, cuando se está secando la carne; por estos atrevimientos los perros son castigados duramente con el corte del rabo o con una buena paliza.

Algunos tienen la costumbre de dormir a lado de la candela: con las patas delanteras preparan un hueco en forma de nicho y, encogidos, se echan en este lugar seco y caliente.

El perro cazador es un buen elemento de intercambio. Un perro puede ser el pago de la curación de un uwishín; se lo puede cambiar con una escopeta o con una tawásap, y para la suegra es un regalo sin igual.

Cuando se cambia un perro, hay que preocuparse que no regrese a la casa del dueño anterior; en este caso la dueña le dará un poco de su saliva y, cortando un pedacito de cuero de su talón, se lo hará tragar.

No es raro que un perro, al ser llevado a otro lugar o al ver o al encontrar personas desconocidas, se ponga bravo y llegue a morder. Esto es considerado como una ofensa, sea para el afectado como para el dueño del perro. Es cosa segura que el ani-

mal será castigado, pero, sucede, a veces, que el mordido, para desquitarse y hacer morir al perro mordedor, pone en su herida malicoa, llevado de la creencia que, con este expediente, el perro puede morir al poco tiempo.

Los animales y las enfermedades son los enemigos más peligrosos de los perros.

Hemos visto como algunos animales atacan, hieren, y a veces matan a los perros; las heridas se curan con agua caliente y con malicoa; las picaduras de culebra se curan con baños de agua caliente mezclada con ají y hojas de yuca; el curandero tiene que observar los tabúes como cuando se cura un ser humano; tiene que nutrirse solamente con maduro hasta cuando el perro pasa los primeros 4-5 días, o sea hasta cuando rebajan las hinchazones; entonces el dueño preparará la fiesta de la culebra, con chicha de sanku y con un buen banquete.

Las enfermedades se curan con diversas hierbas y diferentes técnicas. Por ej., jiniach, es una enfermedad muy difundida con la cual el perro se pela completamente y enflaquece de modo singular, perdiendo el apetito. Se le cura, frotándole repetidamente con ají y limón.

Otra enfermedad es el teremu, enfermedad cutánea que se la cura con ajei y el nampich, especialmente cuando los perros son chiquitos y tienen muchos parásitos internos; el remedio seguro es el jugo de caña.

El sumái o tupe, es una larva que pone huevos bajo el cutis; se espera que la larva se haga grande para después aplastar la protuberancia y sacarla.

En las comidas hay que poner atención para que no sean averiadas, fuera de uso o muy crudas. Por ej., la hiel del hígado de pescado resulta mortal para los perros.

No es raro encontrar perros cazadores con ojos manchados de blanco. Son el recuerdo de la picadura de hormigas chiquitas, pero temibles, como las kampas.

En el caso de enfermarse los perros, son tratado con mucho respeto¹; la muerte de uno de ellos es causa de tristeza para la casa. Se lo entierra en un lugar apropiado, lejos de ríos y de chacras.

Los perros, además que para la cacería, sirven para seguir con idénticos resultados a los animales dañinos, asustándolos, alejándolos y a veces acorralándolos en huecos o sobre los árboles, como sucede con el tigre o el tigrillo. El hecho de oír bulla a lado del gallinero hace pensar siempre en un kujancham (zorro), o en un amich (cusumbo), o en un tigrillo y entonces se sueltan prontamente los perros para que hagan asustar y alejar a estos posibles enemigos.

(1) Se cuenta en la mitología que el perro enfermizo, maltratado por su dueña, se presentó en sueño a la dueña después de su muerte, para llevar su alma, causándole así la muerte.

Antiguamente se usaba el perro como ayuda durante el ataque de enemigos, porque, al acercarse una persona desconocida a la casa, los perros suelen ponerse muy nerviosos y empiezan a ladrar. Si están sueltos, corren alocadamente hacia el lugar sospechoso, poniendo en alerta a los habitantes de la casa.

TECNICAS

El cazador tiene que usar toda la astucia, la experiencia, las técnicas conocidas para tener resultado.

Normalmente el cazador sale de mañanita para sus batidas de cacería; escogerá la dirección que más le promete suerte o la que por referencias puede estar poblada de cacería.

Depende mucho también del sueño que haya tenido el cazador y de la interpretación dada y recibida de los mayores.

El cazador, después de haber preparado sus armas, escopeta o bodoquera, si prevé quedarse todo el día en el monte, lleva un poco de chicha con algun platanito; en cambio, los más esforzados van simplemente con su arma y con el indispensable cuchillo.

Antes de salir, el cazador, si decide cambiar de zona para la batida, avisa en la casa a dónde piensa dirigirse, porque es conocido por todos que cada hombre tiene sus zonas preferidas y siempre se dirige hacia aquellas.

El hecho de avisar es muy útil, pues los peligros en el monte son numerosos y dado el caso que no asome el cazador por la noche, se sabe por lo menos en cual parte puede estar y esto puede facilitar la búsqueda en caso de alguna desgracia.

El shuar sabe que la mañana es el período más propicio; las aves, al levantarse el sol, están alegres y lo saludan con sus trinos; asimismo los monos se mueven buscando su alimentación en los primeros albores y su movimiento es veloz y ruidoso entre los árboles.

Y, mientras los animales diurnos por la madrugada se preparan a la vida diaria, los nocturnos se preparan a pasar el día en el ocio y en el descanso.

La mañana y la noche son pues los períodos más intensos y movimentados para los animales de la selva.

El cazador estará siempre listo con su arma, porque de cualquier parte podría asomar la presa, cualquier momento puede ser el preciso. Un instante de distracción puede echar a perder un buen disparo. Esta tensión continua en el cazador, juntamente con su habilidad constituye el gusto más profundo de un día de caza.

El silencio, que hay que respetar, el caminar sigilosamente entre ramas y basuras, entre laderas y quebradas, requiere una habilidad no indiferente.

Hay que tener en cuenta que hay que llevar una dodoquera de unos 2.50 3 metros de largo en una vegetación casi siempre impenetrable.

El mínimo ruido podría hacer asustar al animal, ahuyentándolo.

Lo importante es percatarse de la presencia del animal, antes de que él se dé cuenta de la presencia del cazador.

Si, por una parte, los ruidos traicionan al cazador, por otra traicionan al animal. La lucha es a la par. El cazador estará siempre atentísimo a percibir el mínimo ruido sospechoso, a captar la dirección de su proveniencia, a clasificar el tipo de ruido para definir a cuál de los animales puede pertenecer.

En los senderos hay que proceder lentamente, con frecuencia pararse, tender el oído en la esperanza de sorprender algún animal.

El silencio es de suma importancia para el ser que tiene que defenderse y los animales tienen que usarlo más que el shuar, pues el cazador usará todas las imitaciones posibles e imaginable para traer en engaño al animal.

Se ve claramente la lucha psíquica y las tensiones entre el cazador y el animal.

El shuar con su experiencia ha descubierto y perfeccionado las voces de imitación que puedan traer en engaño a los animales. Casi siempre emite la misma voz de los animales. Para estos, lo irresistible es oír la voz de las crías, las cuales tienen gritos especiales de alarma, que alertan a las madres o las hacen correr en auxilio, cayendo irremediabilmente en la trampa del cazador.

La imitación es muy usada también en el tiempo del celo, cuando el macho llama a la hembra o viceversa.

Es claro que si la voz de los animales no sale a la perfección, es contraproducente y éstos se alejarán.

Otro peligro puede haber en remedar a los pavos, o a las yunkíts, porque pueden acercarse al lugar también los rapaces y los felinos, que, creyendo de veras en la presencia de dichos animales, acuden al sitio. No es rara, pues, la presencia o aparición de tigres, boas o aves rapaces.

El shuar sabe distinguir la presencia de animales no solamente por el ruido de las voces, sino también por los ruidos que suscitan los animales durante sus habituales movimientos.

El batir de alas de las aves, el correr de sajinos y de dantas, el crujir de diente de los unkum, y paki, o los ruidos provenientes de lo alto, cuando las aves o los monos dejan caer en el suelo restos de comida o pepas, el moverse de las ramas y el roce de los árboles al moverse los monos, el llanto de las crías, el ruido de juegos o de peleas que frecuentemente hay entre machos, monos o sajinos, el característico picoteo del tatashna en los troncos huecos, el roncar del capibara durante el sueño, y un sin fin de ruidos, son señales inconfundibles de la presencia de seres vivos.

Lo importante es saberlos escuchar o distinguir.

Esto es fácil en días tranquilos, imposible en días lluviosos o de viento. En los días lluviosos los shuar prefieren quedarse en la casa.

Es verdad que los animales que por primera vez o muy raramente han tenido contacto con el hombre son más mansos y se cogen más fácilmente; en cambio, los que ya han conocido los ruidos de los disparos, los que han visto caer compañeros, o escuchando los ruidos de los hombres, no son tan fáciles de acercar.

El shuar, descubierta la presa, tiene que acercarse acortando las distancias, buscar una buena posición para el tiro, cuidar que entre la bodoquera o la carabina y la presa no haya obstáculos.

Para acertar un ave apoyada en una rama, hay que tener en cuenta la misma rama, que involuntariamente sirve de protección para el animal.

La técnica más usada para realizar el último avance es fruto también de una larga experiencia.

De hecho, el cazador se curvará en adelante, ocupando el menor espacio posible, controlando los movimientos del ave, buscando de moverse lo más despacio posible, sin dejarse llevar de la prisa.

Muchas veces los mayores reprochan a los chicos la impaciencia con la que se acercan a la presa. Un movimiento rápido o apresurado puede comprometerlo todo.

Un maestro en estos movimientos es el tigre que sabe acercarse a la víctima a pocos metros sin ser descubierto y lanzarse en el momento oportuno.

El shuar, en vez de lanzarse sobre el sajino, le dispara.

El hombre se asegura, antes de disparar la flecha o de presionar el gatillo.

Raramente el cazador dispara improvisando el tiro; antes bien toma posición, apuntando la carabina ya desde lejos acercándose y teniendo al animal siempre bajo

tiro. Llegando a la posición conveniente, le dispara, tomando en cuenta las partes más vulnerables. Por ej., a los sajinos se les apunta de preferencia a la costilla a la altura del corazón; en cambio, al pamá, unkum' y a los monos grandes, se les apuntará a la cabeza o al tórax.

Para las aves se escogerá una posición propicia para apuntar en el pecho.

Hay casos en que el animal se mueve por sí mismo y se pone en posición correcta.

Las partes débiles, también para las flechas envenenadas, son el cuello o el tórax.

Otros factores importantes que permiten al shuar el descubrimiento de animales, son los rastros que se encuentran en la selva, pisadas de sajinos, pamá, yunkits, káshai, shushui, unkum' o de yawá.

Para el shuar es fácil distinguirlos por sus numerosas características. Lo más difícil es interpretar las direcciones, cuando las pisadas son numerosas o entrecruzadas, saber en qué tiempo el animal dejó sus huellas. Es muy importante saber si son frescas o viejas, saber diferenciar entre las huellas grandes y chicas.

Las huellas pueden conducir al grupo de sajinos, o a un refugio en donde se esconde un shushui o un yunkits.

A través de las pisadas se reconocerán caminos que algunos animales acostumbran a trajar periódicamente. Colocado a lado de estos caminos, el cazador podrá esperar su presa.

A menudo el cazador interpreta las intenciones de los animales a través de sus pisadas, captando por ej., si el animal es acompañado por crías, si fue a comer, o a tomar, o al yawá, o si hubo una pelea entre machos o con algún enemigo.

Los animales, en efecto dejan en el suelo algo de su vida.

Muy frecuentemente manadas de sajinos o alguna danta cruza o sigue el cauce de algún riachuelo, lo cual enturbiará el agua y revelará la presencia de tal animal.

Otros signos importantes que dejan los animales son los lugares en donde han dormido, donde han comido. Se constata en seguida donde las dantas han comido las hojas o donde los sajinos han hozado en el suelo.

Se suelen encontrar pepas que caen de los árboles, o restos de comida o excrementos.

Los olores también son tomados en consideración; el olor fuerte del sajino, por

ej., marca la presencia segura del animal, al igual que los excrementos del yakum.

Los animales, según sus costumbres, se bañan en pozos de agua y se revuelcan en ellos, como hace el sajino o el shushui, para salir luego y raspase arrimados a palos o a piedras.

En fin, hay muchas señales que dejan constancia de la presencia de los animales.

El cazador debe tener presentes todos estos particulares si quiere tener éxito en la selva, ya que todo esto, y lo que contiene, encierra toda una filosofía que hay que conocer profundamente.

Es una filosofía que se aprende del seno de la madre o que es transmitida de generación en generación.

Es evidente que, aún con todas las técnicas necesarias y los conocimientos prácticos, no se puede ser buen cazador si no se posee esta filosofía de respeto entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y el animal.

Frecuentemente el shuar tiene sentimientos de apreciación para los animales que no ha podido perseguir o matar con su astucia.

A veces los mayores reprochan a los hijos y a los jóvenes que no se atienen a ciertas reglas de lealtad para con los animales.

LA MUERTE DEL ANIMAL

Es grande la satisfacción de haber dominado y ganado a la respetada naturaleza, cuando se ve caer muerto un animal. El shuar, en ese instante, siente orgullo por sus habilidades, porque sabe que toda la familia y los hijos una vez más lo estimarán y se sentirán felices cuando se les invitará a comer las sabrosas carnes.

No todos los animales, después de haber sido acertados, son fáciles de hallar.

Los sajinos, a veces heridos de muerte, van a morir lejos, y el cazador tiene que perseguirlos siguiendo las pisadas o el reguero de sangre que dejan tras de sí.

Más difícil es seguir las dantas, que no se suelen matar con un solo tiro y se alejan velozmente. Hay que ser realmente buenos expertos, de lo contrario se puede perder irremediamente la pista.

Los monos también dan preocupación, aún después de muertos. Los washi, yakum o chu, casi siempre quedan arriba. Es raro que caigan en seguida. Heridos mortalmente, enroscan el rabo entre las ramas y quedan colgados, o bien van a morir entre las bifurcaciones de dos ramas, o entre ramas y bejucos. Es siempre trabajoso

recuperar la víctima: si hay herramientas se tumban los árboles o se cortan los bejucos; de lo contrario, hay que subir o sacudir los largos bejucos.

También las aves, o bien caen a plomo ya muertas, o bien reúnen las últimas fuerzas para volar y precipitarse en la espesura del monte, en donde es difícil dar con ellas y donde a veces se pierden.

Los loros especialmente, al caer, parece que se confunden en el mismo color verde del monte y esto dificulta el hallazgo.

En algunas ocasiones los cazadores se sirven de los perros para hallar alguna presa herida o perdida en el monte.

Recuperadas las víctimas, hay que asegurarse que sean bien muertas, porque los animales con las últimas fuerzas disponibles puede morder o rasguñar a cualquiera que se acerque. Constatando que el animal está todavía con vida, se le dará golpes en la nuca para que muera lo más pronto.

No siempre los animales heridos mueren. Muy frecuentemente logran alejarse. Los sajinos, por ej., aún con dos extremidades rotas, se alejan; las dantas más todavía: aún con muchas heridas en el cuerpo, pueden escaparse.

Los monos al sentirse heridos suben en palos enormes y altos para esconderse.

Las aves, si son heridas en las alas, no tienen más remedio que caer; pero al tocar el suelo corren y desaparecen.

Al coger animales heridos se los mata al instante, sobretodo, si son animales adultos, porque es imposible curarlos y amansarlos. Solamente algunos tipos de loros, si son heridos en las alas, se llevan vivos para amansarlos.

Los shuar dicen que los animales heridos van donde sus brujos para hacerse curar, porque ellos también se curan como hacen los hombres y regresan después a la vida ordinaria.

Si el cazador está lejos de la casa y el animal es grande, como el sajino o el mono washi o el chu, acostumbra destriparlo en el mismo lugar y botar en el monte las tripas gruesas, dejando en el interior el corazón, el hígado y los pulmones.

Si mata alguna ave, la despluma en seguida, porque el animal, al enfriarse, no se deja desplumar fácilmente.

Si, en cambio, la presa se encuentra cerca de la casa, se la llevará entera.

La danta es difícil de cargar; entonces se la deja en el monte y se regresa a la

casa para llamar a la familia, la cual acude en grupo con cuchillos y chankinas. Si son pocos los cargueros, recogerán todo lo que pueden, dejando botado lo restante.

Cabe anotar que cada animal es cargado según su manera propia; si está presente la mujer, ella se encargará de despedazarlo y cargarlo en chankina; en cambio los hombres se limitan a amarrarlo con bejucos y cargarlo al hombro a manera de chankina.

Si las presas son matadas y se debe seguir el camino para luego regresar por allí mismo, se las guarda, colgándolas con bejucos o se las deja en el suelo, tapadas con hojas, y se orina alrededor para que otros no se acerquen y puedan llevarse la presa. Lo mismo se hace si no se puede cargar toda la cacería, o por ser muy pesada o por estar muy lejos de la casa.

El cazador, al llegar a la casa con buenas presas, es objeto de felicitaciones de parte de todos los familiares presentes. Las entrega inmediatamente a su mujer para que se preocupe de preparar, cocinar o secar, según las necesidades de la familia o según la cantidad. Muy frecuentemente se convida con generosidad a los componentes del grupo. Al cazador que llega tarde y cansado, se le brinda abundante chicha y comida. La mujer conoce los pedazos de carne preferidos por el marido y en la comida se preocupa de ofrecer al mismo carne asada o hervida o en ayampaku.

Con abundante carne en la casa, la vida del shuar es decisivamente más alegre y satisfactoria.

Además, una buena reserva de carne seca es condición indispensable para recibir huéspedes o para obsequiar. Tener carne en la casa es un motivo suficiente para realzar el prestigio del dueño de casa.

El buen cazador, capaz de madrugar o que va en los retazos de tiempo libre al monte, es muy apreciado por las mujeres y por los mayores.

El buen cazador nunca se olvida de proporcionar carne a la suegra, a los mayores y también a las personas de su preferencia.

De los animales muertos aprovechan las partes que puedan ser útiles o comerciables, como por ej., el cuero de sajino, de tigre, de uyu, o los huesos para la confección de adornos y para la embocadura de las bodoqueras, o las plumas, muy apreciadas, para la confección de adornos como tentén o tawásap.

Los shuar demuestran mucha afición a la cría de los cachorros y a las crías de todos los animales.

De esto se preocupan casi exclusivamente las mujeres, que con mucho cariño les dan de comer y les preparan lugares de descanso.



Estos animales son la alegría de niños y adultos. Los paki, criados en la casa, son muy fieles al amo, lo siguen y son más celosos que un perro. Al hacerse grandes pueden ser peligrosos y a veces atacan a personas extrañas.

Casi todos los animales amansados gozan de libertad absoluta.

Lo mismo sucede con los pamá, los unkum', los yunkits o káshai, para los cuales se preparan escondites apropiados, a fin de que de día puedan quedar a oscuras.

El yakum es el único mono que tiene dificultad para amansarse.

Ciertamente se necesita mucha paciencia y afición.

Con las aves se usa el siguiente sistema: cuando se cogen chiquitas, se las lleva a la casa, se les da de comer y se las cría pacientemente.

A veces también se llevan a la casa huevos de pavas, que se hacen abarcar por las gallinas.

Los loros y tucanes, en cambio, se descubre en dónde están anidando y se cuida el nido hasta que los pichones se hagan grandes. El experto sabe el tiempo en que estarán listos para ser recogidos. Este tiempo es determinado observando la forma de llorar de los chiquitos, el horario que tiene la mamá para darle de comer y de la estación (de febrero a abril).

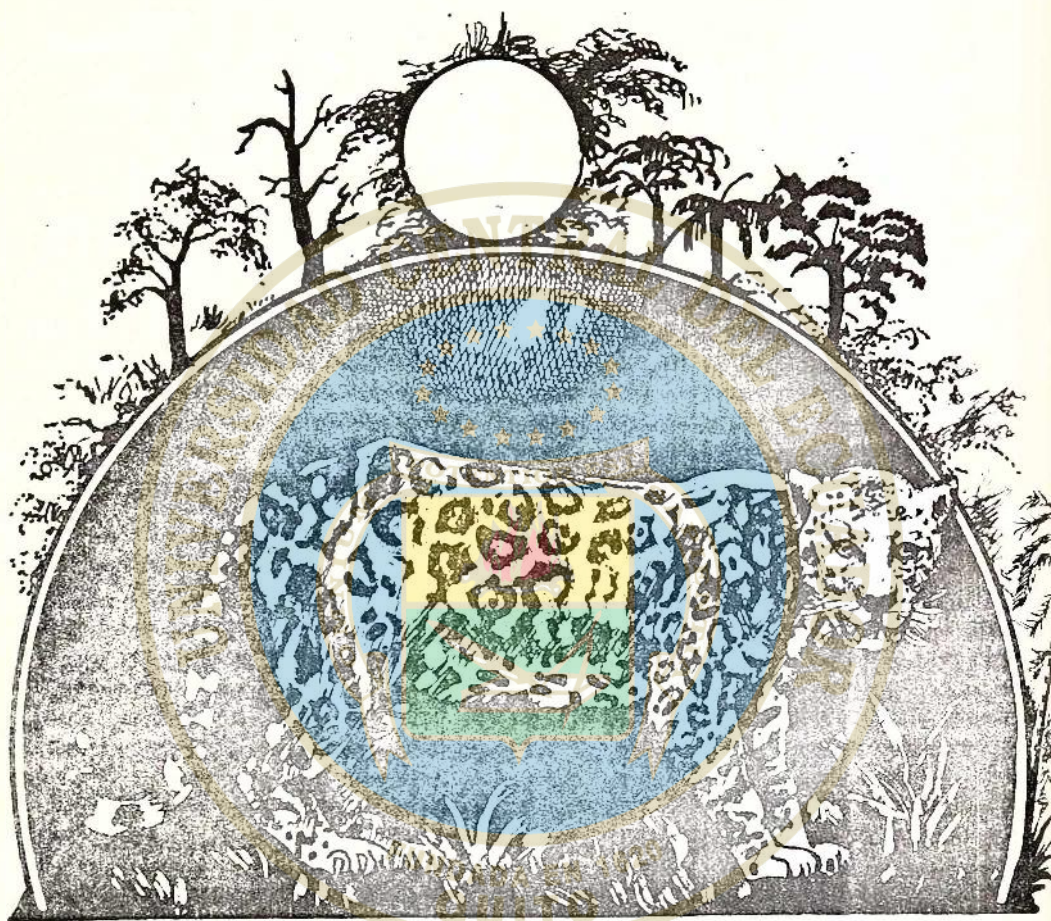
Lo que interesa es coger a los chiquitos pocos días antes que se pongan a volar y a hacerse independientes. Decidido el día y auspiciado por un buen sueño, el shuar irá a tumbar la palmera en donde se encuentra el nido. Hay que ser expertos en el tumbé, para no causar la muerte de los pichones.

Para realizar estos trabajos, es necesario observar algunos tabúes. Por ej., la mujer que da de comer a los animales amansados no debe comer ají, sal o chicha fuerte.

Los monos son muy delicados y les es vedado tomar mucha agua o comidas pesadas, contentándose de platanitos bien asados y yuca bien mascada. También hay que dársela de boca a boca, para evitar contaminaciones, porque las mismas enfermedades de los humanos son fatales para los animales amansados.

Cuando ya son grandes, se hacen independientes, sea cuanto a comida como cuanto a estadía.

El animal amansado es tan respetado que raramente los shuar lo comen; prefieren venderlo, regalarlo o cambiarlo.



II PARTE

LA VIDA DE LOS DISTINTOS ANIMALES Y METODOS DE CACERIA

NOTA: Los nombres de los animales se señalan en shuar y a veces también en achuar. A menudo se indica la terminología "del Sur", entendiendo al Sur del lugar donde se realizó la investigación (bajo Macuma).

CHARAP (Tortuga de agua)

La llaman TANKAYA más al Sur

Tiene un color obscuro, se podría decir sucio, su caparazón es el característico de las tortugas, sin ser excesivamente duro, formado por piezas exagonales, cuyas uniones asumen un color que tiende al amarillo.

El macho es más pequeño que la hembra. Puede tener un diámetro de 40 centímetros, mientras la hembra puede llegar a medir hasta 80 cm. y más. El caparazón es más alargado longitudinalmente; el hueso del abdomen es más claro. Este es más cóncavo en los machos, mientras en la hembra es más bien convexo. Todas las articulaciones, el rabo y la cabeza las retrae debajo de la concha; tuerce la cabeza a un lado debajo del caparazón para esconderla por tener el pescuezo largo. Los ojos son oscuros, la quijada alargada con una sola hilera de dientes tanto arriba como abajo. No se puede hablar propiamente de dientes o de muelas, porque, más bien, presenta una hilera de huesos cortantes y fuertes. Las extremidades tienen la forma de un pie de pato. El rabo es cortito, de unos diez centímetros de largo. El órgano sexual masculino mide unos 15 cms.; el macho monta a la hembra en el agua, subiendo sobre su dorso. La hembra, saca su aparato genital, que es una especie de tubo de unos diez cms. en que el macho introduce su pene, a lo largo de algunos días.

El macho puede llegar a pesar unos 6-8 kilogramos, mientras la hembra supera los diez.

Se alimentan preferentemente de hojas, en modo especial de las hojas de ortiga (suku nara) que se encuentran en la orilla de los ríos, de pepas de warup, de guabas (sampi), que la corriente suele arrastrar, de sua. Suele defecar en el agua, la defecación es de color negro, al estilo de la de los perros.

Siendo reptil y de sangre fría, suele transcurrir los días soleados acurrucada sobre los palos (wichi), formando largas hileras de 5-8-10 tortugas. Percibiendo algún peligro, se zambullen rápidamente, desapareciendo en el agua.

En el agua es velocísima y en ella pasa la mayoría de su tiempo. También de noche acostumbra moverse, escogiendo los ríos y las lagunas donde el agua es más calien-



CHARAP



CHARAP

te; suele sacar la cabeza para respirar o para comer alguna basura arrastrada por el agua.

Cuando los ríos crecen, aprovecha la ocasión de que el agua llega hasta la altura de las hojas, para comérselas, nadando a la orilla del río.

En los meses que van desde julio a diciembre, las charap ponen los huevos; para realizar esta operación, escogen las playas de los ríos caudalosos, las más extensas y las más altas, con relación al nivel de las aguas, indispensablemente las más secas y calientes, razón por la cual difícilmente ponen los huevos, después de la más ligera llovizna.

Hacia el anochecer o en las primeras horas de la noche, llegado el tiempo de la puesta, salen del agua, suben la orilla hasta llegar al lugar más alejado del agua, con las extremidades cavan un hueco de unos 30 centímetros de profundidad, ponen los huevos en número de 20 a 50; luego lo vuelven a tapar, dejando el lugar en el estado en que lo habían encontrado, o sea nivelando la arena, ayudándose con las extremidades y con el pecho.

Los huevos tienen la forma y el tamaño de los huevos de paloma, ligeramente más alargados. La cáscara es delgada, transparente, pero muy resistente, parecida a un tubo de plástico, flexible y elástico, que no se rompe aunque se aplaste. El contenido es más espeso que el del huevo de gallina; es casi totalmente compuesto por la yema, mientras la clara es muy acuosa y escasa. Después de unas seis semanas nacen las tortuguillas, que, rompiendo la cáscara y abriéndose paso en la arena, salen al descubierto y se botan inmediatamente al agua. No nacen todas al mismo tiempo y, a veces, pasan algunos días antes de que nazcan todas.

Estas charap abundan en las lagunas; salen a veces y entran unos pocos metros en la floresta, siendo así fácil presa de los untúcham (tigrillo).

Los tigrillos y las iguanas (súntai) son golosos de los huevos de charap; estos animales, llegando a la playa, con su olfato descubren el lugar del nido y, cavando, acostumbran sacar y chupar los huevos, botando luego las cáscaras. Los tigrillos se quedan esperando en las playas la salida de las charap, para acometerlas; comen las partes carnosas, o sea las extremidades, la cabeza, el rabo y logran sacar todo el contenido del caparazón, dejando intacta y bien limpia la concha. Los recién nacidos, de un color más claro, entre el negro y el amarillo, al botarse al agua son presa de los peces, en modo especial, del muta y del pani.

También los ejemplares grandes, a veces son mutilados en las extremidades y en las partes carnosas, fácil presa de la piraña (pani).

No hace falta decir que los shuar son golosos de la carne de charap, que cazan, picándolas con lanzas, con puntas de hierro, mientras van lentamente en canoa a lo largo de los ríos o de las lagunas, cosa para ellos muy fácil de realizar.

En efecto, no es difícil ver charap que flotan en el agua; con destreza lanzan las flechas que quedan amarradas con una piola y flotan. Suelen matar con el mismo sistema, cuando las charap nadan a la orilla de los ríos crecidos a fin de satisfacer su hambre con las hojas que flotan en el agua.

Otro modo de cazar charap es el de esperarlas en las playas, cuando suben para poner huevos; en tierra estos animales son torpes y lentos y se pueden coger muy cómodamente. El shuar inspecciona diligentemente la playa; encontrando pisadas frescas de charap, las van siguiendo hasta encontrar el animal, que cogen virándolo barriga arriba, de modo que no pueda alejarse y buscar a otras.

También se puede dispararles con carabina a cierta distancia, pero es necesario que las municiones impacten perpendicularmente en el caparazón, de lo contrario no lo perforan; o que alcancen la cabeza, para que la muerte sea segura. Normalmente, si es herida mortalmente, la charap queda en el mismo palo o parada en el mismo lugar; si es herida superficialmente se zambulle en el agua y, perdiendo sangre, es atacada por los peces; para evitarlos, se va a la orilla o sale a tierra y allí es fácil de coger.

A veces se coge con un anzuelo pequeño, poniendo como carnada pedazos de mukint' o yuyo ce chonta kumai, o de awánt. Se hace bien pesada al halarla.

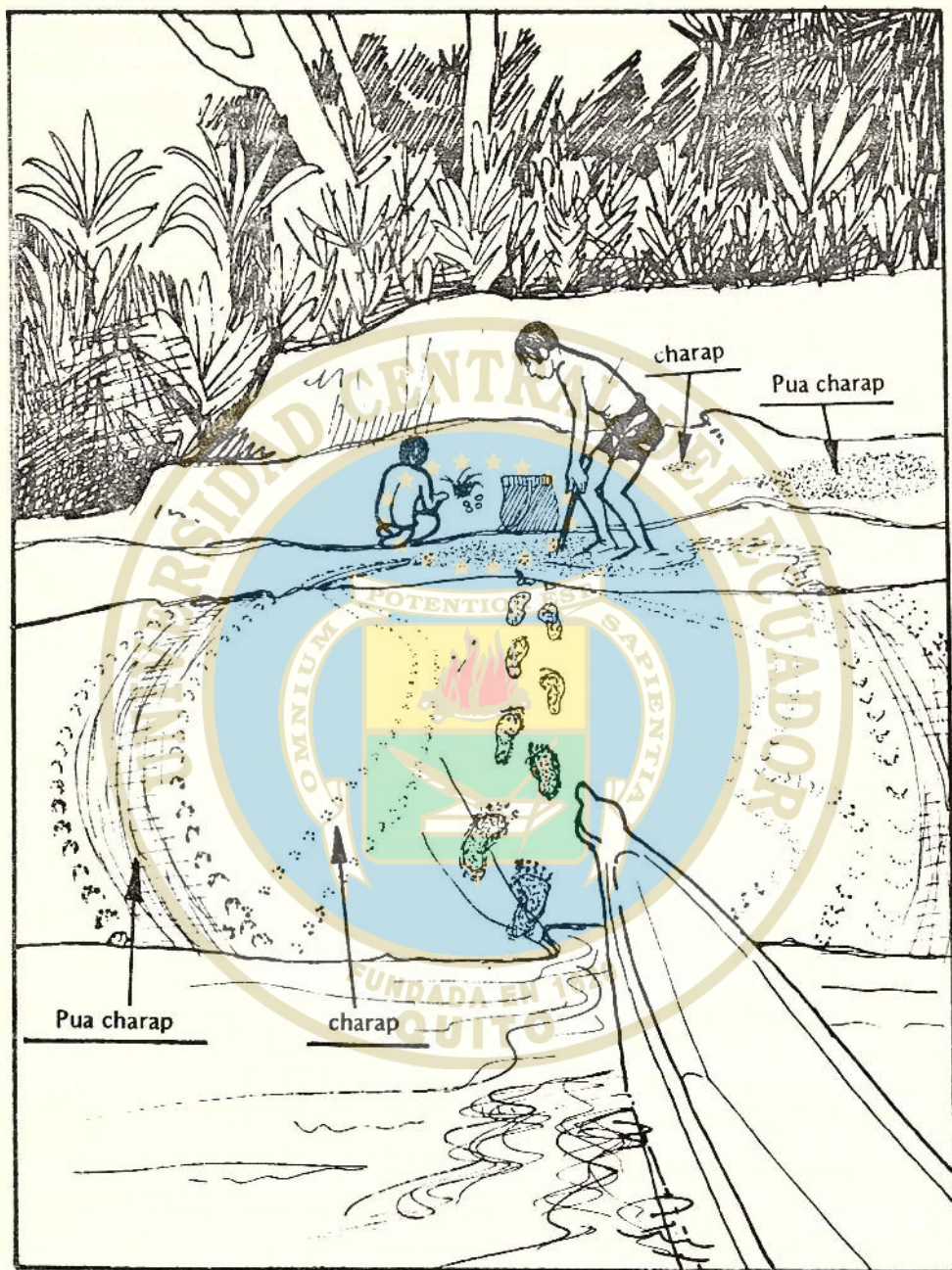
Durante el período de la puesta de los huevos, los shuar, siendo muy golosos de los mismos, suelen seguir el curso de los ríos y hacer verdaderas batidas para recogerlos. Descubriendo las pisadas de las charap en las playas, que aparecen bien visibles en forma de rieles paralelos que llevan hasta el nido. El shuar, llegando al punto donde se interrumpen las pisadas, descubre un espacio semi-redondo, donde la arena está movida, después del cual comienzan otras pisadas; es allí donde busca, cavando unos 30 cm. A veces las pisadas no son tan evidentes, sea por la lluvia sea por las pisadas de otros animales, como el tigrillo, lo cual puede suscitar cierta confusión. En estos casos, el shuar hundirá un palito en varias partes hasta descubrir una zona más suave, que es lugar del nido. Es posible que el palito rompa uno o más huevos, durante el tanteo.

En una playa, con buena suerte, se pueden hallar hasta 20 nidos.

También las crías son fácilmente reconocibles: cuando una de las crías sale definitivamente del nido, deja bien visible la cáscara del huevo: cavando allí mismo se encontrarán los otros huevos listos para reventar. Las crías chiquitas se cogen fácilmente con las manos, cuando se encuentran flotando en las lagunas.

Quedan fácilmente atrapadas también en las pajának que se constuyen para coger pescados.

La charap se transporta en canoa, siempre virada de espaldas. Se coge y se carga con ambas manos, agarrándola por los lados, cuidando no dejarse morder, porque muerde muy fuerte y se queda prendida a la parte mordida.



La carne de charap no es mucha; las extremidades, el rabo y la cabeza se sacan, cortando en el abdomen, entre las extremidades, la parte superior del caparazón de la inferior. Las tripas son abundantes, comparadas con la carne que, internamente, es casi inexistente. La carne se come preparada en ayampaku o hervida. Las dos partes del caparazón se ponen directamente en el fuego a manera de sartén y después se desprenden los trozos de carne.

La parte superior del caparazón se usa para dar de comer a los perros, a manera de plato.

Las tortuguas se destripan por el ano, y enfiladas en un palito, se asan directamente en el fuego. Los huevos se comen hervidos y también crudos o se ponen a secar, como se hace con la carne; algunos, cuando los comen crudos en la misma playa, le añaden un poco de arena caliente. Puestos al aire libre, no son de mucha duración; después de las 24 horas empiezan a podrirse. También los huevos que contienen la charapita ya formada se comen hervidos.

Para conservarlos unos días, los shuar del sector peruano acostumbran guardar los huevos envolviéndolos con sal húmeda.

El soñar piedras o el hacha es un factor favorable para cazar charap.

Otra clase de charap es la matámata o matamta. Vive en el agua; tiene un caparazón con una protuberancia semejante a la del pescado putush. Es un poco más chiquita que la charap. También sus huevos son de tamaño más reducido.

PUA CHARAP (Tortuga grande)

Es de tamaño grande. La hembra llega a tener un diámetro de un metro y más de largo, mientras que el macho llega a 70-80 cm. La forma es alargada. La forma del caparazón es igual a la de las charap. También las extremidades, la cabeza y el rabo, proporcionalmente, son iguales a los de la charap. Su peso es considerable, ya que la hembra puede llegar a pesar hasta 70 kilogramos y el macho 50.

En todo el ciclo de la supervivencia y de la reproducción se conduce al igual que la charap.

Vive siempre en el agua; no sale del agua para solearse como acostumbran las charap; para respirar suele sacar la cabeza; mientras va flotando se alimenta de lo mismo y de la misma manera que la charap.

Se diferencia en la puesta de los huevos. Al llegar el tiempo de la puesta, a noche avanzada, cuando la arena de la playa es muy caliente, en la proximidad de un temporal, sale del agua, se asegura de que no haya enemigos en los alrededores, camina

lentamente hasta la parte más elevada de la playa, cava un hueco de 50 cms de profundidad, luego introduce la parte trasera en dicho hueco, extrae el aparato genital en forma de tubo, de 3 cms de diámetro, pone los huevos tomando la precaución de cambiar la posición del tubo por cada huevo. Normalmente pone de 120 a 250 huevos que tienen la idéntica forma de una pelota de ping-pong, de un color blanco vivo. Terminada la puesta, tapa el hueco y con el pecho trata de nivelar el piso en un radio de metro a metro y medio en su alrededor. Las pisadas son visibles y son iguales a las de la charap, con la peculiaridad que las dos líneas paralelas de pisadas se encuentran a más distancia que la de la charap y, en el medio de las dos rayas trazadas por las pisadas, aparece una línea más ancha y continua dibujada por la barriga, por tener ésta una protuberancia pronunciada.

Las formas de cazar la puá-charap son las mismas que se usan para cazar las comunes charap. Pero resulta casi imposible matarla con carabina o con arpón, porque no sale del agua casi nunca; se requiere mucha habilidad para matarla con las lanzas y halarla hacia sí, por ser muy pesada y de notables proporciones. Es difícil distinguir su cuerpo en las playas, porque sale en las noches muy oscuras, pero, siguiendo las pisadas, se descubre fácilmente; para cogerla, se vira rápidamente, teniendo el cuidado de no dejarse morder y, en esta posición se vuelve un animal completamente inofensivo.

Con las debidas proporciones, la carne es igual a la charap ordinaria. Los huevos tienen la cáscara más plastificada y más resistente; el interior del huevo es igual.

Se usan mucho las tripas para atraer con su olor el pescado y cogerlas con el anzuelo. Lo relacionado a los sueños se aplica también a este tipo de charap.

Tomando en cuenta que el caparazón es muy grande, los shuar lo usan como asiento (kutank). De esto hablan los mitos (Tsunki).

KUNKUIM (Tortuga de tierra)

La llaman MOTERO más al Sur

Tortuga terrestre, de forma alargada, con un caparazón durísimo, muy cóncavo. Llega a tener 40 cms de largo. La concha es de color amarillo y café, hecha con placas exagonales, unidas entre sí, también el abdomen, de color blanco, es durísimo, cóncavo en la hembra, convexo en el macho. En las extremidades tiene unas escamas de color amarillo; así mismo se presenta en el pescuezo y en la cabeza; dichas escamas tienen la forma de un rombo. Retrae la cabeza en el caparazón sin doblarla, sino directamente. Tiene las patas toscas, con 4 dedos en cada una y una uñita en cada dedo.

Se alimenta de numpi, fruta semejante a una papaya chiquita; también de hojas tiernas de ushu, de sunkip'. A veces se alimenta también de la carne de animales podridos. Es golosa de la carne de boa, abandonada después de haber sido matada, a la



que llega sin falta, gracias a su olfato. El palo podrido es su alimento, y hasta los excrementos de los animales de la floresta. Apetecido es el hongo, llamado vulgarmente oreja de palo, o ésemp. Los órganos sexuales de ambos, macho y hembra, tienen las mismas características que en la charap; durante las relaciones sexuales: "ja, ja, ja", o también "jánia, jánia, jánia", igualmente aspirados y guturales. Suele poner de 3 a 6 huevos del tamaño de los huevos de la gallina, pero de forma redonda y con una cáscara bien dura: el interior del huevo es similar al de las charap; no los pone reunidos en nido, sino que los deja regados como quiera, en lo tupido de la floresta; siendo blancos, están a la vista y son fácil presa de otros animales, como el tsere, el kujáncham, el pininch.

Anda preferentemente en las partes más húmedas e impenetrables de la selva (tsuatnum). En el tiempo de calor, anda en pareja; de lo contrario prefiere pasearse solitaria. No acostumbra tener demora fija. Entra generalmente entre los palos podridos, en los huecos varios. Cruza los ríos grandes y puede resistir en el agua por muchas horas. Poniéndola virada hacia arriba, de espaldas, se esfuerza por tomar su posición normal, ayudándose con la cabeza.

Caminando en la floresta, no tiene una dirección fija y seguida, sino que da curvas continuas y siempre en la misma área. Deja pisadas en el suelo y, a veces, rastros con la barriga.

Entre los enemigos, el untúcham es el más peligroso, la muerde y, con una técnica especial le chupa toda la carne, dejando el caparazón descarnado. La caza de este animal, es relativamente fácil: basta seguir las pisadas. Los perros descubre fácilmente las tortugas, que, al verse atacadas, se encierran dentro del caparazón y no se mueven más; el shuar, atendiendo a la llamada del perro, la halla y la coge. Muchas veces no es necesario ni siquiera la ayuda del perro para dar con ella. Los shuar, encontrando los huevos, los recogen para comérselos.

La carne no es de las más sabrosas; se chamusca el animal para sacar las escamas de las extremidades; se parte la concha al igual que la charap, la carne se cocina en ayampaku o hervida.

No todos pueden comerla. Para el shuar que recién ha sido padre es tabú, como también la carne charap; el tabú vale también para los huevos. En tiempo de sampi (guaba), suele tener un poco de grasa. El caparazón se usa como plato para dar la comida a los perros. Se dice, entre shuar, que el hombre que come mucha de esta carne no puede orientarse en la floresta y se pierde fácilmente. En cambio, al que come el pene del macho, se le hace imposible romper el machete o el hacha.

El shuar que encuentra una kenkuim' no la mata en seguida; la guarda en el monte, usando el siguiente sistema: clava dos palos en el terreno, cada uno en las dos bifurcaciones de la concha, a la altura del rabo y de la cabeza respectivamente. Une los dos palos, de un metro de largo, en la otra extremidad y los ata en esta posición, la tortuga puede resistir muchos días.

Otro sistema es el de clavar estrechamente alrededor del animal una fila de palitos duros.

A veces se le hace un hueco en la extremidad de la parte posterior del caparazón y se amarra con una soguita.

El shuar, que sueña comer papaya o también sueña con piedras o hachas, tiene la garantía de hallar kenkuim.

PIRAU (tortuga de gran tamaño)

Es otro tipo de tortuga comestible; es rarísima, de grande tamaño, puede llegar hasta 40 kilogramos, con una concha durísima; de color café esfumado y rojo.

Tiene las mismas costumbres de la kunkuim', aunque es menos ágil, no pudiendo superar obstáculos más altos de 30 centímetros.

Se suele decir que al shuar que encuentra dicha pirau, le quedan pocos días de vida.

MUKINT (larva)

SHARAMCHIM (larva más pequeña)

CHARAMCHAM (aún más pequeña)

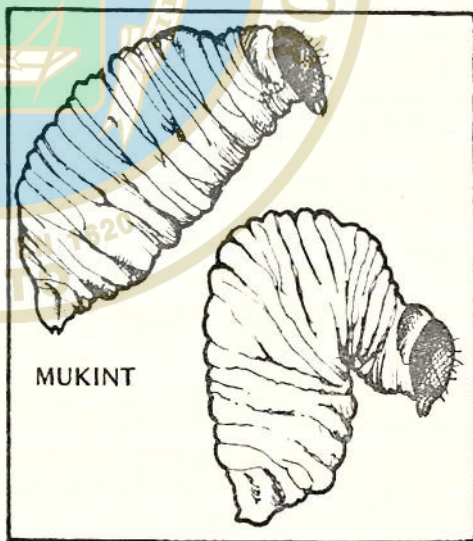
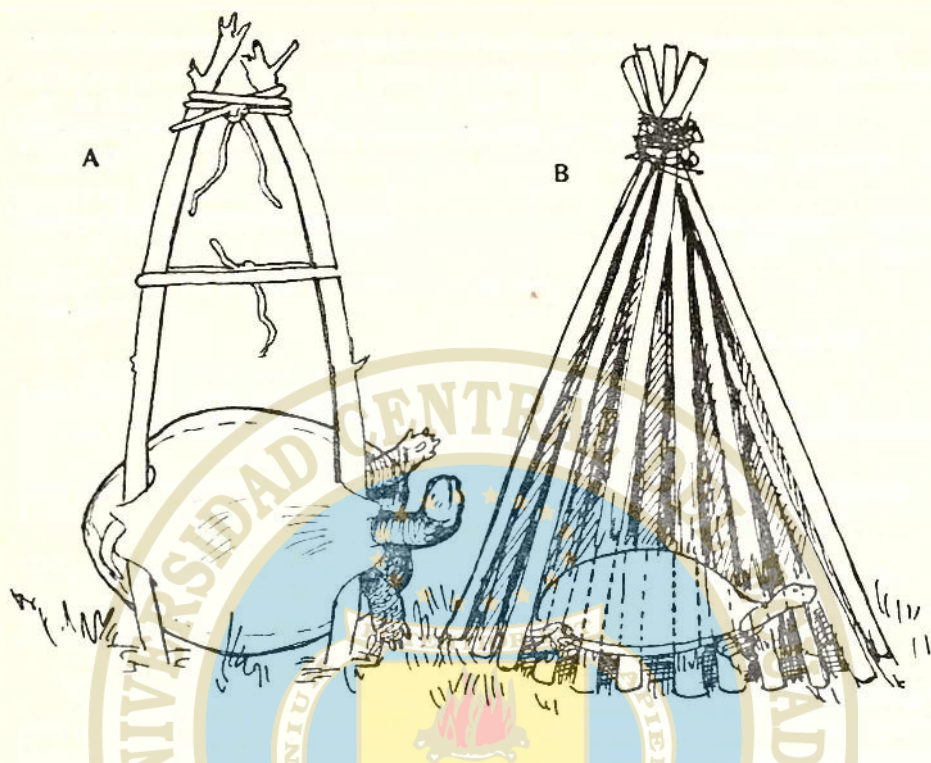
PUNTISH (en achuar)

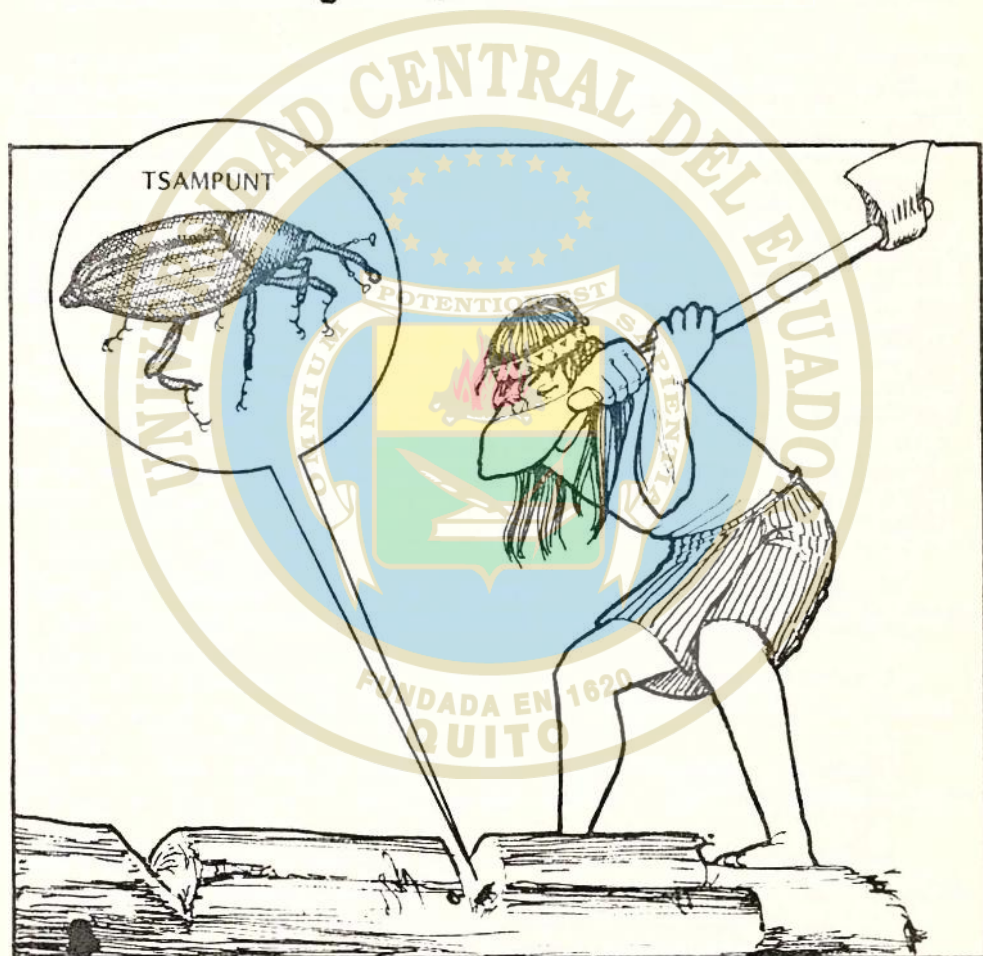
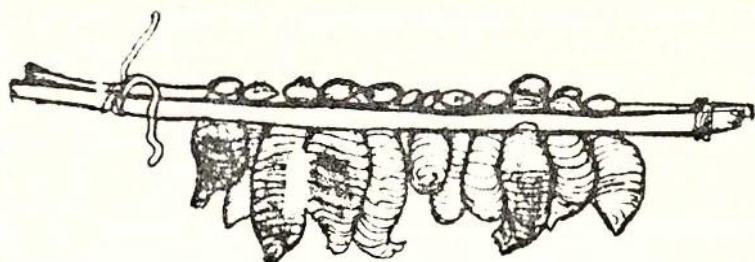
De la familia de los coleópteros; es una larva que inicia y acaba su proceso de crecimiento en el interior de algunas palmeras; al momento de la captura o de la cosecha, la larva es larga unos 6 u 8 centímetros. De color blanco—crema.

Hay dos especies: mukint' y charancham. Este es más chiquito, de unos 4 centímetros de largo. Tiene el grosor de un dedo; el cuerpo no tiene huesos; la parte interna está envuelta en una membrana resistente y es pura grasa, con poquísimas tripas de color amarillo. La larva se presenta como hecha de anillos y se mueve hacia adelante arrastrando los anillos con un movimiento de extensión y contracción.

La extremidad posterior termina en la forma de punta mocha, ligeramente más dura. La cabeza, de color negro, está en la extremidad anterior relativamente ósea, con dos puntitos en forma de ojos y dos tenazas, como una pequeña quijada, que le sirve para horadar la médula de las palmeras., haciendo unas verdaderas cavernas.

El coleóptero, que pone los huevos, es de unos 3 cms. de largo, llamado tsám-punt (shuar) o tsampú (achuar), con una trompita de un centímetro de largo, a manera nariz, que le sirve para penetrar un poquito en la parte interior de las palmeras. Hecho el huequito, depone los huevos, que parece dejar por medio de las patitas. Allí quedan





apegados, abandonados en la punta de las palmeras, en donde fue cortado el cogollo. Los huevos se desarrollan, gracias al calor de la fermentación de la médula. De allí se forman unos bichitos de color rojo, que empiezan a desarrollarse entrando en la palmera, comiendo la pulpa, la cual, fermentando, entra en estado de putrefacción. Después de un mes y medio aproximadamente, llegan al máximo de su grosor. En un tronco de palmera achu o kunkuk, se pueden encontrar hasta 80 larvas. En el proceso de metamorfosis se transforma en tsámpunt, que con su tenaza agujerea la corteza externa de las palmeras para salir y completar su definitivo desarrollo.

La metamorfosis se repite en el tiempo de la existencia de la pulpa en fermentación, sobretodo en las palmeras kuákash, achu y kunkuk.

Las larvas de esta palmera son las más dulces y las más abundantes. Las palmeras matá, chuchuk, kamanchá, tintiuk, terén y ampakái contienen pocas larvas. La charancham prefiere la palmera achu. Cada palmera da un gusto diferente a los mukint' que se hospedan en ellas.

Mientras crece en el interior de la palmera, suele emitir un chillido tsuí, tsuí, tsuí. Todos los shuar son golosísimos de esta larva que puede ser considerada su comida preferida; por lo tanto, andando en el monte, tumban las palmeras, cortan el cogollo (ijiu), y esperan que se desarrolle el mukint'. Los que tumban esas palmeras adquieren automáticamente el derecho de recoger las larvas. Con el hacha golpean la corteza de las palmeras tumbadas; el sonido característico de las larvas—tsuí, tsuí, tsuí—, confirma la presencia de las mismas, tras lo cual realizan cortes en la corteza a la distancia de unos 50 centímetros, teniendo la precaución de no cortar las larvas con el hacha. Apartan luego los trozos de corteza, introducen los dedos en los huecos o caminos del mukint' hasta dar con ellos y los cogen. A veces el shuar pica la palmera achu todavía tierna, hasta llegar a la médula, sin tumbarla esto favorecerá el desarrollo de la larva.

Normalmente, las larvas que se rompen son comidas inmediatamente, crudas. Cabe notar que es uno de los rarísimos animales que los shuar comen crudos.

Las larvas intactas se llevan a la casa, para cocinarlas envueltas en ayampaku, mezcladas con cogollo yuyo (ijiu).

Si se quiere conservarlas algún tiempo, se secan al calor del fuego, después de haberlos colgado de dos palitos, que aprietan las cabezas.

Sucede, a veces, que el shuar, encuentra los tsámpunt mientras están poniendo huevos, los coge para comérselos crudos, escupiendo las partes más duras.

También muchos animales apetecen dichas larvas, entre los cuales podemos enumerar el tsere, el tatasham, el shushuí, el kushi, que con las uñas, se abren un camino y las agarran con el hocico.

ETE (avispa)

Avispa. Existe una variedad enorme de avispas. De éstas se comen las larvas, que se encuentran en los nidos.

Las larvas son grandes, proporcionalmente al grosor de las hembras, pero nunca superan el centímetro de largo. La cantidad de las mismas dependen del volumen y la capacidad del abdomen. Hay avispas que ponen solamente dos larvas, como las mitiáikéte; otras que ponen miles de larvas y tienen nidos en forma de cono invertido, que se encuentran colgados en las ramas de los árboles tsawárim. Las avispas madres defienden siempre los nidos con sus agujones.

La forma de recoger los nidos es igual más o menos para todas las variedades. Se trata en primer lugar de tumbar el árbol, si es alto. Después se coge, un fajo de hojas secas, se amarra en la punta de un palo se prende fuego y se lo acerca al nido. Con esta operación ahuyentan ó se queman las avispas madres, peligrosas por sus agujones. Aleado el peligro, se cogen los nidos. Los nidos son hechos de una mezcla de basuritas con la saliva de estos animales.

Otras variedades nidifican en los huecos de palos podridos, caídos en tierra. Otras hacen el nido debajo de hojas, cerca del suelo. Recogido el nido, se lleva a la casa, se abren horizontalmente sus estratos y se obtienen unas capas con todos los compartimentos ocupados por larvas. Estos estratos se colocan sobre el fuego para quemar una membranita que las envuelve; luego se golpea hacia abajo y las larvas medio calientes caen en la pinink.

Enumeramos a continuación algunos tipos de ete.

Tsawárim ete: negra, grande, bravísima; se encuentran en los huecos de palos podridos; los nidos son muy grandes.

Pitiáke ete: brava, nidifica en nidos grandes de color gris, en los árboles. De tamaño chico, color negro.

Piniúk ete: de color café, brava, nidifica en los árboles, a media altura. Sus nidos son de un metro de largo.

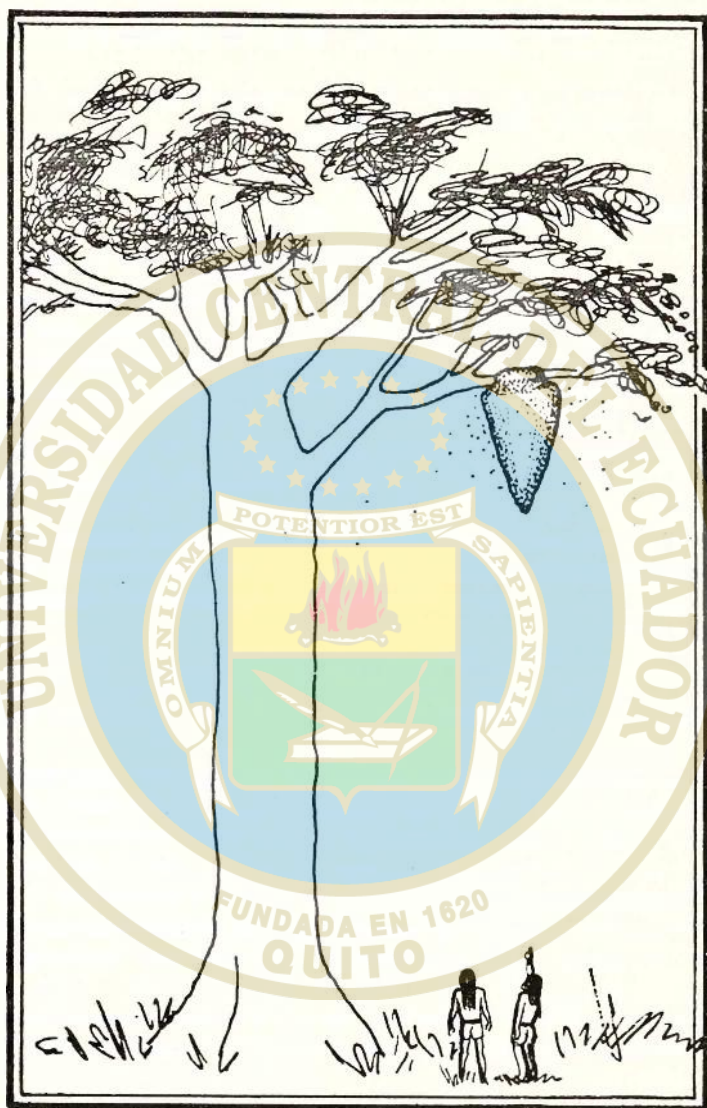
Túnka ete: de color claro, brava, mediana; sus nidos son pequeños, debajo de hojas grandes.

Kujáncham ete: de color rubio, brava, nidifica en nidos chiquitos, bajo las hojas, preferentemente de pumpú o de otras variedades de plantas de hojas grandes.

Piniú ete: brava, chiquita, negra, sus nidos son pequeños, debajo de las hojas.



PITIAKETE



Nujakár ete: rubia, chiquita, brava.

Aukainia: brava, negra, grande, nidifica en forma irregular, apegada a los palos secos.

Mitiáik ete: brava, grande, nidifica debajo de las hojas; pone solamente dos larvas. Andan entre dos.

Se podría enumerar otras 12 variedades.

UUNT CHINI (avispa más grande)

Además de ete, en la floresta viven otras especies de abejas que nidifican en el interior de palos huecos; como todas las abejas, son trabajadores y producen miel (yumin'), que los shuar acostumbran sacar, y tomar directamente, vaciando en hojas la miel de las colmenas hechas de cera; también se suele mezclar con chicha; para recoger la miel es suficiente ahuyentarlas con candela, después se abre el tronco y se recoge, tratando de sacar toda la colmena que contiene la miel sin romper el nido. Siendo brava la abeja, no ataca con el aguijón, sino que muerde con las tenazas que tiene en la boca; entra fácilmente en el cabello, causando un fastidio insoportable en su intento de cortar los pelos. Es de color rubio, larga un centímetro. A veces anda en enjambre. Sacada la miel de la colmena, ésta se usa para alumbrar; es una cera de color negro, pegajosa; con ella se forman unos cilindros delgaditos y se prende fácilmente. La llaman "Kantí". De chini existen otras calidades más pequeñas, con las mismas características.

KANTSE (Avispa no comestible)

Es un tipo de abeja de color negro; muerde al par de la chini. Hay que chamuscarla antes de acercarse al nido. Nidifica en los huecos de los palos. Se nota su presencia porque llegan y salen incesantemente del hueco que comunica con el interior del tronco. También se descubre su presencia por el zumbido que hace con las alas, emitiendo una especie de sssss prolongado. Como para la chini, se abre el palo, se saca todo el nido que es formado con una cera bien negra, dividido en compartimientos, algunos de los cuales contienen la miel que pocos toman y otros contienen larvas blanquitas que se usan para pescar. La cera es muy preciada y se usa para encerrar muits o uum'. Esta se lleva a la casa, se calienta en un tiesto de muits vieja con un hueco en el fondo, la cera, derritiéndose, se hace caer en un recipiente vegetal.

CUENTO DE PAUCH (Shiramentsa)

Un día, hablando con mi cuñado, Nunkái, y con la mujer del maestro, Nákaimp' les comuniqué que conocía un árbol en donde habían nidificado los chini.

Estas son unas abejas que ponen mucha miel, dentro de los huecos de los palos; entran y salen continuamente, llevando y fabricando el yumin'; hacen una especie de bolsas de cera llenas de miel y otras en donde depositan el niji, o sea el residuo de la elaboración de la miel. ¿Acaso nosotros, los shuar, no tenemos la chicha? Ellas hacen lo mismo. Las mujeres separamos el residuo y ellas también.

Además de estos compartimentos, hay también bolsas en donde están las crías de estas abejas.

La miel es un líquido bien limpio y purificado y, más que todo, muy dulce. Los adultos dicen que no hay que tomar mucha miel porque lleva prontamente a la borrachera, y que es muy bueno comerlo con iiju, o cogollo de las palmeras.

Fuimos con el hacha para tumbar y abrir el palo, pero encimita había otro nido de sekat, otra clase de abejas que no ponen miel sino sólo cera y suelen ser bravas; penetran en el pelo, lo cortan con las pinzas y fastidian de un modo insoportable y, a veces, pellizcan también la piel.

Decidimos tumbar el palo, pero, después de los primeros golpes, las sekat se pusieron bravas; salieron del nido y nos atacaron, molestándonos sobremanera.

Nos vimos obligados a dar un par de hachazos y a retirarnos en el monte, hasta que se calmaran para volver a dar otros dos hachazos y así sucesivamente, con el resultado que al mediodía todavía estaba el palo parado.

Pasó por allí un joven y, viéndonos, tuvo pena de nuestra situación, nos pidió el trapo con que yo cargaba la niña, se tapó con él la cabeza y el cuello y, en un ratito, sin tener miedo, tumbó el árbol.

Nosotros abrimos el hueco y encontramos bastante miel. A mí me gusta mucho y, cogiendo las bolsitas llenas de líquido, me las ponía a la boca, chupando el dulce y botando el niji, o sea la cera.

Mientras estaba saboreando la miel, mi cuñado me llamó de improviso, yo me sobresalté y, sin darme cuenta, me tragué toda la bolita de niji y de miel que se me quedó en la garganta sin poder tragarla ni escupirla.

No permitía hablar siquiera y llegó a faltarme la respiración. Me sentía sofocar, y entonces, a señas, le indiqué que me ayudara a sacármelo y salir de apuro. El joven me metió los dedos en la boca y me liberó.

Casi me muero por comer esa miel.

Mis compañeras se rieron a grandes carcajadas, diciéndome que me quería tragar la chicha con toda la muits.

WEEK o YARUSH (añango)

De la familia de las hormigas. De un tamaño regular. De la misma familia o del mismo nido hacen partes diferentes yárush, con papeles diferentes. Existen los llamados aentsri o shuari, que son las verdaderas arrieras.

Estas hormigas, de tamaño más pequeño, cargan continuamente pedazos de hoja desde el árbol hasta el nido, recorriendo decenas y hasta un centenar de metros. Caminan siempre en fila, sea en tierra sea verticalmente sobre los troncos de donde sacan las hojas. En las patas tienen unos pequeños ganchitos que les permiten cualquier acrobacia. Transportan la hojita cortada encima de la cabeza contenida por una tenacita que tienen en la frente y que le sirve también para cortar las hojas casi en forma circular.

Las naishampri, de tamaño más largo, mantienen el orden en los caminos y en la entrada del nido y defienden la salida de la reina. Poseen un par de tenazas que muerden duro y pueden tranquilamente cortar la tela de un ttip; éstas nunca cargan. Algunos las llaman sántari, porque parece que mantienen el orden.

En la organización de un nido hay una reina del tamaño de 4 cm., de un color azulado; es la que, al salir las week, llora la despedida de los hijos con el chillido: sha, sha, sha.

Suele estar siempre en el nido; su nombre es shaam; no vive mezclada con las demás, sino en una sección aparte.

Pukuij es la hormiga encargada de ampliar continuamente los nidos; lleva hacia el exterior granos de tierra que dan al nido el aspecto de lomita; al salir del hueco, suelta en su borde el grano y regresa nuevamente a sacar otro.

Ninguna de las hormigas nombradas es comestible.

Cuando un nido se forma en una chacra o cerca de ella, es bastante dañino porque destruyen las hojas de la yuca, del plátano y de otras plantas en forma violenta.

Los shuar, para salvar en seguida los cultivos, cavan profundamente los nidos, desparramando las hormigas.

En período determinado, normalmente después de las grandes crecientes, en septiembre - octubre, vuelan las hormigas comestibles.

No es fácil cogerlas en cantidades, si no se conocen bien las condiciones atmosféricas y las costumbres de dichas hormigas.

Al acabar el período del verano, aproximándose el tiempo de los fuertes agua-



YARUSH

ceros, acompañados de truenos y relámpagos, es casi seguro que la hormiga comestible esté lista para dejar el nido y emprender el vuelo.

La tarde anterior al vuelo previsto, los shuar observan si los huecos de los nidos son oportunamente ensanchados por las naimpiari. Cerciados de esto, se quedan cuidando toda la noche, para asegurarse que no regresen. Por esta razón se aconseja no pisar los nidos ni molestar mucho.

Cuando todo está seguro, a una distancia de 7-8 metros del nido se cavan unos huecos revestidos hacia afuera de una pared de hojas y palos, se plantan unas horquetas y se espera la hora de la salida.

Antes de que amanezca, alrededor de las 5 a.m., aparecen las primeras yunki, más grandes, negras, con alas, y las chawa, más chiquitas, rojizas, también con alas.

Es la señal precisa que después de breves instantes saldrá la colonia de las hormigas. Entonces los shuar prenden unas antorchas de shirípiik y las cuelgan de las horquetas. Al mismo tiempo suele asomar una cantidad enorme de jeéncham, que pasan rozando a baja altura y chillando estentóreamente, con la evidente intención de comerse las hormigas. Cada shuar está tras del hueco; al poco rato, una cantidad impresionante de yunki y de chawa empiezan a salir de los huecos y a volar; pero al ser atraídas por la luz de las antorchas, se acercan en masa, quemándose total o parcialmente las alas, y caen en los huecos.

Para evitar que emprendan nuevamente el vuelo, se agarran y se ponen en unas ollas tapándolas inmediatamente.

En el vuelo hacen un zumbido similar el tsampunt; las que no se precipitan en la candela y las que no son atrapadas por los jeéncham, vuelan lejos.

La yunki recorre distancias de kilómetros, mientras la chawa es más débil y no se aleja, sino algunos centenares de metros.

Este espectáculo dura pocos minutos.

Cuando han salido todas las hormigas del nido, los shuar revisan lo recogido y botan las naimpiari que eventualmente se hayan mezclado con las otras comestibles y sacuden las ropas para librarse de las que se hayan pegado a los vestidos.

Luego regresan a la casa con sus ollas de añango, al mismo tiempo que desaparecen los jeéncham y amanece el nuevo día.

Los shuar aprecian mucho este insecto y son extraordinariamente golosos de él, sea porque es sabroso, sea porque es raro, ya que es un fenómeno anual y para aprovecharlo hay que tener suerte.

Los añangos tienen la forma de tres esferas unidas: una, que pertenece a la cabeza, más chiquita; otra, corresponde al abdomen, más grande que la primera; y la parte posterior, más voluminosa todavía. La parte posterior es más sabrosa porque es la que contiene los huevos. De hecho, yunki es la que deja más huevos en un nuevo nido que forma más lejos. En cambio la chawa, aún teniendo la misma forma de la yunki, casi no tiene huevos.

Durante la época de la aparición del añango es fácil encontrar en el monte huequitos redondos, hechos por las yunki. Los que reconocen tales huequitos, cavan unos 5 cm. y encuentran la yunki recién entrada; sacándola, se la comen cruda.

Las yunki, una vez en el hueco, "se casan" con nampich, que las lleva adentro, les hará poner los huevos, de los que harán otros nampich.

A las hormigas recogidas se les quitan las alas y se tuestan al fuego con un poco de sal. La mayor parte de ellas quedan vivas en las ollas; es una ventaja porque no se pudren y permanecen frescas algunos días.

NARRACION DE JANKICHAK (mutints)

En estos días llovió mucho y también tronó bastante. ¿Acaso no es éste el tiempo de yárush?

Acabando de llover, nos dimos cuenta que los añangos hubieran volado en estos días.

De tarde, fuimos a ver un nido enorme en mi chacra, cerca de la casa. Algunos "soldados" ya estaban abriendo el camino para que volaran las grandes al amanecer. Toda la noche las trabajadoras preparan los huecos de salida para las voladoras.

Regresando a la casa, cogimos las antorchas de copal y de corteza de mukunt preparadas de antemano. Fuimos con los muchachos al nido; los shuar no tenemos reloj y, de noche, es difícil saber la hora; así que nos fuimos a la chacra en buena hora para preparar las trampas. La noche es fría y prendimos candela y, alrededor del nido, preparamos los huecos en donde previmos salieran las yárush. Los huecos no son muy hondos y grandes, como para que entre una olla; se preparan otros huecos con hojas de plátano, tejidas con palos formando una especie de barrera alta hasta las rodillas. Preparamos una barrera por cada uno de los huecos, todo alrededor del nido. Trabajamos así toda la noche y tomamos chicha.

Casi nos dio sueño.

De madrugada los grillos dejan de chillar, razón por la cual nos dimos cuenta que la hora estaba cerca. Después se acercaron los jeéncham, con la intención de comerse las yárush, lo cual nos dio la certeza de que iba a realizarse el éxodo.

Prendimos nuestras antorchas y las pusimos entre los huecos y la barrera, bien amarradas a una piolita para que no se cayeran.

Cada uno estaba cerca de su lumbrera, antes de que amaneciera. Cuando las primeras hormigas salieron del nido, con su zumbido se alejaban o, cegadas por la llama de las antorchas, se acercaban a ellas. Los shuar sabemos saltar cerca de los nidos gritando: miikia, miikia, miikia - sha, sha, sha - nuse, nuse, nuse, golpeando rítmicamente los talones.

Los wéek salen a millares, igual que los granos de poroto o de maíz o de mani. Paulatinamente iba aumentando el éxodo de las hormigas; después de poco rato, salían a millares y, atraídas por la luz, golpeaban en las hojas de la muralla, cayendo en el hueco con las alas quemadas; algunas antorchas se apagaron, tantas eran las wéek.

Las que caían en el hueco, se cogían con las manos y se guardaban en las ollas, tapándolas bien, para que no se escaparan. Otras emprendían el vuelo.

También los jeénchan eran felices.

La fiesta duró poco.

Después de poco, amanecía y las yárush disminuyeron poco a poco, hasta perderse.

Entre todos cogimos 4 ollas llenas, cogimos bastantísimas y las llevamos a casa para asarlas y comerlas.

Mientras estábamos cogiendo estas yárush, un muchacho fue mordido por un surtat; estas hormigas arrieras cortan durísimo y saben sacar mucha sangre, y casi no se dio cuenta por estar cogiendo tanta wéek.

UJUKAM (mono)

Lo llaman MUSUMUKU al Sur

De la familia de los monos. De tamaño mediano, llega a tener 40 cms. de altura con un peso no superior a los 0,7 kg. De color café, siendo el pecho más claro tendiente al blanco; el rabo es más oscuro con tendencia al color negro. Las extremidades son aptas para caminar y saltar entre las ramas de los árboles. El rabo no es prénsil y no lo usa para colgarse del mismo. Los ojos son grandes, por ser animal nocturno, y a la luz solar toman un brillo especial. El iris es de color amarillento.

El macho es ligeramente más grande que la hembra; el órgano sexual es igual que el del tsenkush. Suele dar una sola cría en cada parto, en el tiempo de las frutas.

UJUKAM



Se desplaza de noche, caminando en las ramas de los árboles; anda en pequeñas manadas de 5-6 a la vez, haciendo ruido; cuando el cazador pasa la noche en la floresta, es fácil oírlo. Como el tseepai, el macho carga la cría en la espalda. Se alimenta de fruta ampakái, sampi, shuinia, terén, tseás numi, suntuch, etc. Siendo nocturno, cerca de la madrugada, suele regresar a su casa; se refugia en los huecos de los árboles de terén; en un solo refugio suelen entrar hasta 5-6 ujúkam y hacen brillar sus ojitos dentro del hueco. A menudo, durante el día, mira fuera de su refugio para descubrir eventuales enemigos. Su grito, tanto de día como de noche, es ju, ju, ju,...

Se le sigue de madrugada para descubrir el lugar de refugio, para después tumbar el árbol y capturarlo. A veces, cuando se asoma durante el día, se le dispara con la bodoquera; pero sucede que cae muerto en el interior del hueco; otras veces sale afuera asustado y cae muerto. Si cae en el interior del árbol, éste se tumba, se abre el hueco, con mucha atención se le coge como se hace con todos los monos, porque tiene una dentadura muy fuerte y puede herir fácilmente.

Sus crías son domesticables. Tienen un carácter alegre y acostumbran andar de noche por la casa. La carne es óptima; se chamusca o se introduce el cuerpo en agua hervida y se lo pela de modo que la piel quede blanquita.

El soñar una mujer buena es presagio de cazar al ujúkam.

TSEEPAI (mono araña)

más al Sur se llama BORLA BLANCO

Pertenece a la familia de los CEBIDOS. De tamaño muy reducido. Agilísimo. Mide escasamente 8 cm. y pesa unos 100 gms. Las extremidades son proporcionales al tronco, aptas más para caminar en los árboles que para colgarse. También el rabo no es tan largo, armoniosamente proporcionado y no es prensil. De color café, tiene en el espinazo una faja longitudinal gris con puntos blancos; el pelo es largo, la cara es chiquita con ojos negros. A ambos lados de la boca asoman unos bigotes blancos; las orejas son iguales a las de los monos y del hombre. En las extremidades tiene uñitas que le permiten trepar aún en los troncos de las palmeras lisas. Tiene cinco dedos sea en las manos como en los pies. El macho es un poco más grande que la hembra. Vive en las partes bajas del monte, en donde no hay árboles muy grandes y altos, pero bien tupidos. Esto se explica porque su complexión física no le permitiría moverse entre palos grandes. Los lugares llamados tsuat son los preferidos.

Se alimenta preferentemente de langostas, saltamontes y grillos (manchi), pero no le disgusta la fruta, como el sampi, que come, tragando inclusive la pepa. Otra fruta es la yanaku, muy dulce, y también la tsenkunch, que chupa, después de descascarla. Igualmente la apairam y kushípiak, que es una especie de cacao.

Los órganos sexuales son iguales a los de los demás monos; pero monta la hembra por la espalda. Da las crías en épocas fijas, en el tiempo de la madurez de las fru-





TSEPAI

tas. Puede dar de una a tres crías, que amamanta con su leche; al acabar de comer, se acerca el macho a la hembra carga las crías en la espalda, que se agarran de la nuca.

Acostumbran andar en manadas de 5 a 15. Duermen en lugares oscuros. Los adultos juegan entre ellos y con las crías, pero también suelen pelear entre machos.

Su voz común es ts ts ts tse tse; pero en la pelea emiten un grito muy suave: kushia kushia, los chiquitos cuando lloran emiten el sonido: chiai, chiai, chiai.

Los shuar los cazan para comer su escasa carne; al acercarse al grupo remedan suavemente su chillido, los disparan sus flechas envenenadas. A veces los cazan también con tsentsak, sin veneno, y suele morir, si es traspasado en partes vitales. A pesar de ser diminuto y no obstante su agilidad, demora para desplazarse de un lugar a otro y, con un poco de suerte, se puede alcanzarlo y hasta atraparlo con las manos; en cambio, la cría es relativamente fácil de atrapar.

La cría chiquita se amansa fácilmente y una vez amansada no se aleja más de la casa; quedan jugando continuamente en ella. No así los adultos, los cuales no se dejan amansar y se suicidan comiéndose los genitales.

Los pájaros son sus grandes enemigos.

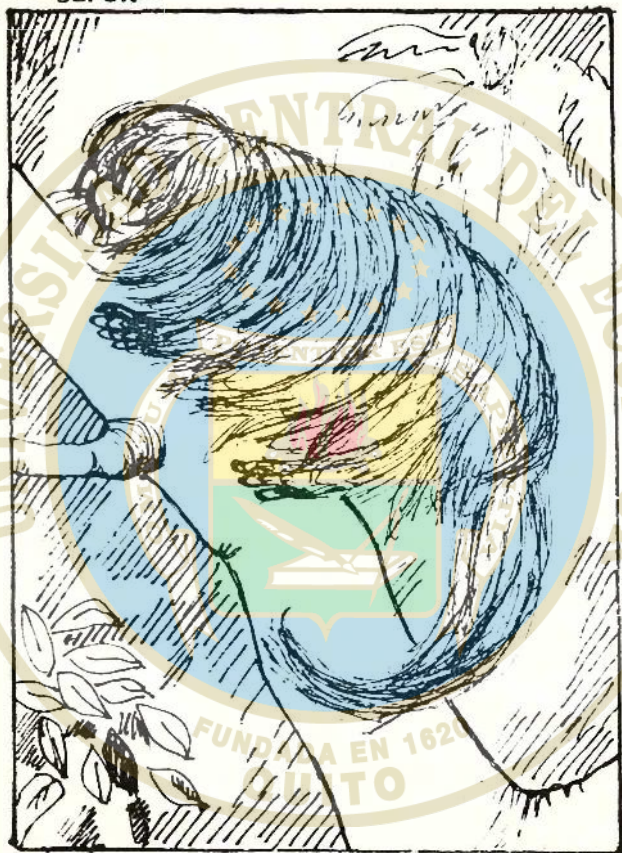
SEPUR (vulgarmente incluido en la familia de los monos)

Su tamaño es engañoso por el abundante pelo que abulta el cuerpo. De hecho el cuerpo es de unos 30 cm. y pesa un kg. Al divisarlo en el monte, aparece como un animal de unos 50-60 cm.; el pelo es largo unos 15 cm., de color negro con puntitas blancas en el dorso; el pecho tiene un color café y los pelos más cortitos y muy ralos. El cuello es siempre mojado de un líquido hediondo que el animal mismo transpira. La cabeza es más bien chiquita: tiene la frente más blanca. Los ojos son negros, la nariz con punta blanca. Tiene muelas muy desarrolladas; sus extremidades son aptas para caminar en los árboles, las manos, provistas de cinco dedos, son blancas. El macho es ligeramente más grande que la hembra.

El órgano sexual del macho es pequeño, el de la hembra blanquito. El contacto sexual se realiza por la espalda. Da normalmente una cría en el tiempo de las frutas, o sea en el mes de enero y de febrero. La hembra carga su cría al igual que los otros monos. Andan en manadas de 10 a 15, preferentemente entre los árboles, pero a veces bajan al suelo en donde pierden toda su agilidad. En el suelo se mueven lentamente; en cambio, en los árboles, son capaces de hacer saltos fenomenales de un árbol a otro.

Se alimentan de frutas como sampi, terén, frutas de pápurtseás, yamajancha tseas, ampakái, vaas y hojas tiernas. Igualmente algunos insectos como el nákantur, que es un tipo de hormiga.

SEPUR -



Su voz característica es: tsuntsúkruá, tsuntsúkruá; cuando advierte algún peligro, en lugar de callarse y de ocultarse, emite silbidos muy temblorosos como kué kué kué; los chiquitos, cuando lloran gritan serer serer. Si es divisado por el ukukuí, especie de ave rapaz, no tiene salvación.

Se descubre fácilmente su presencia porque chilla y se escucha aún de lejos. El shuar va acercándose remedando su voz con el silbido, para que el animal, situado eventualmente cerca del suelo, no se escape y no se asuste, porque yendo hacia lo alto sería mucho más difícil alcanzarlo. Otras veces, remedando el cazador el chillido del chiquito, baja y se acerca; entonces con extrema habilidad el cazador le dispara sus flechas envenenadas, buscando dar en el blanco en la parte inferior, porque el pelo largo del animal engaña y casi siempre la flecha queda atrapada sólo en el pelo.

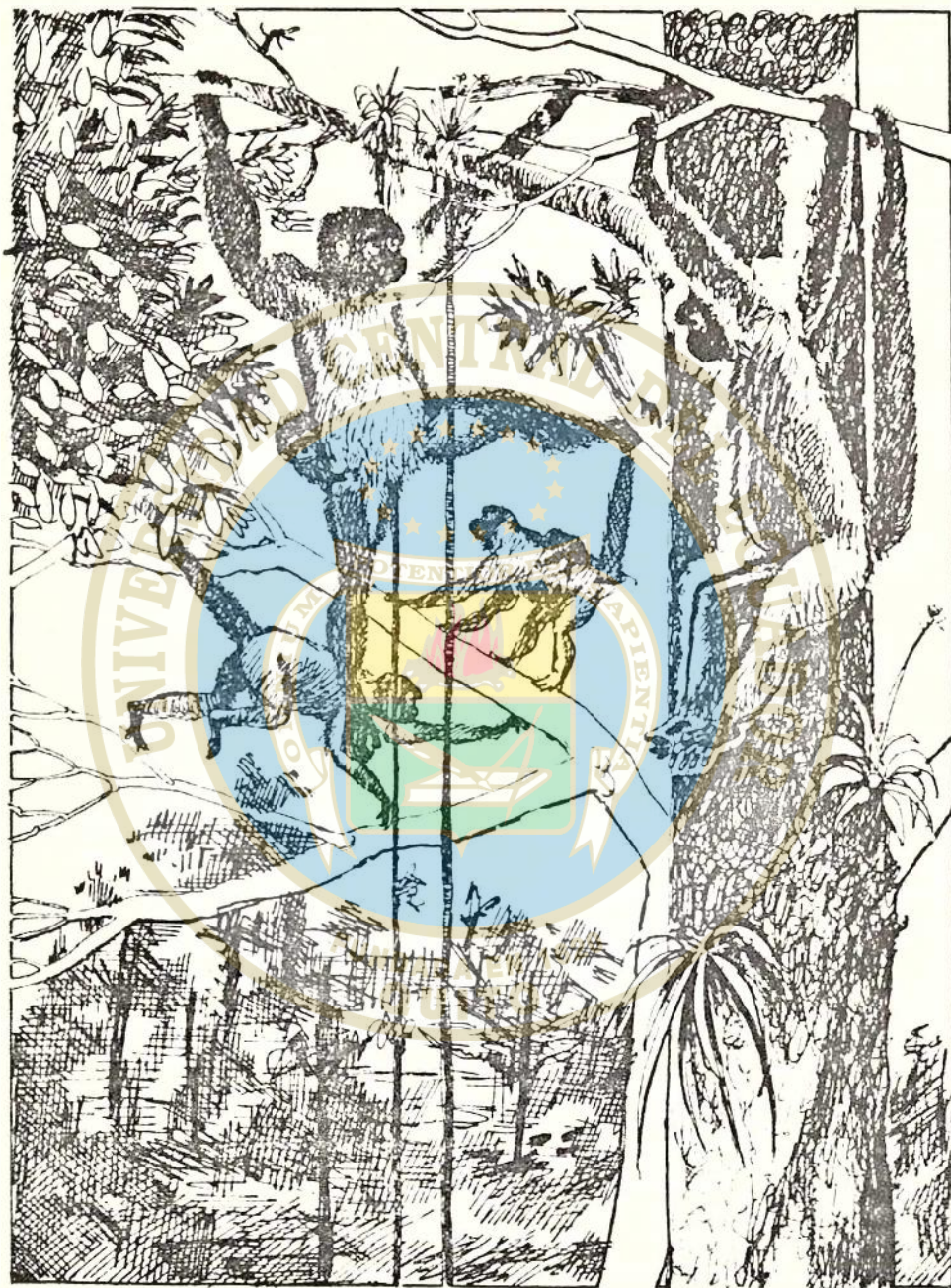
Cuando es herido, no hace ningún intento para extraer las flechas como acostumbra hacer otros monos. A veces caen en el suelo, pero hay que tomar la precaución de que los perros no se acerquen mucho, porque es capaz de morderlos y atacarlos feamente.

El cuerpo se chamusca; la carne es buena, aunque un poco dura, sin ser grasienta, también en tiempos de frutas, sus tripas no se comen, ni se dan a los perros porque el animal come frutas venenosas.

A veces se desolla para hacer de su piel unos lindos adornos, como coronas o gorras.

CHU (mono chorongó) **Llamado CHORO al Sur**

Mono de color café, con matices oscuros en el pecho; de un tamaño más bien grande, considerando que, sentado, llega a 60-70 cm. de altura, con un peso que puede llegar a 10 kg., y a veces, a 12 kg. Las extremidades tienen las mismas proporciones que las del hombre; el rabo puede medir hasta un metro de largo; la cabeza es de forma redonda con la cara oscura, los ojos negros y las orejas parecidas a las del hombre. En las manos y en los pies tiene 5 dedos. Los machos son más grandes: tienen el escroto parecido al del hombre pero el pene es delgado y de color negro; glándula adquiere la forma de un botón. Los shuar suelen llamar la atención sobre la presencia de piojos en los testículos (sukí tema), cosa que repiten con frecuencia en sus conversaciones. La hembra es más chiquita, respetando las proporciones; a la altura del busto tienen los senos semejantes a los senos de las mujeres. No hay particularidades en el órgano sexual. Las relaciones sexuales las realizan por adelante, en un modo muy parecido a los seres humanos. Todo se actúa sobre los árboles, preferentemente en las bifurcaciones de las ramas. Hay una cría en cada parto; ésta pasa los primeros días agarrada al seno de la madre que la transporta en todas sus peregrinaciones; apenas se hace suficientemente independiente se agrega al grupo. Normalmente andan en ma-





CHU



nadas de 20 a 50 ejemplares, siempre al mando del más grande: Untri Kumpári Wapu.

Se alimenta de fruta (sampi, achu, ampakái, terén, chimi) de hojas de yamajancha y de insectos como los manchi. La mayor parte de su vida la pasa en los árboles, pero a veces anda en el suelo, pero muy raramente. Sucede que agarrándose a los palos podridos o secos caiga al suelo. Si la cría cae desde arriba, la madre baja al suelo para llevarse la.

Andan siempre en grupos, pero presentándose algún peligro se disuelven desordenadamente en muchas direcciones, para volver a unirse más lejos. Es frecuente la pelea entre machos por conseguir la hembra. La lucha se realiza cuerpo a cuerpo, a mordiscos y con las manos. El macho que ha ganado la pelea, lleva a la hembra en lugar apartado; ésta da cría en cualquier tiempo del año, diferenciándose de otras especies, que dan cría sólo en períodos determinados.

No tiene moradas fijas, pasa la noche preferentemente en la floresta enmarañada, donde hay muchos bejucos; duermen regados, para después reunirse por la madrugada, llamándose mutuamente con el grito: chaár chaár, voz que se oye a distancia considerable.

El chu es más gordo en el tiempo de la madurez de las frutas, o sea en los meses de diciembre, enero y febrero, y más flaco en las demás épocas del año. La gordura del chorongó es muy apetecida por los shuar.

Para defecar y orinar enroscó el rabo de una rama hacia atrás y se cuelga de los brazos a otra rama hacia adelante y suelta las piernas en el vacío.

No tiene muchos enemigos; entre los pocos existentes está el untúcham, que lo espera escondido entre las ramas de los árboles; a su llegada lo ataca fulmineo precipitándose ambos al suelo, desde una altura de hasta 10-20 m.; después de corta pelea el untúcham logra matarlo y se lo come. Otras veces el mismo untúcham sigue los movimientos de la manada y espera pacientemente que algún chu caiga al suelo para atacarlo irremediablemente. Igualmente el churuwía ataca el grupo, provocando un pánico indescriptible, gritando algunos, cayéndose otros; si logra alcanzar y matar a un ejemplar, allí mismo se lo come, abandonando el resto. Cuando muere un ejemplar macho, todos los monos se ponen a "llorar", con el grito: chará chará cháu cháu, más fuerte que nunca. Cuando llueve, quedan calladitos entre los palos, sin moverse en absoluto. Toman el agua recogida en los huecos de los palos o en las hojas de los árboles.

Varias son las formas para descubrirlos. El shuar anda siempre despacio investigando y descifrando cualquier ruido, mirando entre las ramas y entre las hojas con la esperanza de divisar al animal. Es revelador el ruido que hacen al moverse como también el sonido de la voz de alarma por la madrugada o el chillido de: chu chu chu que los animales hacen en los momentos de calma. Es señal inequívoca de presencia el

descubrir las pepas de frutas comidas que dejan caer o también los excrementos que se encuentran en el suelo y el olor de la orina. Cuando se oye o se descubre el pájaro saúsú o tuásh, es casi seguro que en los alrededores se encuentra un grupo de chu, porque estos pájaros andan alrededor de los chu. Al oír ruidos extraños, el mismo chu mueve unas ramitas para llamar la atención de posibles seres extraños; el cazador, engañado, se mueve y entonces el animal se aleja lo más velozmente posible.

Cuando el shuar descubre a los monos, se acerca con la uum' o con carabina, escoge los ejemplares más gordos, sopla sus flechas envenenadas o dispara. El cazador busca no hacer ruidos que puedan suscitar sospechas y dispersar a los chu.

Es igualmente indispensable que el cazador descubra el animal antes que éste lo haga. El cazador, para acercarse sin hacerse notar, emite un silbido modulado como: fru fruu fruu. Los monos, al percaterse suben sobre los árboles, lo más alto posible y lo harán lanzándose en todas las direcciones con una habilidad y velocidad indescriptibles, mientras que el shuar debe sudar para perseguirlos, desistiendo a veces en el intento de alcanzarlos.

Cuando la flecha envenenada entra en el cuerpo del chu, éste busca inmediatamente arrancarla; a veces la saca bien recta, sin permitir que la punta se quiebre y se quede en la carne; otras veces quiebra la flecha y la punta envenenada se le queda clavada en la carne y empieza el efecto paralizante del tseás. Desde abajo el shuar tiene que seguir todas las acciones del mono para cerciorarse que la flecha se haya quebrado, seguro que al chu le quedan pocos minutos de vida. En seguida el shuar se da cuenta de que el mono se mueve como narcotizado y al fin se caerá ya medio muerto. Si el tiro no es bien acertado le dispara otro, hasta matarlo; los heridos pueden ser varios y deben ser seguidos para que no se pierdan.

El mono muerto puede quedar colgado entre las bifurcaciones de las ramas de los árboles grandes. En este caso se tumba el árbol o se busca de llegar al mono subiendo a los árboles cercanos o moviendo ramas, bejucos, arbolitos, a fin de facilitar la caída de la presa muerta.

Cuando se lo hiere con la escopeta, se necesitan otros disparos para tumbarlo y para ello es indispensable seguir al animal herido y tratar de acertarlo. La parte más delicada es el pecho o la cabeza. El mono herido se sube o se aleja aún con un brazo o con una pierna rota. Es fácil seguir a los monos heridos porque dejan huellas de sangre. A veces mueren sobre los árboles y después de algunos días se difunde el mal olor que llama la atención de las aves de rapiña. Si cae muerto al suelo, el cadáver llamará a animales carnívoros. Al caer una hembra con la cría en la espalda, se busca cogerla rápidamente; de lo contrario esta logra escaparse, casi siempre. Si cae todavía con vida, es peligroso acercarse, porque puede morder; entonces se lo golpea en la cabeza, para asegurarse que no pueda hacer daño.

Cuando el animal está muerto, se lo prepara para el transporte; se lo pone al

suelo, de espalda, se cogen las dos piernas y se colocan a los dos lados encima de la cabeza y se amarran detrás de la nuca; el rabo se lo envuelve alrededor del cuello; luego amarran el cuerpo estrechamente con un bejuco, lo viran y, otros bejuco de determinada medida, se hacen pasar debajo de los brazos, igual que la chankin, con la cara mirando hacia afuera. Si hay cría se la amarra, para darles el tiempo de amansarse.

El chu se lo chamusca en la mayor parte de los casos, a veces se lo desolla empezando a cortar del ombligo hacia arriba incluyendo la cabeza y los brazos, para poder confeccionar más tarde una uyunt. Su carne es la más sabrosa entre la de los monos; son buscados especialmente en el tiempo de la gordura, es decir en el tiempo de la madurez de las frutas.

Acabado el tiempo de las frutas, cuando el chu está al máximo de la gordura, pasa mucho tiempo frotando las partes grasientas y la barriga, en los árboles; se dice que lo hace para enflaquecer rápidamente.

TSERE (machín) Mono blanco al Sur

Mono de tamaño mediano, más pequeño que el chu; de unos 40-50 cms. de alto, de color gris, más claro en el pecho, más oscuro en los hombros, del peso de unos 6 kg. Las extremidades inferiores y superiores son muy bien proporcionadas; el tamaño y la constitución le permiten una agilidad extraordinaria, siendo uno de los animales más difíciles de perseguir. A veces, no pudiendo escaparse en los árboles, baja al suelo sin dejar rastro alguno. Tiene la cara semejante a la del hombre, blancuzca, con los ojos claros. El macho es más grande que la hembra, y la cabeza es un poco más acentuada. Los órganos sexuales del macho son muy parecidos a los del chu, aunque un poco más reducidos; de los de la hembra se puede decir lo mismo.

Normalmente dan una sola cría que cargan como lo hace el chu; los primeros días se la llevan colgada al pecho, después de unos días la tienen colgada de la nuca, y luego de la espalda. No tienen tiempo fijo para dar cría.

Se alimentan de fruto como pau tintiúk', saput', después de haberlos cogido los rompe, golpeándolos en los palos. También se alimenta de sampi, chimi y otras frutas, sin excluir hojas tiernas. Roban huevos de volátiles, insectos como los manchi, y también tsuntsu que rompe para tomar su contenido. En el tiempo de la madurez de las frutas se reúnen donde hay achos por ser muy golosos de sus pepas; con las muelas rompe los palos podridos para comer shuñi, fruta de terén y tsentsak. Andan entre 2 ó 3, a veces hasta 5. Viven en los árboles, pero no muy altos. A menudo andan en el suelo o bajan de los árboles para recoger los frutos caídos, que después comen mientras vuelven a subir. En el tiempo de calor o de sequía bajan para bañarse en los riachuelos.

Son muy afectuosos entre ellos: se sientan para buscarse los piojos en pareja; con las manos mueven el pelo del compañero y encontrando el piojo lo matan y lo botan. Cuidan su cría para que coma alguna fruta; la mamá se aleja prudentemente; pero, al presentarse algún peligro, rápidamente vuelve donde está la cría y, en el caso de no poder recogerla, no se aleja mucho de ella. Tiene la costumbre de mezclarse con otros tipos de monos como mirut, chu, tseem. Cuando este tipo de mono es manso, o sea cuando se encuentra con el hombre por primera vez, suele hacerle travesuras, como tirarle pedazos de palo o pedazos de ramas o frutas. Mientras se aleja, no abandona lo que está comiendo, sino que se escapa, sirviéndose del rabo o de las extremidades y llevando la comida en la mano.

Cuando se le mata la cría, no la abandona, sino que se la lleva consigo, aún muerta e inerte. Los machos pelean entre sí.

A veces sucede que el tseré baja al suelo y entonces es perseguido por el perro; en este caso el tseré se para, se echa sobre los hombros y finge estar muerto; acercándose el perro, lo ataca duramente, y normalmente lo hace correr, mordiéndole e hiriéndole feamente, provocando alaridos, porque el tseré tiene muelas bien afiladas y fuertes, y unos caninos largos.

Prefiere dormir en la palmera awánt o achu, sentado; si hay más de uno, duermen en orden de estatura, desde el más pequeño de un lado hasta el más grande al otro extremo.

Con las manos sacan los mukint, que encuentran entre los ampakai.

Moviéndose por los árboles, cantan, pero preferentemente por la mañana. Su voz es: churuá churuá churuá, a manera de silbido y también: ja ja ja, gutural y corto. Los enemigos son los mismos: untúcham, amich'. A veces es mordido por la víbora káwaikiam; los churuwia también lo atacan, matándolo; a veces también el pinchu y el saijip lo atacan, matándole la cría y los más pequeños del grupo. El jeéncham también aprovecha de su sangre y, como anda siempre en las palmeras, hasta los titink y los yutuí le pican.

Los sistemas para matarlo no se diferencian mucho de los del chu: basta acercarse cautamente y buscar de acertarle con las tséntsak o la escopeta; un sistema muy usado es la llamada o sea el cazador, al darse cuenta de estar cerca de la prese, empieza a imitar su voz truu truu truu, a manera de silbido, al que el animal contesta así mismo; el shuar se asegura donde está sentado y busca de acercarse lo más cautamente posible; por otra parte, el mono, al oír el grito se acerca al hombre que lo mata; otras veces, por ser el mono bien ágil, si se da cuenta de la presencia del shuar, se escapa sin remedio. Se carga en la misma forma que el chu, raramente se mata más de uno.

Se chamusca normalmente; el cuero no se usa para trabajos especiales; pero, a veces se usa para la piel del tampúr, siendo muy delgada.

La carne es sabrosa; en tiempo de frutas la grasa es abundante. Aún a los niños tiernos se les da de comer su carne. Sin embargo, algunos achuar no comen la carne de este mono por ser muy parecido a los blancos. Las crías del tsere son muy buscadas por los shuar, por ser muy simpáticas y juguetonas; pero al mismo tiempo es tan descarado, que los chicos, al hacer travesuras, son llamados machín, por asemejarse al mono.

Amansado en la casa suele ser ladrón, robando huevos o comida, portándose casi como un shuar; también se lo llama cochino, porque frota su pene e intenta meterlo en cualquier hueco. Encontrando cualquier tipo de mono hembra, busca siempre de molestarla sexualmente; así mismo a veces se porta con los perros. Es aconsejable tenerlo amarrado.

WASHI (mono) MAKISAPA al Sur

Mono, de color negro en la espalda y gris blanquito en el abdomen; la cara es de color negro con los ojos también negros; las cejas blancas como la punta de la nariz, el más grande entre los monos de la zona shuar, ya que, sentado, puede llegar a 80-100 cm. de alto; tiene las extremidades desarrolladísimas y muy largas, tanto las patas como los brazos; por eso también viene llamada esáram wáshi¹. Puede llegar a tener el peso de 20-25 kg., luego cuando son bien grandes, como el wapurí, que es el macho el jefe del grupo; normalmente más grande que las hembras.

En las manos, de color negro, tiene 4 dedos y en los pies 5; el rabo es extraordinariamente largo y fuerte, y llega a medir más de 130 cm. lo usa igualmente como un quinto miembro en los movimientos entre los árboles.

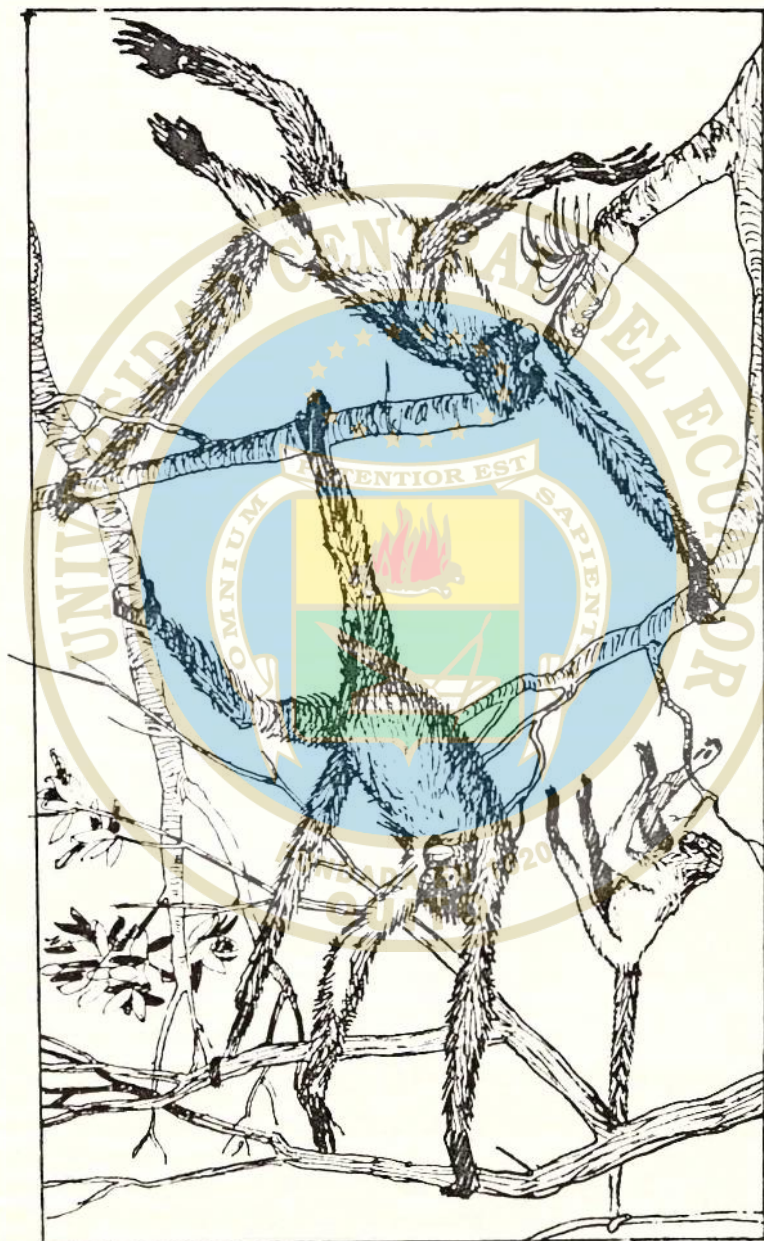
Los órganos sexuales son los mismos que los del chu y las relaciones sexuales las tiene como el chu. Tampoco tiene un tiempo fijo para dar cría y da una cría a la vez.

El pelo sobre su frente parece peinado como shuar. En la base el pelo es más claro y después se hace negro.

Normalmente anda en manadas de 5 a 15 dirigidos por un wapurí. Son de los monos los más veloces y, de consecuencia, los más difíciles de matar.

Comen con gusto el kunkúk, una pepa de forma ovalada de unos 3 cm. de largo por 2 de ancho. Esta pepa, antes de comérsela, la coge y la prueba en el ano para ver si es de un tamaño tal que la pueda expulsar. Si la pepa pasa por el ano, la come; si en cambio la pepa es más grande del ano, la bota. En el tiempo de las frutas come

(1) Esaram = largo.



WASHI

sampi, pero no en cantidades, ampakái verde, chimi; en otros tiempos se alimenta de cogollos, de hojas tiernas, terén, etc. Cuando come frutas y se ensucia las manos, acostumbra limpiarlas frotándolas sobre los palos y ramas.

Dándose cuenta de algún peligro la manada se desbanda, pero frecuentemente, debido al peso notable, rompen ramas o palos secos, situados a la altura de 20-30 metros y caen al suelo, pero sin morir: a lo mejor suben nuevamente en los árboles y se escapan con extrema rapidez. Con la cría se porta lo mismo que los otros monos y como el chu.

A diferencia de otros monos que saltan o que caminan sobre las ramas, el wáshi se mueve sólo colgándose de los brazos, patas y rabo y balanceándose. Brinca hasta 8-10 ms. de distancia; agarra los palos y balanceándose aprovecha su elasticidad causada por el movimiento ondulante para ganar espacio en los saltos.

Cuando es perseguido por algún cazador, mira siempre atrás para ver al perseguidor y, divisándolo, sigue en su carrera. Cuando anda tranquilamente su voz es áa, áa, áa, muy parecida a la de los shuar. Apenas se dan cuenta de un peligro, o cuando quieren llamar a larga distancia a los compañeros, emiten un grito fortísimo au au au uuu que se oye a kilómetros de distancia. Este grito atrae inmediatamente la atención de los cazadores. Las crías todavía tiernas tienen un grito similar a: nukurú nukurú, hablado muy velozmente y acentuando las u. Duermen sobre los palos, acostados como los perros.

Después de fuertes aguaceros, sube en las partes más altas de palos secos, o sin hojas, para secarse; apareciendo el sol, suele rascarse despacio para secarse bien.

Cuando se encuentran en manada, juegan entre ellos; sentados uno cerca del otro: parece que se den de puñetes recíprocamente.

Los contactos sexuales los tienen aisladamente como el chu.

Siendo el más ágil y veloz de todos los monos, es bastante difícil de matar; el cazador tiene que usar todas las precauciones posibles para acercarse; el mono tiene una vista y un oído muy fino y en seguida se alarma por cualquier ruido; el cazador busca de imitar su voz, para que el mono le conteste y no lo pierda de vista. El shuar, acercándose en posición correcta, sopla su flecha envenenada hacia el wáshi con toda su fuerza extraordinaria en el soplo, porque el cuero, es difícil de traspasar; una vez herido, el mono hará todo lo posible para sacarse la flecha. Si ésta se rompe adentro del cuerpo, busca con todo cuidado la herida entre los pelos y con las uñas busca sacarse la punta envenenada. Si no lo logra, muere emitiendo gritos: kuáa kuáa kuáa. Si el mono es herido con carabina, se escapa; la persecución es una empresa ardua aún para el shuar más hábil. Para no perderlo de vista, tendrá que correr velozmente, a veces por muchos kilómetros; es una verdadera lucha y un real desafío entre el wáshi y el shuar, para lograr cuál de los dos se cansa más rápidamente. El mono, cansándose

se, se mueve más despacio. Si los cazadores son dos o más, es más fácil acercarse a ellos. En los últimos momentos antes de morir, se queda colgado a alguna rama con el rabo, hasta perder sus fuerzas, y caer muerto poco después.

La manera de transportarlo es la misma que para los monos de dimensiones grandes. Normalmente se chamusca o se desolla para hacer uyunt con su cuerpo; la carne es sabrosa, pero no es la mejor. Es muy apetecido en tiempo de frutas, porque en la barriga y en las espaldas suele tener hasta dos centímetros de grasa amarillenta, suave y sabrosísima. Entre los achuar, no todos comen su carne; suelen ocupar sólo la manteca, mientras que la carne se la dan a los perros, porque es muy parecido al shuar.

Los sueños más propicios para matar los wáshi, son el soñar los apach, unas personas blancas, con barba, o las mujeres.

NARRACION DE KUKUSH

Antes teníamos que ir al monte para conocer mejor nuestra tierra.

Una vez, llevando la escopeta, me fui con Tseman' por un caminito que llevaba muy lejos de nuestra casa. Como de costumbre, llevamos un poco de chicha cada uno y un poco de comida, un machetito roto para abrir la senda y, de repente, para quedar a dormir en el monte. Siempre es útil llevar un arma cortante y, además, fósforos, porque el buen shuar, ¿acaso no lleva fósforos?

Caminábamos lentamente para descubrir algún animal, pero en vano; no había soñado nada de particular, así que durante todo el día no encontramos nada; solamente descubrimos un nido de achu-yampuna.

El terreno no es muy bueno; era algún tiempo que no iba por allí. Hacia el atardecer empezó a llover; entonces comenzamos a construir rápidamente un ranchito, para pasar la noche, pero estábamos ya bien mojados. Tomamos chichita y nos acostamos para dormir. ¡Qué íbamos a poder dormir!

Los zancudos nos chupaban por todo lado; venían por millares y tuvimos que pasar la mayor parte del tiempo matando zancudos.

Mientras esperábamos la luz del día, pasamos la noche hablando de nuestros antiguos, de las guerras, de las mujeres.

Al amanecer, oímos frente a nosotros la voz del mashu (sukuyá) y más lejos, al wáshi. Nos aseguramos bien de la presencia del wáshi y, rápidamente, sin tomar chicha, fuimos a buscar el mashu que estaba en la misma dirección. Era todavía oscuro y no dimos con él.

Caminamos más allá hacia el wáshi y yo empecé a remedarle: áu-áu-áu; frente a nosotros y un poco más cerca, nos contestaba: áu-áu-áu. Corrimos un poco y nos paramos otra vez a remedar áu-áu-áu. Esta vez contestaron en dos direcciones diferentes, uno frente a nosotros y otro más a la derecha. Entramos en un charco, corrimos haciendo el menor ruido posible, nos aseguramos una vez más de su presencia repitiendo áu, áu, áu. Ya cerca, frente a nosotros, se repitió el áu, áu, áu y otro áu, áu, áu a la derecha.

Tseman', que tenía la escopeta, se inquietó un poco, quiso correr más, pero le aconsejé que no hiciera nada, que no hiciera ruido, que tuviéramos cuidado, que matáramos primero el más cercano y después el otro. Tseman' se quedó atrás mío.

Otra vez lo llamé emitiendo el característico áu, áu, áu y el áu, áu, áu del mono contestó. Se oía bien cerca. Tuve la impresión que estuviera en el suelo.

Tseman' quiso acelerar, por ser joven e inexperto.

Comenzaron a entrarme las dudas: me parecía que el wáshi me contestaba desde el suelo y por otra parte me parecía muy bajo. Tseman' no se daba cuenta. Nos acercamos un poco más. Por última vez llamé áu, áu, áu y recibí inmediatamente la contestación áu, áu, áu, y, después, una fuerte carcajada.

Con sorpresa vimos un poco más allá a otros 3 shuar familiares nuestros; eran mis dos hijos Pakunt y Mashiant y mi cuñado Tukup'.

Alegres por el encuentro, no dejábamos de reír. Sólo el Tseman' se quedó un poco contrariado y picado. Luego, el mayor nos indicó que una manada de wáshi se había corrido por la derecha.

Cogimos la escopeta y el uum' y nos pusimos a seguirlos. ¿No son acaso agílisimos estos monos?

No es fácil seguirlos sin caer o tropezar.

Nos dividimos e hicimos dos grupos: mi hijo y yo separamos un ejemplar y lo seguimos; apenas se detenía un ratito, me disponía a apuntar y, en cuanto me veía, el mono se ponía a correr. ¿Por qué mentir? Me hizo sufrir. Le seguí despacito. Hubo un momento en que lo encontré descansando un rato, porque había corrido mucho. Apunté, tan, disparé, lanzó un fuerte grito y otra vez echó a correr.

Con más calma Pakunt lo apuntó con la bodoquera por estar en un lugar altísimo no acertó, o, mejor dicho, la flecha no llegó hasta él.

Más allá me di cuenta que estaba herido. Al segundo disparo se quejó y se quedó parado en una rama, mirando hacia abajo. Los demás, oyendo los tiros, se

acercaron para ver. El mono no quería caer y quedó atrancado arriba. Cada uno de los muchachos, por turno, le tiraba con una flecha, usando la bodoquera. Nos reíamos mucho, porque a veces lo acertaban y otras veces no.

Los muchachos suelen hacer así para aprender.

Al final, uno se subió por un bejuco, bien arriba, y moviendo las ramas obligó al mono muerto a caer al suelo.

Lo cargamos y, riéndonos del áu, áu, áu, anterior, nos juntamos al otro grupo.

SUNKAMAT (vulgarmente considerado un mono)

es un animal vulgarmente considerado de la familia de los monos.

De tamaño más bien chiquito, no supera el kilogramo de peso. Su pelo es muy abundante y largo, de un color rojizo en la barriga, mientras la cabeza es de un color más oscuro, tendiente al café. El lomo es gris, con unos pelos blancos. El rabo es de 30 cms de largo, no prensil, abundantemente recubierto de pelo. El pelo da al animal un aspecto aparentemente mucho más grande de lo que en realidad es.

Vive normalmente en el tsuat o en bajiales, a lado de los grandes ríos, en manadas de 20 ejemplares o más. En caso de peligro sube arriba.

Suele comer fruta madura, cogiéndola del mismo árbol, o la que se encuentra caída en el suelo. Come también langostas y completa su alimentación con insectos varios.

Su voz es muy fuerte como: sunkáa, sunkáa, sunkáa y se hace oír a larga distancia, sobre todo cuando son varios los que gritan.

Da una sola cría en tiempo de las frutas, y es la madre la que se encarga de cuidarla.

La mejor manera de adueñarse del animal es con la bodoquera y flecha envenenada. Al dispararle con la carabina, el grupo se desparrama.

Para poder coger las crías, que son fácilmente amansables, se mata la madre o se aíslan de los adultos y se hacen caer al suelo, sacudiendo los arbolitos y los bejucos.

Se adereza para la comida, chamuscando el animal, que despidе un olor agrio y desagradable.

YAKUM (mono aullador)
Llamado "mono coto"

Mono de color rojizo, con pelo más abundante y más largo que el de los otros. El tamaño es regular, como el chu; mide unos 60 -65 cm. de alto, sentado; su peso llega hasta 10 -12 kg.

La cabeza, al contrario de los otros monos, es muy peluda: en la quijada tiene una barba de color rojo, muy larga; los ojos son oscuros; la dentadura es buena.

Las extremidades son regulares, muy robustas, como las del chu; camina en los palos y entre las ramas, y también se ayuda, colgándose de las extremidades, pero no es tan veloz.

El escroto es bien blanco y el pene muy chiquito. En el cuerpo y, más que todo en el pecho, suele tener tupe, o sumai. Esto es más frecuente en el yumi yakum que se diferencia del esat -yakum sólo por tener el pelo un poquito más oscuro.

La relación sexual la tiene en presencia de los demás; la posición es la misma que la del chu. El macho, después de haber penetrado una vez, mira el órgano de la hembra, o toca repetidamente y luego la penetra una segunda y tercera vez.

Los shuar suelen decir que el yakum se aparea descaradamente, aún con su propia hija o con la madre o con la prima paralela, mientras que los chu son mucho más reservados y se juntan sólo con su propia wajerí.

Dan cría en cualquier tiempo del año y se portan como los demás, pero al parir, sea de noche o sea de día, los compañeros se ponen a cantar: wa, wa, wa,

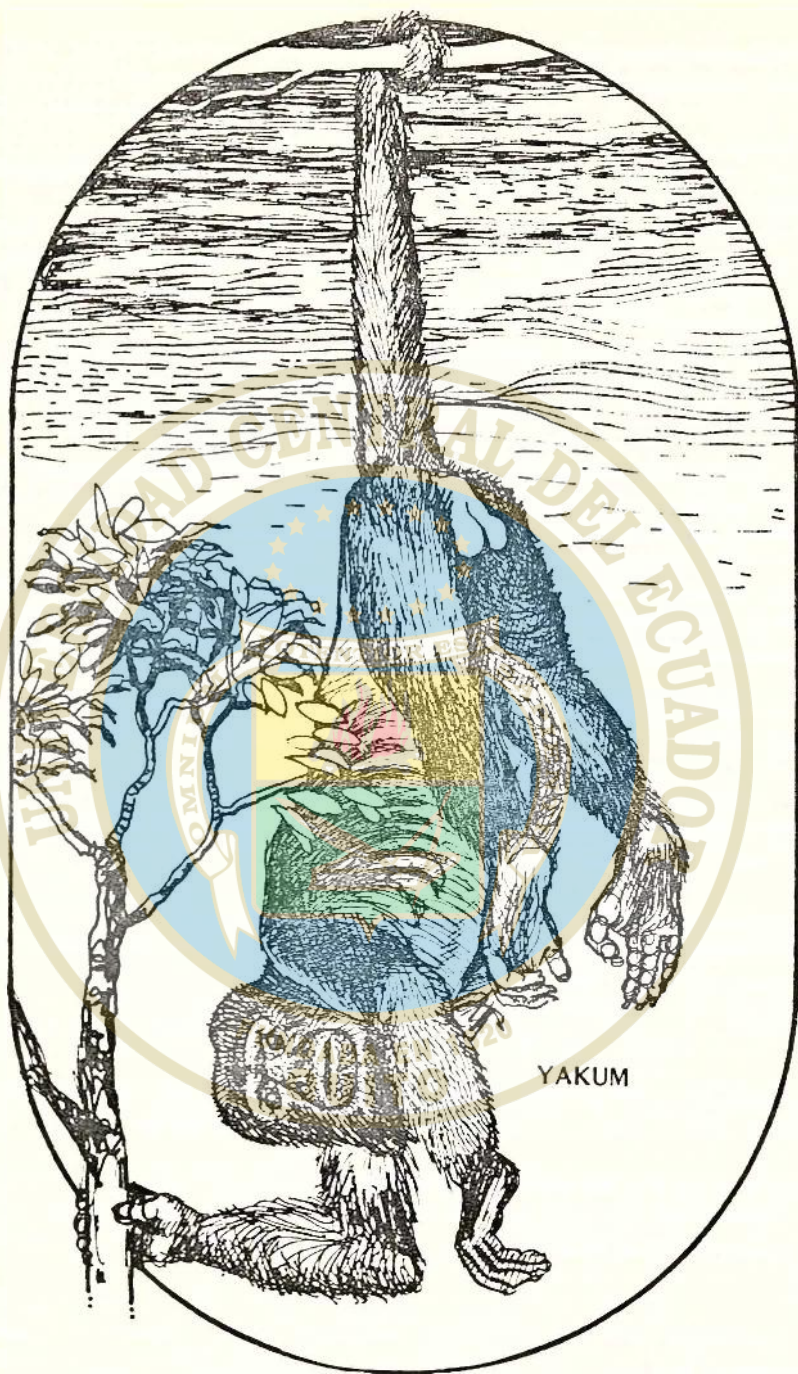
Su voz es la más fuerte de la selva; se lo escucha por la madrugada, hasta a 7 -8 kilómetros de distancia; el macho es él que más grita, con su voz potente: uu-uu uuuuuu, aspirado, gutural.

Cuando llora emite un uáu, uáu, gritando a veces fortísimo y otras más despacio.

Cuando los monos adultos pegan a las crías, éstas suelen expresarse en modo diferente, como yai, yai, yai: parece la voz de un perrito chiquito.

Normalmente se alimenta de pepas de ampakái, terén, kúpat, hojas de yamajancha, shuinia, sampi. Es golosísimo de chimí. Descubriendo un árbol de chimí, no lo deja hasta acabar con todas las frutas. Lo mismo hace con chiunkiat, frutita muy pequeña.

Los yakum se nutren también de minerales, napúrak especie de saladero que se encuentra bajo tierra y en las orillas de los ríos más grandes. Cuando van a comer el



napúrak, van en grupo. Los huecos de dichas minas son hechos con las muelas y para horadarlos más introducen a los animales más chiquititos. Una vez ensanchadas, entran también los más grandes. En estos casos es muy fácil agarrarlos, sea para el untúcham como para los cazadores.

Andan en manadas de 10–20. En los lugares más frecuentados por la gente y por los animales, disminuyen sensiblemente. Suelen jugar agarrándose entre sí y con los bejucos.

Como los chu, caminan sobre las ramas, pero arrastran el rabo, a diferencia del primero, que lo tiene medio levantado, en forma de gancho.

Los machos de dicha clase no pelean mucho como los otros; son muy tranquilos.

Cuando se matan algunos ejemplares hembras de una manada, al quedar solo el macho se queda llorando en las cercanías y lanzando un uuuu aspirado.

Es un mono que grita durísimo por algunos momentos del día; pero por el resto del día permanece mudo, lo cual hace difícil la cacería.

Es un animal muy lento en su proceder y no se mueve excesivamente; por lo tanto no sacude los árboles, dejando el monte en total inmovilidad. Suelen dormir sentados sobre los árboles, muy cerca uno de otro.

Baja a orillas de los riachuelos para bañarse.

Las orinas y los excrementos del yakúm son bien hediondos y se pueden percibir hasta 10 días después. Cuando amanece y se ponen en movimiento, dejan el lugar lleno de excrementos y hediondo por las orinas.

Acostumbra andar aun durante los aguaceros más fuertes, paseándose entre los árboles.

Para el cazador es una presa que requiere mucha suerte.

Se descubre su presencia por los gritos fortísimos que manda. Pero, si el shuar se da cuenta que no está relativamente cerca, no lo persigue. Caminando y mirando continuamente se lo puede descubrir bastante fácilmente por el color de la piel. Una vez divisado, se le dispara flechas por tener movimientos lentos y fácilmente se mata hasta 5 ejemplares seguidos.

No es muy hábil para sacarse las tséntsak; en cambio, es muy resistente para morir con tiros de escopeta. A veces se les puede romper las manos y las patas, pero no cae y no muere pronto.

La carne es buena, sin llegar a la categoría de óptima. No tiene grasa entre las

carnes y el cuero, pero la tiene toda recogida alrededor de las tripas, en el vientre.

En tiempo de frutas, primero se lo chamusca de espalda y después por el abdomen.

Cuando caen las crías en el suelo, raramente se amansan, por tener instintos muy bravos. En algunos casos se han criado adultos, pero es peligroso tenerlos en casa, porque tienden a morder a los extraños.

Se usa el cuero para el uyunt y el rabo para elaborar coronas.

Para matar el yakúm uno debe soñar que está comiendo papaya porque tiene el mismo color; o también el hecho de soñar a un shuar con cara fea, o que come cacao silvestre (wakámp).

MIRUT' (mono negro) **Nukarma en achuar**

Mono de color negro, un poco más claro en el pecho; de tamaño medio, tiene 40 cm. de alto, de un peso de 4-5 kg.

Las extremidades superiores e inferiores son bien proporcionadas al cuerpo y tienen unas manchitas claras. Cada una tiene 5 dedos, sea en las patas como en las manos.

El rabo es normal como los otros monos, pero en los últimos 10 cm. de la parte inferior es pelado con una piel muy dura, que usa frecuentemente para movilizarse.

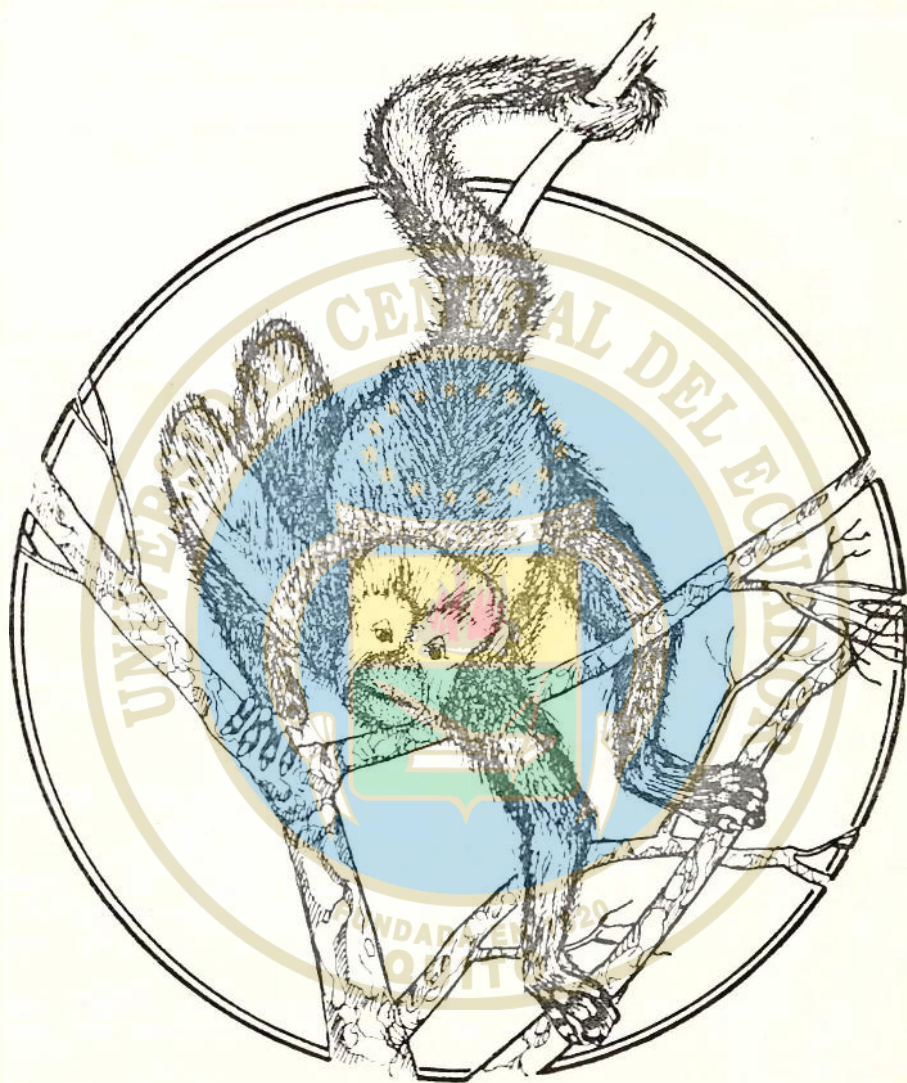
El aparato sexual es de color negro y su forma es como la del tsere. Tiene relaciones sexuales como los demás y tiene una cría cada vez que pare, portándose en todo como los monos de otras clases.

La cabeza es de dimensiones normales, de color negro, mientras que las mejillas son un poco más claras. Los ojos son negros.

Se alimenta de huevos de otros animales y también de pequeñas crías de pájaros, de gavilanes y de tigrillos; de las frutas sampi, chimi, penká, tintiúk', terén. Busca mukint en las palmeras, insectos varios, manchi, y también gruesos caracoles o kunku.

Anda en manadas de 5 a 10, mezclado con otros tipos de monos, como tsere, chu, yakúm.

Pasa la mayor parte del tiempo sobre los árboles, pero también suele bajar al suelo.



MIRUT'

Su voz es: kuwéa, kuwéa, kuwéa y también: fu, fu, fu, silbada, acompañado por el sonido: tuchák, tuchák, pronunciado muy velozmente; en cambio, los chiquitos chillan un característico: yi yi yi yiii.

Entre ellos se llaman frecuentemente.

Entre machos e inclusive entre hembras, pelean a menudo emitiendo gritos como: kuchia, kuchia.

Duerme de preferencia en las palmeras.

El juego entre ellos es muy común.

Encontrándose con el untúcham, se burla de él; habiéndole divisado baja muy cerca de él colocándose unos adelante y otros atrás. El untúcham se pone nervioso e intenta cogerle en un esfuerzo vano, porque sube rápidamente a los árboles.

Se usa la misma cautela que con los demás monos para acercársele. Se percibe la presencia del animal con la vista y también se usa mucho el silbido: fu, fu, fu, al que fácilmente contesta. A veces el macho se acerca peligrosamente al cazador y, siendo un tipo de animal que raramente tropieza con humanos, con los gritos: tuchák, tuchák, llama al resto de la manada que se ubica sobre el cazador y se queda mirando. Pero, como es arisco al mismo tiempo, a una orden del macho todos se alejan con una velocidad asombrosa.

No es muy listo para sacar las flechas envenenadas; al ser herido con veneno, muere rápidamente; en cambio, aún pegado con bastantes balas, queda sobre los árboles y su muerte no es inmediata.

Al igual que los otros monos, se le chamusca o se le quita la piel para hacer uyunt. Como sucede con los demás monos, es mejor el cuero del macho.

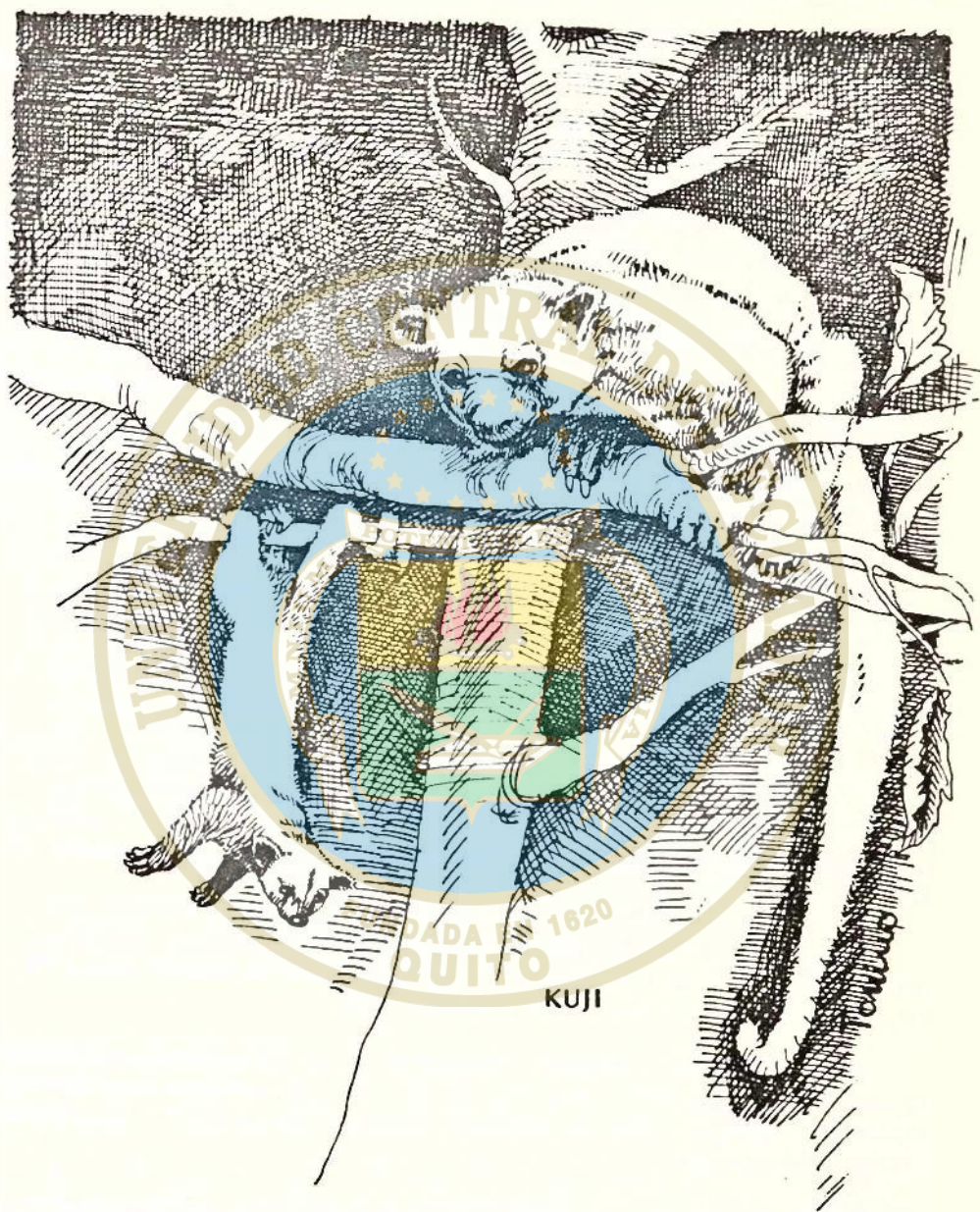
No tiene mucha grasa y la poca que hay se encuentra entre las vísceras. La carne es sabrosa, tipo chu, oscura de color. Los niños tiernos no comen su carne porque se piensa que pueden tener diarrea. Así mismo piensan de la carne de los demás monos.

El que sueña mucha gente reunida tomando chicha, o niños que juegan, o gajos de plátano colgados con sogas, tienen todas las probabilidades de matar esta clase de monos.

KUJI (mono nocturno)

Chusnia al Sur

De dimensiones chiquitas, llega a los 30–35 cm. de alto, con un peso aproximado de 3 a 5 kg., de color café—amarillento.



KUJI

Es nocturno. Las extremidades son más aptas para caminar en las ramas que para colgarse, aunque le gusta mucho colgarse con el rabo.

Los ojos son chiquitos, negros, con las cejas más claras; los dedos de las manos y de los pies son 5; el rabo lo tiene levantado y lo usa muy frecuente como el chu.

Tiene su morada en los huecos de los árboles y de las chontas; como es nocturno, sale del nido hacia las 6 de la tarde y regresa en la madrugada.

Se alimenta de frutas como sampi, kúpat, ampakái, yáas, chimi, cogollo de kuish, planta parásita que crece en los árboles, parecida a las piñas.

Andan en parejas, macho y hembra; con la cría forman un trío característico, da cría generalmente, en un período fijo, en el tiempo de la fruta, una sola.

El macho tiene un pene muy singular, porque en su interior tiene un hueso del largo de unos 7-8 cm. y lo tiene siempre extendido.

Este hueso, raspado, es ingerido por algunos shuar para adquirir más fuerza en sus relaciones sexuales; se lo raspa y se toman, hecho polvo, mezclado con agua y huevo.

De día, a veces, acostumbra mirar por el hueco de su nido para enterarse de algún peligro. Como es nocturno, no se conocen muchas noticias de él.

A veces, cuando el tucán o tsukanká por curioso mete el pico en los nidos del kuji, éste le muerde en el pico.

No carga su cría sobre las espaldas, sino que la lleva cargándole con su boca.

Su voz es: kuuchá-kuuchá-kuuchá; el shuar, para llamarlo emite el sonido característico kuuchá, hablando el ku y silbando el -ucha, al que suele responder el kuji.

La técnica para matarlo es sencilla; hacia el amanecer el cazador, en su peregrinar, descubre un mono; como todavía es oscuro, el cazador lo sigue hasta el amanecer, momento preciso en que el mono entra en su hueco.

Si está a su alcance, lo mata con bodoquera; de lo contrario tumba el árbol y, cayendo éste, busca la manera de tapar el hueco. Con todo, aunque el mono logre escaparse por algún otro hueco, no se alejará mucho, porque siendo de día, la luz le fastidia y es fácil presa.

Otras veces el shuar mueve ruidosamente los bejucos y el kuji sale asustado, o hace aparecer su cabecita, lo cual facilitará su captura.

La carne es sabrosa como la del chu; en tiempo de frutas es gordísimo; en las vísceras tiene grasa amarilla, gustosísima.

Normalmente se chamusca; a veces, se seca la piel para hacer uyunt. En algunas partes se prepara la carne, metiendo el animal en agua caliente.

Sus crías son fácilmente amansables, pero no pierde sus costumbres; al hacerse grande se vuelve ladrón de huevos y de pollos chiquitos.

KUNCHIKIAI (mono pequeño)

Chusnia al Sur

De tamaño chiquito, no supera los 30 cm. de alto. Su color es café oscuro, totalmente esférico. Por medio de las extremidades camina en las ramas; de costumbre nocturna; su peso no supera los 2 kg.

Tiene las mismas costumbres del kuji y hace su morada en los huecos de los árboles.

Da cría en el tiempo de las frutas.

Tiene el pene como el del kuji.

La cría la lleva con la boca.

Su voz es: kuí, kuí, kuí. El shuar, cuando lo llama, pronuncia este kuí medio silbando.

Se alimenta de las frutas del monte, al igual que el kuji.

Anda en parejas; a veces, los machos pelean duro.

Los métodos para capturarlo son los mismos que para el kuji.

Su cría se amansa fácilmente.

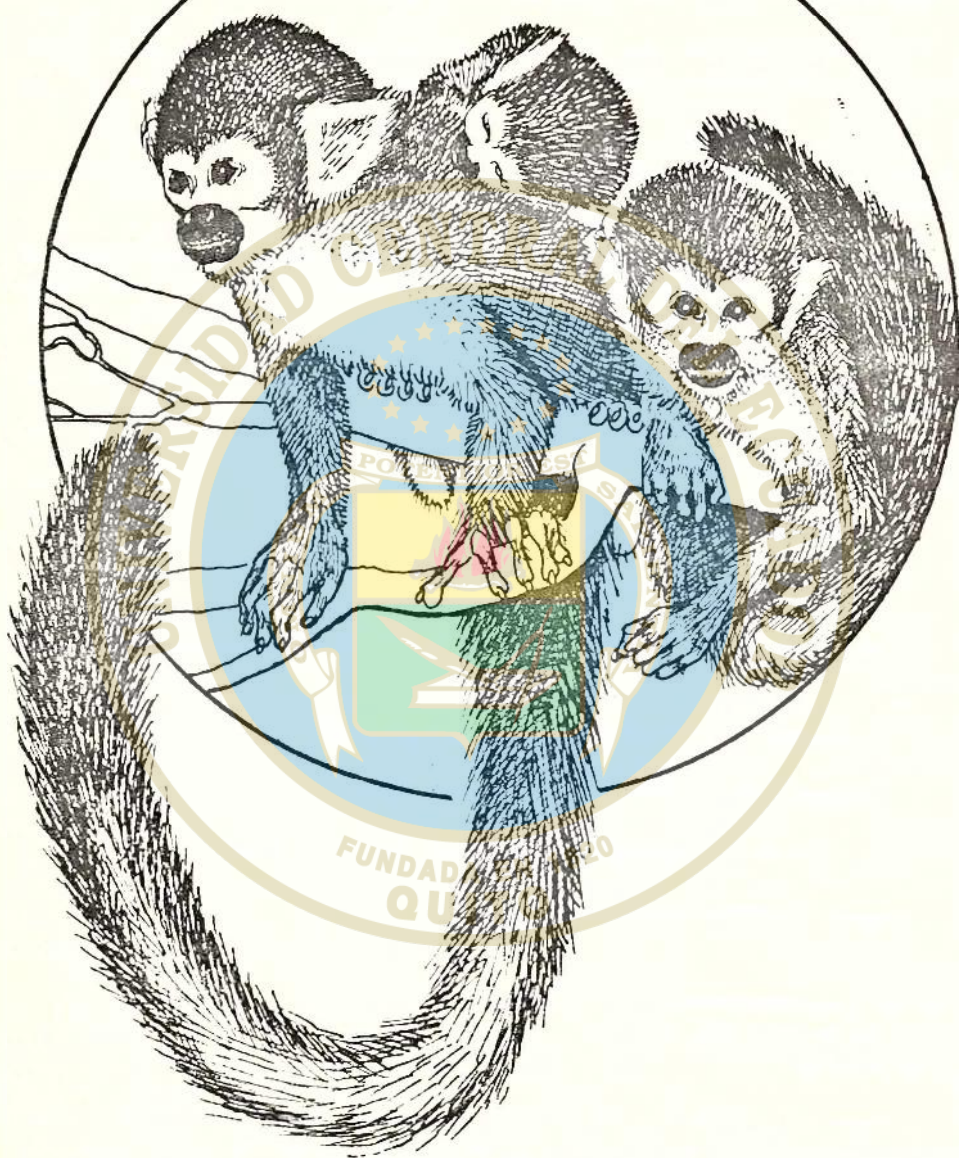
TSEEM (mono capuchino)

TSENKUSH (en achuar)

Machín al Sur

Mono de tamaño chiquito, no llega a los 30 cm. de alto. Es muy ágil y veloz; de costumbre diurna, de color gris verde en el dorso y la cola negra; las manos y los pies amarillentos, el pecho y la cara de un blanco limpio. En toda la punta de la nariz

TSEMA o TSENKUSH



y de la boca tiene una mancha negra. Tienen ojos negros. Sea en las manos como en los pies tiene 5 dedos. Las extremidades son aptas para caminar y trepar en las ramas; pero es ágil también para saltar y tirarse de arriba hacia abajo o de un árbol a otro.

El órgano sexual masculino es muy delgado con la punta similar a la de un clavo.

Andan en grupos muy numerosos de 40 ejemplares y más; durante el coito no se apartan del grupo.

Da una sola cría (que suele llevar en la espalda) y en un tiempo fijo, como algunos otros monos. El tiempo de la fruta es el más propicio.

Se alimenta preferentemente de insectos (machi) y fruta (shuinia, sampi, chimi, wampa, winchík, que son arbustos bajitos) kashuapai, especie de sampi largo, nákar, otra especie de sampi yanatu.

Cuando el macho orina, suele coger su orina y frotarla en todo el cuerpo.

Andan frecuentemente con el tseré y duermen de noche en la palmera awánt.

Entre ellos juegan y pelean, sea los machos como las hembras.

Su voz común es: tse, tse, tse, tse; en cambio, cuando se da cuenta de algún peligro, su grito es: entsá, entsá. Cuando pelean entre ellos, gritan: kushía, kushía, kushía.

El shuar, para llamarlo, pone la mano a flor de labios y aspirando el aire con los labios bien apretados, emite un sonido semejante a un sss sss sss aspirado.

De repente bajan al suelo o andan bajísimo. Son presa del untúcham.

A veces, cuando descubre la presencia de un shuar, después de orinar, abren las piernas y muestran descaradamente su órgano sexual.

Les gusta bañarse durante los aguaceros.

Como andan en manadas numerosas, es relativamente fácil coger las crías; el shuar mueve descontroladamente los bejucos y los arbolitos, con la esperanza que caiga alguna cría.

Cuando las crías son semi-autónomas, las mamás las descargan para que coman solitas; pero, asomándose algún peligro, los adultos se alejan, dejando los chiquitos solitos, que se quedan llorando desesperados. Alejado el peligro, regresan otra vez a cargar cada una su cría.

Estos monos, por su tamaño reducido, son fácil presa de las aves rapaces.

El shuar los oye de lejos por el ruido intenso que hacen; se acerca, remedándolos con el típico ssi ssi y, llegando a tiro, los hiere con sus flechas envenenadas. No son muy hábiles para sacarse las flechas y, al poco rato, mueren.

Cuando se le dispara con carabina, no es difícil matar 2 ó 3 y hasta 4 con un solo disparo.

Si se alcanzan a matar algunos ejemplares, se cargan amarrándolos con un bejuco por la cintura y uniendo los varios bejucos, se ponen al hombro.

Normalmente se chamuscan, pero a veces se los desolla para hacer el tambor con su piel.

Su carne es buena, pero no es la mejor.

Se prefiere comerla asada.

Los hombres no comen las manos, porque dicen que el que come estos dedos no puede pegar al tseás a las flechas, ya que aquél se despegas.

CUENTO DE ASAP (Nayants)

Un día fuimos de cacería con Tárir. Fuimos por abajo; cada uno llevaba su bodoquera con veneno. Llegamos a un lugar en donde el camino se dividía en dos y le dije a Tárir:

—Tú te vas por allá, yo voy por acá; después nos encontraremos más abajo.

Así hicimos.

Más allá yo encontré una manada de Tseem; eran bastantes. Tárir, haciendo de lejos el chillido de costumbre del tseen, se acercó también a la manada, pero sin vernos, ya que el monte es bien estrecho y no es posible verse, hasta cuando no se está bien cerca.

Con mi bodoquera soplé y acerté un tséem; era tiempo de gordura. El animal chilló por el dolor y trató de sacarse la flecha que se le rompió adentro. El veneno hizo efecto y, después de pocos saltos el monito cayó al suelo.

Yo estaba parado y preparaba otra flecha para disparar y, en este instante vi a Tárir que venía hacia mí como quien busca algo. Yo me escondí detrás de un árbol grande, para ver lo que hacía; él no me había visto y seguía viniendo buscando algo por el suelo; luego me di cuenta que buscaba el mono caído.

Yo esperaba calladito, pues él avanzaba bien despacio. Llegado cerca de la presa, que se encontraba a mi lado, se agachó para recoger el monito, lo estuvo mirando y estaba para llevarlo, cuando yo salí de improviso de mi escondite y le dije:

— ¿Qué hace allí?

El, viéndose descubierto, lleno de vergüenza, dijo: —Estoy recogiendo el tséem, no sea que de repente venga el tigre y se lo coma.

Ya se había coloreado de vergüenza, a lo que yo me puse a reír a carcajadas, muerto de gusto.

Esto pasó en este día. Y el cuento terminó con una grande risotada de todos los oyentes. (entre los shuar es una gran vergüenza recoger animales matados por otros).

PAKI (sagino)

Nankipik es un tipo de Paki, con un collar blanco

Pertenece a la familia de los suinos; tiene cerdas muy ralas que dejan entrever el cuero; las cerdas son de unos 3 cm. de largo, son negras, con la puntita blanca. También las barbas que tiene a lado de la quijada son blanquitas, la cabeza es proporcionada al cuerpo, es gruesa y muy móvil; los ojos redondos, negros; orejas redondeadas, regulares. Tiene una nariz semidura, una quijada muy fuerte y una dentadura característica: los dos colmillos de arriba largos hasta 5 cm. coinciden con los de abajo, que son del mismo largo, de modo que al cerrarse las quijadas cualquier presa queda apresada sin esperanza de soltarse.

Las patas son delgadas, cortas, pero muy ágiles; tiene las uñas muy cortantes, de color negro brillante. La pisada es inconfundible, muy semejante a la de un chanchito. Tiene un rabito de unos 3 cm. de largo. Llega a pesar unos 25–30 kg.

Tanto el macho como la hembra tienen en el dorso una glándula que emana un líquido muy apestoso, propio del sagino; esta glándula produce el líquido cuando el animal se pone bravo, o cuando se raspa después del baño o en tiempo del celo.

El órgano sexual es igual al de los chanchos, un poco más delgadito; cuando la pareja tiene coito, la hembra acostumbra emitir unos gruñidos guturales wa wa por un par de veces; para la monta el macho separa momentáneamente la hembra del grupo. En estas ocasiones, otro macho puede enterarse del asunto, sigue al adversario y traban una pelea encarnizada, hiriéndose feamente con los dientes. Durante la pelea se animan con fuertes gruñidos guturales como: uu aaa uu aaa.

Normalmente las hembras dan de 2 a 4 crías, en cualquier tiempo del año; para



dar cría la hembra se separa temporalmente del grupo y por un día queda cerca de las crías, las cuales, después de un solo día, pueden incorporarse al grupo. Las crías nacen increíblemente fuertes y, pasados dos o tres días, corren como los demás, evitando los peligros. Donde no son molestados, los grupos llegan a los 10-20, contando las hembras, los machos y las crías; en cambio, en donde son perseguidos, llegan a 4-5 y a veces se encuentran ejemplares solitarios. Mientras pastorean, los paki andan algo esparcidos en el área donde encuentran comida; pero cuando se ponen en movimiento van muy unidos; si el grupo es asustado, se dispersa en varias direcciones, pero vuelve a componerse más lejos, a través de señales como pisadas, olor y caminitos.

El yankípiik es un buen nadador; nada muy rápido. Normalmente cruzan los ríos uno atrás del otro.

Cada grupo tiene su jefe; ordinariamente es el macho más viejo, más gordo, con los colmillos más largos. Durante las peregrinaciones en el monte en busca de comida, el jefe camina unos pasos más adelante del grupo, haciendo camino y avisando tempestivamente de cualquier peligro a los miembros del grupo.

Generalmente se trasladan para buscar comida, preferentemente por la mañana y por la tarde; también en las noches de luna llena viajan por el bosque.

Se puede decir que el yakípiik es un omnívoro, come un poco de todo, de lo que puede encontrar en el monte. En tiempo de frutas, come ampakái, pepas de terén, sampí, achu, awánt y otros. En algunos casos, al encontrar nidos de pájaros o de pavas, se come los huevos o los pichones. Otras veces come carne de animales podridos; otras veces, raspando, come raíces de arbustos y también animales frescos, recién muertos, pero tiene la costumbre de matar animales para comerlos.

Encontrándose en peligro, el grupo puede matar hasta tigrillos, boas y perros pisándolos con las uñas cortantes. Después de matar a los enemigos, los devoran en pocos instantes, incluyendo a los huesos, trinchándolos con los dientes. Se cuenta que algunos shuar, desprevénidos fueron sus víctimas. Poseyendo los colmillos sobrepuestos, el yankípiik, para agarrar la presa, abre completamente la quijada y muerde. Agarrada la presa entre los colmillos, la sigue mascando, pero sin abrir completamente los colmillos y sin soltar del todo la presa. Es de notar también que el sagino tiene la cabeza muy móvil y puede morder al enemigo no sólo atacándolo de frente sino también de cualquier lado. Es por eso que a veces el tigre o los perros se ven obligados a abandonar la lucha. Los mordiscos del paki son más bien laceraciones y cortes antes que huecos.

Cuando el animal no es molestado durante el tiempo del descanso, duerme en lugares secos o debajo de palos caídos. Después de fuertes lluvias, le gusta solearse y se queda bajo los rayos del sol.

También tiene sus lugares escogidos en donde bañarse: normalmente son lugares fijos que raramente se descubren; son aguas estancadas mezcladas con lodo. Después del baño pasa mucho tiempo frotándose en los palos; se cuenta que prefiere frotarse en árboles olorosos como el chikiain' y el chipiat. Durante la operación deja salir el líquido de la glándula dorsal, de tal manera que donde se ha rascado deja su olor inconfundible.

En los tiempos de ocio suelen jugar entre ellos.

En cambio se asustan sobremanera gritando y corriendo locamente, cuando hay fuertes ventarrones o temblores, o cuando intuyen algún peligro. El grito de alarma es ju, ju, ju.

Fuera de las peleas y de los peligros, el grupo camina callado, sin causar el mínimo ruido; sólo los chiquitos parecen llamar a las mamás, lanzando gruñidos como: wee wee.

En cambio, cuando se escapan, hacen un ruido infernal, rompiendo ramas, cruzando riachuelos, pasando lodazales.

Cuando comen pepas con cáscara dura o huesos, también hacen ruido. Al ponerse bravos por algún peligro, hacen crujir los dientes abriendo y cerrando ligera y rápidamente las quijadas.

Esos ruidos en el monte son muy traicioneros para el animal, porque es fácilmente descubierto.

También el yankípic tiene sus saladeros en donde acude de vez en cuando, a tomar agua. Es curioso observar en estos saladeros cómo el terreno es cubierto de pisadas y de caminitos, hechos por la frecuente circulación de los animales.

A primera vista parece que no tiene muchos enemigos. Se supone que andan en grupo para defenderse mejor. Cuando un animal es asaltado por un jaguar, el asaltado lanza un gruñido agudo, pone en alarma al grupo que en forma compacta, se lanza sobre el enemigo, poniéndolo en fuga. El peligro más grande lo corren los que andan solos y son atacados por el jaguar, y las crías atacadas por el makantua, un gallinazo rapaz.

Siendo la carne abundante y sabrosa es uno de los animales más perseguidos por los shuar.

Los sistemas para matarlo son numerosos, como también los peligros para el cazador, sobre todo cuando se topa con una manada.

El buen cazador anda siempre silencioso y muy frecuentemente se para, escu-

chando posibles ruidos y buscando posibles olores así como también las pisadas y el agua sucia de riachuelos recién cruzados.

El pájaro yákakua también revela la presencia de un grupo de saginos, porque al descubrirlos, lanza unos gritos que se escuchan de lejos.

Cualquiera de estos elementos, pone al cazador en alerta; seguirá silencioso las pisadas, fijándose si son frescas o antiguas, si van en una dirección o en otra, si los caminitos son cruzados, porque a veces el animal da vueltas y vueltas en el mismo lugar y confunde las pisadas. El cazador observa si el sagino se quedó a dormir en alguna parte y toca el sitio para cerciorarse si está aún caliente. Viendo lo que ha comido, el shuar puede conocer si tiene la posibilidad de encontrarlos o no. Dilucidadas las dudas, persigue la pista y, acercándose a la manada, se da cuenta, por el penetrante olor emanado y, más cerca aún, por el ruido de los dientes, de la presencia de los animales. Es muy importante que el cazador divise primero al animal sin ser visto; de lo contrario, en pocos instantes, el grupo se dispersa irremediablemente.

Si logra acercarse mucho los hará fácilmente blanco de sus flechas envenenadas sopladas por la bodoquera; el animal herido, se escapa lanzando el grito de alarma; pero, inútilmente, porque a los pocos minutos cae muerto. El cazador busca acertar a otros, si tiene la posibilidad; pero, frecuentemente el grupo se pierde rápidamente.

El cazador, vista la dirección que ha tomado el paki herido, lo sigue con la seguridad de encontrarlo ya borracho o a punto de morir; un paki herido con un buen veneno no alcanza a caminar más de 100 m. En cambio, usando la carabina, después de un primer tiro, es difícil tener el tiempo de recargarla para lograr un segundo disparo porque el ruido ha ahuyentado a los supérstites.

El cazador, viendo pisadas o aguas sucias, o descubriendo un saladero en donde recién han estado los animales, reconoce la dirección de la manada, le corta el camino y la encuentra más prontamente. Todo esto es fruto de larga experiencia.

Al tener suerte, se la puede encontrar cruzando un río; si la posición es favorable los sigue con la canoa y con un poco de habilidad los puede matar con palo o aturdir por lo menos.

A veces se encuentran casualmente caminando por los senderos. Se los puede esperar en los lugares donde se supone vayan a comer frutas, o en los saladeros.

Con la bodoquera se los acerta en la parte gruesa del cuerpo, mientras que el tiro de la escopeta o de la carabina tiene que ser dirigido al corazón, o en todo caso, en la parte anterior del abdomen.

El paki, a pesar de ser herido en ambas patas, puede correr todavía y hasta perderse. Pudiendo acercarse, el tiro más certero hay que dispararlo a la cabeza.

Después de matar a un ejemplar, hay que cuidarse y prevenir la reacción de los demás del grupo que pueden atacar al cazador. Si hay alguna acometida, el cazador buscará refugio en los árboles o sobre algún palo caído.

No es raro que los yankípiik se acerquen a las chacras para comer yuca y otras frutas; entonces serán las mujeres las que divulguen la noticia.

Otro sistema para cazar es el uso de los perros entrenados principalmente para seguir saginos. La mayor parte de las veces le va mal al perro solitario ya que regresa seguramente maltrecho a consecuencia de las mordeduras. Con esta experiencia, le entrará miedo de acercarse a los saginos y los seguirá solamente de lejos.

El perro, husmeando el olor o viendo directamente el sagino, da comienzo a la persecución acometiendo normalmente un solo ejemplar; el animal hará de todo para distanciarse del perro, pero el olor lo traiciona y un buen perro no suelta tan fácilmente la víctima. El sagino, después de tanto correr, busca refugio en algún hueco en el suelo o en algún palo caído; entonces el perro se detiene en la entrada de esta trampa y ladrando, atrae la atención del cazador. El sagino entra siempre en los huecos por la parte trasera, haciendo marcha atrás, para defenderse de cualquier ataque de frente; sucede que en el mismo hueco (de palo o de tierra) entren hasta 3 ó 4 animales; en este caso, el perro bueno no se acerca mucho a los saginos, sino que se mantiene a prudente distancia. El shuar, primeramente tapa el hueco de entrada y busca preparar una abertura de unos 50 ó 70 cm. un poco más allá del hueco primitivo. Prepara un palo con algunas hojas amarradas en una extremidad, remojadas con orina o con sudor humano y lo introduce en el hueco; el sagino husmeando el olor del hombre, trata de huir y corre hacia el hueco de salida. Es el momento oportuno para alcanzarlo con disparos de carabina o con la bodoquera a través de alguna rendija; si no se consigue de esta manera, el cazador hace un lazo con un bejuco más allá de la entrada. Cuando el paki intenta salir, entra en el lazo y entonces el cazador lo hala atrapándolo para matarlo luego con lanzas o palos.

En ningún caso se mete la mano en el hueco, para no correr el peligro de perderla. Para asegurarse que el animal está muerto, se sopla a través del hueco; si no hay reacción, es porque está en las últimas o ha muerto y, más que todo, uno se asegura que no hay otros paki en el mismo hueco.

A veces, el sagino, de tanto correr, se cansa hasta llegar al desmayo y entonces se aprovecha para darle muerte.

Para defenderse, se pone de espaldas entre las raíces de árboles, y se enfrenta al perro o a los perros. Llegando el cazador, le es fácil dispararle o pincharle con lanzas o palos. Las crías son cazadas fácilmente y los shuar, encontrándolas, se las llevan para criarlas en las casas. Una vez domesticadas, sigue siempre al dueño y a veces se ponen bravas con personas extrañas.

Si un shuar mata un paki cerca de la casa, acostumbra cargárselo entero; si está lejos de la casa, saca las tripas y las bota para aliviar la carga, amarra fuertemente entre sí las 4 patas con bejuco, se lo pone a la espalda en manera cómoda como para hacer fuerza con la cabeza. A veces se le abre un corte a la altura del pecho, lo suficiente para introducir las patas posteriores que serán previamente cortadas en todo el tendón a fin de facilitar tal operación y se lo amarrará con un bejuco, en forma de cargadera.

Llegado a la casa el cazador, el animal es chamuscado, o si hay comercio de cueros, desollado y el cuero será tendido y secado en un armazón/construido para el caso.

Después de ser chamuscado, se lo lava bien, se lo destripa y se lo despedaza. El pecho y las costillas son los pedazos preferidos que se cocinan preferentemente asados; las tripas se preparan en ayampaku, las otras partes o se hierven o se secan para su conservación.

A veces los shuar se hacen acompañar por la esposa; por lo tanto, encontrándose lejos de la casa, duermen en el monte, buscando secar y conservar la carne.

Algunos shuar fabrican collares con los dientes que extraen de las mandíbulas.

El pronóstico más seguro para matar yankípi es soñar mujeres lindas, con los pechos desnudos, o pegando a la mujer, o algunas personas shuar feas de cara, flacas o con pelo desgreñado, o tocar las municiones, cargar changuinas pesadas o pelear. En el caso de una pelea, si el soñador gana, seguramente matará; en el caso contrario, puede ser atacado o algún perro puede ser mordido o matado.

También es de buen auspicio soñar mujeres de buena presencia, cubiertas con vestidos oscuros, que brindan chicha.

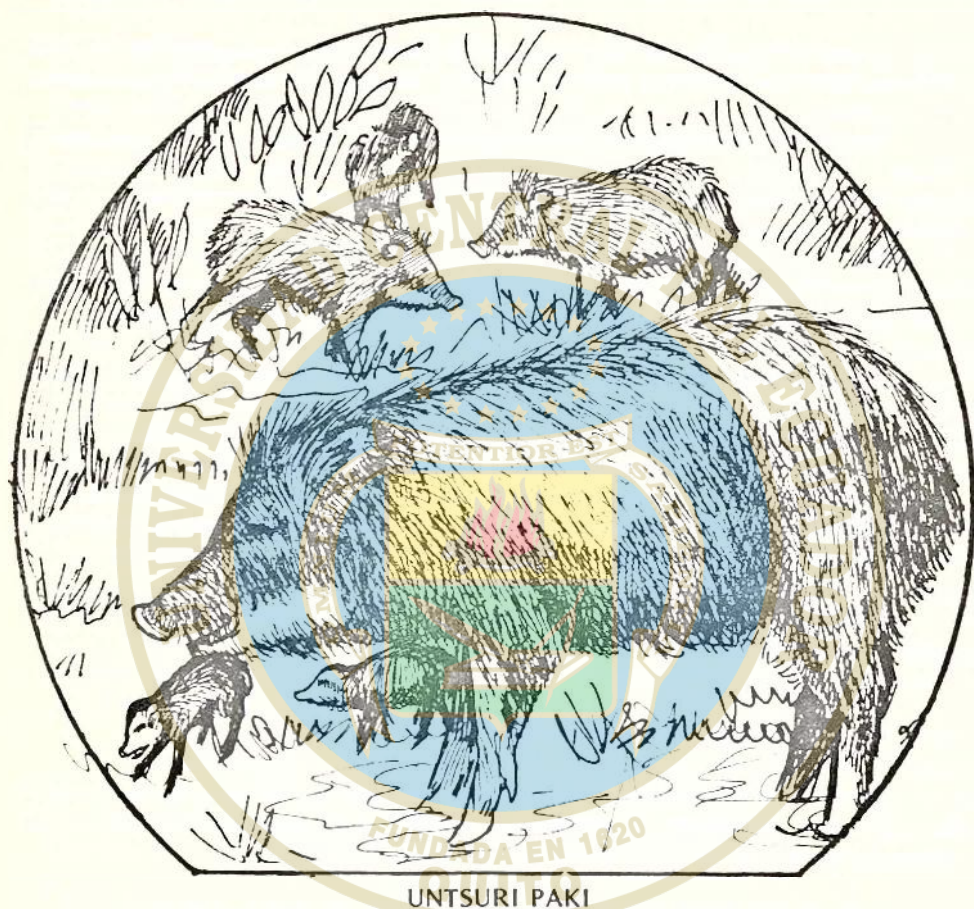
UNTSURI—PAKI (sagino que vive en manadas)

De la misma familia del yankípi, pero más grande; llega a pesar hasta 60 kgs. De alto supera los 60 cms en algunos ejemplares. De consecuencia las patas son más grandes y no hay dificultad en distinguirlo de los yankípi.

En la quijada tiene unos pelos blancos; las cerdas son completamente negras.

Se diferencia del yankípi porque acostumbra andar en manadas enormes. En sus peregrinaciones acostumbran andar juntos, muy unidos, dejando de consecuencia caminos anchos y bien marcados; en cambio, cuando hozan o corren, acostumbran esparcirse.

Mientras que el yankípi vive prácticamente en toda la zona shuar, los untsurí paki parece que tienen zonas propias e itinerarios fijos, que acostumbran recorrer constantemente.



Cuentan que a veces pierden los itinerarios, pasan cercos y cruzan zonas trabajadas por el hombre, tanto que a veces se los ha encontrado muy cerca de las casas.

El gruñido es muy fuerte y gutural; es un uuuuuu alargado; los chiquitos emiten un grito más suave wa wa wa ju ju, que llaman instantáneamente a las madres.

Se nutre como el yankípi; además, se alimenta de pepas de matá, que al romperse provocan ruidos que se pueden oír hasta 100 metros de distancia.

Toman yáwi que no es el mismo del yankípi; cada grupo tiene sus saladeros particulares.

Los shuar los persiguen por su carne sabrosa.

Las técnicas son las mismas que para el yankípi; la diferencia sustancial es que al acercarse el peligro o al oír un disparo, pueden atacar al cazador. Son mucho más peligrosos con los perros; es casi imposible que un perro se salve si entra en el grupo.

Al ser perseguido un ejemplar por un perro, nunca se refugia en los huecos, pero, como el yankípi, se atrinchera entre las raíces de los árboles para atacar al adversario de frente.

No son buenos corredores; por lo tanto, perseguidos, se cansan pronto y a veces no alcanzan a recorrer 100 metros.

Un buen cazador, descubierto el grupo, a fin de no asustarlo, remeda el grito de las crías; los adultos, oyendo el gruñido de las crías, se acercan; entonces, con buen veneno, y sin hacer ruido, el shuar lo abatirá. Si el grupo no es muy arisco, el buen cazador llega a matar hasta 6—8 animales.

Cuando se encuentran grupos en donde hay crías chiquitas, se mata la madre y entonces el chiquito queda despistado y es fácil de coger. Se amansa muy prontamente en la casa y no se pone bravo, ni cuando crece.

La forma de cargarlo y de despedazarlo es la misma, que la explicada anteriormente. Su cuero tiene menos valor que el del yankípi.

Es de buen auspicio para la caza de los untsurí paki soñar grupos de personas, soldados o gente de otras razas, reunidas en el trabajo.

NARRACION

En una ocasión, dos hermanos se dispusieron a realizar un viaje desde el centro Chapis, en el valle del Yaup' al centro Kashpaim', ubicado en el valle del Mankusas.

De mañanita emprendieron el camino y, después de unas pocas horas de travesía, comenzaron a subir la montaña que divide los dos valles que, por cierto, es bastante empinada y difícil de superar. Cada cual llevaba su pitiak y, como única arma, un machetillo, que siempre es muy útil en los viajes largos.

Faltando unos 30 ó 40 metros para llegar a la cumbre, los dos hermanos notaron la presencia de los unturi paki, confirmandose mutuamente la aseveración por las señales inconfundibles, como el fuerte olor que se percibía en todo el sector, las pisadas frescas y numerosas que cruzaban continuamente el sendero y, sobre todo, el ruido de frutas masticadas en los alrededores. Se convencieron de que debían ser muchos y decidieron ir a averiguar y ver con sus propios ojos la presencia de los animales.

Una sola dificultad encontraron: la de no tener ninguna arma de fuego y, entonces, sirviéndose del machete, cortaron dos palitos y los afilaron haciendo de ellos una lanza y que se distribuyeron con el fin de matar por lo menos a un animal no muy grande, fácil de coger y, sobre todo, de cargar, porque el camino era todavía muy largo.

Renunciando, pues, a un merecido descanso por la abrupta cuesta que acababan de escalar, se dirigieron con todo sigilo al lugar de donde provenía el ruido y, efectivamente, encontraron una manada de unturi paki, que pasaba quizá del centenar, dedicada a comer unas pepas del monte. En cuanto la manada se dio cuenta de la presencia del hombre, emprendió una carrera alocada, esparciéndose por todos los lados, sin dirección ninguna, sin rumbo fijo. Era de ver cómo los saginos, adultos y pequeños, machos y hembras, cruzaban el sendero por arriba y por abajo, con el afán de reunirse y de separarse al mismo tiempo, tratando de evitar al hombre, preocupados de no separarse de las crías, emitiendo gruñidos graves y agudos al mismo tiempo, sin atinar si ir hacia arriba, o bajar hacia el valle.

Los dos hermanos, entre la alegría del descubrimiento y el miedo de ser atacados, escogieron una cría que se había quedado un poco rezagada, ni muy grande ni muy pequeña, y trataron de separarla definitivamente del grupo, atajándola y acometiéndola con sus lanzas. Pero la madre de la cría, al oír los chillidos agudos de la misma, se volvió atrás para recogerla y defenderla, y viendo a los dos hombres, los atacó violentamente. La cría, al verse momentáneamente libre del ataque de los hombres, se dio a precipitada fuga, uniéndose al grupo. Mientras tanto los dos hermanos tuvieron que enfrentarse al nuevo peligro y, mirándose en los ojos, resolvieron separarse y refugiarse tras un árbol, a unos diez metros de distancia el uno del otro. La hembra cometía valientemente al uno y entonces el otro, salía de su escondite y pinchaba al animal, el cual se revolvía enfurecido contra éste, obligándole a refugiarse tras el árbol. Inmediatamente el otro hermano salía de su refugio y perseguía a la hembra, pinchándola a su vez, obligándola a volverse para desquitarse del nuevo ataque. Así, después de algunos ataques y contrataques, la hembra, herida en varias partes y cansada por tanto trajín tuvo que ceder y quedó en breve víctima de la astucia de los dos hermanos. Estos, por una parte estaban contentos por la presa que

habían adquirido; por otra, estaban preocupados por la cargada, ya que, a la larga, iba a ser un peso no indiferente, por un camino impervio y largo. Al final, uno decidió cargar la presa y el otro se hizo cargo de los dos pitik y reanudaron el camino, salvando la cuesta y descendiendo luego hacia el valle del Mankusas, comentando las distintas vicisitudes.

Llegados a orillas del Mankusas hacia las 5 de la tarde, no habiendo con qué cruzar el río y no quedando tiempo necesario para construir una balsa, decidieron dormir en la playa. Chamuscaron al animal, lo descuartizaron, prepararon el fuego, armaron una parrilla sobre la que fueron colocando los pedazos de carne para secarlos y ahumarlos y así tener carne y comida para todo el trayecto, y para convidar a las familias que los hubieran recibido, hasta que al fin, viendo que la carne estaba lista y sintiéndose rendidos por la larga jornada y por la nueva faena a la que se vieron sometidos, se acostaron sobre la arena y se entregaron al sueño.

Por mala suerte, fueron visitados por los vampiros, que les chuparon la sangre en los dedos de los pies. Al despertarse los dos hermanos, vieron con sorpresa que tenía los pies totalmente ensangrentados, mientras un acompañante de ellos, que se había acostado con las medias puestas, no había sufrido algún percance.

ESAKAR-PAKI (variedad de sagino)

Llamado Wankania al Sur

De la misma familia de los yankipik, pero más chiquito, porque llega a la altura máxima de unos 40 cm. De un color gris; las cerdas son mitad negras y mitad blancas; el color blanco es más acentuado en las patas y en las quijadas. No llega a pesar más de 20 kg.

Se reconocen las pisadas por ser más chiquitas del yankipik; acostumbran andar en manadas de 30 hasta 40 ejemplares entre grandes y chiquitos.

Tienen las mismas costumbres de los unturí-paki, las mismas emigraciones y la misma alimentación y emiten los mismos gritos del unturí-paki.

El esákar-paki es bien conocido por su bravura, porque ataca a los perros y a la gente en forma inmediata.

Se presume que la manada tenga un jefe, ordinariamente el macho más grueso; se dice que, antes de atacarlo, hay que estudiar los movimientos de éste, porque todo el grupo le obedece.

Es muy peligroso, porque insiste en los ataques, a pesar de oír disparos y gritos. No huye del enemigo; antes bien, los perros son víctimas seguras y se han dado casos en que han muerto hasta 7 perros que intentaban ahuyentar a la manada.

El shuar, conociéndole, no le da la caza expresamente, pero, encontrándolo, lo mata por su carne apetitosa. Topándose con un grupo de esákar—paki, lo más aconsejable es treparse a un árbol y disparar desde arriba, con carabina o con bodoquera.

Si uno está en posición favorable y se encuentra fuera de peligro, lo puede matar también con un palo.

Los animales, al descubrir el cazador trepado en un árbol, se enfurecen y dan vueltas alrededor del mismo, con la esperanza de atacarlo y eliminarlo. Desde lo alto el cazador puede matar la cantidad que quiera, porque no se alejarán. Solamente si se mata el jefe, el grupo se disolverá prontamente.

Este animal se hizo rarísimo; es difícilísimo encontrarlo. Los shuar y achuar dicen que los han acabado en los años anteiores, por lo tanto, o se han extinguido o están en vías de extinción.

Es considerado como un animal útil, pero al mismo tiempo peligroso.

Su cuero es objeto de comercio.

Buen augurio para cazar los esákar—paki es soñar grupos de personas en pelea, o soñar guerras, etc.

RELATO DE NANCHIRAM (Yaasnunka)

Antes no vivía yo aquí; vivía en Yaupi; pero, constatando que aquí las tierras son planas y mejores, decidí venir a vivir en estos lugares.

Anteriormente había trabajado una chacra grande y, habiendo construido allí un rancho provisional, estábamos solos, pues otro cuñado vivía al otro lado del Macuma.

Una tarde estaba en el rancho y los perros empezaron a ponerse molestos y ladraron con particular insistencia; en un primer momento pensé que alguien se estaba acercando, pero después pensé que podría ser algún animal. Me puse a escuchar y oí que desde la chacra parecía acercarse una manada de paki. El ruido se hizo más y más fuerte y cada momento más cercano; tenía la escopeta, pero lamentablemente no tenía pólvora.

Entonces pensé espantarlos, para que no acabaran la chacra, pero, con sorpresa, me di cuenta que no eran untsurí—paki, sino esákar—paki. Era la primera vez que los veía, pero conocía sus costumbres, porque los mayores me contaron que son bravísimos y pueden ser muchísimos, 50 y más. Regresé al rancho para avisar a la familia, cogí a los hijos y los puse a buen seguro, sobre las soleras de la casita, mientras

mi mujer apenas tuvo el tiempo suficiente para soltar a los perros. Yo mismo me subí arriba, ya que esto me lo habían explicado: cuando se ven estos animales, lo único que queda por hacer es subir arriba, porque atacan a cualquier ser que se mueve. Apenas subidos, el rancho quedó circundado de paki; los perros que intentaron asustar a dichos animales tuvieron un triste fin; nosotros, impotentes, vimos a los perros morir uno a uno, desgarrados por los terribles colmillos del esákar.

La manada parecía obedecer al mando de alguien. Por esta razón nuestros mayores dicen que hay uno del grupo que es el jefe, matando el cual, rápidamente se dispersa el grupo desbandado, sin guía; de lo contrario persisten, no obstante los disparos o los compañeros muertos.

En esta situación, no sabía qué hacer; los perros matados y comidos, la chacra en peligro de perderse y los esákar que no se alejaban y nos acechaban, esperando tal vez que alguien cayera.

Luego pensé que, tal vez, bajándome despacio por atrás de la casa y cogiendo el caminito que rodea la chacra, hubiera podido llegar al otro extremo de la misma.

Esperé un rato, luego, salté y temeroso, me fui por tal caminito recomendando antes a la familia que no se movieran de su sitio. Me di cuenta que, afortunadamente, ningún paki me seguía.

Llegando al otro extremo de la chacra, busqué un puesto seguro y con toda la voz que tenía, me puse a remedar a los perros, esperando que la manada dejara el rancho y se vinieran hacia mí, recordando lo que me habían aconsejado mis mayores.

No pasó mucho tiempo y oí la manada venir hacia mi lado; entonces corrí un poco más lejos y seguí imitando al perro; me corrí más allá imitando siempre el ladrido del perro y, siempre corriendo, me fui alejando cada vez más, seguro de que la manada me hubiera seguido. El perfecto conocimiento del terreno me fue de valiosa ayuda. Cuando me di cuenta que estaba suficientemente lejos de la casa, dejé de remedar a los perros y, calladito, di una vuelta muy larga y regresé, esperando que con este engaño los esákar hubieran seguido su camino.

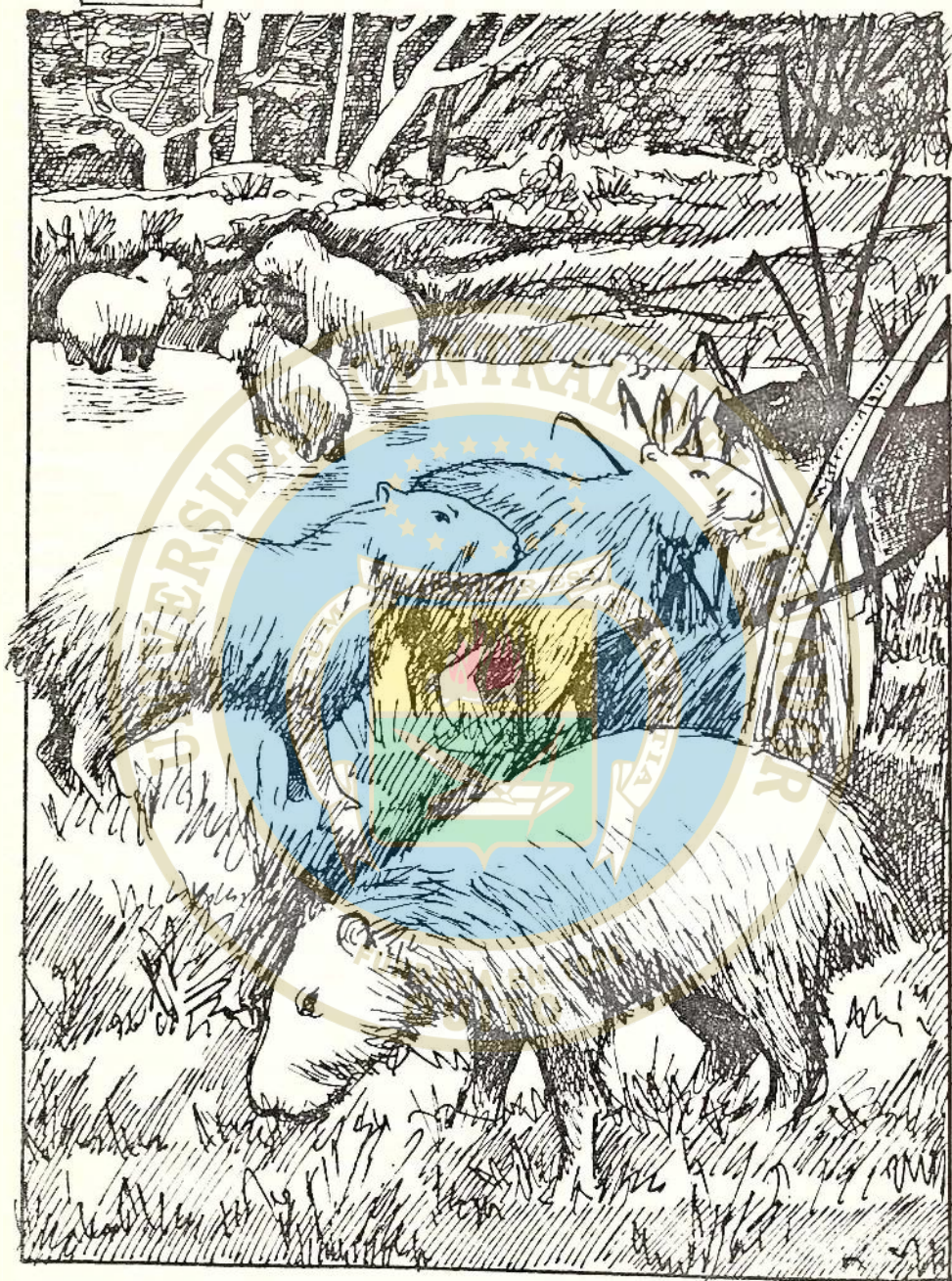
Esperé un buen rato, y advertí que atrás ya no venía nadie; siempre cauteloso y atento regresé al rancho. Todos estábamos a salvo, pero con 3 perros menos y la chacra medio destruida.

Al fin, nos reímos también, porque en aquella ocasión tuve que hacer de perro.

UNKUM' (Capibaro) Ronzoco al Sur

De la familia de los roedores. Es el más grande de esta familia. De constitución

UNKUM'



muy robusta, tiene las patas como las de los palmípedos, lo cual le permite nadar velozmente en el agua. Posee tres dedos en las patas y en las manos.

El pelo, de color castaño, es largo y ralo, dejando entrever la piel. Tiene el pescuezo corto con orejas chiquitas, redondeadas, ojos grandes, hocico bien desarrollado. El rabo es de unos 3 cm. de largo.

Las hembras son un poco más bajitas que los machos.

El órgano sexual del macho es semejante al de los toros. El macho tiene una glándula sobre el hocico, de la cual emana una secreción olorosa.

En el tiempo del engorde llega a los 50 kg. y más. La hembra suele parir de 2 a 6 crías en cualquier tiempo del año. Las crías nacen bien desarrolladas y en condición de poder seguir la mamá. Esta tiene de 4 a 8 tetas.

Su costumbre le permite andar y pasear en grupos de 8 a 10 ejemplares, y a veces más. Donde son perseguidos, los grupos son menos numerosos.

Vive preferentemente a lado de los ríos, cerca de las lagunas y en los charcos donde la vegetación es espesa y baja. Al capibara le gusta mucho el agua y el grupo pasea horas enteras en las playas entretenido en el juego; se baña muy frecuentemente y en el agua es muy veloz; puede pasar hasta 4 minutos sumergido en el agua. Esto le permite eludir los peligros más fuertes, pudiendo cruzar un río de 80 a 100 m. de ancho sin aparecer.

En las orillas de los ríos y cerca del agua suele defecar; ésta es una señal por la que se descubre su presencia, juntamente con las numerosas pisadas que deja en las orillas y en las playas.

Prefiere andar de noche y por la tarde, aunque también de día se puede encontrar; no tiene recorridos fijos y duerme en la selva tupida echándose en lugares apropiados. Mientras duerme ronca y este sonido puede ser escuchado y ser señal evidente de su presencia.

Normalmente come hojas que se encuentran en las playas; arranca el cogollo de las plantitas. Estas hojas, saaki, son muy abundantes, también como el winchú, que igualmente abunda en las orillas de los ríos.

Descubierto un sembrío de maíz, lo pueden acabar en pocos días; asimismo con las hojas de plátano y la caña de azúcar que les gusta muchísimo.

En el monte o en las orillas de los ríos tienen sus saladeros o napúrkari, en donde se acercan a tomar según la necesidad. Emanan un olor particular, muy intenso. No tienen un carácter muy bravo pero, a veces, para defenderse o defender a las crías

muerden hasta matar a un perro. Tiene los dientes muy desarrollados; los incisivos son muy largos, dos en cada mandíbula que coinciden perfectamente; son largos y arqueados.

A veces pelean entre los miembros de un mismo grupo. En previsión de algún peligro, emiten un grito medio ronco como kaák, kaák, kaák, que se puede oír a una distancia respetable.

Parece que cada grupo tiene una zona determinada para su habitat. Cuando se pierde un elemento del grupo, el compañero o la compañera lo llaman con un silbido corto y repetido, como: fuí, fuí, fuí.

El capibara no tiene muchos enemigos fuera del hombre y los tigres, que atacan a individuos solitarios, los muerden en la nuca y los matan. Otro enemigo es el kaníats o cocodrilo, que al descubrirlos en el agua los sigue y, cuando los alcanza, los muerde en las extremidades o en cualquier parte del cuerpo y los tiene sumergidos, hasta que se ahoguen.

A veces se cogen las crías del capibara; se las amansa prontamente, acostumbándolas a vivir cerca de la casa, sin alejarse mucho y comiendo palmitos, hojas de plátano y cualquier alimento.

Este animal no es tan buscado, siendo la carne poco apreciada, aunque comestible.

El sistema más seguido es de seguirlo con los perros. Los capibara se lanzan en fuga precipitada en dirección del agua y se tiran al río. El cazador debe ser muy hábil y conocer a fondo las costumbres del animal. Desde su canoa trata de adivinar el lugar en donde el capibara asomará para perseguirlo; de hecho el animal se tira al agua y nadando río abajo sale a respirar unos 80-100 metros más abajo; o, también, después de la primera sumergida, nada haciendo asomar solamente el hocico; siendo veloz, el cazador tiene que seguirlo rápidamente en la superficie del agua, y, con buena suerte, le puede disparar y dar en el blanco.

Más fácil, en cambio, es cuando al ser perseguido por los perros, un ejemplar se refugia entre las raíces de un enorme árbol; poniendo la espalda al seguro, puede afrontar los perros que a menudo ahuyenta a mordiscos. En cambio, nada podrá hacer en esta posición cuando se le apunta una carabina, aunque sólo un tiro no es suficiente.

Herido, a veces, se aleja y se esconde en la maleza.

Otra forma es la de esperarlos en los lugares donde acostumbran comer. Se los puede descubrir también cuando se oyen pelear entre ellos. Con todo cuidado el cazador puede acercarse a una distancia mínima y alcanzarlo con lanzas de shinki.

Un buen cazador puede a veces matarlo con la bodoquera y con buen veneno.

También el ronquido del animal dormido lo puede traicionar; al escucharlo, el cazador se acerca lo más silenciosamente posible y lo puede encontrar dormido; pero cualquier mínimo ruido puede ser suficiente para ponerlo en fuga.

También es fácil descubrirlo en las playas de tarde o por la noche; mientras se divierte con los del grupo. Es fácil acercarse sin ser notado; a veces, el animal sintiéndose descubierto por el enemigo, empieza a correr por arriba y por abajo en la playa pasando muy cerca del cazador, acción que repite varias veces hasta que un tiro le obliga a escapar definitivamente, o lo deja muerto o herido. Todo el grupo al escuchar la detonación se eclipsará en el bosque.

Matado el animal, se lo chamusca y se parte en pedazos y se lo lleva a la casa; si el camino es largo, se invita a otras personas para que ayuden. La carne no muy apetecida, es de color oscuro y de sabor parecido al cebo del ganado.

En tiempo de engorde tiene mucha grasa, pero de sabor rancio.

El capibara sirve de alimento para los perros; sobre todo cuando hay abundancia de carne de otros animales.

CUENTO DE KUMPANAM

Allí en Yutuyaku nosotros vivíamos como los antiguos shuar.

Por la mañana los hombres iban de cacería, cosa que hacíamos todos los días.

En esa zona, acostumbrábamos también talar árboles, amontonar los troncos a lado de los ríos y esperar las lluvias que favorecían la crecida de los ríos para botar al agua las "trozas" con el fin de que fueran flotando hacia abajo hasta la desembocadura con el Morona. Allí forman grandes balsas y los comerciantes las llevan río abajo. También los blancos venían a trabajar; ellos, en los sitios de trabajo, construían ranchos y casitas en pleno monte.

Yo, una vez, me fui de cacería y, por más que diera vueltas, no encontré nada; así que decidí regresar a la casa, pasando por uno de esos campamentos. Llegando cerca de los ranchos, oí un ruido; me paré para escuchar bien y pensé que tal vez podrían ser los pakí; me acerqué con la carabina apuntada para estar listo al disparar; caminaba sin hacer el mínimo ruido, lentamente. Los ruidos parecían claros, eran de animales, pero no de pakí, sino de ñunkum', ya que eran claros sus: kaák, kaák, kaák. Dí unos pasos más y de sorpresa me encontré al borde del campamento de los trabajadores. No veía ningún animal. Me parecía extraño no encontrarlos, ya que los ruidos eran propiamente de ñunkum'. Entre mí pensé: por aquí está andando.

Entonces rodeé un rancho y luego otro y con gran admiración mía me encontré con 3 grandes capibaras que estaban lamiendo tranquilamente una funda de sal que ciertamente los trabajadores habían guardado para la cocina. Los animales estaban tan entretenidos con la sal que comían ávidamente, que no se dieron cuenta de mi presencia. Tomé mi posición tranquilamente y decidí disparar al macho que era el más grande; esperé que me mostrara bien las costillas y tan le acerté. Al ruido de la explosión, los otros dos se escaparon frenéticamente. El herido, zigzagueando, no hizo más que unos 20 pasos y cayó para no levantarse más. Estaba más que satisfecho de tanta carne.

Era ya medio tardecito; de allí al poco rato hubieran regresado los trabajadores y los tronqueros.

Yo sólo no podía cargar el animal hasta la casa; entonces decidí cortar las dos piernas de atrás y cargármelas. Así hice como había pensado y con las dos piezas me metí otra vez en el monte, cogiendo el camino del regreso, dejando todo el resto de la carne en la cocina de los tronqueros.

Después de caminar un poco, las dos piernas me pesaban; entonces resolví abandonar una, colgándola a un bejuco de media altura.

Llegando a la casa, comimos bien tanto los shuar como los perros, ya que a nosotros no nos gusta mucho la carne de ñunkum'. Los perros engordan con ellas.

Avisé de lo acontecido a los de la casa y nos reímos a carcajadas, pensando en lo que estarían diciendo los trabajadores, encontrándose con la cocina desbaratada y con un animalote muerto sin las piernas de atrás. Así pasamos riendo.

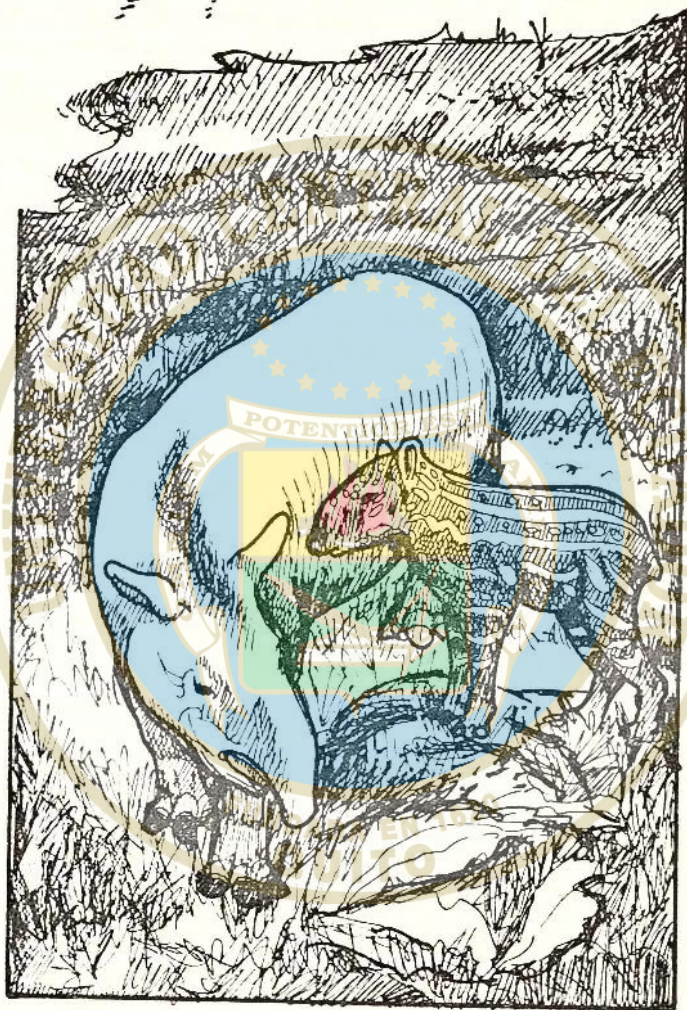
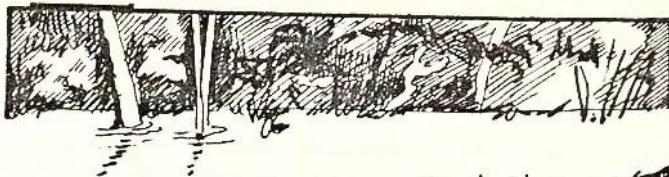
El día siguiente mandé a mi cuñado para que trajera la otra pierna, pero le avisé que no se acercara mucho al campamento.

PAMA (danta, tapir, sacha vaca)

Es un animal muy grande; de un color café claro; con un pelo aterciopelado, cortito; la parte del abdomen es más alta que la parte posterior, tomando una forma más bien arqueada. Su cuello es muy robusto, con una crin cortita pero muy densa. La parte superior del pescuezo es muy abultada, presentando una especie de joroba, con una buena reserva de grasa.

Un animal adulto puede llegar a tener 120 cm. de alto y tener un peso de 200–250 kg. En proporción al pescuezo, tiene el hocico reducido con el labio superior terminado a manera de probóscide, de unos 5–7 cm. de largo, muy móvil. Parece que le sirve para olfatear mejor y también para agarrar las hojas más altas.

PAMA'



Las orejas son cortas y redondeadas; tiene un rabito pelado de unos 4 a 6 cm. de largo. Las patas son algo cortas con 4 dedos las anteriores y 3 las posteriores. El órgano sexual masculino es muy similar al de los caballos.

Es uníparo. La hembra tiene dos tetas desarrolladas en la parte inferior, y, otras dos atrofiadas en la parte anterior. Durante la unión sexual el pamá hace mucho ruido: primero la pareja se olfatea; durante la monta, el macho emite unos sonidos sofocados. Si se le descubre en este estado al macho, éste se pone bravísimo y a veces ataca. Concluida la cópula, el macho deja en el lugar abundante semen esparcido en las hojas más bajas, tanto que parecen fumigadas por material de color blanco.

El lugar preferido por este animal es la selva virgen, no muy densa y accidentada, cruzada por ríos o quebradas. Es un óptimo nadador y se ayuda con las patas, aunque parece, al cruzar ríos hondos, que camina en el lecho del río. Puede quedar hasta 3 minutos en el agua sin asomar.

Generalmente anda solitario y a veces entre dos o con la cría. Durante la travesía de los ríos grandes, la mamá ayuda a la cría a nadar acompañándola desde atrás.

Siguen casi siempre los mismos caminos en una zona, caminos inconfundibles, que andan a zig zag por el monte. Las pisadas son inconfundibles; por ser el animal pesado, las deja siempre bien claras. A la orilla de los vadíos se hunde hasta las rodillas.

Se nutre de las hojas de la selva (pamá yurumke) quebrando hasta ramitas, como el wampu, y es muy goloso del achu.

Tiene sus saladeros naturales cerca de las fuentes, a los cuales acude frecuentemente.

A veces suele roer con los dientes las cortezas de palos secos o podridos. Come fruta de yantasu.

La danta defeca siempre en el agua o en las orillas: corre largos trechos en busca de riachuelos en donde poder defecar.

Es muy ágil, a pesar de su mole; corre veloz y se trepa por subidas abruptas. Descubierta en peligro, se lanza en fuga precipitada, sea por los caminos sea por el bosque; agacha la cabeza y corre rompiendo todo lo que encuentra en su camino. Dicen que en su carrera choca duramente contra palos gruesos y queda medio atontado.

A veces emite un sonido como: pí, pí, pí, pí, muy agudo, que se puede escuchar desde lejos.

El tapir, al ver o al oír el shanashna, una especie de garrapatero, lo llama con su pí, pí, pí, pí hasta que el volátil baja sobre su grupa a comerle las garrapatas.

Durante el sueño echa pedos muy fuertes que se pueden escuchar a regular distancia.

Su forma onomatopeyca es taauun.

El tapir prefiere moverse de madrugada y de tarde. Por la noche y, también, durante el día, prefiere dormir supino en lo más enmarañado de la vegetación. Se han visto varios pamá jugando entre ellos en el agua o en el monte. Es un animal muy sociable. Cogida una cría, se la puede amansar fácilmente; sabe quedar mansita cerca de las casas; va a comer por el monte y luego regresa a dormir cerca de las casas.

Uno de los peores enemigos es el jaguar, que, apostado en lo alto de las ramas, al borde de la pista del tapir, lo asalta, montándole en las espaldas. Si el tapir es grande, echa a correr desesperadamente en el monte y a veces logra botar al enemigo. Pero, en la mayor parte de los casos, el jaguar escoge presas chiquitas y las desgarras. Se cuenta que el pamá es uno de los pocos animales que le gana al panki o a la boa: el pamá, al ser agarrado por una boa de agua, sale del agua, arrastrando al reptil hasta que éste lo suelta, lo cual es índice de mucha fuerza. En cambio, las crías son más perseguidas, a pesar de su color muy mimetizado. Los chiquitos tienen un color café, rayado longitudinalmente de blanco y con puntitas también blancas esparcidas por todo el cuerpo.

Los pamá tiernos son defendidos por su mamá, la cual se pone bravísima para defender la cría. Con su fuerza y agilidad puede tumbar y dejar pisando cualquier animal, iniciando un frenético e incontrolable baile.

Siendo la carne comestible, los shuar, al encontrarlo, lo matan. Las técnicas son diferentes, según los casos. Las armas preferidas son la carabina, las lanzas o las bodoqueras; en pocos casos con trampa.

Caminando silenciosamente por la selva, se lo puede descubrir mientras duerme y se puede divisar su presencia por medio de las pisadas. El cazador observa si éstas son recientes o antiguas. Si las pisadas son frescas, y esto generalmente por la mañana, el cazador cautamente se dispone a seguirlas hasta dar con el animal. En todo caso, el cazador, armado de carabina y... de mucha suerte, tiene que pegarle directamente en la paleta y el corazón, para que las balas puedan entrar y surtir efecto, de lo contrario, el espeso cuero contendrá en la superficie cualquier clase de munición.

Además, cuando el tiro no es bien dirigido, difícilmente el animal muere; queda herido solamente y son necesarios varios disparos para dejarle muerto.

Se lo persigue también con los perros cazadores: el pama, advirtiendo la persecución, corre por la selva; pero no tiene mucha resistencia y se cansa pronto; entonces se para, y, si el cazador es listo, lo alcanza, mientras algunos perros se abalanzan para morderlo en la parte posterior, confundiendo así al animal, que no sabe qué dirección tomar. El cazador, sorprendiendo al animal acorralado por los perros, lo ma-

ta. También la bodoquera, con sus flechas envenenadas, es muy eficaz, contra el tapir: el cazador busca dirigir el tiro en las partes en donde el cuero es más delgado, o sea en las orejas o en las paletas. El animal, si se le acierta bien, muere a los pocos minutos.

Se lo persigue también con los perros, cuando es herido. Los perros olfatean sencillamente el olor de la sangre o de los líquidos que el animal herido pierde; con todo, si el animal no es herido en partes vitales, difícilmente se rinde.

A veces, se organiza una verdadera expedición para matar al animal; algunos se paran a lo largo de la pista que suele recorrer el animal y se alistan con sus lanzas para arrojarlas en la barriga; otros van en busca del animal, lo hacen correr por la pista en dirección de los demás cazadores. Este es un sistema muy peligroso porque el pamá embravecido puede destrozar y pisar cualquier shuar que encuentra en su camino.

Se lo puede matar, mientras está cruzando un río o, más fácilmente aún, cuando se le sorprende montando; pero en estos casos es bien peligroso, porque el pamá se lanza en contra del cazador, el cual tiene que hacerse prontamente a un lado, cuando el animal está a pocos metros de distancia, permitiendo al pamá seguir recto en su carrera alocada.

También es fácil matarlo cuando llega a tomar en el saladero. Ordinariamente, cerca del saladero, hay un camino o pista que el pamá recorre. Por encontrarse el saladero casi siempre en un lugar medio hundido, formando una especie de anfiteatro, el cazador se ubica en la altura y busca de acertarlo. A veces, siempre cerca de estos saladeros, se arma una trampa, llamada 'tampunch'. Esta se construye del siguiente modo: se coloca una tira de chonta entre varios árboles, dándole elasticidad; en la extremidad de la tira se fijan unas puntas de chonta bien afiladas; se amarra esta punta de la tira con unos bejucos y se la templea bien; el bejuco cruza el camino a unos 20 cm. de altura del suelo y al otro lado se coloca un gatillo; el animal que pasa toca el bejuco, suelta el gatillo y la tira golpea al animal, hiriéndole a veces mortalmente.

Para que este tipo de trampa surta efecto, se necesita mucha experiencia y... mucha suerte.

Otra forma es la de armar una trampa con escopeta: un bejuco, conectado con el gatillo de la escopeta, el ser tocado, permitirá el disparar en el lugar donde pasa la danta; si la suerte acompaña al cazador, esta puede morir.

Entre los shuar, la carne de pamá no es de las más apetecidas, por su color oscuro, por su dureza, siendo generalmente viejo el animal, por su sabor desagradable y también por su semejanza a la del caballo.

Si se mata el animal cerca del río, se lo despedaza, se botan las tripas no comestibles y se lo carga en la canoa.

Si se mata en el monte, el cazador llevará lo que puede y el resto es llevado el día siguiente por los demás, que son invitados al lugar por el cazador. A veces el cazador deja el animal herido gravemente, sin rematarlo; lo amarra fuertemente con bejucos a algún árbol para que no se aleje del lugar.

Las tripas son sabrosas, preparadas en ayampaku; la carne, separada del cuero, es cocinada o ahumada. La manteca es muy apetecida y es de un color oscuro; no se solidifica y queda siempre líquida.

Las uñas de pamá son usadas por los shuar como remedio contra los calambres y el tunir sunkur. Dichas uñas se asan, se raspan y se frotan las partes afectadas del cuerpo con este polvo.

También los testículos, cocinados, son un remedio contra el paludismo.

En conclusión, los perros gozan de las grandes cantidades de carne que se les da al matar un animal grande como el pamá.

A veces, en la imposibilidad de cargar todo el animal, se sacan las piezas preferidas y lo que se puede cargar, abandonando el resto en el lugar mismo de la matanza.

Los sueños más propicios para matar el pamá son los que el soñador tiene cuando se sueña a sí mismo cargando o halando algo pesadísimo, como cargar plátano, halar o remar con canoa, cargar gente, etc...

RELACION DE CHAU (MUTINTS)

Anteriormente, por estas partes andaban muchísimas dantas, por el hecho que hay muchos riachuelos y porque atrás en el Kutukú, no vivía nadie. Mis padres decían que esta zona era muy rica en cacería, pero ahora estamos trabajando mucho potrero y todo animal se aleja, porque se asusta del tumbé de los árboles.

Pero un día, Tuntuam, regresó de una vuelta que dio por las cabeceras del río Mutints, arriba, por el cerro, cerca del lugar de la tuna o cascada, donde solemos ir, y nos avisó que había visto muchas pisaslas de pamá, y por lo menos debían ser dos adultos y un chiquito.

Decidimos ir a ver al día siguiente; invitamos a algunos, armamos la expedición, y de madrugada nos fuimos hacia la zona del Mutints.

Yo tenía la carabina, Tuntuam la escopeta, Chiarmach' otra escopeta. Puwainchir arregló una lanza en cuya punta había amarrado un cuchillo. Llegados cerca del lugar, las mujeres se quedaron preparando algo para comer, mientras yo me fui por el lado derecho del río, Tuntuam con Puwainchir por el lado izquierdo y Chiarmach por el

lecho del río. Las pisadas eran muchas en realidad y tuvimos la impresión de que los animales hubieran estado jugando toda la noche.

Eran claras las pisadas en el fondo del río y bien frescas. Cautamente, cada uno seguía su pista; el rato menos pensado se oyó un disparo en dirección del río. Allí corrimos para ver qué sucedía.

Chiarmach' había encontrado la danta y dijo que estaba en el agua y que le había disparado un tiro, pero sin acertar porque la danta estaba bien arisca y parecía que le iba a atacar con la cabeza agachada. Se hizo de lado, pero la pinchó con un cuchillo y ella se hundió en una lagunita, saliéndose bien abajo para escaparse. Todos llegamos allí para ver y también llegaron dos de las mujeres quienes oyendo lo sucedido, se pusieron bravas, diciendo que Chiarmach' sólo sabe hacer chistes, cantar y bailar, pero no puede acertar un animal tan grande. Por el resto del día estuvimos buscando y buscando y no encontramos nada.

Fuimos a descansar, mientras las mujeres seguían molestando a Chiarmach, diciéndole que, de haber sido una solterita en lugar de una danta, ciertamente no la hubiera dejado escapar. Así dormimos en tres ranchitos, riéndonos de lo ocurrido. Por la madrugada, tomamos chicha y otra vez nos fuimos a buscar. Esta vez todos seguimos río arriba ya en cierto punto dejamos allí a Puwainchir que era el de más edad, mientras yo con el Tuntuam fuimos por la izquierda, siguiendo unas pisadas que parecían fresquitas. Nos trepamos por una cuesta empinadísima y nos dimos cuenta de que, con toda probabilidad, íbamos bien, porque vimos unas hojas recién comidas. Seguimos despacio, mientras Chiarmach seguía por su cuenta hacia la derecha. Yo y Tuntuam, siempre juntos, razonábamos que, si la hubiéramos encontrado aún herida hubiera ido río abajo hacia el lugar en donde estaba Puwainchir y, más lejos, las mujeres.

Tuntuam fue el primero en oír un ruido; ya no había duda; allí estaba; él añadió más municiones a la escopeta, yo quité el seguro, nos separamos un poco y nos acercamos sin que el animal se diera cuenta de nuestra presencia. Ya estaba a tiro; yo estaba mal colocado, pero bien cerquita; nos miramos y casi contemporáneamente disparamos. El pamá cayó de rodillas sobre las patas delanteras, luego nuevamente se levantó y se puso a correr. Yo había cargado nuevamente la carabina (la escopeta es más demorada) me puse en su persecución con toda la velocidad posible, pero, con gran sorpresa, después de 50 pasos, allí encontré la danta echada que daba los últimos suspiros. Era un macho bien grande; llegó Tuntuam e hicimos cacho para que nos alcanzaran los demás. En la espera estuvimos examinando y nos dimos cuenta que las balas de carabina estaban apenas pegadas al cuero de la pierna izquierda y en el rabo, mientras que una bala de escopeta había impactado en las costillas, las había traspasado y había pegado en el corazón. El tiro de Tuntuam fue fatal. Descuartizado el animal, vimos en el corazón la munición que le procuró la muerte violenta. Llegaron en seguida las mujeres para dar chica y alabaron a Tuntuam por su bravura. Allí mismo hicimos un rancho, secamos la carne, porque, fresca, es muy pesada para lle-

varla hasta la casa. Lo primero que hicimos fue comernos el hígado y el corazón, hasta decir basta. Dormimos contentos.

Al día siguiente matamos otra danta, la hembra.

Tal vez hayan sido las últimas dantas del sector de Mutints, pero consideramos preferible comerla nosotros antes que los habitantes de Kuchaentsa.

KASHAI (Lemucha, guanta) **Llamada Majás al Sur**

Es un roedor. Los shuar distinguen dos tipos de káshai: el warúntam, ligeramente más grueso y el kaats, de dimensiones inferiores. Entre los dos tipos no existen diferencias sustanciales.

El warúntam tiene el pelo un poco más negruzco, mientras que el kaats es más rojizo. El pelaje es corto y brillante; a lo largo de los flancos tiene cuatro hileras de manchas blancas. El rabo es cortísimo, de uno a dos centímetros de largo. Llega a tener hasta 80 cm. de largo y más de 10 kg. de peso. Tiene el hocico arqueado, con largos bigotes a lado de la nariz; las orejas son muy separadas y largas.

Es bajita, con patas cortas, pero fuertes; tiene dedos tanto adelante como atrás, con fuertes uñas.

Es muy veloz y se escapa dando grandes saltos, haciéndose fuerza sobre las fuertes patas de atrás.

Es de costumbres nocturnas y raramente se la puede ver de día, porque parece que la luz del sol le fastidia.

Vive aisladamente en zonas en donde encuentra fácilmente su alimentación. Los charcos y las zonas húmedas son las preferidas. Efectivamente, el agua es un elemento indispensable para su vida. Es un óptimo nadador; al sumergirse puede quedar bajo el agua por varios minutos.

Al emerger, hace aparecer solamente la puntita de la nariz para poder respirar. Y queda tranquila en el agua hasta que haya desaparecido el peligro.

Se alimenta de frutas, como tsápatar, yáas, iniak^u, achu, etc. En las zonas cultivadas puede transformarse en un flagelo, porque es golosa de yuca, camote, plátano, maíz, etc. Excava alrededor del fruto o del tubérculo sin dañar la planta. Se alimenta también de algunas hojitas tiernas. En tiempo de fruta madura, su alimento preferido es kai, uwí, sampi. Cuando come las pepas, las agarra con las manos y, sentándose sobre las patas traseras, lleva la comida a la boca. El animal, en las partes extremas de las patas (sankani) tiene un cuero duro.



Llevando el alimento a la boca, lo roe con los 4 incisivos, fuertes y amarillentos. Los incisivos superiores son largos hasta 6 cm., de los cuales un cm. y medio es visible y el resto encajado en la quijada superior.

El órgano reproductor del macho es largo e interno; en cambio, el escroto es chiquito y blanco.

Da una sola cría, dos veces al año.

Normalmente pasa callada; pero cuando se llaman entre ellas emiten un grito gutural semejante a: ya, ya, ya, que suena más fuerte cuando pelean. Cuando escapa frente a un peligro, grita con el mismo sonido, pero más rápido.

Durante el día, pasa metida en guaridas, que ella misma cava, o en otros huecos, cavados por armadillos. Se esconde también en huecos de palos podridos, donde lleva hojitas y basuritas para preparar el nido, cuando se acerca el tiempo de parir. Después del destete, la hembra deja abandonada la cría, la cual empieza a seguir al macho, que la cuida, enseñándole cómo procurarse la comida.

Tiene muchos enemigos en el monte, como el yawá, el tuwénk, el shukém. Cuando entra en los ríos caudalosos y es perseguido por el kaniats y por el yantana-entsa, la káshai se defiende, hundiéndose en aguas profundas y acometiendo con desgarradores mordiscos.

Por su carne sabrosísima, la preferida para los shuar, es cazada con todos los medios posibles.

El perro es el medio más usado para perseguirla. Hay perros bien adiestrados, que, una vez que están en su pista o huelen su escondite, la hacen salir y la persiguen incansablemente. Ella, en su afán de salvarse, se lanza en el agua más próxima para buscar perder sus huellas, ya que, una vez en el agua, se encuentra a salvo de la persecución de los perros.

Cuando la ha acorralado, el perro cambia su forma de ladrar. El shuar, que conoce perfectamente la costumbre, se acerca rápidamente al lugar y lo primero que hace es ubicar el hueco principal, tapándolo con palos, de tal manera que la presa no pueda salir; sucesivamente busca otras salidas cercanas a la entrada principal. Estas salidas de emergencia son tapadas superficialmente con hojas y basuritas. Naturalmente se tapan todas las salidas y se empieza la tarea de cavar el escondite; para ello se afilan algunos palos, que se usan a manera de barreta.

Para estar seguros de que el animal se ha refugiado adentro, los shuar introducen un palo flexible hasta topar con el káshai, que se pone a chillar. A veces, los animales se quedan callados, pero en la punta del palo quedan algunos pelos que revelan su presencia. Suelen refugiarse en el hueco de yunkíts, y en este caso el afortunado cazador encontrará dos animales.

Mientras se cava el hueco, se vigila al mismo tiempo que no se escape; se llega de este modo a la presa, que, al no tener posibilidad de escape, busca sorprender al cazador. Por esto hay que estar siempre listos con un palo o con el machete para matar al animal, apenas asome.

Cuando entra en palos huequeados, en primer lugar se busca de tapar la entrada principal; luego se van abriendo otros huecos. En estos casos, los perros, exaltados por el olor del animal, quedan siempre vigilantes y, en caso de escaparse, se lanzan encima, agarrándolo infaliblemente.

Los perros, a veces, alcanzan a la káshai antes de que pueda esconderse; con pocos mordiscos la inmovilizan rápidamente.

Es más difícil para el perro seguirla en el agua; pero en compañía del dueño, se lanza en su seguimiento. En los ríos grandes, los shuar usan la canoa. Uno de los cazadores se queda en el agua, esperando que el perro la haga caer. Luego, todo el problema está en no perderla de vista. Si alcanza a cruzar y salir al otro lado, incita a los perros para que sigan atrás. Si se queda en el agua, se espera hasta que asome cerca de la orilla para respirar y se le corta la salida, o se le dispara o se busca de alcanzarla con la lanza. En algunas ocasiones se le sopla una flecha envenenada.

El tiempo más propicio para dar la caza a la káshai es por la mañana.

En estos últimos tiempos, con el uso de la linterna, se le da la caza también de noche, esperándola en las chacras, en donde acostumbra comer yuca o maíz, o sobre los árboles frutales, esperando que se acerque para comer frutas caídas. En otras ocasiones se construye un andamio para poder sentarse a esperar la hora que venga a comer.

A veces, como se usa con los saginos encerrados en un hueco, se introduce en el hueco principal un nido de kama o comején, el cual, prendido, hace mucho humo, en el interior de la caverna, después se tapa la abertura con hojas y con tierra y se espera que el animal medio asfixiado, se decida a salir del hueco.

Por la noche, pasando por las orillas del río en canoa, se puede sorprender algún káshai, en actitud de tomar agua. En este caso, la técnica es sencilla; se le enfoca al animal con la linterna en la mano izquierda y con la derecha se sostiene la escopeta, se apunta y se dispara.

Como dije antes, es el animal que tiene la carne más sabrosa y apetecida. El animal se despedaza como los otros animales y se chamusca. Se acostumbra asar las partes más delicadas, como el pecho y las costillas, haciendo hervir el resto.

Difícilmente se seca o se asa, porque con el calor se disuelve la grasa, cayendo en la candela.

Los shuar se llevan los pequeños para criarlos. Por ellos, hay que dejar en la habitación un palo hueco o algo semejante para que quede en la oscuridad durante el día. La operación de amansar es larga y hay que tenerlos siempre encerrados. Haciéndose más grandes, ellos mismos cavan un hueco y se refugian durante el día. Cuando se amansan, salen de la casa a lo largo del día y regresan a comer por la noche.

Los huesos del animal, si éste fue matado por el perro, serán recogidos cuidadosamente por la mujer y botados al agua, en forma tal que ni las gallinas, ni los chanchos puedan comerlos, de lo contrario el perro que persiguió o encerró o mató al animal se dañará y dejará de ser buen cazador.

También para la káshai el sueño es importante.

Los shuar dicen que es buen auspicio soñar que se está ahorcando una guagua gorda o que se está bajo el agua, sin poder respirar.

CUENTO DE PAKUNT (Yutuints)

El Yutuints no es un río muy grande, pero cuando crece es respetable; en parte es navegable, haciendo uso de canoas chiquitas.

Una mañana mi papá me dijo de alistar la canoa para ir a visitar a nuestras familias que vivían más abajo. Nosotros, los shuar, siempre sabemos visitarnos recíprocamente.

El regreso, río arriba, es un poco más duro, porque en algunos puntos el río es fuerte.

Nosotros, cuando vamos al monte, tenemos siempre la preocupación de regresar a la casa con algunas presas para los familiares que dejamos en la casa.

Durante la surcada nos dimos cuenta que en la orilla había un hueco grandecito que, al parecer, tenía el aspecto de una guarida. Nos acercamos y amarramos la canoa; mi papá llevó la carabina consigo y nos fuimos a inspeccionar el hueco. Había pisadas frescas de káshai; además había tierra movida recientemente. Nos dimos cuenta que casi seguramente el animal estaba adentro. Buscamos otras aberturas y las tapamos en seguida; luego preparamos un palito para introducir en el hueco.

Seguramente la káshai olió algo anormal y, asustada por el palito, buscó la salida, pensando cogernos de sorpresa. De hecho, nosotros no estábamos listos, porque recientemente estábamos estudiando el terreno y tanteando el hueco para asegurarnos de su presencia.

Salió flechada del escondite y bajó la quebrada con la intención de tirarse al

agua. Mi papá alistó en seguida la carabina y esperó el momento justo para halar el gatillo. Tenía una vista clara y despejada, porque nosotros estábamos arriba y el animal más abajo. El animal, apurado en la fuga, saltó en la canoa, tuvo un instante de incertidumbre y quedó en la canoa, sin saber qué hacer. La indecisión fue aprovechada por mi papá que le disparó fulminándolo en el mismo lugar, porque la distancia era poca y la carabina no falla.

Bajamos la quebrada para proseguir el viaje; yo me quedé un poco rezagado para recoger unas hojas de pumpú y envolver luego el animal (es de saber que aquí hace mucho calor y los moscos en seguida se acercan a los animales muertos para deponer los huevos de gusanos).

Después bajé la quebrada y sorprendí a mi papá que estaba refunfuñando algo; luego me miró y se puso a reír, mostrándome al mismo tiempo un ancho hueco en el fondo de la canoa.

Las municiones habían matado al káshai, pero las que se le fueron a lado y las que traspasaron el cuerpo del animal, se clavaron en la madera del fondo de la canoa, produciendo el hueco, por el cual entraba bastante agua.

KAYUK o YUNKITS (guatusa)
Llamada Aniuje al Sur.

Es un roedor. Los shuar dicen que hay dos tipos de yunkits, que se distinguen sólo por el color del pelo uno más negro, otro ligeramente más plateado.

Es un roedor de tamaño mediano.

Llega a los 70 cm. de largo y a los 6-7 kg. de peso. El cuerpo es alargado, las patas delgadas, la cola cortísima. El pelo, formado de cerdas negras o plateadas y brillantes, es ralo; los pelos son largos y se encuentran más abundantes en la parte posterior del lomo. Tiene largos bigotes en el hocico, que es alargado y arqueado; las orejas son bien visibles y rectas; tiene los clásicos dientes de los roedores, fuertes y largos; los dos incisivos de arriba son más grandes de los de abajo.

Son animales de costumbres diurnas, solitarios y muy tímidos. En caso de peligro tratan de pasar inobservados y solamente al sentirse descubiertos escapan a grandes saltos, ayudados por las poderosas patas de atrás que usan casi como resortes. Son ayudados, además, por los 4 dedos de adelante y por los 3 de atrás, que usan para mover cualquier superficie de terreno. Además de la agilidad que le es propia, usan la astucia dando curvas largas y vueltas continuas para regresar luego al mismo sitios, y así engañar al perseguidor.

A veces se botan al agua, pero no son buenos nadadores como el káshai. Cruzan los ríos, pero al descubierto, con la misma velocidad de un perro; no se sumergen.



YUNKITS o KAYUK

Entran y salen rápidamente de sus escondites y palos huecos.

Viven en cualquier terreno de clima templado y no les causa fastidio el terreno seco.

Usan escondites cavados por otros animales o por ellos mismos. Las excavaciones son de formación más bien complicada, muy profundas y con diversas salidas de emergencia. En los huecos preparan un confortable nido, hecho de hojas, pelos y palitos sea para dormir como para dar cría.

El aparato genital del animal es similar al del káshai. La hembra pare dos crías, dos veces al año.

Como el káshai, el yunkíts generalmente recorre los mismos senderos que, para un experto, son muy visibles.

Se alimenta de frutas del monte, como matá, achu suntúch, iniáku, apái, frutas que caen al madurar. Por el hecho de raspar y comer las pepas de matá, los shuar dicen que cogen la semilla y, haciendo hueco, la siembran.

Acercándose a las chacras de los shuar, se nutren de cualquier fruto de las mismas. Por este motivo los shuar apodan de yunkíts a las mujeres que roban en chacras ajenas o a cualquiera que roba en la casa.

Tienen un grito: kru, kru, kru, que usan para llamarse entre ellas; lo acentúan cuando se encuentra en peligro o cuando de repente pelean con algún compañero. Las crías, al verse en peligro, lanzan un silbido que se escucha a larga distancia; es algo como: jiu, jiu, jiu, jiuuu. Este silbido pone en alarma a la madre, la cual, encontrándose en las cercanías, corre velocísima para defender a la cría contra cualquier enemigo. El animal se abalanza encima del enemigo, mordiéndolo ferozmente. En tiempo de cría puede enfrentarse aún con un tigrillo. Más de un shuar fue mordido por la yunkits.

Los enemigos son los mismos de siempre, o sea los carnívoros de la floresta, el yawá, el shukém, el tuwénk, que, a veces, aunque de mala manera remeda el silbido de las crías, para atraer a las mamás. También el tigre, al oír el silbido de una cría asustada, se lanza velocísimo hacia ella. En cambio, el shukém le pone la trampa en los caminos que acostumbra usar y de un tas la atrapa y se la atraganta.

En las partes planas del territorio shuar, donde los grandes ríos en tiempo de creciente se desbordan e inundan por kilómetros las orillas que normalmente son secas, el agua inunda los escondites del animal así que éste se ve obligado a salir y a buscar reparo encima de troncos altos o a escaparse en lomas altas, donde no puede llegar la inundación.

La carne de yunkíts es sabrosa, sin llegar a la calidad de la del káshai, y es muy apetecida por todos los shuar.

Las formas de matarla son varias. Se puede sorprenderla, mientras está comiendo o paseando. Muchas veces se la espera en la chacra, donde asoma silenciosa para aprovechar las plantas sembradas por las mujeres shuar. El tiempo más seguro es por la mañana. Como para la káshai, se construyen repisas o andamios en las inmediaciones y allí se espera pacientemente su llegada.

Otra forma de matarla es construyendo a lo largo del sendero recorrido por el animal o a la salida del hueco, donde acostumbra esconderse una trampa eficientísima llamada chimiamu. Es muy sencilla y se la puede construir enteramente en el lugar sólo con la ayuda del machete. El animal, al salir del escondite o al recorrer su camino habitual, cae en la trampa, que es un túnel en donde el animal topa con la nariz un seguro y, automáticamente, le cae encima uno o más troncos pesados.

Otro sistema recién introducido es el de armar una escopeta en dirección del camino y a una altura conveniente, y amarrar un bejuco al gatillo del arma. Cuando pasa el animal, topa el bejuco y automáticamente la escopeta le descarga su porción de plomo.

Al surcar los ríos en canoa nos es posible ver algún ejemplar de yukíts que está cruzando el río, obligado a salvarse de algún perseguidor. En el agua es más bien lenta, y es fácil seguirla con la canoa, alcanzándola con el arpón o con la lanza.

Pero el sistema más usado y el más eficiente es el de dar caza a la yunkíts con los perros. Es obvio que el perro tiene que ser bien entrenado; de lo contrario, al primer engaño, perderá la presa. La yunkíts, para despistar a su perseguidor entra y sale rápidamente de los huecos, recorre varias veces los mismos caminos en la tentativa de confundir el olfato del perro, entra en los huecos de los palos para descansar unos breves instantes y sale nuevamente para continuar la fuga. Si se ve atrapada irremediablemente, sin posibilidad de salida, se introduce en alguno de sus huecos profundos, entrando primero con la cabeza. El buen perro se para frente a la entrada del hueco y cuida la misma ladrando insistentemente. A veces hay perros que intentan cavar, para poder alcanzar al animal en cualquier forma.

Si el hueco no es muy profundo se empieza a cavar y seguir la pista; de lo contrario, se empieza a regar agua en el hueco, hasta que la guatusa viéndose ahogar, buscará sorprender al shuar y salir escapando. Este es el momento más oportuno para matarla.

No siempre el animal se deja vencer tan fácilmente. Resiste y resiste hasta que el hombre se desanima. Entonces éste intenta el último recurso: construye una washím a la salida del hueco. Es un sistema sencillo: se pone basura a la salida, como hojas, bejucos, ramas, palos podridos, que tapan el hueco. Afuera se forma una pirámide

de palos clavados en el suelo. Obligado por el hambre, el animal busca la salida y se encuentra con las salidas de emergencia tapadas; entonces empieza a cavar y a abrirse una brecha por las basuras introducidas por el cazador, de modo que se envuelve en ellas y queda atrapado, sin poder ir ni adelante ni atrás. Al día siguiente o a los dos días se podrá matar fácilmente el animal atrapado.

También los palos huecos son refugio buscado por el animal, pero no muy eficaz. De hecho, con el hacha se pueden abrir varios huecos y dar con el animal. El cazador lo agarra por las patas posteriores y le corta los tendones, para que no pueda escapar otra vez.

Sacada la presa, los perros se abalanzan sobre ella, mordiéndola repetidamente. El olor de la sangre los excita a ser mejores cazadores y a no olvidar el tipo de animal.

Raramente los mejores perros alcanzan al animal en la carrera; en caso afirmativo, lo muerden y lo matan.

Al matarlo, el cazador a veces lo pela en el monte mismo, porque su pelo es suave; de lo contrario, se lo mete en agua caliente y se lo pela o se lo chamusca.

La carne es sabrosa, pero no excesivamente grasienta; por lo tanto, se la puede fácilmente secar.

El pedazo preferido es el pecho y las costillas asadas. Las tripas son amargas y, a veces, se botan.

Los chiquitos son fácilmente amansables y siguen al amo tranquilamente. Al quedar atrás, atemorizados, emiten el clásico silbido. En cambio el amo lo llama con un: pruu, pruu, pruu.

Los huesos del animal, si es matado por los perros, se botan al río, lo mismo que los huesos de la kashai.

Es de buen agüero para matar yunkíts soñar una larga y negra cabellera o una persona que está peinando su cabello largo.

NARRACION DE TUKUP'

Antes vivíamos en Nayants. Cuando mataron a mi hermano, dejé el Macuma y fui a vivir un tiempo sobre el río Yawánts; pero también allí había muchas enfermedades; así que decidí trasladarme con toda la familia a Nayants.

Una mañana me levanté y, siguiendo la costumbre mia y de los mayores, tomé guayusa. Esto nos ayuda a despertarnos prontamente; pero me di cuenta que me do-

lían un poco los ojos. Ya de día, mi mujer vio que tal vez el dolor de los ojos era debido al muuch (algo así como la conjuntivitis). Es una enfermedad que nos coge a menudo. En ese entonces no había ninguna clase de remedios, y no quedaba otra solución que la de aguantar.

Con todo, después de tomar chicha, salí de la casa para ir a pasear por el monte, con la idea de no alejarme mucho, porque no veía clarito.

Me fui bajando a la orilla del Nayants. Los animales, en tiempo de sequía, prefieren acercarse a las orillas de los ríos, tanto para defenderse del calor como para tomar agua. Las orillas del Nayants son bajas y, cuando vienen las crecientes, sus aguas inundan los alrededores.

Resolví salir a la verdadera orilla, que, generalmente, está lejos del agua y es más alta. Allí están los escondites de las káshai, de las yunkíts y de los shushui.

Me quedé detrás de un árbol, medio oculto, pero con una buena visibilidad al frente. Me puse a remedar el silbido de las crías de yunkíts. Nosotros, los shuar, usamos imitar al animal con el piat o pito, que es un pedazo de cáscara de pitiúk, en forma de trapecio, tapado por un lado y abierto por el otro. El piat se pone entre los labios y se sopla emitiendo el silbido deseado. Si falta esto, se remeda el silbido metiendo el meñique doblado en la boca y se silba. Este es el sistema que yo usé.

Estuve silbando un buen rato y mirando hacia el monte, si asomaba algo, pero nada. La yunkíts a veces se acerca brava, con su ruido kru kru kru, que se escucha desde lejos. Silbé otra vez y esperé otro rato; tenía la carabina ya cargada y estaba listo para disparar. Pero no asomó ningún animal.

De repente, un levisimo ruido me hizo volver la cabeza y de improvisto me encontré delante de un untúcham de regular tamaño. El untúcham, bien lo conocen ustedes, ¿acaso es chiquito, acaso no es bravo? Volví apuradamente hacia él el cañón de la carabina, pero el animal con un brinco fulmineo me saltó a la cara. Entonces boté la carabina que ya no servía para el caso (en aquél tiempo andábamos sólo con itip y sin usar camisa).

Me di cuenta en seguida de que las uñas me estaban lacerando las carnes de la cara, de la espalda, del vientre y del abdomen. Pero yo también pensaba como hombre; no perdí el control y me propuse aguantar la embestida de pie, sin caerme, a pesar del peso del animal que tenía frente a mi cara.

Lo que más cuidaba era que no me mordiera en la cara o en la cabeza, porque es lo que más ataca por primero. Con las manos busqué de alejar su hocico de mi cara. La sangre ya bajaba por todos los lados, ya que estaba rasguñado por todas partes. La lucha duró hasta que le cogí el pescuezo y le apreté con toda la fuerza que tenía; sin pensar le seguí apretando más duro, hasta que el animal poco a poco fue aflojando sus garras, se cayó al suelo y se escapó dando grandes saltos.

Me miré: tenía rasguños en todas partes; me dolía terriblemente todo el cuerpo. Recogí mi carabina, amarré bien el itip y regresé lentamente a la casa.

Me bañé; la sangre ya no me salía, pero el dolor era atroz; no podía echarme y estuve varios días bien mal de mi salud. ¿Acaso las heridas del untúcham se curan rápido? Saben infectarse y es larga su curación.

Esto me pasó.

Por eso, cuando se llama a la yunkíts, hay que tener mucho cuidado.

SHAAK' (guatusa chiquita) Panchana al Sur

Es un roedor de tamaño de unos 30 cm. de largo y no supera en los ejemplares más gruesos el peso de un kg. y medio. El pelo es corto, aterciopelado, muy espeso y suave; en la espalda es de un color café verdoso oscuro, mientras el abdomen es de un blanco amarillento. En todas sus costumbres es muy similar al yunkíts.

SHUSHUI (armadillo) Carachupa abajo

Los shuar conocen algunas especies.

Los comestibles son dos: el shushuí, propiamente dicho, el más pequeño, y el sema, más grande.

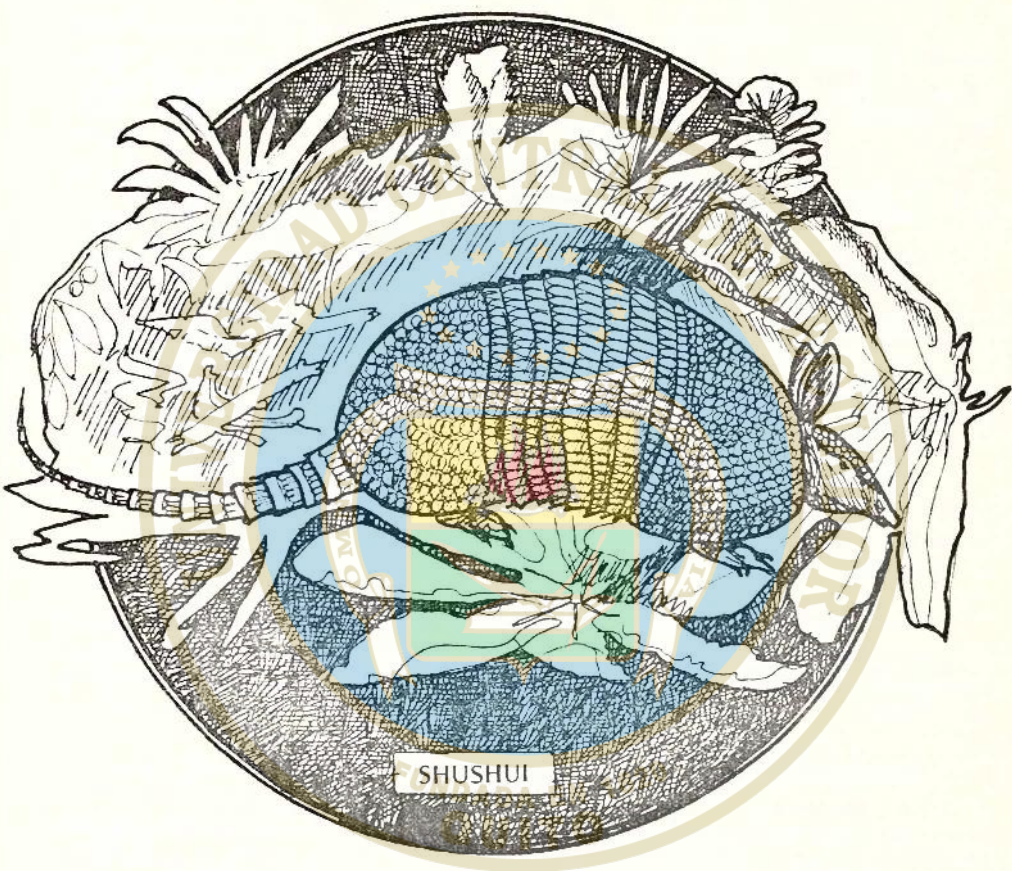
El shushuí llega a 50–60 cm. de largo con un rabo de unos 40 cm. y puede pesar 10 kg.

El shushuí es muy característico por su forma, por su caparazón hecho de escamas, que recubren toda la parte superior del cuerpo y, en parte, la inferior. Es de forma alargada y casi cilíndrica, abierto en las extremidades.

De la extremidad posterior sale un rabo largo cubierto enteramente por anillos y de la parte delantera del cilindro sale la cabeza larga y delgada con el hocico terminado en punta. La frente está protegida por la misma corteza; las orejas son bien visibles, largas y casi unidas en la base.

En la mitad del abdomen tiene nueve anillos que le permiten una fácil articulación.

Las patas son cortas y del caparazón salen apenas los pies, que adelante tienen



4 dedos, de los cuales los dos centrales son largos y los dos laterales cortitos. Atrás tiene 5 dedos, los tres centrales más largos con largas garras, que usa para cavar rápidamente huecos hondos.

El color del cuerpo es negro en las espaldas y blanco en los flancos. El cuerpo es cubierto de pelos cortos y muy ralos. No tiene dientes ni muelas.

El órgano reproductor masculino es de unos 8 cm. de largo; el femenino es una especie de protuberancia hueca bajo el ano. La hembra tiene cuatro pezones, dos en el bajo vientre y dos en el abdomen, de unos dos cm. de largo, que parecen salir directamente de la piel, sin asomo de tetas.

Tiene una voz suave que raramente se oye; en caso de peligro extremo emite un jut jut jut, que se va acentuando cuando ya se ve apresado sin salida.

Durante el tiempo de la monta, comparten la misma madriguera.

Son óptimos cavadores y construyen sus propios refugios con inteligencia, dejando varias aberturas de emergencia que tapan amontonando hojas y basuras. En la abertura principal, cuando el animal está adentro, vuelan los ákuch, una especie de zancudos que son atraídos por el olor del animal.

Preparan el nido con hojas y pelos para las crías, que dan en número de dos a cuatro.

Son animales nocturnos, por lo general.

Hacen mucho ruido cuando con las fuertes uñas y hasta con el rabo cavan en busca de comida. Se nutren de lombrices sesénk, que se encuentran en palos podridos, de shuní, de mukínt, de kánkanch, todos animales invertebrados que se encuentran en el monte.

Frecuentemente come frutas como kunkuk', achu, y también yuca podrida.

Su carrera no es muy veloz. El shuar lo alcanza fácilmente en terreno propicio, pero si el shushuí se infiltra en terreno en donde la vegetación es tupida, es difícil alcanzarlo. El animal, si tiene algún tiempo de ventaja sobre el perseguidor, puede abrirse un hueco en la tierra suave y desaparecer inmediatamente.

Los carnívoros son sus enemigos más peligrosos.

Es un pésimo nadador y rarísimamente cae al agua, porque sería fatal para él. De hecho, prefiere las zonas secas y vive con facilidad aún en las zonas despejadas y desmontadas.

Además del shushuí y del sema, que son comestibles, hay también el tuích', más chiquito del shushuí. Tiene el rabo más corto, las manos delanteras con cinco dedos y uñas largas, la cara más aplastada. Luego, el yánkunt, que es el más grueso y llega a pesar hasta 50 kg. y más, con un rabo largo y las uñas fortísimas. Estas dos especies no son comestibles para los shuar.

Su carne es sabrosa, aunque la del sema un poco menos porque huele un poco más.

Se lo mata con escopeta, cuando se lo encuentra andando por el monte o de noche haciendo uso de la linterna. Con la bodoquera es imposible matarlo porque la flecha no tiene la fuerza de traspasar la corteza ósea.

A veces se lo persigue corriendo tras de él y, botándosele encima, se lo coge por el rabo y se levanta. No es tarea fácil, porque se defiende con las fuertes garras y, además, clava las uñas en la tierra o en arbustos y no se suelta.

Durante los trabajos comunitarios, a veces sale asustado de algún hueco por la bulla circundante y entonces los shuar lo rodean y lo matan con el machete o a palos.

El perro es el más fácil sistema para descubrirlo y perseguirlo. Si se mete en el hueco, es difícil sacarlo. Las cavernas son largas y profundas y ni con agua es posible desalojarlo. Viéndose atrapado y sin salida, sigue cavando el hueco y, a menudo, son necesarios dos días para matarlo.

En cuanto sale del escondite, es presa fácil tanto para el perro como para el shuar.

A veces se lo descubre por los montones de hojas que amontona.

Para atraparlo, a la salida se le construye la trampa washím, en modo que pueda quedar envuelto en los bejucos y en las basuras que el shuar introduce en la cavidad.

Una forma muy usada para matar el shushuí es la de meterle un palo afilado por el ano. Sucede que, aún después de haber cavado y de haber sido cogido por el rabo, sigue siendo difícil sacarlo del hueco, porque el animal persiste en el propósito de penetrar más y más en el hueco y puede dejar el rabo en las manos del cazador. Con el sistema arriba indicado, se puede llegar al corazón y quitarle la vida, eliminando así toda resistencia.

Si se logra sacarlo vivo del hueco, se agarra inmediatamente la cabeza y se la troncha, virándola hacia arriba y hacia atrás.

La carne es blanquita. Se la chamusca como cualquier otro animal, para quitar las escamas de una membrana negra que tiene y se lo raspa todo con cuchillo para limpiarlo bien.



Normalmente se come haciéndolo hervir. Las partes más apetecidas son las partes óseas, debajo del caparazón.

Los animales tiernos y chiquitos se asan en la brasa.

Es tabú para los uwishín y para algunas enfermedades, como el paludismo, que no permiten el consumo de carnes grasientas.

Es creencia que la carne es buena contra la diarrea.

También la puntita del rabo se pone en los oídos para los que sufren de sordera o mal de oído.

Los shuar usan las uñas del shushuí o de yánkunt para desviar o cambiar el curso de los ríos.

Cortando las uñas del animal, se las hace soplar por un uwishín fuerte, cuando está bajo el efecto del natém; luego el shuar las amarra con una piedrita y las bota en la parte del río que se quiere que cambie de curso, por ej., en lagunas hondísimas, para que sus paredes se derrumben y permitan el desvío de las aguas, o también en las curvas de los ríos donde se forma un istmo, para que el agua haga brecha en el istmo y así cortar curvas larguísimas del río, facilitando la navegación. Se cree que con el poder de excavación que tiene el armadillo, se pueda llevar a cabo esta obra de ingeniería.

CUENTO DE PAUCH (hecho sucedido a Anank en Shimpis)

En Shimpis había un tal Anank que un día fue de cacería por el monte con su escopeta. El shuar suele llevar el pertrecho, que consiste en pólvora, municiones y fulminantes. Además, siempre lleva un machete o un cuchillo que puede ser útil en cualquier momento.

Caminando por el monte, se dio cuenta de la presencia de un montón de hojas, que revelaba probablemente el escondite de un shushuí.

Se acercó muy cautelosamente y se dio cuenta que el animal podía estar allí; ya cerca, con el pie tanteó el montón de basura e inmediatamente algo comenzó a moverse debajo del montón. Escarbó con las manos y vio un lindo shushuí, cubierto únicamente de hojas.

Sin dejarse emocionar por el descubrimiento, cogió al animal inmediatamente por el rabo y lo levantó de un tirón. El animal, viéndose atrapado empezó a patalear, pero inútilmente.

Anank cogió un palito y se lo introdujo por el ano, para darle muerte. De hecho, poco a poco el animal fue perdiendo las fuerzas, hasta quedar completamente inmóvil; El hombre lo dejó en el suelo para ir a buscar bejucos, con el fin de amarrar a la presa y cargarla a la casa.

Mientras estaba halando el bejuco, sorprendentemente oyó tras de sí un ruido y, con gran maravilla, vio que el shushui se estaba alejando con el palo metido en el ano. Buscó seguirle por la quebrada, pero con pena vio que el animal se metía en una cueva profunda. Muy a pesar suyo, tuvo que reconocer que la pérdida era irreparable.

Angustiado, regresó triste a la casa.

Entrado en la casa, se sentó en su asiento y la mujer acudió apresurada a brindarle chicha. Tan amargado estaba el hombre que rehusó tomar chicha. La mujer le preguntó

– ¿Qué te pasa?

– Estoy bravo conmigo mismo.

– ¿Qué te sucedió? – le dijo la mujer, al verle tan apenado.

– No maté el shushui. Ya lo había cogido por el rabo, le había puesto el palito en el ano y, cuando estaba convencido de haberlo matado, se incorporó y se escapó metiéndose en una caverna muy honda.

Al oír esto la esposa, se enojó también y le dijo: ¿Acaso serás guagua para que no puedas matar a un shushui? ¿Acaso es la primera vez que te enfrentas con un shushui?

Y diciendo esto, regresó al eként llevando su olla de chicha.

KUNAMP (ardilla)

PENKE' WAYUKASH: variedad con un rabo particular

Es un roedor muy conocido en el territorio shuar y muy común, de unos 30 cm. de alto, con un rabo muy desarrollado y largo que llega a medir unos 30 cm.

Tiene el pelo de un color rojizo en la espalda y en el rabo, mientras que el abdomen es más claro, tendiente al blancuzco. La cabeza es de un color más oscuro. La quijada es la clásica de los roedores, arqueada, para que los dientes incisivos, de un color amarillento, puedan encajarse. El rabo lo mantiene siempre levantado.

Es muy ágil tanto en el suelo como en los árboles; es veloz y agilísimo; prefiere vivir a media altura y sólo en caso de peligro sube a esconderse en las partes más altas



de los árboles. Al encontrarse en peligro, emite unos sonidos que se escuchan a buena distancia: tusj, tsuj, tsuj; en cambio, cuando está tranquilo emite una voz como: utsi utsi utsi, aspirado y muy fácil de remedar.

Es un animal aparentemente sosegado, pero a menudo pelean duro entre machos.

Anda solito o en grupitos de 2—3—4.

Se alimenta de matá, sapút, fruta de kawítu, winchíp y otra fruta del monte.

En el tiempo de celo se reúnen hasta 20 ejemplares machos alrededor de una sola hembra y la montan a turno; esto dura de 2 a 3 días.

A veces, la hembra al no poder soportar tanto forcejeo, emite unos chillidos de dolor.

Al acercarse el tiempo de dar cría, que normalmente es en el tiempo de las frutas, prepara un nido entre las ramas, muy similar al nido de los pájaros.

La hembra se preocupa de alimentar a los pequeñuelos, los cuales, al independizarse, abandonan el nido.

Los enemigos de la ardilla son los carnívoros, que andan en el suelo, y los rapaces del aire que con las garras se llevan a las crías.

Por su carne sabrosa y delicada es muy cazado por los shuar. La carne de la ardilla es la primera carne que se da a los chiquitos.

El instrumento más apto para matar a las ardillas es la bodoquera con flechas envenenadas. El shuar, al descubrir su presencia, se acerca lo más despacio posible sin dejar de remedar su chillido; tomando una buena posición, le dispara. A veces los perros encontrándola en el suelo, la persigue hasta hacerla subir a las ramas. Cuando es posible, el shuar la sigue por largos trechos con la esperanza de sorprenderla en el momento oportuno; pero no es fácil, porque, siendo de tamaño chiquito y no muy ruidoso, se pierde fácilmente entre la espesura.

A veces, se nota su presencia por el ruido que hace saltando de rama en rama, y por los ruidos emitidos por la hembra en tiempo de celo. Los shuar saben muy bien que en este tiempo se reúnen en buen número; es así que buscan identificar el grupo, y entre todos, escogen y matan a la hembra reconocible por su tamaño ligeramente más pequeño. Matada la hembra, gracias a la actuación silenciosa de la bodoquera, se la recoge y se la amarra sobre un palo, alzándola un poquito, y se espera que los machos se acerquen para montarla y, en este caso, serán fácil presa del cazador. Los shuar cuentan que el macho monta a la hembra aún cuando se encuentra muerta.

Las armas de fuego, en cambio pondrían en fuga irremediabilmente a todo el grupo.

El kunamp se chamusca para pelarlo. A veces se desolla para construir adornos con su piel.

El "kunamp tenté", o sea el rabo pelado y secado, se cuelga al cuello de los chiquitos para que sean alegres y sean ágiles como el animal. En otras partes se lo pone sobre un palo de unos 2 metros de largo y se lo usa para asustar a los pollos que andan en la casa, porque parece que el color y el tamaño surtan este efecto.

Su carne se come haciéndola hervir primero, o, en la mayor parte de los casos, asada; después de destripar al animal, se lo traspasará con un palo desde el ano hasta la boca y se lo pone en la brasa.

Cuando se sueña achiote es buen indicio para la caza de las ardillas.

Hay varias especies de ardillas que se diferencian por tamaño y color, pero tienen casi las mismas costumbres. Por ej., el káshai wayukásh, de color oscuro, es de tamaño más grande, su cabeza en relación al cuerpo es más desarrollada. Llega a pesar un kilogramo y medio en los ejemplares más gruesos y el cuerpo no supera los 35-40 cm. de largo. O el pénker wayukásh, que coge las frutas entre las extremidades delanteras para llevárselas a la boca. Su voz es un poco más potente y es: kas kas kas.

El wichínk es indiscutiblemente más pequeño y no llega a los 15 cm. de largo su pelo es un poco más corto y espeso, de color gris oscuro. La voz es igual a la del kunamp, pero es más suave. En caso de peligro emite un: fruuu fruuu fruuu.

El kunamprush, ligeramente más grande del wichínk, llega a los 20 cm. de largo. Por el resto tiene las mismas características del wichínk. Se amansa fácilmente.

TSUNTSU (Caracol)

Se encuentra en el agua, en riachuelos chiquitos o en las lagunas.

De color negro, del tamaño de una nuez, suelen estar apegados a los palos podridos en el agua o en las cavidades de dichos palos; son fáciles de coger y se comen en ayampaku o hervidos.

Otra calidad más grande, que vive en las lagunas de las zonas bajas, es kuachua-tsuntsu, de color negro; es el más grande de los comestibles, del porte de una pepa mediana.

Otra especie es sharam-tsuntsu, de color más claro, tendiente al gris, del tamaño intermedio entre los dos nombrados arriba.

PUACH WALEQUE en Macas

Los shuar no desprecian los batracios, como las ranas.

Existe una temporada llamada puach etsantai, en la que los shuar se mantienen en la expectativa, para hacer una verdadera cosecha de sapos.

Acabado el verano, después de algunos meses de fuerte sequía, retornan normalmente las lluvias fuertes y abundantes. Todos los charcos, pozos, lagunitas se llenan otra vez de agua; en esta ocasión, alrededor de éstos se reúnen millares y millares de sapos de diversas cualidades y especies, para que las hembras pongan los huevos.

Cuando se reúnen, en las tardes y en las primeras horas de la noche, suben a los arbustos y, mientras esperan el momento preciso, su croar va ascendiendo cada vez más, hasta transformarse en un sonido ensordecedor, que se puede escuchar a largas distancias.

Llegado el momento justo, se tiran desde los arbolitos a dichos charcos, después de que el macho ha abrazado a la hembra desde atrás a la altura de la cintura, apretándola de modo que pueda poner fácilmente los huevos. Esta operación dura desde la tarde hasta el amanecer y a veces se prolonga hasta el día siguiente. Todo el movimiento es acompañado insistentemente por el croar de los sapos. El puách con su krua krua krua, el kiámp con su á á á, el kiria con su kiria kiria kiria y el puint' con su pru pru.

Después de la puesta de los huevos, los sapos regresan otra vez a los árboles, para desaparecer o ocultarse en sus lugares de origen.

Durante la puesta de los huevos tienen que defenderse de los untúcham que son golosos de puách y que los atacan precisamente en estas circunstancias.

Los sapos reconocidos por los shuar son:

Puach, del tamaño normal de una rana, de 6—7 cm. de largo, con el pecho de un color blancuzco amarillento y la espalda manchada de verde oscuro.

Kiámp, del mismo tamaño del anterior; tiene el pelo casi anaranjado y las espaldas manchadas como el puach.

Puint', el más grande, de unos 15 cm. y más de largo, tiene el pecho claro y las espaldas manchadas.

Kiria, un poco más pequeño del puint' y algo más oscuro en las espaldas.

Los shuar conocen perfectamente cuando va acercándose la temporada de la

cosecha. Preparan de antemano sus antorchas de corteza de mukunt y se dirigen a los lugares que conocen tradicionalmente, como reunión de los puach, atraídos por el ruido ensordecedor. Se meten sin más en los charcos y, tanteando en el suelo, bajo las hojas o entre las raíces de los árboles, cogen los sapos. Los pueden coger todavía en los arbustos y tratan de agarrarlos; la mayor parte de ellos se lanzan al agua, pero, gracias a la luz de las antorchas, se pueden coger fácilmente. Pueden pasarse toda la noche recogiendo sapos y no es raro llenar varias changuinas o saquillos, en un mismo lugar.

A veces los shuar hacen canales a fin de canalizar el agua y secar las lagunitas y así facilitar la empresa.

Entre los puach comestibles, se mezclan también los kakásh, que no son comestibles.

Algunos tienen la costumbre de destriparlos, pero otros prefieren cocinarlos preparados en ayampaku o hacer sopa; pero cuando se cosechan grandes cantidades, se secan en la brasa.

Los shuar dicen que al tocar los puach, hay que evitar frotar los ojos, porque suelen arder como cuando se tiene contacto con ají.

Juat es una rana, más chiquita del puint'. Tiene la costumbre de caer en el agua.

Vive en las zonas húmedas del monte o a orillas de los ríos. Ordinariamente anda sola y se encuentra con los demás sólo cuando se baña.

Su voz es potente, semejante a: juat juat juat.

Es de color manchado en la espalda, presentando distintas tonalidades de un verde café oscuro, mientras el pecho es blanco.

Se la puede matar fácilmente en el tiempo señalado arriba, o sea en la puesta de los huevos. Pero se le da la caza en cualquier tiempo, cuando se la oye croar.

Es menester acercarse lentamente, para cogerla con las manos. Si se asusta entra fácilmente en su hueco y trata de esconderse; siguiéndole la pista y cavando en el lugar, se la atrapa.

Tseat: de tamaño chiquito, de color verde.

Es comestible. Su voz es tsea tsea.

Se la puede sorprender escondida entre la basura, o andando a la orilla de los riachuelos. Tiene la particularidad de no reunirse para bañarse.

CUENTO DE TSENKUSH (relatado por Pauch)

Cuando acaba el periodo de las frutas es un poco triste para nosotros porque aquí, en nuestro medio, los ríos crecen otra vez y las lluvias empiezan a caer abundantes. Los shuar decimos que los fuertes aguaceros inauguran la estación de las lluvias y hacen caer los últimos frutos maduros de uwi.

Este periodo es algo desconsolador, porque no nos vamos mucho de cacería.

Después de haber caído las primeras lluvias, todos los charcos y las lagunitas se llenan; allí van a jugar los sapos. Vienen de lejos, se reúnen allí para hacer sus "fiestas". ¿Acaso los sapos no tienen sus fiestas? Nosotros, los shuar, tenemos las nuestras para poder pasar alegres y es lógico que ellos tengan también las suyas.

En una ocasión había llovido duro y me dije: "Voy a ver los puach".

Saben caer por la noche, pero me fui por la madrugada; llovía todavía un poco y el agua me había mojado todo. Entré en el charco que no era muy profundo; los puach estaban croando fortísimo. Es de saber que cuando uno se acerca, el ruido es tan ensordecedor que casi no permite pensar.

A veces, parece que los árboles se muevan y así mismo las hojas y el suelo, tanta es la cantidad de puach que se reúnen.

Me iba acercando para sorprenderlos, pero, al llegar cerca del lugar, vi delante de mí algo extraño. Vi un suwi, sapo grande de color negro y de cabeza muy dura, que parecía gente, en medio de dos puach, también con el semblante de shuar, que lo sostenían a los lados. El suwi parecía estar borracho y alegre y venía hacia mí cantando un motivo revelador del siguiente pensamiento: la chicha de los shuar es calentita, mientras que la nuestra es fría. En shuar se expresaba así: Ja nu yatsuta, ja nu yatsuta, shuara nijiamchirinkia jake nijiamchiapai, ti nijiamchirinkia micha nijiamchiapai.

Yo estaba escondido, detrás de un árbol y no supe qué hacer.

Opté por regresar a la casa, sin coger ni un sapo.

Allí está la prueba: nosotros, los shuar, cuando bailamos, nos emborrachamos y de borrachos sabemos cantar. Los sapos hacen lo mismo.

Esto es lo que pensamos los shuar.

Seguramente ha de ser Arutam lo que se me apareció.

MASHU (Paujil)

Es la pava comestible más grande de la zona shuar. Tiene el tamaño de un pavo mediano y llega a pesar hasta 5 kg. Es de un color negro intenso; las plumas del pecho son muy suaves y tienen reflejos brillantes, de un color morado-azul. Las plumas de las alas y del rabo son muy grandes y largas. Estas últimas se abren en forma de abanico y tienen una raya blanca en la mitad. Debajo de tales plumas gruesas, tienen unas plumitas muy finas, de un color blanco limpio, muy delicadas.

La cabeza es de tamaño proporcionado y tiene una cresta de plumas; el pico es de color rojo claro, ligeramente encurvado hacia abajo, muy robusto.

Las patas son regulares, de un color blanco sucio y las garras son muy robustas y aptas para aferrarse a los palos.

Come fruta del monte, como pitiu, sampi, chimi, hojas tiernas. También, escarbando en el suelo, come bichitos, lombrices y raíces.

Vive preferentemente en las ramas de los árboles, pero no rehusa bajar al suelo; normalmente no se encuentra a baja altura.

Monta en el suelo, pero nidifica en los árboles y pone de 2 a 4 huevos blancos, del tamaño igual a los de los pavos. Es la hembra que abarca y los huevos revientan en el tiempo de las frutas. Los polluelos nacen sin plumas y, al hacerse grandes, siguen por un período a la mamá, hasta hacerse independientes. Las crías ponen las primeras plumas de un color blanquito, mezclado con negro.

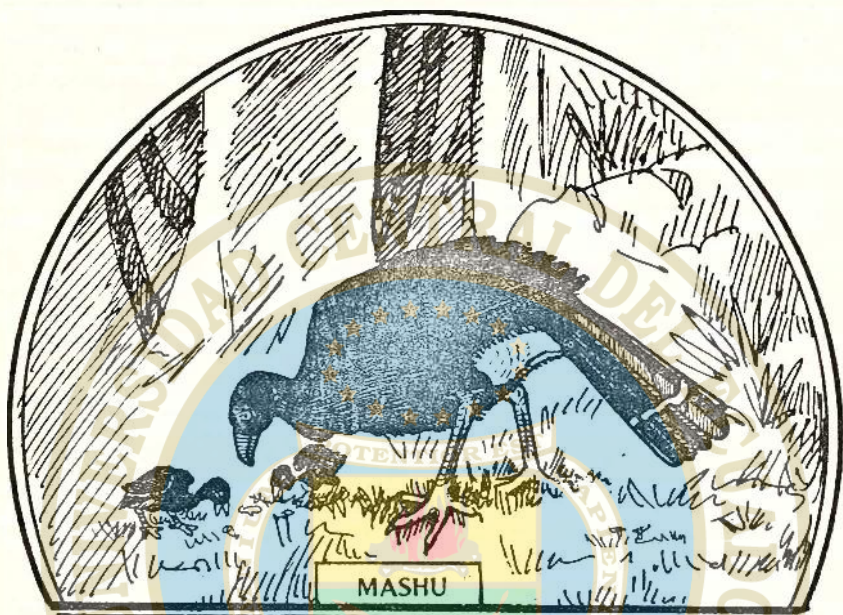
Los monos tséem y los pájaros pininch son muy golosos de dichos huevos y, al encontrarlos, se los llevan. También las crías tienen un peligroso enemigo en las aves rapaces.

Duermen en lugares no muy altos, cada uno por su cuenta; aún las parejas que durante el día acostumban andar juntas, por la noche se separan.

Tienen una voz que se oye a regular distancia, como: ju ju ju... ú; siendo su tono muy bajo, es inconfundible; la hembra emite un sonido como: wa ka kaaa también gutural. Es muy fácil oírlo por la noche o por la mañana.

Andan en grupos de 4 a 6. Entre ellos es común la pelea y se picotean.

Por el tamaño que posee no es muy ágil; la abertura de sus alas no le permite moverse con destreza en lo intrincado del bosque; asustado o en peligro, vuela enseguida hacia posiciones más altas; sus vuelos son relativamente cortos y, antes de alejarse definitivamente del lugar, salta por 3 ó 4 veces de rama en rama. Encontrándose en el suelo y siendo muy tímido, al mínimo ruido salta inmediatamente en busca de



FUNDADA EN 1620
QUITO

posiciones altas; en el suelo es un óptimo corredor y sólo el perro le puede dar alcance.

Actualmente se han hecho muy raros; se encuentran todavía en las zonas más apartadas y vírgenes.

Tanto por su tamaño como por su carne sabrosa es muy cazado por los shuar. La caza a esta pava es considerada la más fácil dentro del grupo de las aves.

Se lo puede divisar fácilmente por su tamaño, por el pico colorado, que se distingue claramente, cualquiera que sea su posición y se lo remeda fácilmente, recibiendo contestación inmediata.

El tamaño no le permite ser ágil; una vez descubierto entre las hojas, es fácil blanco de la escopeta o de la uum' con flechas envenenadas.

Herido, en las alas, busca volar en otros árboles, pero faltándole las fuerzas, irá perdiendo altura y se caerá al suelo, en donde tratará de eclipsarse en veloz carrera. Se esconde frecuentemente entre las ramas y queda invisible entre la espesura y, entonces, para que se deje ver, se moverán fuertemente los arbustos bajos. Para dar la impresión de la posible presencia de algún rapaz, dispuesto a robar las crías, el cazador, mientras hace ruido, remedará el chillido de los polluelos, que suena como: fui fui fui. Al oír esto aparece y a veces baja de las ramas, lo cual le puede ser fatal.

Si cae herido, se lo hace seguir por los perros que no demorarán mucho en darle alcance y morderlo.

Picado por flechas envenenadas, da unos saltos y unos vuelos cortitos y no demora mucho en emborracharse, para ir a morir un poco más allá, cayendo infaliblemente. Ciertamente el cazador debe seguirlo, si no quiere perder sus rastros; puede ser que sean necesarios 2 ó más flechas, para que no se aleje mucho y para que pueda morir prontamente.

El cazador, al posesionarse de la víctima, la desplumará enseguida porque el ave al enfriarse no se deja desplumar fácilmente. Con las plumas más delicadas del pecho, que son las más rebuscadas, se confeccionan las franjas oscuras que normalmente están en el medio de las tawásap o coronas. En cambio, se guardan las plumas gruesas y largas del rabo para que la mujer las use para hacer aventadores. También en el rabo tiene unas plumitas blancas que, mezcladas con las de tsukanká, sirven para construir aretes.

Para cargarlo se acostumbra amarrar con un bejuco las patas con el pescuezo y ponerlo en bandolera.

Las crías son muy queridas por los shuar, que las entregan a las mujeres, quienes, por unos días las tienen encerradas y luego las sueltan para que vivan en los al-

rededores de la casa juntamente con las demás aves domésticas. Haciéndose grandes, pelean con las aves y a veces las matan.

Su carne se hace hervir y las tripas abundantes se sirven cocinadas en ayampaku.

Si se sueña tocar el algodón (uruch') probablemente se cazaré esta ave, cuyas blancas plumas se parecen al algodón

CUENTO DE MASHINKIASH (Nayants)

Un día como de costumbre, me fui al monte, de cacería. De mañana no hay que estar durmiendo mucho; todavía a oscuras, preparé las flechas, les puse tseás que compré de los achuar, tomé chicha y me salí con mi cuñado. Este, por no ser nativo de aquí, no conoce bien los caminos y las costumbres de la zona. Fuimos caminando hacia la frontera, que es el lado preferido por mí, mientras otros van de cacería hacia el río y otros van hacia el Yutuyaku. Tuútrik, por ej., prefiere la parte habitada por los achuar y cada uno dentro de la misma comunidad tiene sus lugares escogidos y preferidos.

Ya bien lejos de la casa y todavía de mañanita, oímos el inconfundible canto del mashu: ju ju ju uuü. Yo, como conocía más, le iba remedando y decidimos ir al encuentro; nos metimos en un monte bien enmarañado, parándonos de vez en cuando para verificar la dirección e ir hacia el lugar en donde el mashu hablaba, contestando al mismo tiempo. Cuando estuvimos bien cerca, mi cuñado, que tenía la carabina, se adelantó unos pasos y, a un cierto punto, los avistamos: eran dos, uno en el suelo y el otro a unos tres metros de altura, sentado sobre una ramita. Estaban todavía lejos para soplar con la bodoquera; entonces mi cuñado le apuntó la carabina para disparar, pero en este mismo momento nos divisaron y empezaron a moverse como para disporsiéndose a volar impidiendo así el disparo. Volaron los dos y el ruido de las alas nos indicó el lugar donde uno fue a parar; nos acercamos nuevamente, pero se había hecho arisco, mientras el otro lo perdimos de vista. Seguimos otra vez al uno, pero voló alto y se posó entre las ramas de un árbol y no pudimos dar con él. Desistimos de la persecución y nos regresamos hacia el camino. Pero, de improviso, yo vi aquél que se había perdido; era alto y mi cuñado le apuntó la carabina; tán, disparó y la pava se cayó instantáneamente a unos pocos pasos de nosotros.

Me di cuenta que estaba herida en las alas, pero no en el cuerpo. El ave se paró y se quedó mirándonos. Le hice señas a mi cuñado que no se moviera, porque el mashu estaba para alejarse y yo pensé saltarle encima, mientras mi cuñado pensó dispararle otro tiro y apuntó la carabina. Yo, sin darme cuenta de sus intenciones, de un brinco quise coger al animal pero tropecé tontamente en una rama y me caí golpeándome la nariz en el suelo; el mashu, asustadísimo, se dio media vuelta y emprendió la carrera; yo me levanté para perseguirle, pero fue imposible y se me escapó y no volví a verle jamás. Mi cuñado después me avisó que casi me mata: en efecto, ya tenía el

dedo puesto en el gatillo para disparar en el mismo rato que yo estaba saltando.

En conclusión, nos quedamos con las manos vacías y yo con la nariz golpeada.

SUNKA (gallo del monte)

Es un pájaro del tamaño de una paloma, un poco más grueso quizá, y no llega a pesar medio kilo.

El macho es de un color anaranjado, brillante, que se nota inmediatamente en el fondo verde de la floresta; la hembra es de un color naranja—café, menos llamativo que el del macho y no tan brillante.

Los machos tienen en la cabeza una cresta espesa de plumas que cae encima del pico, ocultándolo casi por completo. En las hembras la cresta es más chiquita y casi insignificante.

El pico es de un color amarillento brillante, de dimensiones regulares; los ojos resaltan claramente, siendo de un color negro, rodeado de amarillo.

Las plumas, al final de las alas y del rabo, son más oscuras; las patas son cortas y robustas.

El vuelo es regular, no muy veloz; normalmente no hace mucho ruido durante el vuelo; sólo cuando vuela en una forma particular hace sonar como un fuelle una de las plumas del ala.

Quando las hembras están en calor, los machos se reúnen en lugares prefijados, en número de 10—15 contemporáneamente y parece que cada ejemplar tiene un espacio en donde se posa. Se acerca en vuelo corto y regresa allí mismo. En presencia de la hembra, levantan la cresta y mueven las plumas del rabo, casi como queriendo esconder toda la parte posterior. En esta ocasión, durante el vuelo, hacen sonar más las plumas del ala.

La hembra llega donde están reunidos los machos y, después de estudiar las distintas posiciones de los machos, escoge el lugar de uno de ellos y allí se realiza la unión de la pareja.

La hembra se encarga de construir el nido, normalmente en lugares inaccesibles, en las cavidades de rocas altas. A veces, la misma hembra prepara más de un nido, en donde descansa, después de abarcar.

Pone dos huevos de tamaño mediano, como los de una paloma. Por su costumbre de nidificar en las rocas, vive preferentemente en el territorio del Kutukú, en donde hay vastas zonas rocosas e inaccesibles.

Se nutre de frutas del monte y de insectos que se encuentran en el bajo monte y en el suelo.

Durante el día prefiere estar en el suelo o en las ramas bajas y raramente sube a los árboles altos.

Los murá-shuar, que viven en las faldas del Kutukú, aprecian mucho su carne, porque la de los ejemplares jóvenes es muy tierna.

Se lo caza con la escopeta o con uum' y con flechas envenenadas. A veces, se lo mata también con flechas no envenenadas. Estas flechas, si aciertan a la víctima en partes vitales, la pueden matar; de lo contrario, el pájaro huirá, llevándose la flecha en el cuerpo. El pájaro puede debilitarse y, con más flechas, se lo puede matar.

Cuando un shuar encuentra un grupo de sunka en tiempo de celo, los pueden acabar.

Es un pájaro muy arisco así que el acercamiento es muy difícil y hay que usar todas las técnicas de la caza.

El pájaro muerto es desplumado. De preferencia a los machos se les quita la piel y las plumas parcialmente o enteramente; la parte del pecho, que es la más compacta y delicada en color, se usa para construir tenté, adorno para la cabeza. En cambio, si es desollado completamente, es embutido de algodón y sucesivamente cosido y secado al sol.

Para desollarle se corta en el pecho del pescuezo hasta el ano y, delicadamente, sin manchar las plumas de sangre, con un cuchillo fino, se sigue despellejando hacia abajo las patitas hasta el rabo y, sucesivamente, el dorso de las alas, empujándolo con un palito y se empieza a coser desde el ano hacia el pecho, introduciendo al mismo tiempo el algodón y se seguirá hasta completar con la cabeza. Por último, con el mismo palito, se comprime más algodón, hasta dar al animal casi el mismo semblante de cuando estaba vivo.

En los agujeros de los ojos se ponen dos etse, que son pepas de color rojo y negro que se encuentran en el monte. Acabado el trabajo, se lo peinará con la mano, de arriba hacia abajo, en modo que las plumas vuelvan a ocupar su lugar y se alisarán bien las plumas. En la nariz se le hará pasar una piolita de kumái y se la pone al sol para que se seque completamente.

Completado el trabajo, cada uno confeccionará el adorno preferido: con shauk o con etse se hacen collares y se coloca uno o dos de estos pájaros disecados. Este adorno se cuelga en la cabeza o en los hombros, dejando caer los dos pájaros hacia atrás en las espaldas.

CUENTO DE PEDRO TSERE (Yaasnunka)

Antes de venir aquí, en Yáasnunka, nosotros vivíamos en Yaup', en el centro Chátus.

Aquí el terreno es muy plano; en cambio, allá estábamos en las faldas orientales del Kutukú y los ríos son todavía torrentosos y hay muchas lomas y precipicios.

Una mañana, mi papá Picham me invitó para que fuéramos de cacería. Salimos pronto, con bodoquera y escopeta y fuimos siguiendo el río Yaup'. No es fácil seguir las orillas y no siempre el río se puede cruzar por sus fuertes corrientadas.

Con todo, seguimos, porque el hombre no tiene miedo del cansancio cuando se va de cacería.

Yo todavía era un muchacho y aguantaba sin hablar. Mi papá me hablaba de que por estos lugares andaban monos chu y me explicaba cómo se matan, cómo se canta para que no se hagan ariscos y no tengan miedo del cazador. Mi papá sabe bastante de estos cantos y su papá mismo se los ha enseñado. Son cantos muy viejos. Nosotros los shuar siempre cantamos para tener éxito en la cacería. ¿No fue acaso Etsa que nos enseñó?

Así seguimos y entre mí pensaba: —Algún día, cuando sea grande y me case, eso mismo he de enseñar a mi hijo.

Matamos un wa y un mono tséem.

Seguimos caminando, y, a nuestra derecha se notaba una Peña acantilada, con rocas y piedras enormes, cubiertas de ramas y de vegetación baja.

Oímos los gritos del sunka. Este grita fuerte: eeeá eeeá eeeá. Los sunka son un poco como los tayu: viven entre las piedras, pero andan de día y de noche duermen.

En este lugar son bastante numerosos. Decidimos ir a ver si se podía matar. Subimos por las rocas y papá, buen conocedor, me avisó que probablemente estaban andando bastantes sunka y que por allí podrían estar sus nidos.

Disparamos y matamos dos de estos pájaros.

Son bien colorados.

Algunos pájaros se acercaban a menudo a unos huecos que estaban en las rocas y en sus hendiduras.

Papá me dijo que de seguro allí tenían sus nidos. Me entró la curiosidad de co-

nocer de cerca y, agarrándome de rama en rama, me acerqué siempre más y más a esos huecos, mientras los pájaros ya me habían visto y chillaban.

Pero, a un cierto punto me fue imposible subir y entre mí pensé y dije: "Estos pájaros son bien avisados".

Entonces di la vuelta, pensando buscar otro camino y atrás descubrí que los pájaros estaban como en una cueva chiquita, que terminaba hacia abajo. Entré por tal cueva y despacio despacio subí hasta llegar cerquita de los agujeros donde estaban los nidos. Metí las manos en uno de ellos y agarré dos pichones, mientras los adultos graznaban bravos; puse los pichones en la camisa y descendí despacio, contento de la presa.

Los hice ver a mi papá y regresamos.

De tarde llegamos a la casa; es duro andar todo el día... Pero mi mamá me cocinó la pava y comimos bien y tomamos mejor.

Los pichones los había entregado a mi hermana menor para que los cuidara. Pero, a los cuatro días murieron ambos.

Mamá dijo que murieron porque mi hermana les había dado de comer chonta. Pero papá me dijo que esos pájaros no se amansan tan fácilmente

AWACHA'

Es una ave de tamaño grande, de unos 2 kg. de peso.

Vive sólo en las zonas más frías del territorio shuar y prefiere el terreno montañoso. Es completamente ausente en las zonas bajas, en donde muchos shuar desconocen su existencia.

Es completamente negra y solamente las patas son de un amarillo sucio.

Es un ave de costumbres sociales y andan en grupo hasta de 10-15.

Camina frecuentemente en el suelo, pero cuando aparece algún peligro, se levanta en las ramas; también la noche la pasa en las ramas, no excesivamente altas. Cada pareja escoge un lugar en donde colocarse.

Se alimenta de frutas, con preferencia de kunchái, takák, eayua.

Su voz es: waráirua waráirua waráirua; la voz es delgada, pero potente, y se la puede escuchar a buena distancia.



Al acercarse el tiempo de poner los huevos, la hembra se encarga de la construcción del nido, que fabrica a mediana altura, entre la espesura del bosque, en el cual pondrá hasta 10 huevos de buen tamaño. Pone una vez al año, en el tiempo de las frutas. Durante el empollamiento la hembra queda en el nido y se aleja raramente y sólo cuando siente necesidad de comer. A veces, también el macho le trae la comida hasta el nido. Este, en efecto, nunca se aleja de la zona donde la hembra está abarcando.

La hembra misma se preocupa de alimentar los pichones, que salen del nido cuando son hábiles para despegar el vuelo o cuando están en condiciones de pegar algunos saltos.

La madre defiende bravamente sus crías durante el ataque de los enemigos, como por ej. el kujáncham.

Su voz es un silbido delicado y prolongado como: siwi siwi siwi, la primera parte en un tono muy alto y la segunda en un tono decreciente.

Los shuar los cazan por su abundante carne.

Las técnicas son las mismas y requieren la consabida silenciosidad en el acercamiento.

Se los descubre por su canto, que, por la madrugada, se oye desde largas distancias o también por el ruido del vuelo, que es un: su pus pus su pus pus.

Es de saber que el ave, ante cualquier ruido sospechoso se levanta en el aire y se esconde en lo más enmarañado del bosque.

Cuando cae herida en las alas, se aleja velocísima y es prácticamente imposible seguir la pista.

Su carne es suave, blanca. Se prefiere cocinarla hervida. Pero para llevarlo desde una cierta distancia se suele secar.

Con las fuertes plumas de la cola se fabrican aventadores.

TAYU (tayo)

Es un pájaro muy característico, de tamaño mediano. Es más grande de una paloma y llega a tener de 40 a 45 cm. de largo.

La parte superior del tayo es de un color castaño-café; la cabeza es rojiza, con una mancha blanquita. Las plumas superficiales de las alas presentan manchas redondas de un blanco sucio, rodeadas de negro que a primera vista, parecen ojos de tórtola.

La parte del abdomen es café con manchitas blancas; el pico es fuerte y arqueado y recuerda el pico del gavilán; en la nariz tiene largos pelos en forma de bigotes, semejantes a los de un gato. La cola es larguita y las patas son cortas y débiles.

El tayo es un pájaro nocturno; de día vive en cuevas profundas, completamente oscuras. Viven todos reunidos en algunas cavernas; se encuentran a millares, por no decir a decenas de millares; de estas cavernas salen cuando baja el sol, en búsqueda de comida. Vuelan a largas distancias para encontrar frutas de kunkúk', kunchái y otras muy fragantes y olorosas. De noche vuelan entre las ramas de estos árboles, cogiendo las frutas en pleno vuelo.

Tragan y conservan en el buche las frutas para llevárselas a las cavernas. Allí las digieren y vomitan luego las pepas por la madrugada. Antes de que nazca el sol, se reúnen en los alrededores de la entrada de la caverna para entrar; si les coge el día afuera de la cueva, los pájaros pasan escondidos en lo más tupido y oscuro de las hojas.

Durante el día pasan colgados de las patas cabeza abajo, como los murciélagos, en las prominencias de las rocas y en lo oscuro de las rocas y cavernas, formando grupitos de 2 ó 3 ejemplares. En la oscuridad, alumbrándolos con linternas, sus ojos brillan de un rojizo extraño.

Por la tarde, cuando los pájaros quieren salir de las grutas, se puede oír claramente el chillido estruendoso que emiten; es un chillido seco, intermitente, como: tsák tsák tsák (o tsará tsará tsará), que resuena entre las paredes de las cuevas y produce un efecto muy extraño por el eco.

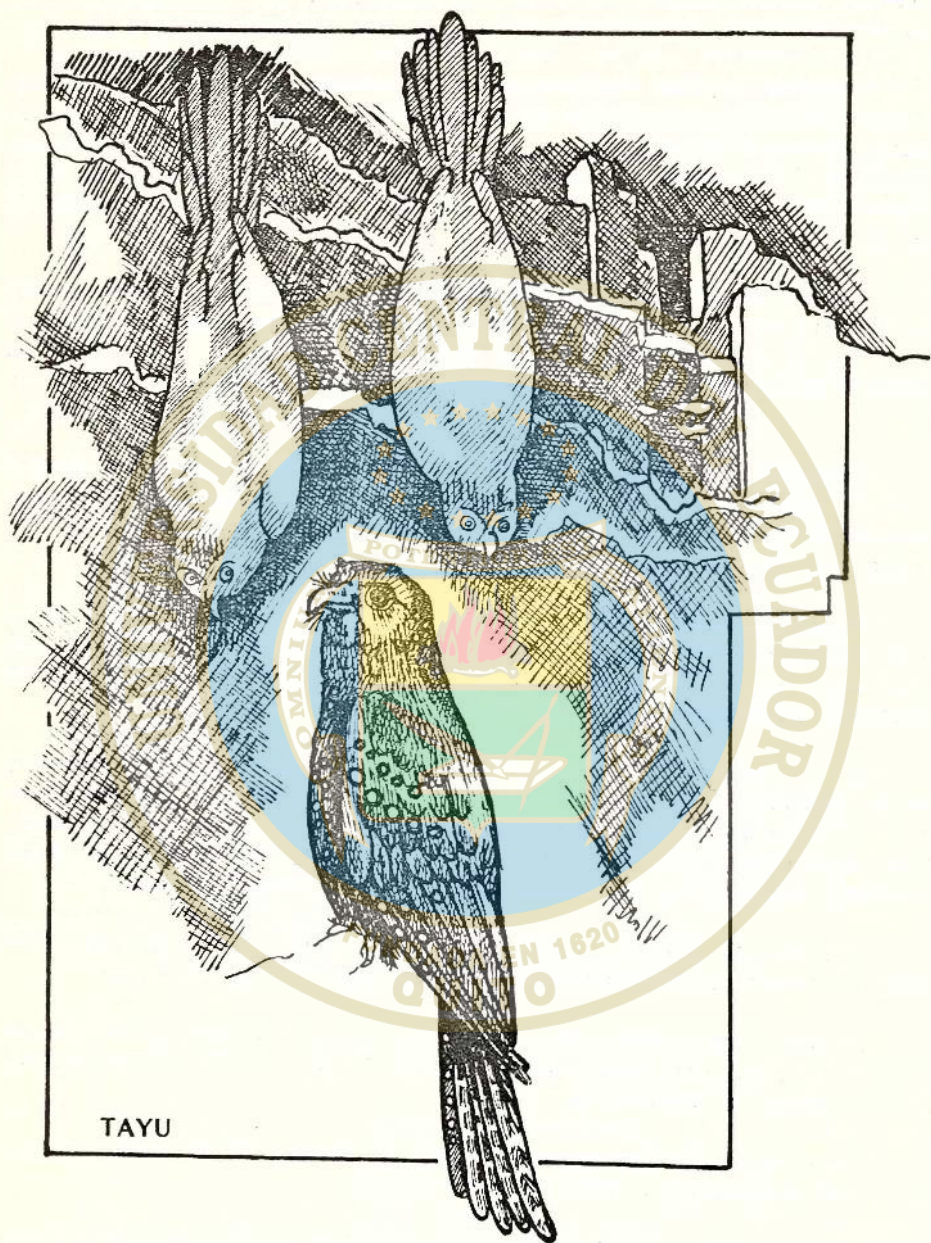
En lo profundo de las cuevas, tienen unos nidos contruidos naturalmente y en las cavidades de las rocas, entre las pepas vomitadas, ponen 1-2-3 huevos de tamaño mediano, que abarca hasta que nazcan los pichones, completamente implumes. Sea el macho como la hembra se preocupan de traer pepas para la alimentación de los pichones, los cuales, chupando la pulpa del fruto, vomitan la pepa allí mismo.

Al borde del nido dejan sus excrementos, en modo tal que el nido, que viene usado año tras año, se va alzando con el acumulado de las basuras.

El nido parece un cono trunco, en cuyo centro hay una cavidad a manera de una gruesa pinink, que llega a tener unos 80-100 cm. de alto. Tocando estos nidos se demuestran por su frágil consistencia.

El resto de pepas y basuras vomitadas por los pájaros cae en el fondo de las grutas dejando en algunos puntos montones de excrementos.

El tiempo de la puesta de los huevos es al comienzo de la maduración de la fruta, en modo que los pichones están listos a emprender el vuelo al final de dicha tempe-



TAYU

rada, en el mes de mayo. Los pichones, a causa de la alimentación exclusiva de pepas de alto contenido oleaginoso, se ponen gordísimos y pesan más de los pájaros adultos. Son pura grasa aceitosa. Poco a poco crece el plumaje y, cubriéndose todo de plumas, pierden nuevamente el peso, hasta que, después de tres meses de crecimiento, los pichones abandonan el nido.

El enemigo más peligroso de estos pájaros es el tigre que suele entrar en las cuevas.

Por su carne de sabor especial, aromático, son muy queridos por los shuar. De esta cacería aprovechan más que todo los shuar que viven cerca de las montañas, donde existen cuevas y rocas.

Se matan por la tarde y a las primeras luces de la aurora; de día es difícilísimo, aunque es posible matarlos cuando se encuentran en la espesura de las ramas, por no haber podido entrar a tiempo en la cueva.

Los shuar, descubierta una cueva donde anidan los tayos, participan la felicidad del descubrimiento a todo el grupo, pero el secreto no es propagado a otros grupos, sino que es celosamente guardado para poder posesionarse de los mismos en la temporada de los pichones.

El descubrimiento de tales cuevas a veces es casual; otras veces se descubre por la presencia masiva de los pájaros; y otras, por encontrar plumas y pepas que bajan en la corriente de agua de algún riachuelo, que, surcado hasta la vertiente, puede llevar al descubrimiento de la cueva.

Es posible darse cuenta de su existencia por el ruido estruendoso que hacen los pájaros al salir y al entrar en los huecos.

El shuar se acerca a tales salidas en los tiempos oportunos para disparar a los pájaros, pero no es fácil, porque depende de la abertura de la cueva; si ésta es horizontal, el pájaro, herido o muerto, caerá al suelo; si es vertical, el pájaro caerá nuevamente en la gruta y no será reperible.

Es difícil matarlos, porque hasta que los pájaros están al borde de la cueva tienen un vuelo lento, pero, llegados a la abertura, emprenden un vuelo veloz y no preveíble, para desaparecer rápidamente en el monte. Por la madrugada, cuando los tayos regresan a la casa, los shuar suelen tapar la entrada con árboles y con ramas, a fin de molestarlos y éstos, viéndose impedidos en la entrada, regresan a los árboles.

En estos momentos hay que divisar dónde se cuelgan para dispararles. Si no se los sigue será imposible dar con ellos, porque se parecen a las hojas y se confunden con ellas. Los shuar cuentan que más de una vez han disparado a hojas creyendo que

fuesen tayos. El ruido del disparo y de las municiones que pasan cerca del tayo, no lo asusta y queda tranquilamente colgado en su puesto.

La forma más sencilla para cogerlos es la de entrar en las cuevas y posesionarse de los pichones que se encuentran en los nidos. Para tal cosa se organizan grupitos, que llevan hacha y machete, candela y cáscara de mukunt o palo amarillo, para hacer antorchas. No todas las cuevas son iguales; algunas, horizontales, permiten la entrada, pero después, en el interior, cambian de curso y se transforman en pozos inaccesibles. El shuar entra en estas cuevas y lleva lo necesario para hacer escaleras, como guadúas, bejucos para colgarse y arpones para alcanzar a los pichones en los nidos más lejanos e inaccesibles. El shuar más atrevido se adentrará con antorchas y con la changuina, y, caminando cuidadosamente entre excrementos y pepas, llegará a los nidos, en los cuales los pichones gritan furiosos en vista del peligro.

Si el hueco es propicio, salen hasta con 3—4—6 changuinas de pichones. Hay que ir con cuidado con los pichones, porque si caen, pueden reventar y perderse toda la grasa. Se llega a los nidos más lejanos con una piola, en cuyo extremo se amarra un anzuelo que, enganchando los pichones los levanta. También se pinchan los pájaros con lanzas y se los recogen.

A veces los pájaros adultos, se acercan bravísimos al cazador, en el intento de asustarlo y, lo atacan con picotazos.

Las mujeres se encargan de pelarlos, si es que tienen plumitas o de chamuscarlos prontamente en la candela. Se fríen los pichones, metiéndolos en una olla, a fin de sacar toda la manteca líquida, que sucesivamente se guardará. La carne se lleva a la casa.

La manteca y la carne tienen un aroma y un sabor especial y único entre las comidas shuar.

Estos pichones son buenos también preparados en ayampaku, de manera que la misma manteca del animal condimenta el palmito y las hojas de ayampaku; éstas no se secan porque la grasa cae en toda la candela.

Se prefiere llevarlos vivos a la casa.

Los shuar usan los huesos de las alas, que son delgados, de unos 15 cm. de largo, blancos y bien regulares, para la confección del tayu—ukunch, un adorno, que, puesto en los hombros de un jefe, da realce a la persona.

Al comer la carne, se guardan los huesos, que luego se raspan o se dejan en cualquier lugar donde las cucarachas se encargarán de limpiarlos, quitándoles todas las partes carnosas y dejándolos de un blanco vivísimo. Estos huesos se cortan en pedazos regulares de unos 5 cm. de largo, se les pasa una piolita de kumái por el interior y se

cuelgan a una cinta; al otro extremo del huesito se le cuelga una pepita o más de núpí.

Cualquier movimiento, será acompañado por el ruido de los huesos y de las pepas.

A veces también se los enhiebra longitudinalmente, intercalados con etse y plumas de tsunkanká, para obtener collares.

CUENTO DE ANAK (Mutints)

De los tayu, puedo contar la vez que me fui a la cueva de Pumpuís, en el Kutukú.

Nosotros no conocíamos la cueva.

El dueño o descubridor era el Chiarmach' de Kuchaentsa, porque él sólo sabía. Se presume que alguien le indicó o él mismo la descubrió. Es de saber que el primero que conoce una de estas cuevas se considera el dueño de la misma. Pero otros ya tenían conocimiento de eso y en los años pasados habían intentado entrar para sacar los pichones de los tayu, pero con escasos resultados. Había la impresión que tenían miedo de adentrarse por el hueco.

Un día Chiarmach vino a visitarnos y, hablando, nos invitó para que le ayudáramos a entrar; convenimos por lo tanto en el contrato siguiente: él nos indicaría la cueva y nosotros compraríamos unos 200 metros de sogá que se suele usar para amarrar el ganado y entraríamos en la cueva.

Decidimos la fecha y él con su gente saldría de Kuchaentsa, mientras nosotros saldríamos de Mutints.

Los mayores abundaban en consejos: que tuviéramos mucho cuidado por ser el lugar lejano; que lleváramos pólvora y municiones, porque había mucha cacería por allá; que lleváramos harta comida para comer con los pichones. Más que todo, los mayores nos decían que trajéramos bastantes pájaros para convidar a los que quedaban en la casa. Y con razón, porque a nosotros los shuar, nos gusta muchísimo la carne de tayó. Además la manteca del pájaro se usa como remedio. También las mujeres apoyaban a los mayores.

—Traerán bastantes tayos —nos decían— lleven changuinas con saquillos; lleven bastante chicha y déjenla en el camino para el regreso, a fin de que tengan fuerza.

Yo era muy joven; es por eso que mi abuelo Ayuí me daba tantos consejos. Me decía además de andar con cuidado, porque en estas cuevas es peligroso meterse, aunque contaba también que hay siempre otras salidas por abajo o por otros lados.

Entre otras cosas, se puso a contar la leyenda del shuar que cayó en una de estas cuevas por la maldad de sus hermanos que le cortaron el bejuco en el cual estaba amarrado, dejándolo caer en la oscuridad; pero como en estas cuevas hay siempre un tigre que indica alguna salida, no es de tener miedo.

Salimos de mañanita con mucha carga y con muchos consejos y fuimos por el valle del Mutints; pasamos la Cordillera y descendimos al valle del Pumpuis. Allí no vivía nadie y nos vimos obligados a construimos unos ranchitos cerca del río para descansar.

Eramos 4 los shuar de Mutints; los de Kuchaéntsá hubieran llegado por otro camino y nos encontraríamos en un lugar convenido.

De noche llovió un poco.

Al amanecer, asamos dos platanitos, tomamos chicha y seguimos el camino a lo largo del río. Era la primera vez que yo me iba por estos lugares. Solamente Chau conocía el camino. Cruzamos el río y subimos la otra cordillera. El Kutukú es fregado, porque todo es un sube y baja continuo. Dormimos la segunda noche en una loma y allí nos encontramos con los de Kuchaentsa. Ellos venían con toda mujer y esto es muy bueno, porque la mujer se preocupa de cocinar y de dar chicha a todos los hombres.

El día siguiente repartimos un poco el peso de las sogas que nos mataba y seguimos subiendo las cuestas. Al llegar encima, seguimos una loma y bajando un poco al otro lado, el mayor Chiarmach' nos avisó que nos quedaríamos allí, porque la cueva se encontraba a pocos pasos. Cada uno se las arregló como pudo para construir su rancho porque no había ninguna planicie y el terreno era muy accidentado. Como era de día todavía, fuimos a conocer la cueva. Más que una cueva, a mí me pareció un pozo enorme con la abertura superior de unos 40 ó 50 metros.

Acercándome, no veía otra cosa que una mancha negra con una especie de vapor blancuzco que salía de adentro. El mayor me había contado que era el calor de los pájaros lo que originaba la neblina. También el olor era intenso.

Se podía bajar de un lado unos pocos pasos y notamos que por un trecho no debía ser difícil bajar; botamos unas piedritas para escuchar donde golpearían, y para saber si el pozo era vertical o si tenía curvas, pero no se escuchó absolutamente nada, antes bien, parecía que se perdían en el fondo; se escuchaba solamente el chillido a distancia de los pájaros.

Como era tarde, no nos adentramos más; el mayor nos aseguró que anteriormente uno quiso entrar amarrado con bejuco y llegando al fondo vio que había como un piso de arena blanca donde corría un riachuelo, pero, siendo inseguros los bejuco, no alcanzó a pisar tal arena.

Estuvimos comentando hasta la tarde.

Al caer del sol, el ruido que venía de la caverna se hizo más impetuoso y ya se veían tayos que volaban formando espirales para cobrar altura y acercarse a la abertura; venían en vuelo lento, pero al llegar al aire libre, se iban como flechas. El número iba creciendo considerablemente; yo me quedé admirado por la cantidad de los volátiles. Con razón que el mayor decía que hubieran salido como humo. Por millares y millares seguían subiendo; me asusté y pensé que la cueva tenía que ser inmensa para contener tanto pájaro.

Viendo tantos tayos, empecé a tirarles palos en el intento de pegarle a alguno. En realidad, alcancé a coger uno que cayó herido en el ala. La suerte me favoreció porque ya estaba fuera de la cueva. Otros dispararon al vuelo con el propósito de matar algo para la cena, pero en vano. La razón es que no vuelan en línea recta.

Pasamos la noche en nuestros ranchitos. El día siguiente nos reunimos por la madrugada alrededor de la entrada y de nuevo admiramos el espectáculo de miles de pájaros que regresaban a sus nidos con los buches llenos de pepas para sus crías.

Desenvolvimos una sogá y con unos palitos construimos una larga escalera. Yo con otro compañero, bajamos amarrados a otras sogas, mientras nos sostenían desde arriba. Después de haber bajado unos 50 metros casi perpendicularmente, nos paramos en un lugar bastante amplio para poder descansar y orientarnos. No era completamente oscuro todavía, porque llegaba la luz de arriba. Botamos unas piedras para oír donde podían tocar fondo, pero no se pudo escuchar ningún ruido. Parecía que se las hubiera tragado el abismo. Decidí bajar más, aunque reconozco que me daba miedo pero —como soy hombre— me dije, continué la exploración. Me fui hacia una piedra, amarramos la larga escalera, amarré la otra sogá a la cintura y empecé a descender 20–30–40 metros. El miedo aumentaba y también el cansancio iba apoderándose de mí.

La escalera estaba en el vacío, el pozo en vez de cerrarse más se hacía más grande. Me daba vuelta sobre mí mismo, enfocaba con la linterna, pero la luz era muy débil y la neblina me impedía ver más allá. Sólo sentía el estruendoso ruido de los tayos, que a veces volaban bien cerca. Yo busqué afanosamente un lugar donde parar los pies, pensé encontrar la arena blanca, pero nada. Alumbrando hacia el precipicio, la neblina formaba una capa blancuzca que podía ser la arena, pero no había cómo pisar.

Regresé donde estaba el compañero y le conté el resultado de la exploración y ambos decidimos regresar arriba para comunicar a los mayores que era imposible tocar fondo y que el hueco era inaccesible, que la longitud de la sogá era insuficiente, etc.

Ellos no quisieron creer y resolvimos bajar otra vez. Tomamos chicha y bajamos

hacia una roca saliente un poco más adentro; allí dispusimos la escalera en otra dirección, donde había los últimos nidos, tal vez unos 20; debajo de una roca; le dije al compañero que bajara para que se diera cuenta y bajó a mi lado, pero, creo, con más miedo que yo. Al fin bajó hasta la última grada de la escalera de unos 70 metros de largo y volvió a subir, bien cansado y con la misma impresión desconsoladora: —No hay cómo —dijo—. Después de la última grada, sigue el vacío, no hay nada, sino sólo oscuridad. Ambos estábamos cansadísimos.

Entre los dos, resolvimos ir a ver los pocos nidos y sacar las crías para regresar; me amarré a la soga y me fui al lugar de los nidos; era todo resbaladizo, un compuesto de puro estiércol y de pepas. Me acerqué al primer nido y encontré 2 pichones, que, empezaron a gritar y a chillar. Los puse en la changuina, me arrimé despacito a la roca y cogí otros tres, luego otros, y otros, y otros, tal vez unos veinte. Los de arriba, escuchando el chillido, se emocionaron y sin decir nada empezaron a bajar con un bejuco una changuina con unos saquillos, pensando que hubiéramos llegado al lugar preciso. Nosotros nos pusimos a reír; nos miramos y constatamos que estábamos llenos de excrementos hasta en la cara. Recogimos la mísera conquista y regresamos a la superficie.

Dijimos que no había cómo, que era inútil insistir en la empresa; los pocos pájaros eran los únicos que habían estado a nuestro alcance.

Regresamos al rancho medio tristes, hasta que alguien comenzó a reírse por el estado lamentable en que nos encontrábamos.

Por la noche en el rancho fue peor, porque nos azotó una lluvia tremenda.

Amanecimos mojados; recogimos nuestras cosas y regresamos. Los pájaros los habíamos comido entre todos; pero yo guardé unos tres para mi abuelo.

Cambiamos camino y por la noche llegamos a Kuchaentsa. Había sido pura bajada. Allí las mujeres nos esperaban con ansia, pensando en la abundante cantidad de volátiles y en la posibilidad de armar una fiesta, pero, viendo que no había nada, quedaron mortificados y de mala gana nos brindaron un poco de chicha.

Al día siguiente llegamos a nuestras casas.

Allí también habían preparado abundante chicha, pero no pudimos comer los tayos. Me fui donde mi abuelo y le regalé los tres tayos que había reservado para él, fruto de seis días de sufrimientos, porque, a decir la verdad, sufrimos mucho.

AUNTS

Pucaconga al Sur

Es una pava de medianas proporciones. Supera escasamente los dos kg. y esto muy raramente.

Es mucho más pequeña del mashu y casi de la misma proporción del kuyu.

Es un ave que vive preferentemente en las zonas cálidas y bajas del territorio shuar.

De color café son las plumas del pecho y del dorso; en cambio, las plumas grandes de la cola, amplia y ancha, a manera de abanico, son más oscuras, rayando casi el color negro.

La cabeza se encuentra al final de un cuello medio largo, sin plumas; la garganta es de un color rojo vivo y la cresta es apenas marcada.

Tiene un pico fuerte, igual al de la gallina; los machos lo tienen más largo y es de un color rojo oscuro, mientras los pichones lo tienen de un color casi negro.

Las patas y las garras son robustas, de un color café negro y están hechas para quedar bien agarradas en las ramas de los árboles donde acostumbra posarse.

Su ambiente propicio es la parte baja de la vegetación y frecuentemente se la puede encontrar andando o raspando en el suelo; sólo en caso de peligro inmediato se defiende, subiendo a los árboles altos. También suele dormir en las partes bajas y normalmente duermen en parejas.

Se alimenta de pepas yurank, yais, frutas de tinkimi, chimi, etc.

El vuelo no es muy silencioso. Asustado, pasa de rama en rama, realizando vuelos cortitos y alejándose cuando se da cuenta de algún peligro real.

Cuando está tranquilo, su voz característica es: ajui ajui ajui, con un tono bajo, que no se escucha a larga distancia. Al sentirse descubierto o al ponerse bravo para mezquinar la cría, emite unos gritos fuertes y desagradables como: áu áu áu áu.

En cambio, cuando se aleja de un lugar para posarse en otro, lo hace: tsará tsará tsará.

El aunts es un pájaro que de chiquito parece ser mudo; de hecho empieza a graznar cuando es del tamaño de una paloma con: un pi pi pi, casi silbado.

Cuando la hembra está en calor se aparea con el macho como las gallinas. No hay



una temporada fija para la puesta de los huevos; pero parece que la temporada más propicia es el tiempo de la fruta. Al acercarse esta época, la hembra prepara un nido muy bien hecho y bien tejido. A veces lo hace entre las ramas de kunkúk', aún cuando la palmera es bajita, o también entre el tsuat o vegetación de arbustos bajos y de bejucos. Lo construye a media altura, de 2 a 3 metros, muy bien mimetizado.

Pone de 2 a 4 huevos, más grandes que los de la gallina, de un color blanco limpio. La hembra es la encargada de abarcar los huevos; durante la incubación raramente abandona el nido y por tanto, por el hecho de estar tanto tiempo echada, se le despluma la parte del esternón y pierde las plumas de la cola.

La hembra se encarga de alimentar a los chiquitos con pepas, que trae en el buche y vomita luego la pulpa en el nido para que se alimenten los polluelos.

Estos no quedan mucho tiempo en el nido; al parecer después de 10-15 días los pichones están en condición de seguir la mamá, sea en el suelo, sea saltando o volando en las ramas.

En breve tiempo llegan a tomar el tamaño normal de un adulto. Se diferencian los ejemplares jóvenes de los viejos por la dureza del pico, porque los jóvenes tienen un pico mucho más suave que se hunde al aplastarlo.

A veces el tsukanká roba los pichones en los nidos y hasta los huevos.

No es muy frecuente, pero se han visto ejemplares pelear entre ellos, a manera de los gallos; también al encontrarse en el monte con un grupo de chiwía son inevitables las peleas y en estos momentos en el lugar de la contienda se oyen gritos agudos. El chiwía gana inevitablemente en estas peleas, siendo más alto y con las patas produce heridas hondas en la cabeza.

La carne de la pava aúnts es muy buena; así que los shuar la cazan. Sabiendo que el animal anda en tsuat, en tales lugares el shuar está alerta con el afán de descubrir algunos. Es bien fácil oírle, sobretodo cuando el shuar inadvertidamente lo asusta y lo induce a alejarse emitiendo sus graznidos característicos.

El shuar lo sigue muy despacio y silenciosamente; tomando posición le dispara o le sopla las flechas envenenadas con bodoquera. Es fácil matar algunos sirviéndose de la bodoquera, cuando hay más ejemplares. Es fácil matarlos cuando están abarcando; en este estado, la hembra no se mueve y se la puede matar hasta con un palo. También cuando anda con los polluelos, no los abandona y es fácil alcanzarla.

Remedando el chillido de las crías, la madre se acerca en seguida y se la puede coger fácilmente.

Los shuar llevan las crías cuando están todavía en el nido para criarlas. Es una

tarea delicada. Hay que alimentarias con yuca, maduritos y algún buchito. Al hacerse adultas intentan atacar a los desconocidos que se acercan a la casa.

El shuar llama a las crías con un: wachu chu chu.

Después de muerto, se lo pela rápidamente, dejando solamente las plumas del rabo y de las alas para construir aventadores.

Se lo carga amarrando las patas con la cabeza. Si el cazador se encuentra lejos de la casa, lo ahuma para llevarlo seco.

La mujer shuar, al posesionarse de los huevos de aúnts, los llevara en los senos o los tiene bien calientitos, para hacerlos abarcar después debajo de una clueca, que los cría como pollitos.

Se cocinan preferentemente hervidos.

CHIWIA (trompetero)

Es un ave de tamaño mediano y llega a los 2 kg.

Mientras el aúnts en su conformación física es semejante a un gallo, el chiwia tiene un porte y una presentación muy especial.

Ante todo tiene unas patas muy largas que le permiten destacarse inmediatamente; es de un color amarillo claro; las patas son desarrolladas con garras muy ofensivas. Estas sostienen un cuerpo muy armonioso y elegante en los movimientos; las plumas son de un color negro intenso con reflejos azules y morados según el juego de la luz; este fenómeno se manifiesta en modo especial en la parte del pecho.

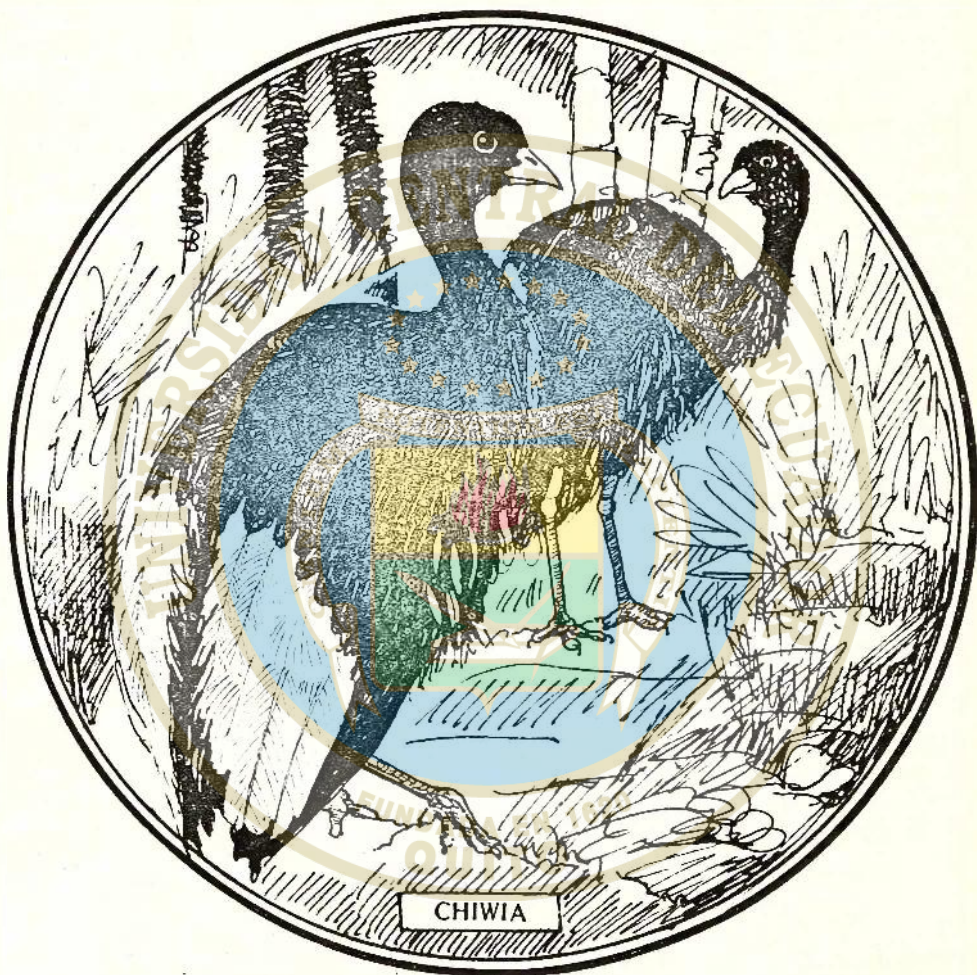
En cada ala tiene una mancha blanca que resalta en forma muy visible.

Al contrario de las otras aves, está sin cola, y sus plumas son cortas, medio redondeadas, de modo que la parte de atrás parece mocha.

En cambio, el pescuezo es muy largo y bien erguido sobre el cuerpo y está cubierto de plumas cortas y muy espesas que le dan un aspecto muy fino.

Carece de cresta; los ojos son de color negro, como el pico, del tamaño del de una gallina.

Cuando camina, hace mover todo el cuerpo y el cuello armoniosamente; mas, al ponerse bravo o irritado, levanta las plumas del dorso, formando al parecer una pelotita de plumas. Suele tener piojos entre las plumas.



Su ambiente natural es todo el territorio shuar y escasea solamente en las alturas del Kutukú.

Anda de preferencia en el suelo, en grupos de 5 a 15. Sólo cuando aparece un peligro, se levantan para posarse en las ramas más bajas; al persistir el peligro, se alejan definitivamente, levantándose hacia las ramas más altas de los árboles.

Descansan a mediana altura, reuniéndose todos en grupo, en fila, sobre la misma rama. Se ubican muy temprano para dormir y por la madrugada no se mueven muy tarde.

Se alimenta casi exclusivamente de bichos que encuentran en el suelo y de frutas de chimi, yais, shuinia. Es un ave que habla mucho; casi se puede afirmar que nunca calla, emite un: tu tu tu tu tu muy gutural, empezando con un tono muy alto que va disminuyendo poco a poco. Cuando está bravo repite seguida y velozmente un: junchát junchát para llamarse entre compañeros y luego lanza un grito similar a: kushía kushía; cuando uno llama así, el compañero contesta con el característico tu tu tu tu. Las crías, en cambio, producen un chillido igual a: pia pia pia, como para llamar a las mamás, la cual acude apresuradamente graznando junchát junchát...

Nidifican en huecos de palos secos o en achu quebrados; no se esmeran mayormente en preparar el nido; lo acomodan y ponen de 3 a 5 huevos del tamaño igual a los del aúnts, de un color bien blanco. La hembra se preocupa de abarcarlos y no deja de cantar ni en esta actitud. La puesta de los huevos y la incubación es en el tiempo de las frutas.

Las crías desde su nacimiento son alimentadas pero la mamá, que les lleva los bichos con el pico; pero los pichones no quedan mucho tiempo en el nido ya que desarrollan rápidamente y a los 10—15 días la mamá se preocupa de sacar las crías del nido y depositarlas en tierra. Para esta operación la madre las levanta agarrándolas con el pico en el hombro y las deja en el suelo.

La hembra es muy celosa de los polluelos y los lleva consigo hasta su completo desarrollo.

Las primeras plumas de las crías son de un color café claro, con tres rayas grises en el hombro, en sentido longitudinal, que terminan en la cabeza.

Al crecer, las plumas se vuelven negras. El pico es de un color blanco amarillento, que se hace negro y muy duro.

Las madres raspan el suelo con sus fuertes garras, en busca de bichos y enseñan a las crías lo que tienen que comer.

El tsukanká es un enemigo declarado de los chiwia, porque roba huevos y crías.



La pava tiene que cuidarse mucho de los remedos porque el tigre es un especialista en imitar el canto del chiwia, el cual irá al encuentro de las garras del animalote.

La carne no es de las más finas, pero sí querida por su sabor; es dura y en las patas es muy sabrosa.

La técnica para matar a la pava es la de siempre: buscar de acercarse al ave sin que se de cuenta de la presencia del shuar.

Frecuentemente, oyendo de lejos su canto, el shuar se acerca al grupo, remedando su misma voz hasta llegar a corta distancia. A veces queda escondido detrás de un palo y remeda el tututututu, esperando que el ave conteste; después de haberse acercado si los pájaros están en grupo, con un tiro de carabina se pueden matar hasta 2 ó 3.

A veces, para que sea más sencillo divisarlos, se los espanta para que se alcen en vuelo y se pongan en las ramas; siguiendo el ruido y el vuelo, será fácil acercarse.

Si queda herido en las alas, se escapa muy velozmente y lo mismo hace cuando se da cuenta de un peligro, porque a menudo no tiende a levantarse, sino que se limita a desaparecer con su ágil carrera.

Es fácil presa cuando se lo espera en la entrada del nido. Cuando escucha las crías, el shuar se acerca muy despacio y cuando ya está muy cerca, trata de alcanzar una de las crías vivas para poder criarla en la casa.

Los chiwia son muy respetados en la casa y ellos se aficianan a la persona que los cría.

Los shuar saben llamar a las crías: chi chi chi, para que se acerquen y sigan la cuidador.

El chiwia es muy bravo con las otras aves; pelea con los gallos y las gallinas, aún siendo éstos de doble tamaño, dejándolos a veces tiesos y sin vida.

También el chiwia se lo cocina hervido; como dijimos antes, su carne es un poco dura, por eso es más demorado cocinarla.

Los huesos de las alas y más los de las patas, después de ser despulpadas y secadas, se raspan con un cuchillito hasta dejarlos de un blanco limpio; luego se los corta a la medida de unos 5 cm. para confeccionar adornos tipo tayu-ukunch, (llamados sencillamente ukunch, cuando dichos adornos son hechos de huesos de diferentes animales).

TSUKANKA' o PININCH' (tucán, predicador) Pinsha al Sur

Es uno de los pájaros más representativos del mundo shuar.

Vive en casi todo el territorio shuar.

Es de mediana dimensión y llega a pesar poco menos de un kilo.

Su largo total es de 50 cm., un poco más para los machos más grandes.

De los 50 cm. hay que descartar el pico que tiene normalmente unos 10- 12 cm. Es muy vistoso y desproporcionado respecto al cuerpo, tan grande que se puede decir que a la base es grueso cuanto la cabeza y sigue arqueado acabando en punta.

La parte superior del pico es notablemente más gruesa de la inferior. Sus márgenes externos son ligeramente dentelladas; su lengua es larga y sutil, tanto que parece una lámina de papel. A pesar de tener tales dimensiones, el pico del pininch es muy liviano y el animal lo usa con mucha pericia.

La parte superior del pico es amarilla; asimismo cerca de los ojos; lo restante es de un negro morado con diversos matices; el interior del pico es de color rojo con matices blancos. A la base del pico siguen inmediatamente los ojos, muy móviles, en cuyo alrededor la piel es sin plumas, de un color azul intenso, que se pierde en el blanco.

Los shuar piensan que sea el pájaro que posee la vista más aguda de todos. Dentro de la cavidad del ojo tiene como un gusanito muy delgado, de un cm. de largo, llamado sepejé, que le permite ver a larguísimas distancias.

Algunos shuar dicen que al extraerlos de los ojos del pájaro y al ponerlos en los ojos de uno mismo, se adquiere mayor visibilidad y se puede pasar inobservados a tales pájaros.

El color de las plumas es de un negro opaco en el dorso, con plumas largas en las alas y en el rabo, bien cortitas en el cuello, en la parte superior y en la cabeza; la parte inferior del cuello es blanca, hasta el pecho, donde otra vez las plumas son negras, pero entre los dos colores hay una hilera de plumas rojas.

En la parte inferior del rabo tiene un mechón de plumas rojas; en cambio, en la parte superior es de un color amarillo vivo; en las hembras sucede lo mismo pero sus plumas son más ralas.

Las patas, de un color azulito fino, parece que sostienen el cuerpo en forma extraña; en práctica sólo salta en las ramas.



Vive en grupos de 2 a 10 ejemplares; los shuar dicen que anda mezclado con el yákakua, que reconoce como jefe; parece que yákakua les haga de guía porque al moverse él los tsukanká lo siguen y se quedan en su alrededor.

Las alas son proporcionadas, semiredondeadas; su vuelo es ondulado y efectúa largas trayectorias; el vuelo, más bien corto entre las ramas de los árboles, es característico, porque es ruidoso.

La voz del tucán no es de las más finas, pero se hace escuchar de lejos. Los shuar dicen que es como: kuán kuán kuán, repetido y a veces rítmicamente; en cambio, cuando está bravo emite un: tashi krr tashi krrr y a este grito sigue alguna pelea entre ellos.

Cuando un macho queda sin hembra, porque la matan o porque se la quitan, queda llorando por largo tiempo a veces y su genido kuán kuán kuán se escucha por dos o tres días.

El macho al quedarse viudo, no se da paz y busca la forma de quitar la hembra a otro macho. A veces, después de larga pelea, el viudo consigue su hembra en otro grupo.

Vive en el bajo monte, pero frente a un peligro inminente, busca refugio en lo alto de los árboles.

Duerme a mediana altura, casi siempre en parejas; al dormir levanta su rabo y lo vira hacia la cabeza, dizque para que no se ensucie, cuando defeca. El pico lo inclina hacia atrás y lo esconde bajo el ala, tomando así una forma muy particular.

Se alimenta de frutas como tsempu, yaís, kunchái; además es ladrón de otros nidos, robando huevos y pichones de otras aves; a veces, anda en el suelo en busca de comida, de lagartijas chiquitas y otros bichos que pueda encontrar.

Al acercarse el tiempo de las frutas, se unen las parejas y la hembra se encarga de buscar un lugar propicio para deponer los huevos, regularmente en número de 3. Hace los nidos en los huecos de palos secos, o utiliza algún hueco de tatashna, en cuyo interior no hace más que raspar un poco la podredumbre, lo acomoda y allí depone los huevos.

Durante la empollada sale para buscar alimento. En previsión de algún peligro, muestra su pico afuera del hueco. Del huevo, del tamaño del huevo de una paloma, revienta el polluelo completamente implume. La hembra se preocupa de traerles el alimento necesario; traga las pepas y al llegar al nido, las vomita para que los pichones puedan alimentarse. Las pepas son posteriormente amontonadas en las afueras del nido y a veces se puede ver que el hueco del palo está repleto de estos residuos.

Las crías pasan mucho tiempo en el nido; durante el desarrollo de los tres pichones, parece que uno aprovecha más el alimento, desarrollando más rápidamente. Los shuar suelen dar el epíteto de chuitri al último nacido o al menos desarrollado, mientras los achuar lo llaman washikchiri.

Según van creciendo, ponen las plumas y a los 2 ó 3 meses tanto los adultos como los chiquitos empiezan a salir del nido y a colocarse en fila en las ramas cerca del nido.

La hembra sigue alimentándolos trayéndoles pepas. Cuando las crías están en el nido, tienen una forma especial de poner en alarma la mamá, la cual, al oír las crías, acude inmediatamente a ellos. El grito de los pichones es una especie de: sa sa sa; en cambio, cuando ya salen del hueco y se establecen en las ramas, anuncian uno o dos kuán, y lentamente aprenden a cantar.

Al salir del nido, quedan 3 ó 4 días en los alrededores y finalmente se aventuran en lo enmarañado del bosque, con mucha precaución al principio, hasta hacerse cada día más independientes.

Uno de los enemigos de los nidos del pininch es el kuji, que devasta sea huevos como pichones.

Durante el tiempo del empollamiento y de la crianza, el macho no abandona la hembra y queda en las cercanías, defendiendo la familia. Al acercarse algún enemigo, se lanza sobre él, bravísimo, alejándolo.

La pareja dejará que los hijos formen o hagan parte de algún grupo.

Los shuar dan la caza al tsukanká sea por su carne que por las multicolores plumas.

Las armas son las mismas, o sea la escopeta o la bodoquera con el respectivo veneno. Pero los shuar dicen que es el pájaro más resistente al tseás. De hecho, si el veneno no es sumamente fuerte, el volátil raramente muere.

Los shuar lo esperan bajo los árboles, donde viene a comer, de preferencia el tsempu. Se lo puede descubrir porque deja caer las pepas que está comiendo, o porque se lo escucha predicar de lejos. A veces se lo descubre con el yakákua, pero si éste da la voz de alarma, se refugia en las alturas.

Si el grupo no es muy arisco, no se dispersa ni con el disparo de la escopeta; pero si el grupo tiene experiencia del sonido, se dispersa. La bodoquera es el medio más apto; con una buena técnica y un buen veneno, se pueden matar muchos ejemplares.

No acostumbra sacarse las flechas al ser alcanzado y, si el veneno es fuerte, el animal empieza a vomitar las pepas tragadas anteriormente y se queda con el pico abierto.

Al ver un pájaro al alcance durante el lento acercamiento, el shuar le silbará: fiiu fiiu fiiu, con el fin de que el volátil no se asuste y quede tranquilo.

Pero el sistema más común y fácil es remedar una cría que pide auxilio porque a este silbido el macho se lanza cerca del lugar de proveniencia en busca del enemigo, para atacarlo.

La imitación se efectúa poniendo una hojita entre los dos pulgares y soplando en la ranura; el silbido clásico y ritmado en tiempo de las crías es infalible.

Los machos son las víctimas preferidas por su tamaño y la brillantez de sus colores; se pueden matar fácilmente 5-8 y hasta 10 ejemplares.

Los shuar aprovechan el momento en el cual están peleando los machos y pueden dar en el blanco a ambos con un solo tiro.

Al quedar herido en las alas, caen al suelo, pero siempre con la voluntad de escapar lo más pronto; no siendo ágiles en la carrera, es fácil apoderarse de ellos aunque hay que estar con cuidado, porque no dejarán de defenderse a picotazos y rasguños. El primer instinto del pájaro es buscar la manera de recobrar altura y meterse en lo más tupido de las hojas para mimetizarse.

Es fácil presa cuando recién salen de los nidos y quedan en las ramas, esperando comida.

También se puede descubrir un nido, gracias a la experiencia o a la suerte; con todo, no es muy difícil ver un largo pico asomar por algún hueco de un palo seco.

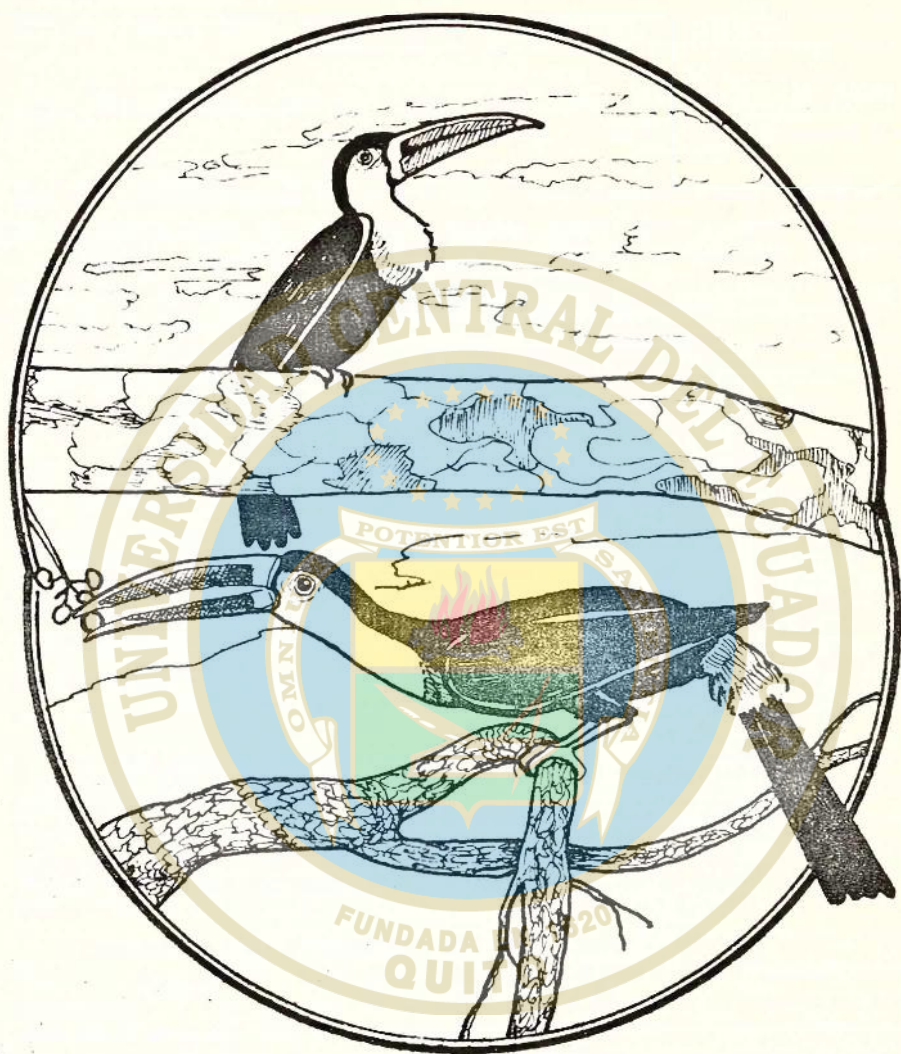
Ya se sabe cuál es el tiempo oportuno para tumbar tal palo y posesionarse de las crías. Al tumbar el árbol del nido, si en el hueco está la hembra, huye inmediatamente.

Una vez muertos, se cargan amarrándoles el pescuezo con un bejuco; se despluman sólo las plumas negras del dorso; se dejan los mechones colorados del rabo, las plumas del rabo y las de cuello.

La carne es oscura, un tanto dura, pero el caldo es apetecido por los shuar, por su sabor exquisito. A veces tiene disecados para conservarlos o se asan puestos en palitos.

Son animales muy alegres; los shuar, al coger las crías, las cuidan con un esmero único, dándoles de comer maduro, bichos, papayas, etc.





KERUA

En la casa y en las afueras se acostumbran prontamente y resultan muy graciosos el verlos saltar de un lado a otro.

Con sus plumas se confecciona la mayor parte de los adornos shuar. En primer lugar con los mechones rojos y amarillos se hace la famosa tawásap.

Para este adorno de la cabeza se necesitan más de 100 pájaros. También las mujeres se adornan con zarcillos hechos de plumas de tsukanká.

Se pela el pecho juntamente con la piel y se lo deja secar, pegándolo a un palo redondo. Habiendo 5 ó 6, se confecciona, sobre un tejido de kaap, una corona para uso ordinario. También con la parte blanca del pecho se confeccionan pectorales.

El shuar con su fantasía e inventiva confecciona una variada cantidad de adornos. Para eso, se usan también los picos; después de ser calentado y de haber secado la parte cartilaginosa interna, se cortan a medida y se los cuelga a un collar de mullos etse para formar un vistoso collar.

La punta de los picos del tsukanká son usadas por los shuar para medir la pólvora.

Otro tipo de tucán, llamado tampumpút pininch, vive en las partes más bajas del territorio shuar. Es más grande del pininch; puede medir 60-70 cm. de largo, con un peso superior al pininch; pero es menos social y no anda en grupos numerosos, sino sólo entre parejas. De consecuencia no anda mezclado con el yáakua. Su pico es proporcionado al cuerpo y llega a 15 cm. de largo. Su voz es poderosa y llega a largas distancias y es como: ya kuán kuán kuán ja.

Otra especie de pájaro de la misma familia es kërúa (pinchilla). Le sigue al tsukanká en orden al tamaño; es un poco más chiquito y llega a los 40 cm.; es idéntico en el color al tsukanká.

Se distingue sólo en los mechones colorados del rabo que son ligeramente más ralos.

Su voz es: kúa kúa.

También existe el piríramu, más pequeño del pininch, en orden de grosor. Mide unos 30 cm. de largo y pesa menos de un kilo.

El pico, de 7 cm., es más delgado; la mitad superior es amarilla, la inferior es negra. La parte externa del pico, en donde se cierra, es más dentellada. El pecho es de un color amarillo opaco con puntitas rojas; el dorso es de un color verde negro; el rabo arriba y abajo tiene mechoncitos ralos de plumas rojizas.

Su voz se diferencia sensiblemente de la de sus compañeros más grandes; emite unos chillidos como: piris piris piris, algo agudos, no perceptibles a distancia.

En la mayor parte de sus costumbres es igual que sus congéneres.

Frecuentemente se acercan a las casas habitadas en donde son fácilmente cazados.

Otra especie es el kakárpats, más chiquito.

Su voz es: kau kau kau. De color café con mechón rojo en el rabo.

Otro es el káruantsa más chiquito aún. Su voz es: karaya karaya. El color es semejante al del pirísramu.

NARRACION DE ENTSAKUA BENJAMIN (Kaspain)

En una ocasión Entsakua debía viajar desde Shiram entsa hasta Tashap, en el valle del Yaup'. El viaje es largo y había convenido con otro shuar que debían encontrarse a media mañana para cruzar el río Mankusas. Llevaba una buena cantidad de carne de sagino, pero, en el viaje se encontró con unos tsukanká y con un certero disparo logró abatir uno de ellos. Lo recogió inmediatamente y lo fue desplumado, envolviéndolo en unas hojas de bijao, porque de esta manera la carne se conserva más fresca. Llevado por la prisa de llegar pronto a la cita, metió sin mucha preocupación el ave en una especie de funda que un tiempo podía llamarse maletín y siguió el viaje.

Llegó bien fatigado a Kashpaim', entró en una casa de persona conocida y pidió de favor un poco de chicha, porque se sentía morir de sed. La mujer, viendo que llevaba carne ahumada y también, por las hojas que asomaban, carne fresca, le dijo que, a cambio, le diera un poco de carne, porque las mujeres son golosas de la carne de la selva.

Entsakua se hizo el despistado, dijo que no tenía tiempo que perder y que seguramente el compañero debía estar esperando en el paso del río Mankusas. La mujer, compadecida, le brindó chicha y, luego, a ruegos del viajero, le preparó un poco de yuca cocinada, pero, antes de entregársela, le pidió nuevamente que le dejara algo de la carne que llevaba. Ante la resistencia del hombre, le dijo que por lo menos, le diera las hojas que tenía en la mochila, para envolver la yuquita.

Entsakua, de mala gana y con mucho apuro, intentó sacar las hojas, esforzándose para no hacer salir la carne del tsukanká, pero, de improviso, del bulto salió brincando vivito y coleando el pájaro y comenzó a correr por la casa, intentando fugarse, completamente desplumado.

La mujer se entregó a unas solemnes carcajadas y en seguida corrió tras el animal y se hizo dueña, mientras el pobre viajero se quedó mortificado y no tuvo más remedio que dejar la presa en manos de la dueña de casa.

Entsakua comentaba luego el hecho, indicando como moraleja que no es nada aconsejable hacerse los avaros con los bienes que proporciona la selva y que es bueno distribuirlos entre todos.

KUYU (pava)

Es una pava de medianas proporciones, más pequeña del chiwia; llega a 1 kg. de peso y poco más en los tiempos de frutas, cuando las pavas acumulan una cantidad considerable de grasas, a consecuencia de la abundante alimentación de frutas que contiene buena cantidad de aceite.

La hembra es más gorda que el macho; sus patas y su pecho son más embutidos de carne.

El kuyu es de color negro con manchas blancas en forma de rayas en la primera parte de las alas. Tiene las plumas del rabo muy robustas y largas; asimismo las de las alas, que le permiten un vuelo relativamente veloz y largo, y a, veces, acrobático.

El cuello es largo, cubierto de plumas negras cortitas, pero espesas.

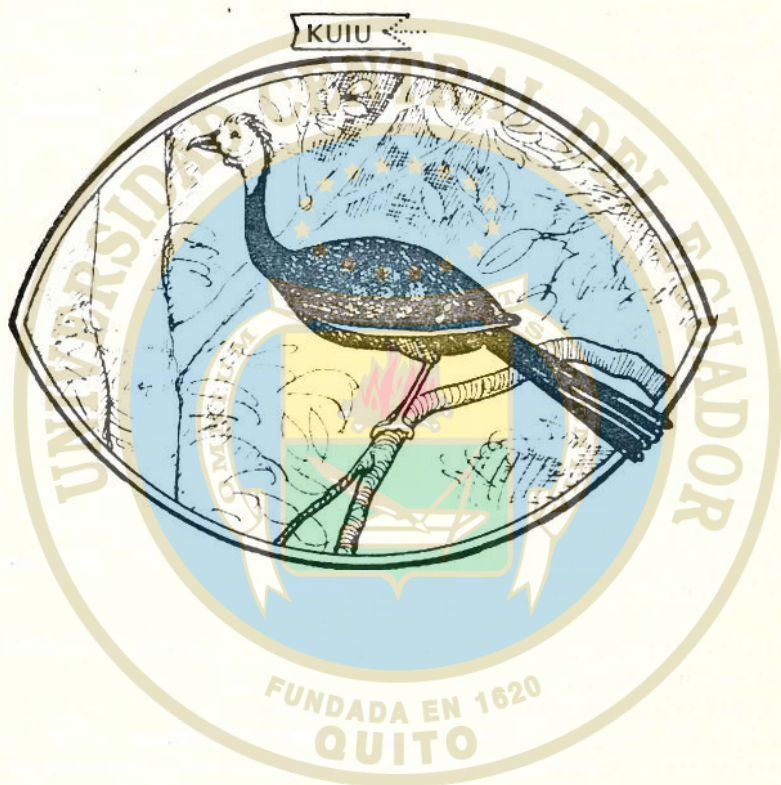
La cabeza es pelada y de un color blanco azulado. El pico es robusto, ligeramente arqueado en la punta, de color negro. Las patas son cortas, de color rojo y posee unas garras aptas para poder agarrarse fácilmente de las ramas.

Este pájaro vive en casi todo el territorio shuar. Abunda más en las zonas orientales del Kutukú. Su habitat es a media altura del bosque; baja frecuentemente al suelo para buscar comida.

Suele ser muy social y anda en grupos de 5 hasta 10. También duerme en grupos a media altura.

Se alimenta preferentemente de frutas que encuentra en la selva, como paach, kunchái, chimi, numpi y, sobre todo, es goloso de las pepas de yurunts, planta que crece en las riberas de los ríos. Completa la alimentación con algunos caracoles o marunch que pesca en los riachuelos.

Esta pava de vez en cuando se acerca a comer napúrak, que es el saladero que tiene en lugares escondidos, especialmente en las quebradas o en las altas orillas de los ríos. Estos napúrak son compartidos con otros animales. Por ser muy frecuentados y comidos, se hacen huecos profundos; así que a veces tienen que adentrarse para comer del tal mineral.



El kuyu, si no es molestado, es silencioso. Al enterarse de algún peligro, emite un sonido fino, como un lamento kunchúi kunchúi kunchúi; en cambio, cuando vuela, o mejor dicho, cuando hace un cierto movimiento durante el vuelo, emite un ruido como: tatá kraa tatá kraa tatá kraa. Este sonido se produce porque en la punta del ala tiene una pluma descubierta, muy tiesa, que al volar topa en su espalda.

Los machos frecuentemente pelean entre sí a base de picotazos.

El apareamiento del kuyu se hace en los árboles. Al acercarse el tiempo de poner los huevos, la hembra escoge un lugar que le parece seguro, normalmente en lo más espeso del tsuat, a mediana altura. Ella misma construye el nido con hojas secas, con palitos y con mucha fibra de tintiuk', que teje esmeradamente. El nido no es excesivamente grande; una vez listo, la hembra pone sus 3 ó 4 huevos de un color blanco limpio, que pueden confundirse con los del aunts. Durante la incubación, la hembra abandona el nido sólo para comer. Aún cuando el shuar pasa a brevísima distancia del nido, se queda calladita. El macho, en cambio, permanece en las cercanías, cuidando a la hembra y, cuando ella sale del nido, la acompaña a buscar alimento. Llegado el tiempo, el pollito desde adentro hace reventar la cáscara y ve la luz. Al nacer es completamente implume.

La hembra se preocupa de traerle el alimento adecuado, como pepas de náik-numi, de color amarillo y de un tamaño calculado para que las crías las puedan tragar.

Una vez grandecitos, abandonan el nido con saltos y cortos vuelos. A esta edad las plumas son ya desarrolladas y se encuentran en grado de independizarse. Una vez adultos, se unen al grupo de los progenitores.

Un voraz enemigo de los nidos de kuyu y del aunts es el kujáncham.

El shuar quiere mucho la carne de esta pava por ser sabrosa, especialmente en tiempo de fruta, cuando los animales tienen su reserva de grasa.

Para el shuar es indispensable la astucia para acercarse al animal. Es muy arisco y tiene una vista muy aguda.

Gracias a su color y a su forma es inconfundible y a veces fácil de divisar. Uno puede darse cuenta de su presencia, también por el ruido que hace al volar. Se le sigue hasta dar con el lugar en donde se va a posar. Poseyendo algo de experiencia, se calcula la trayectoria del vuelo para poder descubrir el receptáculo del animal.

Frecuentemente se lo espera también cerca de los napúrak o saladeros para poder matarlo fácilmente con la bodoquera.

Por la tarde y por la mañana es más fácil descubrirlo, porque son los momentos en que se mueve muy frecuentemente; en cambio, durante el día, sobre todo los calurosos, queda silencioso, sentado a baja altura.

Cuando madura la fruta yurunts, los shuar saben muy bien que el kuyu no dejará de visitar tales árboles para comer de su dulce fruto. Vienen en grupos muy numerosos para aprovechar de la fruta y se puede contar de 20 a 30 pavas. En esta ocasión el shuar con la bodoquera hace buena cosecha.

Otra forma de acercarse es la de tranquilizar o de llamar a la pava remedando su voz con un silbido: fuí fuí fuí fuí, delicado, que va desde el tono bajo al alto en sonoridad. Con esta imitación, el animal piensa que otro lo esté llamando y se acerca pligosamente.

A veces vuela en las alturas; entonces, para hacerle bajar el shuar lo corteja incansablemente hasta convencerlo a descender algunos metros para que sea más fácilmete blanco de las flechas.

No todos tienen la constancia y la paciencia para esto. También es cierto que al fallar la imitación, se aleja.

Si cae herido en la selva, corre velocísimo y es difícil alcanzarlo.

Se despluma lo más pronto posible y se deja las plumas más gruesas del rabo y de las alas, que sirven para construir aventadores.

En algunas partes, al freír la carne se separa la manteca de la carne para licuarla y conservarla en un recipiente; servirá luego para frotar el pelo, a fin de que se ponga más brillante y negro. También se usa para lubricar las carabinas y escopetas.

Los shuar al encontrar los huevos, los lleva para comer, ya que la gallina no logra hacerlos reventar; en cambio, los pichones los crían en la casa, aunque es muy difícil criarlos, porque no se amansan con facilidad, y casi siempre regresan a la vida silvestre.

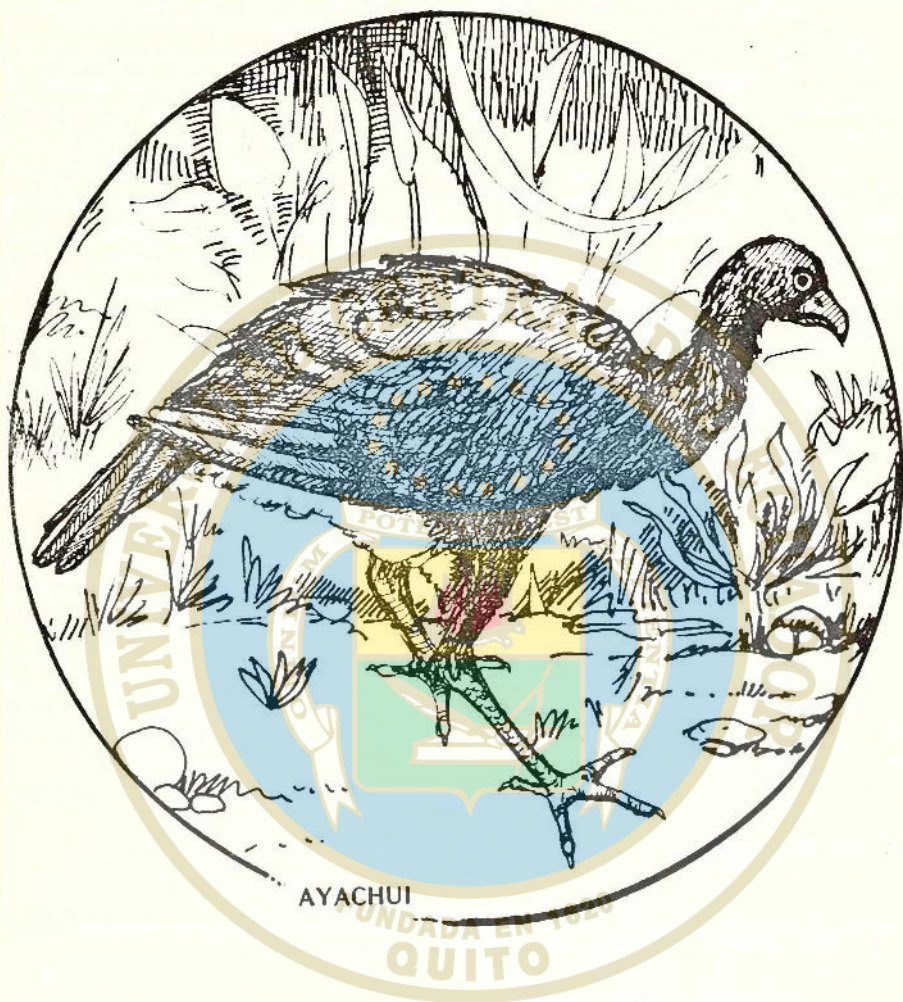
AYACHUI (Montete)

Es una pava gruesa, un poco menos que el mashu. De hecho llega a pesar de 2 a 3 kg. Entre el macho y la hembra no hay mucha diferencia en peso.

Es de color café en todo el cuerpo.

Las plumas del rabo son robustas, anchas y largas; asimismo las de las alas.

El cuello no es muy largo, recubierto de plumas del mismo color. La cabeza es regular, con una cresta de plumitas negras, que se levanta frente a un peligro o en la posición de defensa.



Alrededor de los ojos tiene un espacio blanco, su pico es chato, pero robusto, de un color rojo oscuro, que tiende al negro.

Las patas son cortas, de color negro, con fuertes garras.

Vive en las partes más calientes del territorio shuar, en la zona de los ríos, de los achu y de los charcos.

Es semisocial, porque anda entre 4-6 ejemplares.

De día anda en el suelo; si se asusta por un peligro, corre velozmente entre la espesura del bosque y cuando se ve seguido por los perros o por animales carnívoros del monte, sube a las ramas, pero siempre a media altura. En efecto, es muy raro que durante el día el ayáchui suba altísimo. Es muy común ver al ave meterse en los huecos del terreno, o también en palos podridos para defenderse de posibles perseguidores. Es raro verlo cerca de los ríos y en los charcos, porque prefiere las partes secas y el monte alto.

Por la tarde, cuando el sol se oculta, emprende el vuelo tal vez más largo de todo el día, para escoger el lugar del descanso nocturno.

El shuar piensa que es el animal que duerme más alto de todos.

Las parejas duermen relativamente cerca.

Por la mañana baja otra vez al suelo, pero antes parece que todas las pavas se reúnen en una rama bajita, alineadas, antes de desparramarse por el suelo.

Se alimenta de frutas; en el tiempo de chimi un grupo de ayáchui puede acabar con toda la fruta de dicho árbol; además, come yaís, tsempu y completa su alimentación con bichos y con tsuntsu que pesca en los riachuelos.

Los shuar dicen: "ayáchui shiniawai", cuando canta por la noche; en realidad su voz profunda se escucha a largas distancias: ju ju ju nantenté. De día se vuelve mudo.

La hembra, en cambio, canta raramente un canto ronco y no tan fuerte como: wa kakua wa kakua.

Al enfrentarse con un peligro dice: ku ku ku.

Los shuar dicen que esta voz potente es debida a un tubo que el macho tiene que va hasta la parte trasera de la garganta, atravesando superficialmente toda la parte del pecho. De hecho, el macho del ayáchui y también el del mashu tiene ese tubo mucho más desarrollado y largo que el de la hembra. Muerto un ejemplar, el cazador

enseguida le toca al trunturi, nombre shuar de dicho tubo, para saber si el ejemplar es macho o hembra.

Se acopla en el suelo. La hembra se preocupa de fabricar el nido a media altura, muy bien mimetizado; lo teje con hojas secas, con la fibra de tintiuk', con bejuquitos y con basuras secas recogidas en el suelo. El nido es de tamaño grande y muy fuerte, siendo el ave de buenas proporciones.

A tiempo oportuno, pone dos huevos como los de una pava, de color blanco, probablemente una vez al año, durante el tiempo de verano o de las frutas. La hembra se encarga de la incubación, mientras el macho se queda en las cercanías como para defender el nido. Al reventar los huevos, los pichones quedan en el nido hasta que se complete el plumaje; mientras tanto la hembra les trae frutas para su alimentación.

El primer plumaje es semejante al del chiwia; de un color café claro, tendiente al negro, con unas rayas longitudinales de un gris oscuro.

Salen del nido realizando pequeños vuelitos y siguen criándose al lado de los adultos. De tarde buscan la forma de subir más arriba para dormir, pero, no pudiendo volar, trepan por palitos y bejucos.

Las crías duermen juntas, mientras que la madre permanece sentado un poco más arriba, cuidándolas.

Cuando las crías se hacen adultas, siguen a las aves más grandes, ocupando las alturas de los árboles.

Los padres no tienen miedo de defender los hijos; frente al peligro, deja a un lado a los chicos y se lanza sobre el enemigo, buscando de picotear o de asaltar con las garras, emitiendo los graznidos de alarma: ku ku ku ku.

La carne es sabrosa y abundante.

El arma más efectiva es la 'uum', porque sin hacer ruido alguno, puede matar varios ejemplares.

De noche los shuar suelen ir entre dos candelas para acercarse a los árboles donde están ubicadas estas pavas. Es relativamente fácil descubrirlas, gracias al fuerte canto nocturno de los machos.

Ya cerca de tal árbol se ubican a uno y otro lado y esperan pacientemente el alba. Cuando amanece, las aves empiezan a volar y a descender en las ramas bajas, en donde serán fácil presa.

A veces espera quieta hasta que el peligro pase, para, después, alejarse del lugar. No es raro pasar muy cerca del ave y oírla volar después de pocos pasos.

Su mayor defensa es el mimetismo, porque su color se confunde con el mismo monte. Sólo el caso puede traicionarla.

Se alimenta de frutas que maduran y caen en el suelo, como shuina, chimi, yais, pitiú, y complementa su alimento con insectos, cucarachas, gusanos, que encuentra escarbando en el suelo.

Su voz es inconfundible; es llamada: shúntrua shúntrua, pero en realidad es un silbido: fuu fuu fuu que se escucha a regular distancia. Suele cantar poco antes de subir en las ramas para dormir. Por la madrugada también, antes de bajar de su dormitorio; lanza algunos silbidos. Se le puede escuchar durante el día, pero no tan frecuentemente.

Cuando la pava se prepara a volar, súbitamente se levanta, lanza un silbido intempestivo y bien marcado, un: fuí fuí fuí fuí y, cuando uno intenta enterarse, el ave ya está lejos.

Cuando se acerca el tiempo del celo, la hembra para llamar al macho, manda de lejos su mensaje repetido hasta que el macho la escucha, le contesta y se acerca. El acoplamiento se efectúa en el suelo.

La hembra es la única que se preocupa de la construcción del nido; acercándose la puesta de los huevos, busca un lugar propicio y bien protegido en el suelo, entre la maleza, o en algún palo quebrado, o a la base de algún tronco. El nido es supermimetizado y casi invisible; es construido con hojas y palitos y el fondo es cubierto de plumas.

Durante un mes pone de 6 a 12 huevos, del tamaño de los de una gallina, de un color verde azulado claro. Es la hembra que se encarga de la incubación. El macho, después del apareamiento, desaparece definitivamente.

Al reventar los huevos, la mamá busca alimento para que los pichones desarrollen rápidamente. En efecto, en el plazo de 20 días aproximadamente, las crías pueden abandonar el nido, y siguen a la mamá. Desarrollándose más, dejan a la mamá para independizarse.

Las primeras plumas son iguales en el color a las de los adultos. Es cierto que esta ave tiene que cuidar sea los huevos como las crías, porque en el suelo tiene muchos enemigos.

El más peligroso es el kujáncham y el shishim, que es capaz de remedarla. Acercándose, de un brinco se apodera tanto de la madre como de las crías. El shukém

también es goloso de wa. El también busca de remedar el silbido, pero con menos tino.

El animal, frente a un peligro, abandona las crías y se aleja.

Para los shuar es el ave que tiene la carne más sabrosa y delicada de entre todas las demás aves.

Tiene una pechuga abundante y suave.

El caldo es de un sabor único y asume un color amarillo compacto.

Se mata esta ave para brindar a los enfermos, a las mujeres que recién han dado a luz y a los niños, y, huelga decirlo, es el mejor regalo para la mujer embarazada y para los suegros.

El cazador, sea con bodoquera y veneno, sea con escopeta, queda escuchando silenciosamente la proveniencia del silbido del ave, se acerca bien despacio, sabiendo que el ave es timidísima y puede improvisamente alejarse. El momento mejor es de tarde. Cuando se oye su voz, se espera que se alce para dormir, y con una buena vista se puede localizarla. Mientras se camina en el monte, se anda remedándola, para ver si contesta al engaño.

A veces se la escucha por la noche; entonces se localiza el lugar de proveniencia del silbido y por la madrugada se va a buscarla en los alrededores.

A veces hacia el atardecer o durante el tiempo del celo, si el shuar es paciente y bien sabido, remeda el ave, se arrima tras de un árbol y contesta rítmicamente al silbido de la pava. Esta, si el lugar no es muy batido por los cazadores, no tarda en acercarse al lugar, pero conservando siempre una actitud muy recelosa y al mínimo ruido extraño se pierde.

Andando por el monte con el ojo avizor, se la puede matar mientras se mueve y si el cazador tiene ventaja por haberla visto primero, fácilmente le pega su flechazo.

A veces el ave se aleja para posarse más allá. En este caso, si el sitio es favorable y el cazador es experimentado, la sigue tratando de localizarla, porque es más fácil verla cuando está posada sobre una rama bajita que cuando está en el suelo.

En algunas ocasiones se encuentran los pichones con la madre, pero es difícil acercarse; entonces se imita el conocido silbido y se acerca tranquilamente hacia el lugar de proveniencia del sonido.

Es casi inútil cogerlos vivos, porque es imposible criarlos en la casa.

En algunas ocasiones se puede localizar algún nido o porque se ha visto la madre salir de él o porque se ven los huevos; se llevarán éstos para comerlos.

A veces espera quieta hasta que el peligro pase, para, después, alejarse del lugar. No es raro pasar muy cerca del ave y oír la volar después de pocos pasos.

Su mayor defensa es el mimetismo, porque su color se confunde con el mismo monte. Sólo el caso puede traicionarla.

Se alimenta de frutas que maduran y caen en el suelo, como shuina, chimi, yais, pitiú, y complementa su alimento con insectos, cucarachas, gusanos, que encuentra escarbando en el suelo.

Su voz es inconfundible; es llamada: shúntrua shúntrua, pero en realidad es un silbido: fuu fuu fuu que se escucha a regular distancia. Suele cantar poco antes de subir en las ramas para dormir. Por la madrugada también, antes de bajar de su dormitorio; lanza algunos silbidos. Se le puede escuchar durante el día, pero no tan frecuentemente.

Cuando la pava se prepara a volar, súbitamente se levanta, lanza un silbido intempestivo y bien marcado, un: fuí fuí fuí fuí y, cuando uno intenta enterarse, el ave ya está lejos.

Cuando se acerca el tiempo del celo, la hembra para llamar al macho, manda de lejos su mensaje repetido hasta que el macho la escucha, le contesta y se acerca. El acoplamiento se efectúa en el suelo.

La hembra es la única que se preocupa de la construcción del nido; acercándose la puesta de los huevos, busca un lugar propicio y bien protegido en el suelo, entre la maleza, o en algún palo quebrado, o a la base de algún tronco. El nido es supermimetizado y casi invisible; es construido con hojas y palitos y el fondo es cubierto de plumas.

Durante un mes pone de 6 a 12 huevos, del tamaño de los de una gallina, de un color verde azulado claro. Es la hembra que se encarga de la incubación. El macho, después del apareamiento, desaparece definitivamente.

Al reventar los huevos, la mamá busca alimento para que los pichones desarrollen rápidamente. En efecto, en el plazo de 20 días aproximadamente, las crías pueden abandonar el nido, y siguen a la mamá. Desarrollándose más, dejan a la mamá para independizarse.

Las primeras plumas son iguales en el color a las de los adultos. Es cierto que esta ave tiene que cuidar sea los huevos como las crías, porque en el suelo tiene muchos enemigos.

El más peligroso es el kujáncham y el shishim, que es capaz de remedarla. Acercándosele, de un brinco se apodera tanto de la madre como de las crías. El shukém

también es goloso de wa. El también busca de remedar el silbido, pero con menos tino.

El animal, frente a un peligro, abandona las crías y se aleja.

Para los shuar es el ave que tiene la carne más sabrosa y delicada de entre todas las demás aves.

Tiene una pechuga abundante y suave.

El caldo es de un sabor único y asume un color amarillo compacto.

Se mata esta ave para brindar a los enfermos; a las mujeres que recién han dado a luz y a los niños; y, huelga decirlo, es el mejor regalo para la mujer embarazada y para los suegros.

El cazador, sea con bodoquera y veneno, sea con escopeta, queda escuchando silenciosamente la proveniencia del silbido del ave, se acerca bien despacio, sabiendo que el ave es tímida y puede improvisamente alejarse. El momento mejor es de tarde. Cuando se oye su voz, se espera que se alce para dormir, y con una buena vista se puede localizarla. Mientras se camina en el monte, se anda remedándola, para ver si contesta al engaño.

A veces se la escucha por la noche; entonces se localiza el lugar de proveniencia del silbido y por la madrugada se va a buscarla en los alrededores.

A veces hacia el atardecer o durante el tiempo del celo, si el shuar es paciente y bien sabido, remeda el ave, se arrima tras de un árbol y contesta rítmicamente al silbido de la pava. Esta, si el lugar no es muy batido por los cazadores, no tarda en acercarse al lugar, pero conservando siempre una actitud muy recelosa y al mínimo ruido extraño se pierde.

Andando por el monte con el ojo avizor, se la puede matar mientras se mueve y si el cazador tiene ventaja por haberla visto primero, fácilmente le pega su flechazo.

A veces el ave se aleja para posarse más allá. En este caso, si el sitio es favorable y el cazador es experimentado, la sigue tratando de localizarla, porque es más fácil averla cuando está posada sobre una rama bajita que cuando está en el suelo.

En algunas ocasiones se encuentran los pichones con la madre, pero es difícil acercarse; entonces se imita el conocido silbido y se acerca tranquilamente hacia el lugar de proveniencia del sonido.

Es casi inútil cogerlos vivos, porque es imposible criarlos en la casa.

En algunas ocasiones se puede localizar algún nido o porque se ha visto la madre salir de él o porque se ven los huevos; se llevarán éstos para comerlos.

WANKESH (pava de zonas altas)

Es una pava que vive en las zonas más altas del territorio shuar.

Es del mismo tamaño del wa de los llanos.

Tiene la misma actitud desconfiada y recelosa.

Las plumas son del mismo color, un tanto más brillantes.

Su voz es del mismo tono de la wa, pero no tan largo. El silbido es corto y discontinuo, y lo repite después de algún tiempo. En el tiempo del celo es más fácil oírlo.

Por lo demás es igual que el wa.

NARRACION DEL MASHIANT (Tukup')

Yo no soy de aquí. Soy achuar y mi casa está más allá cerca del Pastaza, en la orilla de uno de sus numerosos afluentes. Allí he vivido toda mi vida. Sólo para casarme vine aquí. Allí las orillas del río son bien anchas.

En aquel tiempo tenía una carabina. Es de saber que todos los achuar tenemos la carabina; los achuar hombres andan con carabina, mientras las mujeres son las que andan con changuina.

La carabina la sabemos comprar de los comerciantes regatones o dichos patrones que surcan los ríos grandes con sus barzacas llenas de mercadería para canjearla con los objetos que tiene los ribereños. A nosotros nos llaman nativos.

Ellos vienen de Iquitos o de Pucallpa con sus canoas de motor y paran en cada caserío o grupo indígena para vender telas, machetes, ropa, pero de preferencia cartuchos, carabinas, veneno, que ellos traen, comprando de los fabricantes de abajo.

Algunos de ellos, entre los más fregados, con tal de hacer negocio, traen trago y, una vez, en una barcaza, había también una p... de a 50 soles.

Algunos engañan, otros son bien ladrones; hay otros que se pasan de brujos, alguien está casado con gente de nuestra raza y ya hace parte de nuestros grupos y no se les puede sacar, por los tantos compromisos familiares que tienen con los suegros y cuñados. Estos tipos que andan tienen mujeres por todo lado.

Antes, para comprar una carabina era fácil, porque se cambiaba con 2 ó 3 cueros de yantana o con un cuero grande de uunt yawá; también aceptaban cuero de

kaniats que nosotros matábamos en las lagunas. Con uno solo de estos cueros se podía comprar una carabina.

A veces trabajábamos troncos; o sea cortábamos troncos a la orilla de las quebradas, hacíamos trozas y cuando las quebradas crecían las botábamos dentro de la corriente que las llevaría río abajo. Allí las entregábamos a los comerciantes, a cambio de lo que necesitábamos.

También el cuero de paki tenía su valor, que cambiaban con 5 cartuchos o una cucharada de tseás.

Yo trabajé mucho con ellos, hasta que un día les seguí en sus viajes y me fui hasta Iquitos; aprendí a manejar el motor y cuando viajábamos, quedábamos a dormir en las playas en las noches oscuras; pero cuando había la luna, viajábamos también de noche. Para llegar hasta San Juan empleábamos más de dos meses.

Allá los ríos son anchos y grandes; no es como aquí, que hay muchos palos.

Un día nos quedamos en una playa y no teníamos qué comer. Entonces me fui por el monte para matar algún animal. Era de tarde, no conocía el lugar; sin embargo, me adentré un poco en la floresta y me iba con mucho cuidado.

De un rato para otro vi al frente una pava wa; en esos lugares en donde nadie va de cacería, los animales son mansitos. Apunté, ya que no estaba muy lejos y disparé. No fallé. Con cartucho entero no se falla.

Me acerqué para recoger la pava, la recogí, me paré y empecé a pelarla distraídamente, mientras miraba en los alrededores y con sorpresa mía más allá había otra pava también muerta. No alcanzaba a explicarme el hecho; la recogí y noté que también estaba pegada. Yo no la había visto, pero seguramente debía estar en línea recta con la otra y alguna munición la había alcanzado.

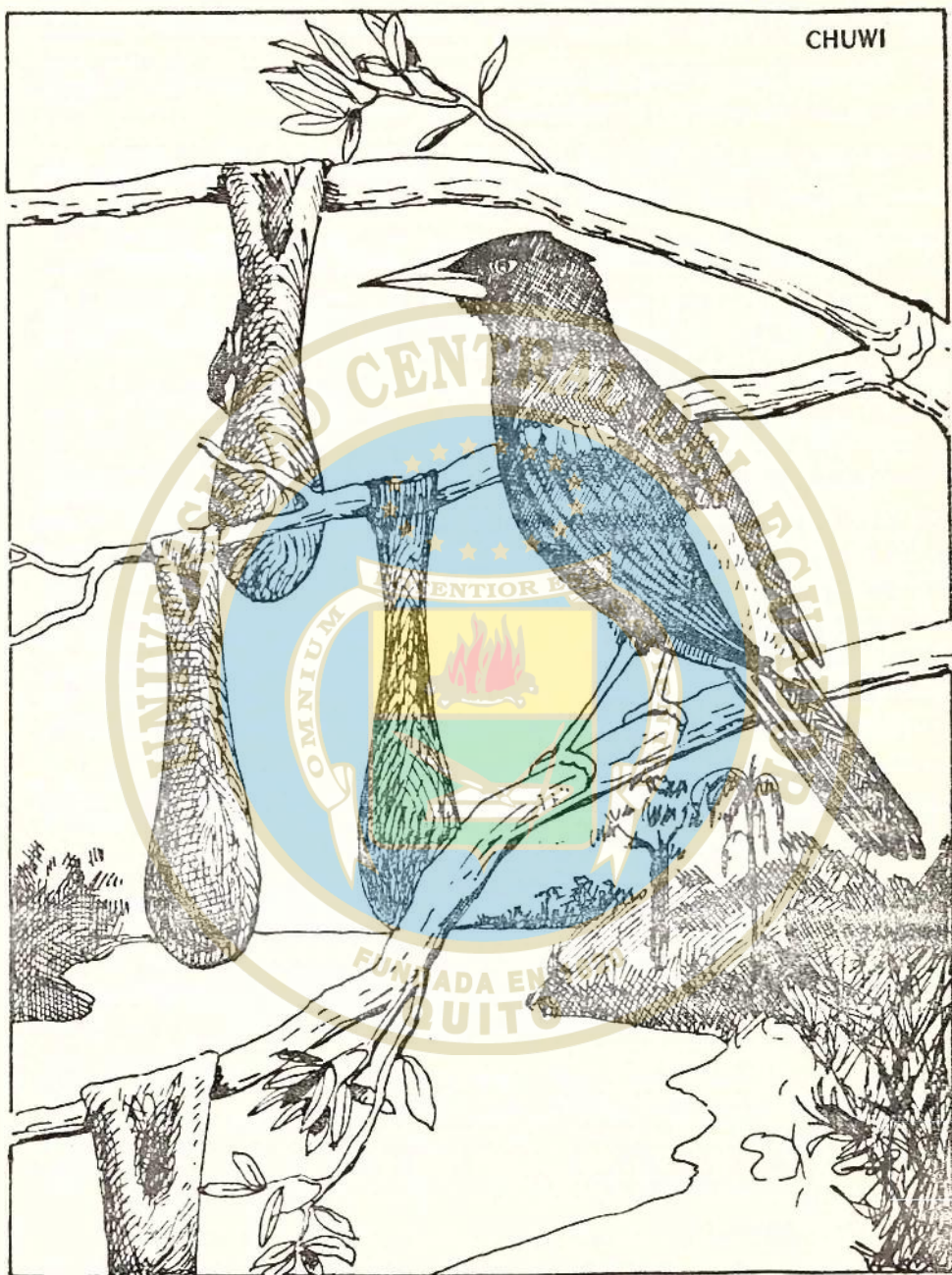
Así que me regresé alegre con las dos wa.

CHUWI (bugla o mango)
Paucar al Sur

Los shuar distinguen tres tipos de chuwi y otros hasta cuatro. Sus nombres en shuar son: el más grande, sunkártút, luego tsanke o chuják y el más pequeño, chuwíkit'.

El más grande es un pájaro mediano, de unos 50 cm. de largo y puede pesar unos 0,7 kg. Luego viene el tsanke, de unos 40 cm. y 0,5 kg.; en fin, el chuwíkit', de unos 30 cm. y 0,3 kg. Este, como el tsukánká, es un pájaro muy popular porque vive en todo el territorio shuar, desde los valles hasta los llanos más orientales.

CHUWI



El tronco es alargado, más parado que en las aves; el pescuezo es corto, el pico es corto y grueso y en los machos ligeramente más grande que las hembras.

De color negro brillante con mechones amarillos en la parte delantera de las alas y un parte del bajo vientre y un mechoncito debajo del rabo.

El negro contrasta marcadamente con el amarillo, en modo que lo hace bien visible en el fondo verde de la selva.

El pico es de un color amarillo; los ojos claros casi blancos, las patas negras.

El sunkártút es de un negro un poco más opaco tendiente al café. Su pico también es diferente del hermano tsanke y es de un color rojo vivo. También a lado del pico o bajo los ojos, es de un color rojizo.

El chuwi'kit' es idéntico al color del tsanke.

Durante el día, su ambiente natural es la espesura del bosque y de los árboles, aún a alturas considerables, mientras que por la tarde vuela hacia los pindales, se posa en los árboles cercanos y hacia el anochecer toma una posición bajita en las hojas de los pindos.

Por la madrugada, apenas aclara el día, se levantan para volar en su medio ambiente. Este pájaro tiene un olor especial muy intenso que se olfatea claramente pasando cerca de un grupo posado o cuando está durmiendo. El chuwi en efecto tiene en el dorso hacia el rabo, una glándula que segrega un líquido blanquito bien hediondo.

Es un pájaro muy social. Acostumbra andar entre muchos, de 20 a 40. No es raro ver el tsanke y el chuwi mezclado, sea de día que durante la noche; en cambio, el sunkártút, más aristocrático, no se mezcla con los demás.

Pasa el día jugando, buscando la comida y muy frecuentemente peleando. Durante las luchas a picotazos, a veces el perdedor cae atontado al suelo.

Se alimenta preferentemente de manchi (grillos), y a veces de pepas de súa, una especie de fréjol, de la que pica la cáscara y chupa el fruto del interior.

La voz del chuwi'kit' es: chuák chuák chuák; remeda también la voz de otros pájaros con silbidos muy modulados. Es llamado también kumpari.

Su voz: churák churák churák, es un graznido que se distingue en seguida entre los demás pájaros. Pasa cantando todo el día, pero de madrugada y en la tarde se escucha más frecuentemente.

Dichos pájaros tienen su aishmankri, como dicen los shuar; es el jefe del grupo

y normalmente es el macho más grande; él guía al grupo y lo conduce a dormir en los árboles. Tiene una voz un tanto diferente de los demás: unkúchrra unkúchrra y, mientras emite el sonido, hace una inclinación con la cabeza, levanta el largo rabo y abre las alas.

Estos pájaros no acostumbran caminar en las ramas, más saltan velozmente de una rama a otra, ayudándose con las alas, al ritmo de su voz estridente.

Durante el tiempo del celo, se aparean en los árboles, pero la precedencia la tiene el macho más grande, o sea el aishmankri que monta varias hembras. Después de la monta, el grupo escoge los lugares más propicios para nidificar. Estos pájaros acostumbran nidificar juntos sobre los árboles a lo largo de los ríos o en los guaduales.

Los shuar cuentan que los chuwi vienen a conversar con el árbol que va a hospedar a los nidos, luego regresan al monte donde viven de costumbre para retornar a los pocos días para empezar los trabajos de la nidificación. Se dice que durante la primera entrevista, el chuwi, hablando con el palo, hace un contrato para comprárselo y para ocuparlo.

Escogida la rama, la pareja empieza el trabajo de construcción. El nido es colgante, de unos 70—80 cm. de largo. Es una especie de bolsa que cuelga de una rama, con una abertura que permite la entrada al interior del nido. Es realmente cosa admirable que el volátil logre construir el nido, sirviéndose solamente del pico, amarrar tantos bejucos, traídos desde regular distancia, estando al mismo tiempo en vuelo y suspendido en el aire.

Sea el macho como la hembra, trabajan incansablemente por espacio de un mes y más, y, observando la construcción, se nota que cada día se alarga y va tomando su forma definitiva.

El árbol escogido suele ser uno solo, normalmente revestido de pocas hojas delgadas y de muchas ramas, como puede ser el wampu o el chikiáin'.

A veces escoge los árboles en donde precedentemente han anidado avispas como piu ete u hormigas como wisu, con el fin de que le ayuden a defender de los rapaces los huevos y las crías. Se pueden contar hasta 30 nidos, pero cada tipo de ave en árboles separados.

Cuando el nido está listo, la hembra deja 2 ó 3 huevos, de color blanco, un poco alargados, del tamaño de un huevo de paloma. La hembra se encarga de la incubación; sale del nido sólo para comer; el macho entretanto no se aleja del árbol.

Al reventar los huevos, la hembra se preocupa de traer el alimento, casi exclusivamente a base de insectos. Los pequeños, cuando tienen hambre, se ponen a gritar, quejándose con una voz estridente y baja, como: sa sa sa, con lo que la madre viene con el insecto en el pico.

El desarrollo de los pichones no es siempre uniforme; siempre hay algunos que aprovechan un poco más la comida y desarrollan más prontamente. En casi todos los nidos se puede encontrar el chuitri, o sea el más chiquito y raquítico.

A pesar de ser tan visibles los nidos, son muy bien defendidos; es rarísimo que los nidos de los chuwi sean dañados por algún otro animal.

Con todo, es fácil encontrar crías muertas a causa de un gusano iich'. Es una mosca yantsakap, kaap en achuar, que le pone los huevos en los ojos; éstos, al desarrollarse, forman larvas y gusanos, y al entrarle en la cabeza, matan la cría.

Después de haberles crecido las plumas y de estar suficientemente desarrolladas, la madre las lleva a la vida comunitaria junto al grupo. Las crías, todavía no acostumbradas a la vida del monte, lanzan fuertes gritos semejantes a un lloriqueo.

Los shuar le dan la caza por su carne sabrosa.

La bodoquera y la escopeta son las armas más usadas; pero, en tiempo de cría, el hacha es el arma fatal para los nidos. Los shuar cuidan los lugares habitados por los pájaros y, sabiendo el tiempo en que los pichones crecen y el período anterior a la salida de las crías, tumban los árboles y se apoderan de los nidos. A veces, en buen período y con un poco de suerte, se pueden cosechar changuinas enteras de pichones.

La mujer se preocupa sólo de recogerlos y de desplumarlos.

De día el shuar, llevando consigo la uum', se acercará con mucho cuidado al lugar habitado por estos pájaros y se esconde detrás de algún palo; lleva la palma de la mano a la boca y aspira, produciendo un sonido igual al de las crías. El pájaro no tarda en venir y en colocarse bien bajo, en actitud amenazadora, como para defender a las crías. El chuwi, engañado por la falsa alarma, cae bajo el tiro del shuar.

A estos pájaros se les sopla solamente la flecha tséntsak, no envenenada, porque se dice que el chuwi pegado con veneno tiene el poder de anular la fuerza del mismo.

Con la carabina, sucede lo mismo que con otras aves, pero el disparo aleja al grupo.

Con el advenimiento de la linterna, algunos van por la tarde a esperarlos en los pindales en donde suelen pasar la noche. O, también por la noche, son fácil presa, alumbrándolos con la linterna.

A veces el pinchu roba alguna cría, que, al encontrarse entre las garras, se pone a chillar duro. De asomar la mamá, el pinchu suelta la presa, bajo la amenaza de los duros picotazos.

Su carne es sabrosa, pero un poco dura; se acostumbra mucho asarla en la brasa, enhebrándola en un palito.

Sus nidos son llevados a la casa y colgados en el ekent para guardar los huevos de las gallinas.

Algunos los cogen vivos y los llevan a la casa para criarlos; el lugar más propicio es su mismo nido; pero el hecho de alimentarse sólo de insectos, es difícil criarlos y muy frecuentemente mueren. Haciéndose adultos seguirán constantemente a la persona que le fue procurando manchi y, aún puestos en libertad, no la abandonarán.

HECHO SUCEDIDO A ORILLAS DEL MACUMA

Hacia la una de la tarde, los tres niños Tsanimp', Nantu y Namur, sin ni siquiera probar bocado, cogieron cada uno su machete y se dispusieron para salir de la casa. Cuando se les preguntó a dónde iban, contestaron que se habían propuesto ir al otro lado del Macuma para coger un nido de chuwikit' que consideraban de su propiedad por haberlo localizado ellos primero, en sus excursiones natatorias.

Quisieron repetir exactamente lo que suelen hacer los mayores, cuando cuentan que tienen visto algún nido de aves o pájaros por aquí o por allá y cuando deciden ir a inspeccionar y, de ser el momento oportuno, recoger los pichones que están en visperas de emprender el primer vuelo.

Era precisamente la época. Nadie quiso creer a lo que se habían propuesto los chicos.

Desaparecieron en un santiamén. Cogieron la canoa, pasaron al otro lado y fin.

Después de una buena hora, asomaron nuevamente los muchachos con un nido de chuwikit', muy bien confeccionado, con dos huecos y, dos polluelos listos ya para volar. Todo el mundo felicitó a los muchachos por la hazaña que, quizá, habían realizado por primera vez y con tanto éxito, porque los trajeron vivos, con todo el plumaje en perfectas condiciones, a pesar de haber tenido que tumbar una guadúa en la que estaba puesto el nido.

Los niños regalaron uno de los pichones a la maestra del lugar. Colocaron el nido en un rincón de la casa, colgándolo a debida altura para que ni los perros ni los gatos pudieran alcanzarlo y se dedicaron a satisfacer el hambre de los pichones, consiguiendo bichos, insectos y saltamontes.

Al día siguiente, moridos quizá por el hambre o por el deseo de libertad, los pajaritos comenzaron a salir del nido y a refugiarse en los rincones de la casa, siempre con la intención de salir de ella y de alcanzar la selva. Se notaba claramente que no

se sentían a su gusto en la cautividad y que no se conformaban por la comida, poca y extraña que les brindaban. Los muchachos, distraídos por otras cosas, entre ellas el juego, la natación, la pesca y las clases, descuidaron un poco a los animalitos, los cuales fueron poco a poco perdiendo su vivacidad inicial, se pusieron tristes, tanto es así que a los dos días uno de ellos amaneció muerto.

Entonces la maestra se preocupó personalmente de cuidar al sobreviviente. Le buscó langostas y otras cosas para alimentarlo convenientemente; llevaba el nido a todas partes, inclusive en la clase, para seguir de cerca sus necesidades y criarlo bien. Pero el cuidado del ave llegó demasiado tarde, porque el pajarito muy pronto siguió la misma suerte que el primero y murió al siguiente día.

Los chicos, tristes, se fueron a botar el animalito en la maleza, sin tener el valor de comerlo.

YAMPUNA o CHAAKU^u (guacamayo)

Es más grande entre los que viven en el territorio shuar. Vive preferentemente en las zonas más cálidas del Oriente del Kutukú.

El largo total es de 85-95 cm. y llega a superar el kilogramo de peso.

Es el pájaro más vistoso y hermoso de entre los que viven en la selva amazónica. Entre los colores muy vivos, prevalece el rojo; las plumas cortitas de la cabeza, del cuello, del pecho y de la barriga, un poco ralas, lo cubren de rojo; en la parte de las alas hay plumas amarillas y algunas otras verdes.

Las plumas finas, pero largas, de las alas son de un azul intenso, arriba; en cambio, la parte de abajo de tales plumas es de un azul rojizo. Azul es también el lomo que acaba en un rabo larguísimo de 40 cm. de largo.

Las lindas plumas del rabo son delgadas, delicadas, algunas de color rojo atrás, de color azul, debajo.

Como todos los loros, tienen la cabeza más gruesa que los demás pájaros, con pico robustísimo, corto y bien arqueado. La parte superior, de color blanco sucio, es fija y parece ser la prolongación de los huesos del cráneo; en cambio, la parte inferior, más pequeña, negra, es móvil en toda dirección, o sea puede tener un movimiento tanto vertical que horizontal.

La cara es carente de plumas, y las quijadas tienen una piel blanca, y unos ojos negros.

Las patas son cortitas, de color negro, pero sus garras tienen una fuerza y una ductilidad excepcional. Los dedos, muy desarrollados, son cuatro, tres hacia adelante y uno hacia atrás, que ayudan a mantener el equilibrio, cuando se agarran de algún palito. Con estas garras pueden quedar agarrados a las ramas en cualquier posición; esto les permite colgarse patas arriba, jugar y pelear con los compañeros, trepar expeditamente por ramas delgadas y bejucos y alcanzar pepas en los puntos más difíciles y alejados.

Se alimentan de frutas, algunas de ellas muy duras, como el tázar, cuya cáscara muerde y bota para tragarse el fruto que está en el interior. Luego chimi, kasuá, kirisa, también dura.

Para buscar la comida tiene que volar en lo más alto del monte y se queda unos días en los mismos lugares en donde abunda la comida.

Durante los días calurosos suele bajar a buscar refrigerio en lo más bajo del bosque, aunque muchas veces decide bajar hasta el suelo. Se lo ve muy ridículo cuando camina en el suelo; levantando las patas, mueve desacompadamente todo el cuerpo, arrastrando las largas plumas del rabo.

Por la noche duerme en los huecos de las achu parados y podridos; entra siempre en tal refugio con su pareja. También durante el día, cuando va a buscar la comida, acostumbran volar siempre en pareja; el macho vuela un poquito más adelante de la hembra.

Van en grupo de 8, 10 y más, volando en línea recta con un movimiento regular de las alas y bien alto, a la altura de la copa de los árboles, para bajar lentamente en las zonas donde encuentran la comida.

La voz es fuerte, pero muy primitiva y monótona; emite un ronco aaku kraaaaku kraaaku. Habla frecuentemente, sea en los vuelos, sea cuando está comiendo y durante los juegos y las peleas, como cuando está en los árboles altos.

La hembra pronuncia el aaku no muy fuerte y mientras grita levanta ligeramente el ala.

Entre las parejas demuestran mucho afecto; el macho, sentado a lado de la hembra, le sabe raspar con el pico las plumas de la cabeza y de las alas.

Asustado, se pone inquieto y, volando, lanza fuertes gritos: pasado el peligro, después de amplios vuelos concéntricos sobre la zona, vuelve otra vez a los mismos lugares o en la cercanía.

La unión acontece en los árboles; sea el macho como la hembra para la unión hacen de lado el largo rabo.

La hembra al acercarse el tiempo de poner los huevos, que es una vez al año, en tiempo de fruta, se apeg a troncos de achu secos o a palos, y con el pico empieza a excavar un hueco suficientemente grande para entrar. Como el interior de los achu es muy suave y casi siempre vacío, prepara el lugar oportuno. Después de preparar el nido, lo recubre con bastantes plumas suyas y obtiene un óptimo nido y el pájaro se queda semidesnudo, a lo que el shuar llama chirip.

Es la misma hembra que se ocupa de abarcar. En el hueco, como es natural, las largas plumas del rabo no entran; por eso, al echarse, las dobla hacia adelante, sin permitir que se estropeen o que se rompan. Las plumas que se pierden, se regeneran nuevamente más tarde.

El macho espera a su hembra en las cercanías; cuando ésta sale a buscar comida, la acompaña. Pero otras veces, la hembra se queda en el nido y llama al macho para que le traiga la comida en el nido.

Al reventar los huevos los pichones quedan bastante tiempo en el nido; no son completamente implumes y lentamente se van cubriendo de plumas; las primeras en salir son las de las alas, después las del lomo y del rabo y, por último, las plumas del pecho. En este estado se puede considerar listo para abandonar el nido.

El pico de los pichones es muy cartilaginoso y solamente cuando crece toma consistencia y dureza.

Para la alimentación de los pichones, sea el macho como la hembra, se preocupan de llevar la comida. Por turno, de mañana y de tarde; la pareja llega al nido con el buche lleno de pepas y, vomitando despacio la pulpa, la inyecta directamente en el pico de los pichones.

Completado el ciclo del crecimiento, los pichones frecuentemente se acuestan en el hueco, salen y entran por algunos días, hasta que, bien entrenados, se alejan definitivamente con la mamá, realizando primeramente vuelos cortos hasta unirse a los adultos. Es fácil ver en esta temporada el grupito compuesto de dos mayores, bien visibles, y las dos crías, un poquito más chiquitas.

Las crías, asentándose las primeras veces en los árboles cercanos al nido, empiezan a lanzar los primeros graznidos que van afinando hasta aprender como los adultos, y, formando parejas, se separan de los padres.

Al asentarse en los árboles, las crías se colocan en el medio, entre los padres, que ocupan los extremos.

Los enemigos de los nidos son siempre los mismos, o sea el tucán, el ámich, y el kujáncham, aunque éste último no se atreve a subir muy alto.

Un caldo de loro es una verdadera golosina; su carne tiene un sabor inconfundible, a causa de su clásico olor, que se nota aún a distancia.

Las armas para cazarlo son las mismas, la escopeta y la bodoquera con veneno; pero éste no debe ser un veneno cualquiera, sino uno de los más eficaces porque el loro es parangonable al tsukanká. Acercándose despacio, sin hacer ruido, se los puede sorprender. Aún con la carabina no es fácil acertarle, cuando está alto, pero, con un poco de suerte, con un solo tiro se puede bajar hasta dos.

A veces, la lora, habiendo notado el peligro, empieza a graznar poniendo en alarma a todo el grupo, que instantáneamente deja el lugar; entonces para tranquilizarla se la silbará un: fiiu fiiu fiiu que tiene por objeto prolongar la estadía.

A veces, habiendo sido herido, cae al suelo, pero no cesa en el afán de salvación e intenta huir, trepando por los árboles y por los bejucos. Herida en las alas, se la puede llevar a la casa, donde se amansa fácilmente; se le cortan las dos alas, porque, una vez restablecida, puede alejarse fácilmente.

Si no se necesitan las plumas, se la despluma en el monte; de lo contrario, se la llevará intacta a la casa. Si ha sido herida en el cuerpo, es peligroso recogerla, porque se defiende hasta el último con el pico y con las garras. Es aconsejable matarla pegándole con un palo en la cabeza. Si uno quiere amansarla, tendrá la precaución de hacerla subir a un palito, para agarrarla luego de la cabeza e inmovilizarle las patas.

Los shuar son aficionadísimos a todas las crías de loro; por eso cuidan celosamente los achus en donde prevén puedan poner los huevos dichos loros.

Localizado el nido, avisan a la comunidad o señalan el árbol, para que otros respeten la propiedad. Antes de que llegue el tiempo de volar para las crías, visitan frecuentemente el nido para saber a qué punto puede encontrarse el desarrollo de las crías. Es muy importante que tengan una buena parte de plumas, para que puedan sobrevivir. Entonces el shuar decide tumbar el tronco para apoderarse de las crías vivas.

El shuar va a tumbar en ayunas y después de haber tenido un buen sueño, porque este trabajo necesita de mucha pericia y suerte, porque hay que tumbarlo encima de la maleza, o arrimarlo a otro, o preparar el lugar en forma tal que, al caer, el tronco en la dirección deseada, no se rompa o se raje y caiga despacio sin matar o herir las crías. Hay que tomar la precaución de correr rápidamente hasta el nido, porque las crías vivas pueden salir del nido para treparse en los árboles vecinos.

En la casa, la mujer tiene a los polluelos encerrados en una changuina tapada o en una calabaza. Si los pájaros son grandes, los deja libres en la casa, cortándoles antes las alas. Estos cogen ellos mismos la comida con la pata y se sirven, mientras a los chiquitos le masca plátano maduro o yuca y los alimenta boca a boca.

A veces con las plumas se fabrican adornos, uniendo mechoncitos de plumas y cosiéndolos sobre un tejido de kaap'. A veces, se pela la parte anterior del pecho y de las alas y, después de disecarla se la pegará a un tejido de kaap' y se obtendrá un lindo adorno.

La carne es un poco negra y algo dura, pero el caldo es siempre entre los preferidos.

YUSA

Es un loro de iguales costumbres del anterior. Tiene la misma estructura corpórea, un poco más grande. Los machos adultos llegan a medir un metro de largo, gracias a las plumas de la cola.

Es de un color rojo un poco más oscuro que el del congénere y no tan brillante. En la parte superior de las alas el rojo se confunde primero con el amarillo oscuro y luego con el azul de las largas plumas de las alas. En el conjunto, los colores son más oscuros.

La cabeza es gruesa, en las partes laterales blanca, con rayas curvas de color negro, hechas con plumitas. También el ojo es negro.

El yusa, además de nidificar en el achu, nidifica también en árboles de sapup.

Cuando corta el fruto, lo deja caer en el suelo, revelando su presencia. A veces, lo coge con su pata y, cortándolo, lo lleva al pico y lo contiene para seguir comiéndolo.

Cuando come, no se queda callado; muy frecuentemente se escucha su aaaku.

ACHU YAMPUNA

El achu yampuna es algo más pequeño del chaaku, pero con las mismas características.

En cambio los colores son completamente distintos. Tiene el pecho y el lomo completamente amarillo, brillante y vivo; las plumas de las alas y del rabo son de un azul claro. Donde el amarillo se confunde con el azul aparecen algunas tonalidades verdosas. La parte inferior de las plumas de las alas y de la cola es más oscura. Las partes laterales de la cabeza, sin plumas, son blancas, con rayas onduladas, delgadas y negras, hechas de plumitas cortísimas. También el pico es completamente negro.

El achu-yampuna es llamado así porque pasa gran parte del día en los achus y se alimenta casi exclusivamente de sus frutos.

Como sus congéneres, agarra las frutas con la pata y las lleva al pico.

Cuando se mata a uno de la pareja, el sobreviviente grita, da vueltas sobre el árbol, se aleja y se acerca nuevamente con el afán de buscar el compañero. Esto sucede también con los demás loros.

Esta especie, amansada, aprende a imitar y a hablar.

NARRACION DE TIMIAS

Hacia abajo en el río Kánkaim' hay bastantes loros. Estos chaak^u se pueden ver en las orillas del río, bajando con la canoa.

Salí una vez a la orilla para matar a uno, porque no se encontraba tan alto; le disparé con mi escopeta y cayó. Me acerqué para recogerlo y me di cuenta que estaba vivo, porque tenía tan sólo un ala quebrada; estaba bravísimo; le cogí las puntas de las alas y lo levanté, aunque el ave buscaba siempre la manera de picotearme.

Después de recibir algunos rasguños, logré inmovilizarlo y lo llevé a la canoa. Se pasaba sólo gritando. Nosotros los shuar decimos que el compañero queda triste y viudo. Efectivamente el compañero daba vueltas y vueltas sobre el herido y no quería dejarlo. Lo amarré con un bejuco, pero de un picotazo lo mordió, lo cortó y se libró de él. Lo amarré otra vez con sogá, pero después de poco tiempo de forcejeo, se liberó también de ésta. No sabíamos qué hacer, hasta que lo amarramos con un pedazo de alambre y lo dejamos sobre un palito plantado en el suelo.

No quería comer los primeros días, pero al fin le dio hambre y empezó a comer maduro, yuca y todo lo que se le presentaba.

Los shuar le hacemos oler nuestro mismo sudor y les raspamos la cabeza para amansarlos. Al principio intenta morder, pero, pasando algunos días, el mismo levanta las plumas del cuello en señal de consentimiento a estos movimientos.

El ala del chaak^u iba sanándose lentamente, aunque quedó un poco torcido y más caída de la otra.

Con el pasar de los días, el loro empezó a trepar por las paredes y un día subió agarrándose hasta llegar bajo la cumbrera de la casa y se lanzó en vuelo, pero el ala no le funcionó y se cayó al suelo.

Ya era algún tiempo que lo tenía en la casa y pensaba venderlo pagán muy bien por uno de éstos.

Todos los días repetía la misma operación. subía al techo y se lanzaba, y el ala curada la manejaba bien y se estaba entrenando nuevamente en el vuelo.

Por otra parte, nos dimos cuenta que todas las tardes pasaba sobre nuestra casa un chaaku que no dejaba de lanzar sus gritos.

A nadie le entró la idea de cortarle las plumas de las alas. Todos estábamos convencidos de que se había hecho de la familia.

En definitiva, una tarde salió al patio; como de costumbre pasó su compañero y de improviso se levantó en vuelo, se unió a él en el aire y con dos kraaku kraaku se despidió de nosotros y se alejó para siempre, recuperando su libertad perdida.

PUSHUNKAT (loro)

PUSHUKAWA' (an achuar)

Ochopaloro al Sur

Trataré de descubrir las cualidades de los loros medianos y chiquitos que pueblan la región shuar.

Anotaré sólo las diferencias entre ellos.

La estructura del cuerpo es la clásica de los loros. El cuerpo y el pecho son bien desarrollados; las patas cortas, el cuello mediano y la cabeza grande, en proporción al cuerpo.

El clásico pico es arqueado y fuerte. Es de color gris en la parte superior y negro en la parte inferior.

Estos loros no tienen el rabo largo como los yampuna; es cortito, pero, en cambio, es ancho.

Es todo de un color verde pálido, con una plumas rojizas delante de las alas y algunas en el rabo. La parte inferior de las alas es más oscura.

Los ojos son negros y las plumas en su alrededor son de color blanco.

Las patas son grises. Tienen una voz tosca y dice: cháak cháak. Habla bastante sea en vuelo como cuando está preparando el nido y poniendo los huevos.

Se alimenta de frutas chimi, yais, shankuinia, tsempu.

Vive generalmente en las copas altas del bosque, mientras por la parte baja más. Acostumbra andar solo o en pareja; solamente cuando nacen y crecen las crías van entre 3 ó 4. Se pueden encontrar más ejemplares cuando van a comer las frutas.

Hace el nido en huecos de palos secos y pone dos o tres huevos blanquitos.

Los shuar aprecian sus crías para amansarlas. Son muy sociales en la casa y resultan un muy buen adorno. A veces, se les deja crecer las alas para que puedan vivir en libertad, pero en los días de lluvia y por la tarde llegan infaliblemente a la casa.

Si hay alguien que tenga paciencia para enseñarle a repetir y a hablar, puede lograrlo, aunque no son de los más aprovechados.

Su carne sabrosa es apreciada.

Se le da la caza con escopeta y con uum'.

AWARMAS (loro)

Es un loro un poco más chiquito del pashu y no llega a 35 cm. de largo.

Es de un color verde brillante con una capucha amarilla en toda la parte superior de la cabeza. El macho la tiene un poco más pequeña.

En la parte delantera de las alas tiene unas plumitas rojas, mientras en la parte inferior de ellas son más oscuras con matices azules.

El rabo es exclusivamente verde; el pico gris; los ojos negros, rodeados de un anillo rojo en el interior, mientras en el exterior tiene un círculo blanco formado con plumitas.

Se diferencia de los demás porque pone sus huevos dentro de la basura que se reúne alrededor de palos secos, a base de excavaciones que hace él mismo. Estos tienen el nombre de kachiniák.

Su voz es: wára wára wára.

Es el loro más querido de los shuar, por su facilidad en aprender a hablar y a remedar a los de casa, tanto personas como animales domésticos.

En la casa se aficiona fácilmente al ama de casa y suele ser muy celoso, no permitiendo que el cariño del ama se reparta entre los niños pequeños y los animales domésticos o amansados, persiguiéndolos y picotéandolos toda vez que puede.

HECHO ACAECIDO AL P. BLAS RE.

Hubo un período en que el P. Blas estuvo misionando en la Parroquia de Méndez, donde había una comunidad salesiana que atendía al Centro y los caseríos pertenecientes al Cantón Santiago.

SHIAPU



En la casa deambulaba una lora awármes, muy juguetona y muy encariñada con los miembros de la comunidad, en modo especial con el P. Blas, siendo el solaz y la alegría de todos.

Resulta que la lora estaba acostumbrada a ir al comedor a comer con todos los misioneros, recibiendo su ración de comida. Después de la comida, el P. Blas solía entretenerse un rato con la lora, burlándose de ella, haciéndola enojar, molestándola y siendo largamente correspondido por el ave.

El P. Blas, calvo, acercaba su cabeza al pico de la lora, provocándola a coger el cabello inexistente y ella, sintiéndose defraudada en su intento, se ponía bravísima contra el Padre, mientras éste se pegaba unas fuertes risotadas de satisfacción y de contento toda vez que la lora iba rozando la piel de la cabeza sin poder agarrar nada con su pico.

Pero, en una ocasión, al descuido, la lora agarró una oreja del Padre y le sacó sangre; inmediatamente el Padre soltó un ay de dolor y aparentó enfadarse con el animal, el cual, victorioso, soltó unas solemnes carcajadas de satisfacción, iguales, ni más ni menos, que las que solía exteriorizar el padre para burlarse de la lora.

SHIAPU (loro hablador)

Un poco más pequeño de la awármes.

Como los demás, vive en la selva oriental de la cordillera del Kutukú.

Tiene el pecho de color morado; el cuello rayado con líneas moradas y grises; la espalda gris, las plumas de las alas de color verde y asimismo el rabo; el pico es negro, las partes laterales de la cabeza un poco blanquitas con rayas negras, similares a las del yampuna.

Las patas son negras.

Su voz es: shía shía shía.

Pone un solo huevo y es bien raro que ponga dos.

El nido lo hace en un hueco de palo seco.

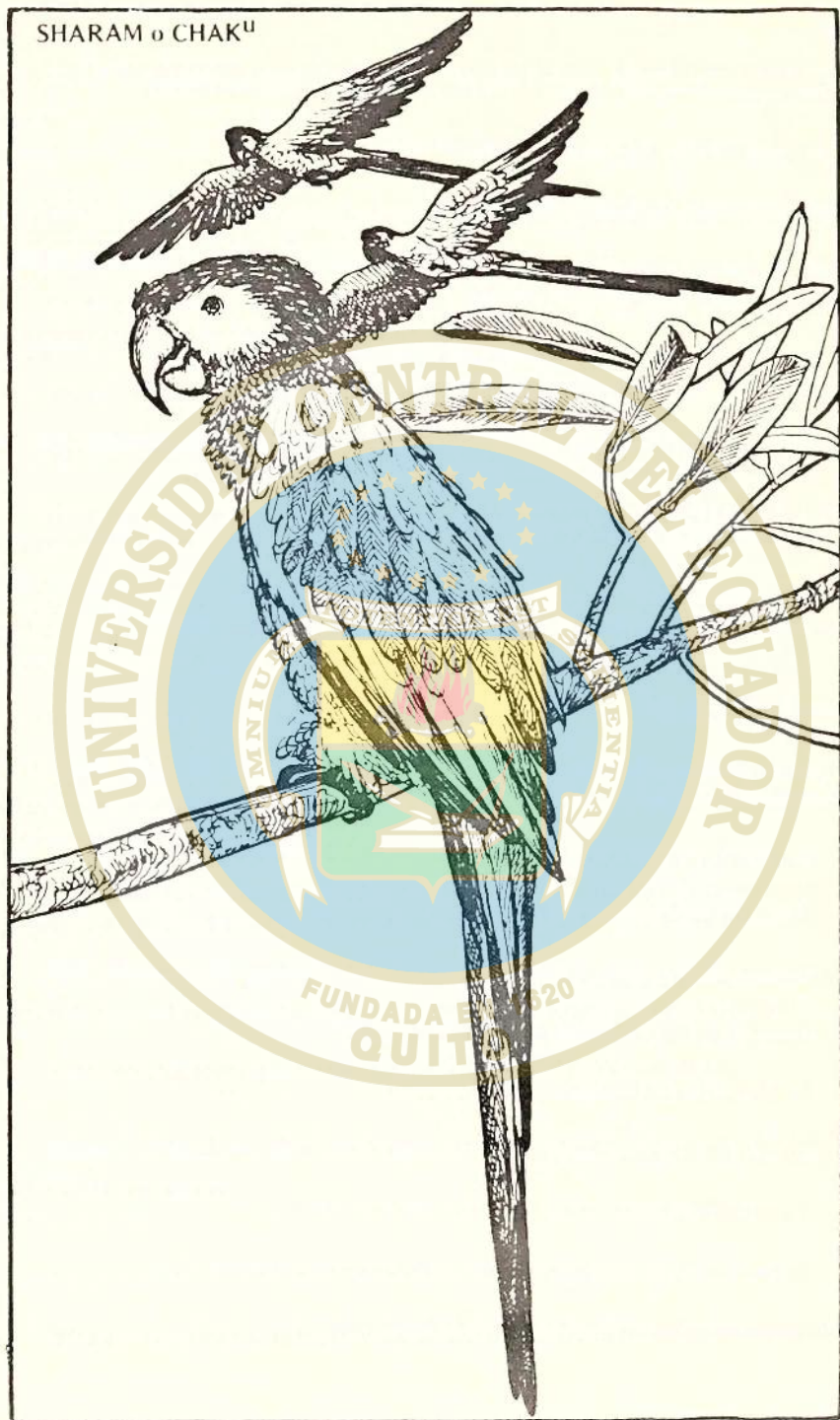
Es muy querido por los shuar, porque aprende rápido a remedar, a silbar en diferentes tonos; además habla.

Es un poco delicada su crianza.

Entre los shuar es considerado el más precioso.



SHARAM o CHAK^U



TINKIU

Del mismo porte del shiapu. Vive en casi todo el territorio shuar.

Es un loro muy adaptable a cualquier clima.

Es de un color verde, no tan brillante.

En la cabeza tiene esfumaduras azulitas; a lado del pico también tiene esfumaduras rojizas como también en la frente.

La parte inferior de las plumas más grandes de las alas y del rabo es de un verde más oscuro. Algunas plumitas del rabo son amarillas.

Pone huevos en número de tres en huecos de shinki o de ampakái o de matá, secos; él mismo hace el hueco hasta encontrar el vacío del interior.

Su voz es: parík parík parík—chiák chiák.

Este loro es criado por los shuar, pero no es de los más queridos. No suele imitar otros sonidos. Raramente, aún los más viejos, llegan a imitar algún silbido.

SHAMAK (maracaná)

En el tamaño es casi igual al tinkiu; vive en la parte oriental del Kutukú, en las zonas donde abundan los achu.

Acostumbra andar en grupos numerosos de 20 a 40 y más.

Tiene un vuelo veloz y acrobático.

Temporalmente algún ejemplar se separa del grupo para unirse más luego.

Duerme en las cavidades de las hojas de achu.

Se alimenta casi exclusivamente de achu.

Su voz es: kari kari kari, muy estridente. Grazna fuerte durante el vuelo.

Es completamente verde, con poco azul en las alas.

El rabo es largo, semejante al del yampuna, con plumitas rojas.

Su cabeza es amarilla, no revestida de plumas.

Pone huevos en achu seco, en numero de dos

Los shuar amansan a las crías, para adorno de la casa, pero éstas no hablan.

TUISH

Es más chiquito, del tamaño de un pájaro regular, pero la estructura es igual a la de sus compañeros descritos anteriormente.

Es de color verde, no brillante; en el pescuezo tiene un color azulito y asimismo en la cabeza; el pico es corto, de color negro.

Vive en todo el territorio shuar.

Su voz es: tuish tuish tuish.

Hace los nidos en los palos de shinki, altos, aunque en algunos casos lo hace también en shinki bajos.

Cuando está cuidando el nido en las afueras, no calla un rato y es un lamento igual a: tranki tranki, no fuerte, acompañado con el movimiento de la cabeza, a manera de inclinación reverencial.

Esta lora se alimenta abundantemente de maíz.

Una manada de tales loritos puede destruir en un santiamén un maizal; como andan entre bastantes se pegan también a los frutos de uwi en estado de madurez y los acaban prontamente.

Los shuar los tienen amansados en las casas, pero no son de tanta consideración porque dicen que con su canto monótono molesta.

Más pequeño del tuish es el pirishu, verde con un poco de amarillo en el pecho y, los más pequeños, santanta, verdes, y, por último, los minúsculos chimpi.

Estos son los loros que pertenecen a la fauna del territorio shuar.

PANKUAM

WANKESH (en achuar)

Panguana al Sur

Es un ave pequeña de unos 30 cm., que llega a pesar un medio kilogramo.

Vive en las zonas más bajas y calientes. Es de un color cafecito claro, mezclado

con blanco, que le da un aspecto similar al wa.

Todo el cuerpo es cubierto de plumas del mismo color; no tiene rabo largo. En cambio, las plumas de las alas le permiten un vuelo rápido pero no excesivamente largo.

Al parecer tiene todo el aspecto de un pollito. Su pico es completamente negro.

Es un ave que pasa todo el tiempo en el suelo y también la noche la pasa en el suelo.

Solamente en caso de peligro, en la imposibilidad de correr y de evitar el enemigo, despega unos vuelos que acaban siempre en aterrizajes en tierra firme.

Se alimenta de frutas que caen maduras en el suelo, como yais, shuinia, chimi, pero la base principal de la alimentación son los bichos e insectos que encuentra en el suelo.

Su voz es: pánkuam; en realidad es un silbido que se oye a buena distancia y hace: fu fu fuuuu y lo repite continuamente para no perder los contactos con el compañero. La hembra anda sola, pero, a breve distancia, siempre hay el macho.

Frente a un peligro, al despegar el vuelo, avisa al compañero con un grito de alarma: shunkararararar.

Cuando se acerca el tiempo de la puesta de los huevos, la hembra prepara el nido en el suelo, supermimetizado. A veces, hay shuar que pisan el nido sin ni siquiera verlo.

Prepara el lugar, trayendo hojitas para poner los huevos, generalmente en número de dos, de un color rosado, de tamaño un poco más grande que los de la paloma.

La hembra se preocupa de abarcar y de traer la comida; puede decirse que es uno de los pájaros que menos queda en el nido; parece que los pichones a la semana ya siguen a la madre.

Es un ave relativamente fácil de coger, porque anda en el suelo. Tiene bastantes enemigos, como el kujáncham, el yantana, y el tigre, sin olvidar los rapaces. Lo que traiciona al pánkuam y al wa son sus excrementos. Los rapaces, al oler dichos excrementos, se acercan despacio y, aprovechando que el ave está durmiendo, se la comen.

Su carne es muy similar a la del wa, blanquita y muy sabrosa.

Andando por la selva, el shuar la caza muy frecuentemente.

Lo importante es verla antes de que se corra.

Al oír su voz, el cazador buscará acercarse y remedar perfectamente su silbido, que lo hará parecer más lejos de lo que es, para que el ave siga viniendo, pensando probablemente que es el compañero que llama.

A veces si es muy arisca, el cazador se esconde detrás de algún árbol. Al soplarle con la bodoquera y con veneno, hay que seguir remedándola par que no se aleje demasiado y vaya a morir lejos, porque en los dos o tres minutos que emplea el veneno en surtir su efecto, puede correr lejos y perderse.

CUENTO DE WARUSH PEDRO SHIMPIUKAT (Putunts)

Había llegado recién a Putunts, para establecerme definitivamente con la familia.

No tenía casa propia aún y no conocía en absoluto el terreno que me habían asignado. Por lo tanto, sea llevado por la intención de conocer el terreno y sus linderos, sea también para escoger un lugar apropiado para construir la casa, me decidí un día a ir de exploración llevando conmigo la escopeta.

Me dirigí hacia el Macuma y, llegando en la proximidad del mismo, tuve la impresión de oír la voz del pánguam y me alisté para cazarla, alegrándome que hubiera bastante cacería por estos lugares. Efectivamente, fui imitando su voz, correspondida inmediatamente y así me fui acercando poco a poco a la orilla del río y a la pretendida ave. Ya me encontraba bien cerca; iba agachado, evitando todo ruido esquivando ramas y bejucos y con los ojos bien abiertos.

Nunca me he creído un gran cazador y no confiaba salir airoso de la empresa.

Pues bien, cuando ya estaba seguro de tener la presa a mi alcance, de improviso, vi asomarse entre el ramaje y las hojas una cara que me pareció muy siniestra, pintada de achioté y luego un ser extraño, armado de carabina, que, seguramente venía hacia mí con la misma intención de matar al ave, imitando a su vez la voz del pájaro, que era la mía.

Inmediatamente me vino a la mente que se trataba de un achuar y en seguida se arremolinaron en mi mente todos los cuentos de la bravura de los achuar, de su valentía, de sus hazañas guerreras, etc.

Confieso que me entró un escalofrío que se extendió por todo el cuerpo, y, en realidad no supe qué hacer. Entre mí pensaba: "Si él hace algún movimiento con la carabina, le disparo y me fugo". Creo que lo mismo estaba pensando el compañero de enfrente.

Por fin, armándome de valor, me decidí a preguntarle quién era, con qué fin andaba por allí y en busca de qué, y, por mi parte, le expliqué la razón de mi pre-

sencia y de mi actitud. El me contestó que estaba regresando a su casa, surcando el río en canoa, hacia Pumpuints, y que estaba llevando a sus papás después de una sesión curativa donde el brujo vecino. Oyendo la voz de pánkuam, detuvo la canoa y se aprestó a dar la caza al pájaro y, en cambio, me encontró a mí.

Nos reímos de la aventura y nos hicimos amigos.

Me quedé asombrado de la delicadeza del achuar y se esfumaron tantas creencias e impresiones negativas que me habían dicho de los achuar, pero siempre me quedó un poco de miedo.

KUACHA'

Unchala al Sur

Es una avecita de tamaño mas bien alto, porque llega a 20 cm., pero muy flaca; es sólo patas y cuello y no llega al kilogramo de peso. Se parece a las aves pescadoras y está muy bien equipada para vivir en su ambiente natural, que son los charcos, o pakuí, los vastos achuales, en donde predomina el agua estancada y el pantano.

Es de un color castaño rojizo, con un cuello largo, que yergue recto; el pico, un poco largo, es de color azul claro; las patas, de color amarillo, son altas lo que le permite viajar expeditamente en este terreno difícil, y, aún hundiéndose en el lodo, queda siempre a flote.

El vuelo no es muy largo, pero acrobático. Cuando el vuelo es bajo, sabe muy bien pasar entre los numerosos arbustos, bejucos y maleza.

Vive preferentemente en el suelo, pero al enfrentar un peligro, se eleva con su vuelito en las ramitas más bajas de los árboles.

Para dormir prefiere ramas bajas, que superan los 4 metros de altura.

Durante el día pasan juntos macho y hembra y al parecer no se abandonan fácilmente.

Se alimenta de insectos y de frutos que encuentra en el suelo; es golosa de tsuntsu, caracol, que abunda en las orillas de los riachuelos y en los charcos.

Su voz es potente y aguda y se oye fuerte a larga distancia, tal vez porque suelen cantar juntos macho y hembra y, al oírlos, parece que se trata de varios ejemplares.

Suelen cantar indiferentemente sea de día como por la noche. El grito es: kuachá kuachá kuachá, ku ku ku ku. Cuando caminan tranquilas, después del ku ku ku lanzan un silbido bien modulado: fuuuuuu con las dos notas agudas. Cuando se ponen bravas expresan un: tsuk tsuk tsuk.

A veces, las parejas se encuentran en el mismo lugar y en estas ocasiones se arman unas duras peleas hasta que uno de los dos machos se retira.

La hembra es la encargada de preparar lo necesario para la procreación; construye un buen nido escondido a baja altura en el tsuat o maleza. Pone luego dos huevos chiquitos, de color blanco, con numerosas puntitas de color oscuro, que los shuar llaman tsape. Las crías quedan algún tiempo en el nido y a veces salen sin haber completado su plumaje.

Los enemigos del pájaro son los mismos que hemos señalado para las otras especies.

Cuando quiere matarla, el shuar remeda su voz: ku ku ku fuuúuuu. En caso de asustarse corre y si llega al lado del agua profunda se tira en ella y la cruza cuál lo hiciera un pato.

Es muy apetecida. Su carne es blanca. Se prefiere asada en la brasa.

UNTURU (garza)

Es un pájaro que vive cerca de las aguas de las lagunas o a lo largo de los riachuelos y quebradas, que abundan casi exclusivamente de pescaditos que sorprende a la superficie o a orillas de tales aguas.

Para facilitar la pesca, la naturaleza le ha dado un largo cuello, propio de los pájaros pescadores. Su largo total es de un metro, del cual 70 cm. es de puro cuello. Su peso es de un kilo o poco más.

El rabo es pequeño y no muy marcado.

Las plumas del pecho, del cuello y de las espaldas son muy espesas y desarrolladas. Las de las alas son normales; el color de las plumas es de un blanco limpio, cerca de la raíz de ellas, pero, hacia el exterior coge un color un poco amarillento; en parte claro, en parte oscuro. Hay también manchas negras, que los shuar llaman tsape.

Sus patas son largas y llegan a medir 30 cm. de alto.

Su pico es de unos 8 cm. de largo, muy puntiagudo; de hecho, lo usa a manera de flecha.

Su actitud normal es la de quedarse inmóvil a la orilla del río. Al acercarse algún pescadito tipo kumpá, kantash, wancha, lo pica con una velocidad fulminea traspasándolo infaliblemente.

Difícilmente se tira al agua.

Su vuelo a veces es largo y muy alto.

Nidifica en las palmeras acánt. La hembra prepara el nido en estas palmeras. Su nido es bien protegido por ser la palmera espinosa y de hojas tupidas. En las zonas en donde no hay esta clase de palmera, nidifica en lugares no muy altos en lo enmarañado del bosque. Pone dos huevos muy alargados, de un color blanco manchado de puntitos negros.

Después de nacer los chiquitos, la hembra los alimenta, vomitándoles los pescados, que a veces trae enteros y, al llegar al nido, los despedaza para servir a las crías, que, de este modo, desarrollan rápidamente. Una vez que los polluelos tienen su plumaje desarrollado, siguen a la madre que les hace aprender el arte de pescar.

Su voz es un tanto gutural, pero intensa y se escucha a buena distancia; dice: aapá aapá ja ja aaa.

Imitándola es fácil acercarse o, más bien, la misma garza se acerca al lugar de donde vienen el canto.

Para matar al unturu, se necesita un veneno muy fuerte.

Se come de preferencia preparado en ayampaku.

La carne es buena, pero no de las preferidas.

Sería interminable si tratáramos de denominar todos los pájaros.

En esta parte me limitaré a nombrar unos pájaros pequeños que viven en el territorio shuar.

No hay escape para ninguno de ellos si el shuar armado los encuentra a tiro.

Sus carnes son comestibles, o, mejor dicho, constituyen, a falta de gruesas presas, las golosinas para la familia, sobre todo donde han desaparecido las aves grandes.

Las mujeres los prefieren asados en palitos.

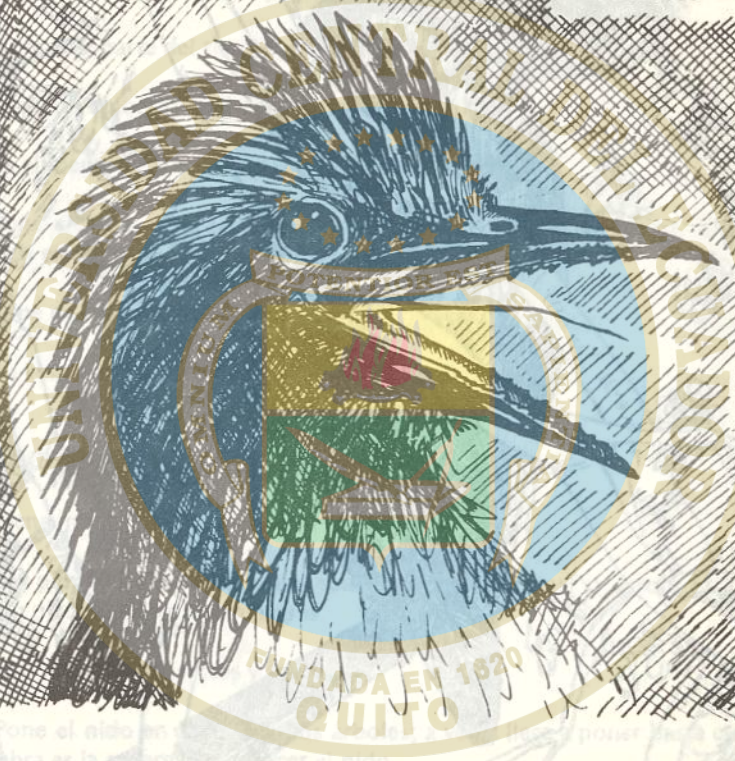
YUKUM o YUKURU

De un color rojizo, con plumas azules, rabo largo, con algunas plumitas en el pecho de color café.

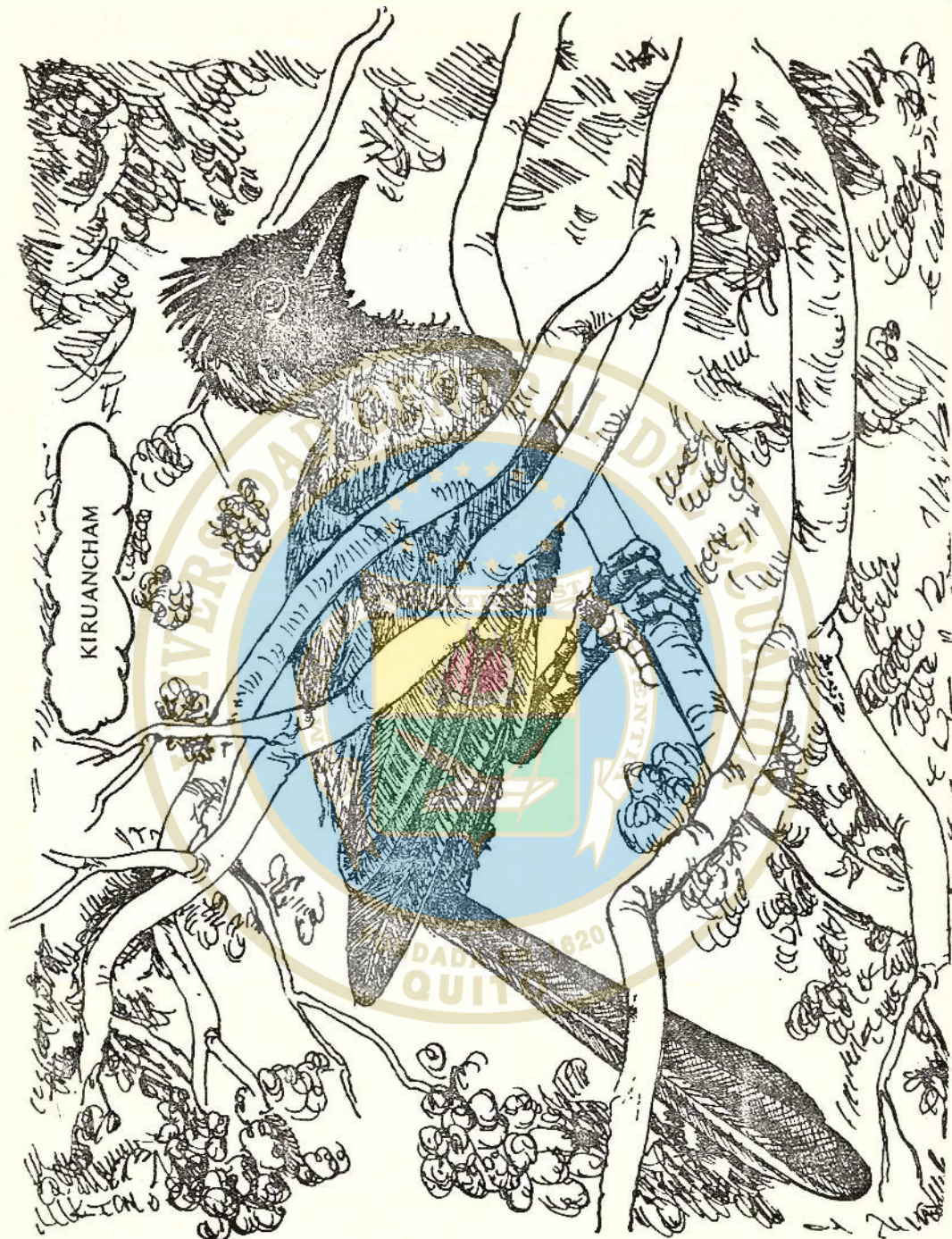
El pico es muy fuerte, de color negro, de unos 4 cm.

Se alimenta de preferencia de frutas.

YUKURU



KIRUANCHAM



Vive en el bajo bosque y en el suelo.

Tiene de curioso que para poner el nido cava con el pico unos túneles de hasta 40 cm. de largo. Pone dos huevos.

Su voz es: jurúk jurúk jurúk.

YAMPITS (tórtola)

Es una tórtola de costumbres solitarias.

La mayor parte del tiempo, lo pasan en el suelo.

Es de un color gris rojizo manchado.

Se alimenta de frutas caídas en el suelo.

Pone el nido a poca altura del suelo, a unos 50–80 cm. quizá. El nido lo hace en palos o en basuras, en el tsuat.

Pone de costumbre dos huevos.

La voz es modulada como júuu júuu júuu.

KIRUANCHAM

Tiene mucha semejanza con la paloma.

Las plumas, al parecer azules son de un morado muy oscuro y brillante, cabeza negra. Su pico y sus patas son negras.

Se alimenta de insectos y frutas.

Pone el nido en lo alto de los árboles; a veces llega a poner hasta cuatro huevos. La hembra es la encargada de hacer el nido.

Su voz es muy fuerte como: kía kía kía. Cuando canta levanta rítmicamente sus alas.

Es muy social y andan entre 4 hasta 10.

Este pájaro es inquieto y está siempre en movimiento entre las ramas.

WAKATS

Manacaracu al Sur

Es un ave medianita, de color café rojizo; tiene cola larga.

Su vuelo es corto, pero no tiene mucha habilidad entre las ramas. Le gusta planear en los tramos largos.

Construye su nido en lo más espeso del tsuat a baja altura.

Su voz es ruidosa y poco armoniosa y se oye desde lejos, como un: wátrakua wátrakua jeeeee. Parece que se llaman entre parejas con correspondencia recíproca e inmediata.

Se amansa fácilmente.

PITSA

De tamaño mediano, llega raramente al kg. de peso.

La espalda es de un color oscuro, el pecho es café; el pico negro y las patas son de un anaranjado oscuro, parecido al wakáts, en el rabo.

Se parece a esta misma ave en el vuelo.

Vive sólo en las zonas frías del Kutukú y en las faldas de los Andes.

Se alimenta de pitiúk, tinchí, eáyua.

No es excesivamente social y deambulan entre 2 ó 3. Prefiere andar por el suelo durante el día, pero cuando anochece, se levanta para dormir en los árboles.

La hembra asume el trabajo de construir el nido en lo intrincado de la basura o tsuat y pone dos o tres huevos, de tamaño mediano.

Su voz es: jinchák jinchák jinchák; en realidad, no es más que un silbido delicado y corto como: ssssit sssit sssit.

Se lo mata con escopeta o con bodoquera y flechas envenenadas.

UNKUM

Es completamente negro, brillante. En la cabeza tiene las plumas rectas y erguidas, a manera de cresta.

Tiene un vuelo raudo, pero no muy alto.

Es uno de los pájaros más ariscos y al mínimo ruido se escapa.

La hembra es un poco más chiquita que el macho.

Come frutas e insectos.

Su voz, m m m m m, se oye a distancia regular.

Su ambiente ordinario es cerca de los ríos y de las lagunas. Andan entre dos.

Pone dos huevos, que coloca en un nido, construido a mediana altura.

AUJU

Es un pájaro nocturno, que pasa el día durmiendo entre las ramas a baja altura.

Tiene las plumas muy delicadas, muy semejantes al algodón, de un color gris, manchado de negruzco.

Durante las noches de luna pasa cantando con una voz muy quejumbrosa, pero fuerte: au jú jú jú.

La hembra hace un nido, cavando las cortezas de los palos, tapando a veces con el mismo material el único huevo que deposita.

Es admirable cómo abarca, porque parece tener una posición parada.

Se dice que si se coge el pichón, tumbando el árbol, por la tarde puede llover.

La cría se puede amansar.

Es un pájaro del cual habla la mitología

CHANTSENTSE

De color negro opaco.

Se alimenta de insectos, de maíz y de fruta.

Es muy social; andan entre 2 ó 4 ejemplares.

Tiene una voz precipitada como: chantse tse tse



CHANTSENSEN

Pone hasta tres huevos, colocados en un nido alto.

También este pájaro se puede amansar fácilmente.

TSANTI

Es un avecita de color completamente negro.

Anda solitaria en el suelo. Come fruta.

Su canto es un silbido repetido como: jii jii jii.

Construye su nido en el suelo, en donde pone dos huevos de color rojizo.

Asustada, vuela para meterse a salvo sobre algún ramaje, pero después bajará otra vez al suelo.

Para matarla, se remeda su voz, lo que la amansa prontamente.

PII o PIWI

Muy pocas son las informaciones recibidas sobre esta ave.

Parece que es muy rara y arisca. Muy raras veces se la ha podido matar y se conoce poco también de sus costumbres.

Es un ave de tamaño grande; parece casi igual al mashu y del mismo color, sólo que en la cabeza tiene una cresta armoniosa formada de plumas.

TABUES

Según los datos recogidos, nos parece conveniente hacer una lista de las carnes que son tabú.

Cuando un shuar tiene un infante en la casa, no comerá carne de:

–tinkiu, porque este loro come toda clase de fruta y a la criatura le puede procurar el “chimirí júru”, o sea la salida del recto hacia el exterior.
El tabú vale tanto para el hombre como para la mujer.

–awármás,

–yanpuna,

–pininch, cuya carne es buena, pero sus tripas son prohibidas. Tanto para el hombre como para la mujer.
El niño se expone a defecar a cada rato.

–chiwia,

–aúnts,

–wa, etc., que producen los mismos efectos indicados en el pininch.

También las tripas de los animales son prohibidas, como por ej. las del tséem y su misma carne, porque el niño siente la necesidad de desocuparse cada momento.

Para que la comida deje de ser tabú, el chiquito tiene que haber cumplido los dos años aproximadamente, o sea, cuando empieza a caminar expedito.

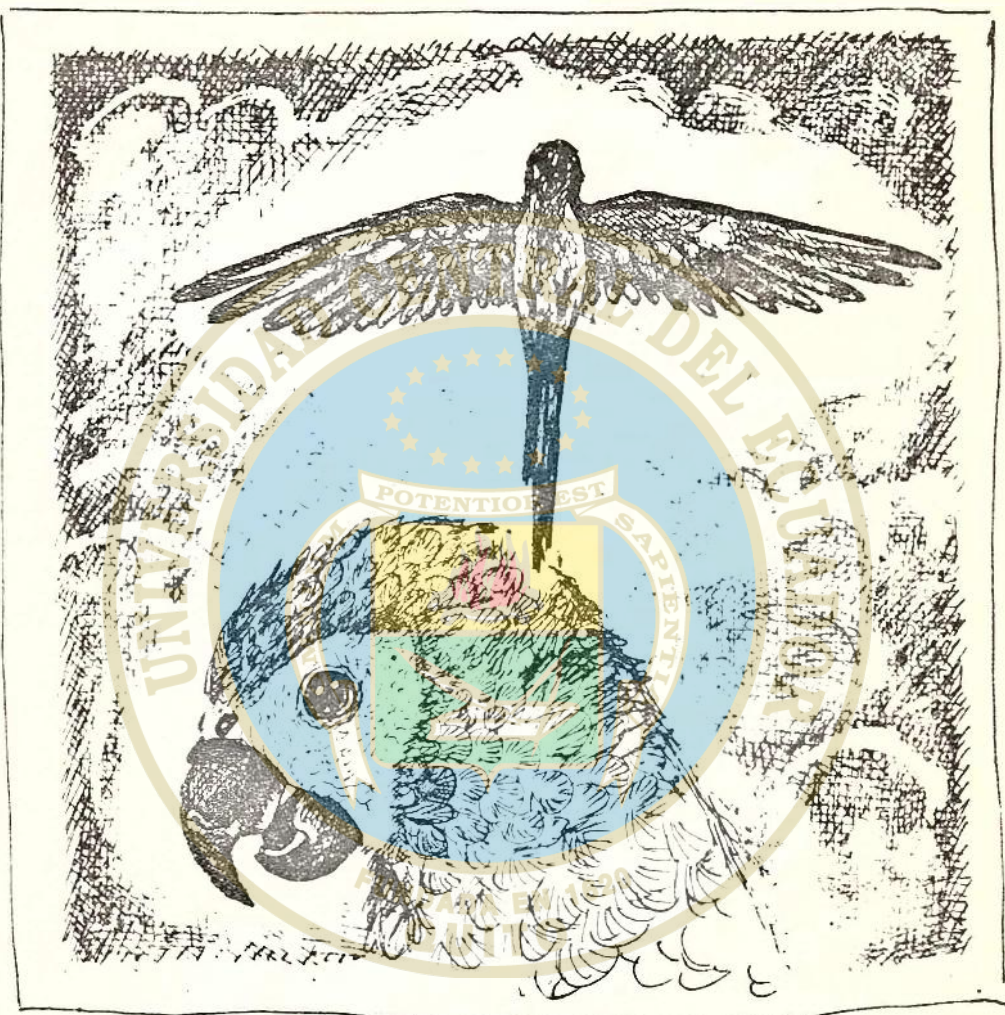
A fin de anular tales tabúes, un mayor pondrá en la boca del joven padre un pedacito de tales comidas prohibidas, para que en adelante pueda comerlas tranquilamente y familiarizarse con ellas.

En el caso que un padre de familia no respete el tabú y se enferme el niño, tendrá que soplarle el cuerpo con humo de tabaco, para inmunizarlo.

También los brujos observan los tabúes y les es permitido comer sólo pocas clases de carne por toda su vida.

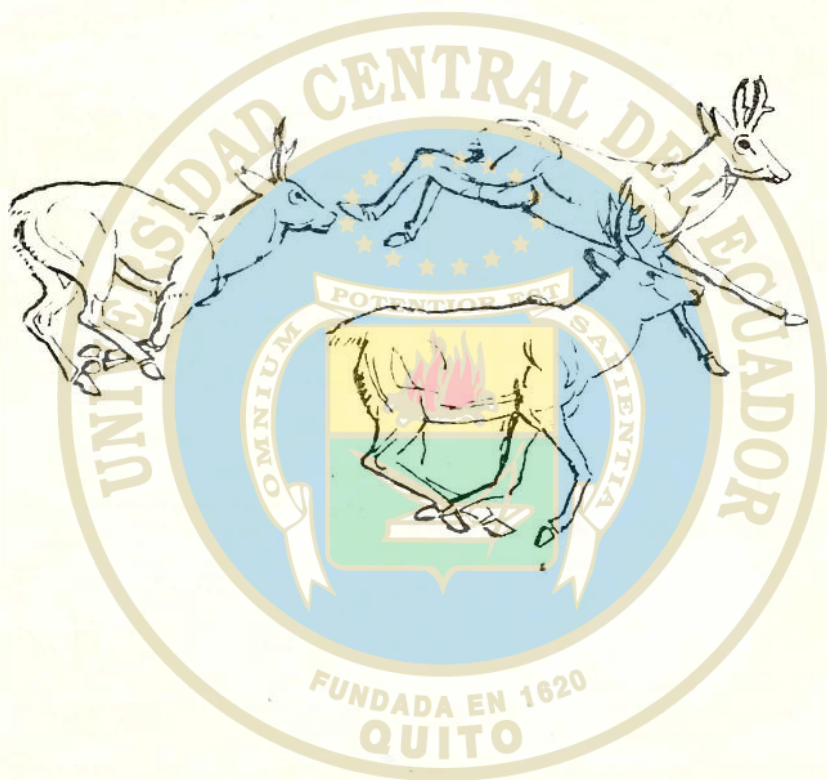
Para el brujo son tabúes el tséem, el mirut, el tsere, el washi, el chuu, el yakum, y, en general, todos los monos, porque dicen que abren las hojas para buscar allí insectos o frutas.

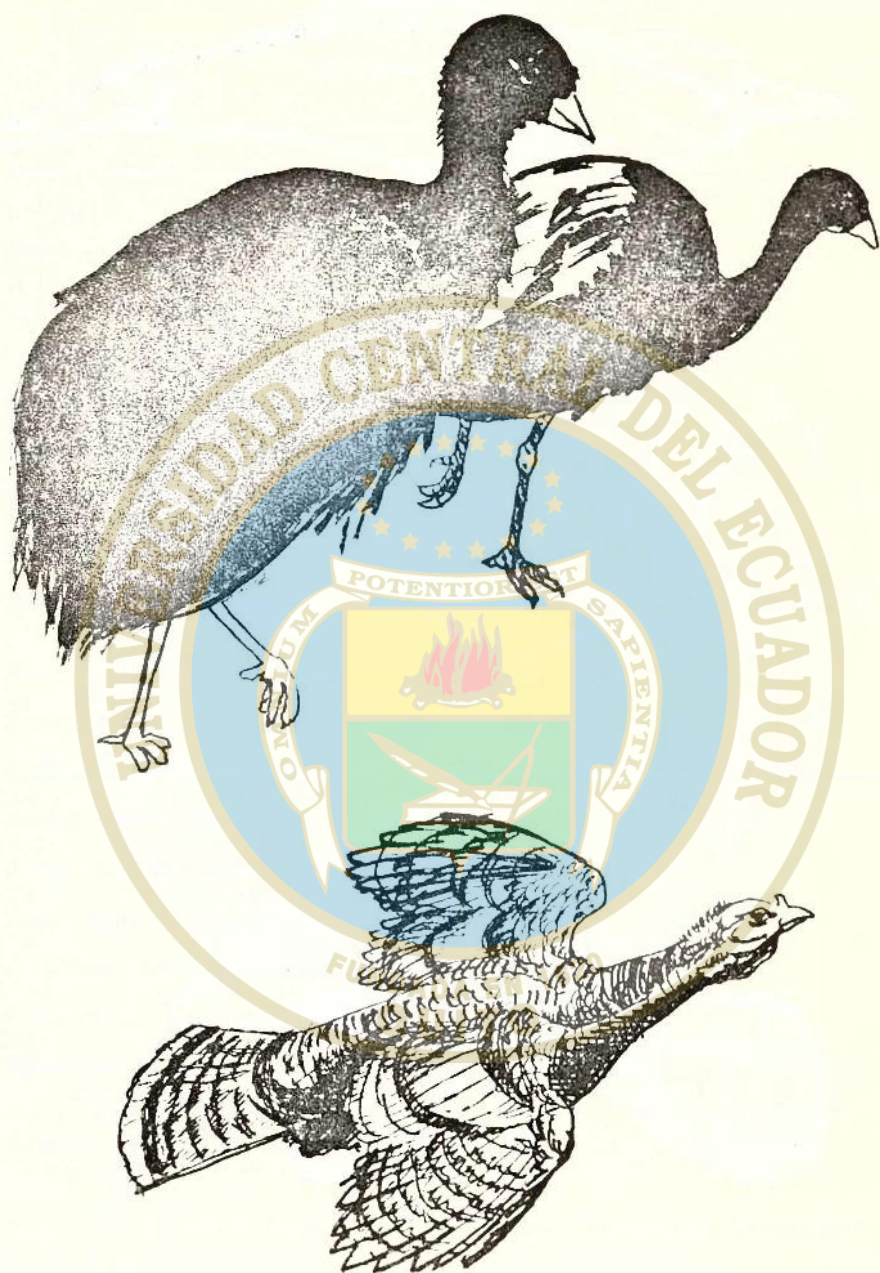
Además son tabú el paki, el shushuí y el káshai porque raspan y hozan la tierra.

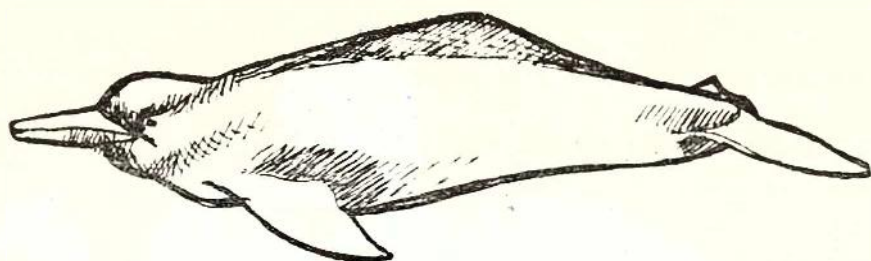


ACHU TAISH









**PEQUEÑO VOCABULARIO
DE LOS TERMINOS NO CASTELLANOS
CONTENIDOS EN LA OBRA**

Achu: palmera grande de las zonas pantanosas

Akiam: pescado de 60--100 cm., con tres espinas peligrosas, una en el lomo y dos a los lados.

Akuch: zancudo que sigue a los armadillos.

Ajei: arbusto pequeño cuyo tubérculo es medicinal

Ama: época en que los ríos crecen y desbordan

Amana: jefe mítico de cada especie animal

Amich': felino bajo, negro, cazador de gallinas.

Ampakai: palmera alta y delgada, cuyo cogollo es comestible.

Anent: canto de súplica

Apach: literalmente significa "papacito"; término con que los shuar llaman a los blancos.

Apai: fruta silvestre comestible

Apairam: fruta silvestre

Arútam: antepasado que aparece en los sueños en forma de tigre, boa, etc.

Asaak: chacras abandonadas y remontadas

Aunts: pava de tamaño medio, de color café

Awán: palmera baja, rica en espinas y hojas

Awarmas: lora de tamaño mediano, verde y habladora

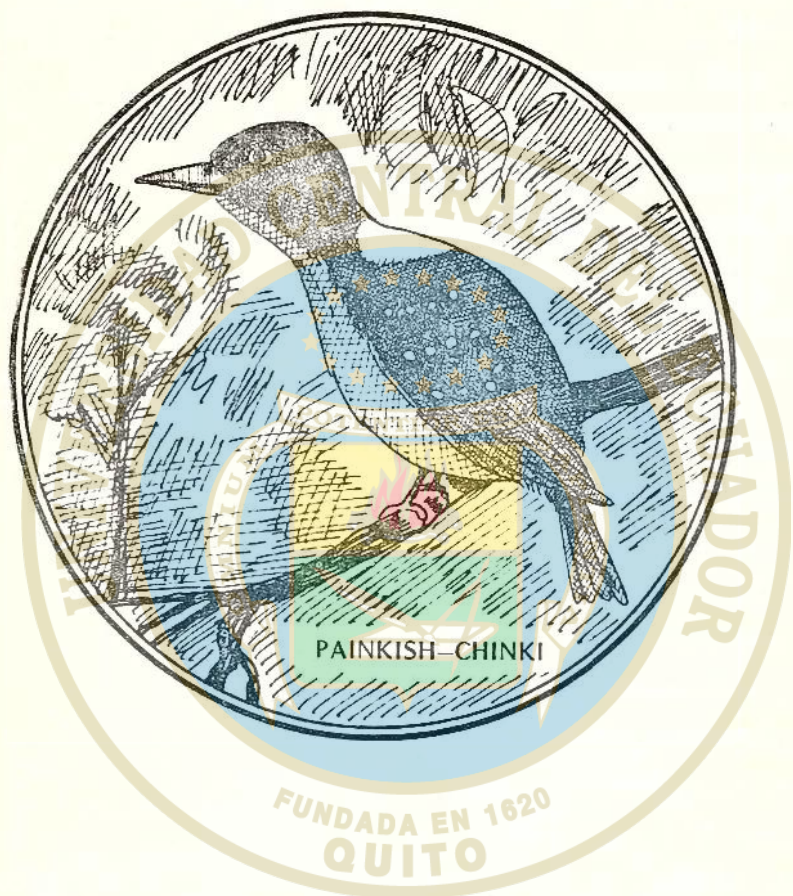
Awe: yerno

Ayampaku: sistema de cocinar, haciendo un paquete de hojas y poniéndolo en la braza. El término no es shuar. En shuar se dice: yunkumá

Ayamtai: rancho que se construye para pasar la noche, o para tomar tabaco o alguna droga.

Chaap': palmera baja, cuyas hojas se reproducen al ser cortadas. Se usan para cobijar las casas.

Chai: oso



Chankin: canasto para llevar comida o utensilios. Se construye con varios tipos de bejucos.

Chapi: palmera baja, óptima para cobijar casas.

Charap: tortuga de agua.

Charpi: relámpago

Charuk: camino de cacería apenas visible por los arbustos quebrados

Chawa: hormigas añangos rojizas con alas; las primeras en salir del nido

Chikiain: árbol perfumado, durísimo de color rojizo.

Chimi: frutas silvestre comestible, parecida a las cerezas

Chimiamu: trampa para guatusas, en forma de tunel, con un tronco pesado suspendido

Chimpí: variedad de loro minúsculo

Chimpí: asiento del dueño de casa

Chinkí: nombre genérico de los pájaros

Chinkí irunui: grupo de pájaros

Chipiat: árbol oloroso

Chirichri: graminácea que invade y daña las chacras.

Chirikiaship: arbusto narcótico

Chirip': pájaro (yampuna) medio desplumado en la época de la nidificación.

Chiunkiat: frutita muy pequeña

Chiwia: trompetero (ave)

Chu: mono chorongo, de color rojizo

Chuank: ave no comestible que come carnes podridas y sapos (gavilán)

Chuchuk: embajadura de la bodoquera. Llamen así también a algo similar, como la punta de los guineos

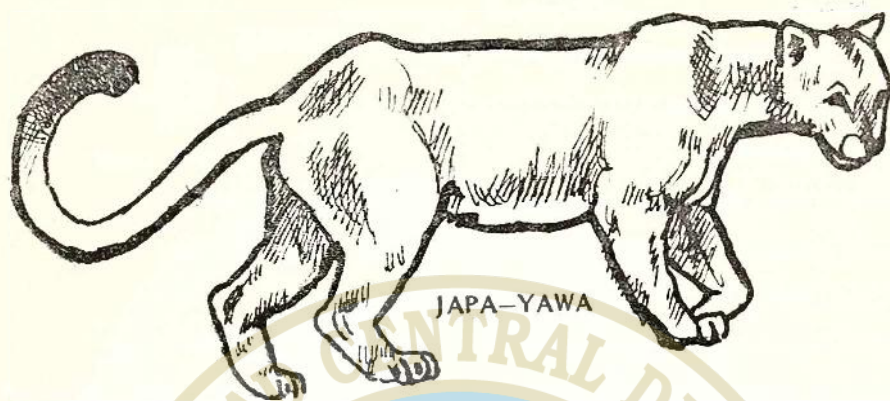
Chuitri: nombre que se da a los crías menos desarrolladas

Chujak o tsanka: especie mediana de bugla

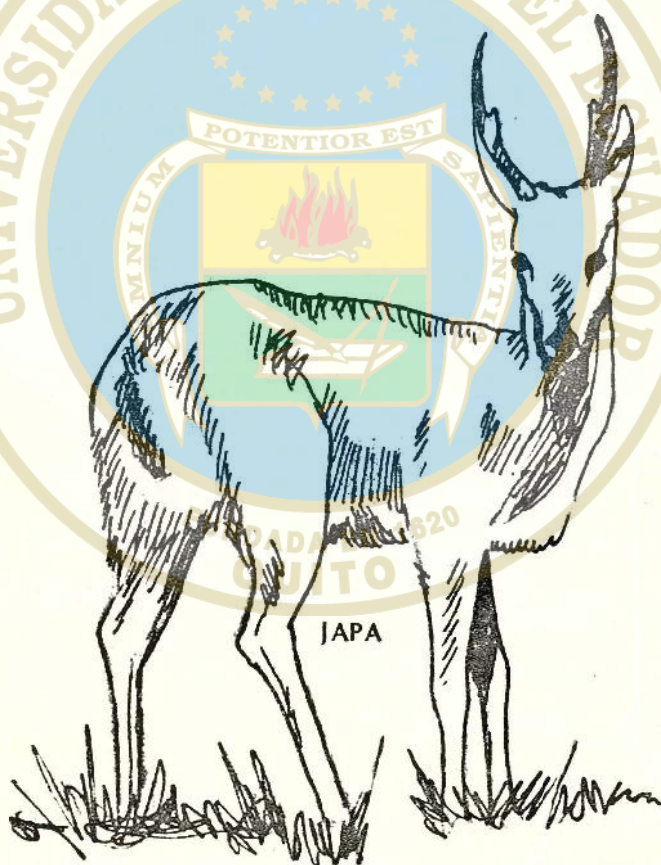
Chuwi: bugla

Churikit: la especie más pequeña de bugla

Churuwia: el ave rapaz más grande de la selva (con una abertura alar de hasta 2.5 m.)



JAPA-YAWA



JAPA

Esaram – washi: el mono más grande de la zona shuar

Esat – yakúm: tipo de mono coto, de color rojizo.

Etsa: el sol. Shuar mítico. Arquetipo del varón shuar

Etse: pepas rojinegras, usadas para adornos

Ichinkiam: olla de barro, para cocinar

lich': tipo de gusano que ataca los nidos de bugla. Viene de la mosca yantsakap, que depone los huevos en los ojos de las crías

Ikiam – yawá: perro del monte

Ijiu: cogollo de la palmera

Iniaaku: frutas silvestre comestible

Iniyua: palmera alta de cuyas hojas se saca el material para las flechas de la bodoquera

Ipiak: achiote. Mujer mítica

Itip: vestido del varón shuar, tejido por él mismo y formado por un rectángulo de tela.

Iwia: especie de superhombre mítico, de signo negativo

Japa: venado

Japa – yawá: puma de color amarillento

Jarai: pescado similar al akiam, con el lomo gris y rayas en la barriga. Mide 70–100 cm.

Jeéncham: murciélago. Personaje mítico

Jempe: colibrí. Personaje mítico

Juat: sapo grande, comestible

Kaap: bejuco usado para canastos

Kaats: variedad de lemucha (kasai) un tanto más pequeña

Kachinak: nido de awarmas (loros)

Kaka: árbol de cuya corteza se obtiene una fibra para amarrar

Kakarpat: variedad pequeña de tsukanká

Kama: comején

Kamanchá: palmerita delgada en espinas. Se llama así también a la chonta.

Kampa: hormiga sumamente pequeña, que pica durísimo

Kanir: pez minúsculo que chupa la sangre (parásito)
 Kanka: pez bocachico
 Kankanch: cienpiés
 Kantash: pescado pequeño (sardina)
 Kanu: canoa
 Kaup shuar: shuar que viene de lejos
 Karamir: pez de unos 30 cm. Tiene espinas
 Karats: pez parecido a las sardinas
 Karuantsa: la variedad más pequeña de tsukanká
 Kasai: guanta, lemucha (roedor grande)
 Kassai wayukách: ardilla de tamaño más grande de lo común y de color más oscuro.
 Kasúa: pepa comida por el loro yampuna
 Kashap: pez raya, venenoso
 Kashipinchu: especie de gavilán
 Kashuapai: especie de guaba larga
 Kasú: voz, para llamar los saginos domesticados
 Kati: pene
 Katip: ratón
 Kawa: loro verde mediano
 Kawaikiam: culebra venenosa
 Kawitin: remo para la canoa
 Kerua: variedad de tucán (tsukaká) más pequeño
 Kiamp: sapo
 Káyuk: agutí (guatusa)
 Kiria: sapo
 Kirisa: pepa de cáscara dura, comida por el loro yampuna
 Kira: sapo grande
 Kuantank: sapo grande

Kuacha – tsuntsu: caracol negro, de las zonas bajas.

Kuáakash: palmera alta (katira en achuar). Sus hojas se usan para el techo. Su cogollo es muy dulce y apetecido

Kuakash – nap': culebra venenosa, que vive entre las hojas de las palmeras

Kuish': planta parásita que crece en los árboles

Kujáncham: zorro de rabo pelado y hediondo. Personaje mítico

Kuji: mono nocturno

Kumai: palmera alta. De sus hojas tiernas se saca una fibra para piolas, redes y shikras

Kumpá: pescado

Kumpari: nombre que a veces se da a la bugla

Kunchai: árbol de copal, cuya fruta es comestible

Kunamprush: tipo de ardilla pequeña

Kunamp – tentem: corona hecha con el cuero de ardilla. Se llama así también al rabo de ardilla disecado, que se cuelga del cuello de los chiquitos para que sean ágiles

Kunkuk': palmera alta, de fruto comestible y cogollo muy apetecido

Kushi: cucucho

Kuntín: pájaros, animales comestibles

Kushipia: una especie de cacao.

Kuntuknarjai: soñar lo que puede pasar durante la cacería, en bien o en mal

Kusuim': nombre de río

Kutank: asiento bajo, de madera liviana

Kutukú: última cordillera oriental

Kuyu: ave negra, comestible

Kuyuatin: tiempo en que los ríos bajan

Maatin: tiempo para ir de cacería

Machatin: tiempo de las frutas, en que los animales son gordos
(Macha manteca)

Machap: bejuco para elaborar veneno (tseas)

Makanch': culebra muy venenosa

Makanch' – tsere: araña venenosa

Mamatunch': la hormiga más grande (2,5 cm.), de color negro

Manchu: zancudo

Manchuk: clase de oso hormiguero

Marunch': camarón de color negro

Mashu: paujil

Mata: palmera con espinas, cuyos frutos los comen los animales

Matí: calabaza pequeña en que se guarda el algodón para las flechas

Mawi: pájaro garrapatero

Mikiut: floripondio (arbusto alucinógeno)

Mirut: variedad de mono

Muits: olla de barro en que fermenta la chicha

Mukunt: árbol de madera dura amarilla, cuya cáscara se usa para antorchas

Murá – shuar: los shuar que viven cerca de la cordillera

Muwash: culebra venenosa, pequeña

Naikiatin: tiempo de escasez de frutas

Naishampri: hormigas arrieras que mantienen limpios los caminos y la entrada al nido y defienden la reina a la salida

Nakar: variedad de guaba

Naki: vago

Nampich: lombriz

Napi: culebra

Napúrak: lugar en donde las aves y el mono coto van a comer sales y arenas minerales

Natém: bejuco narcótico

Nayimp: pescado caracha

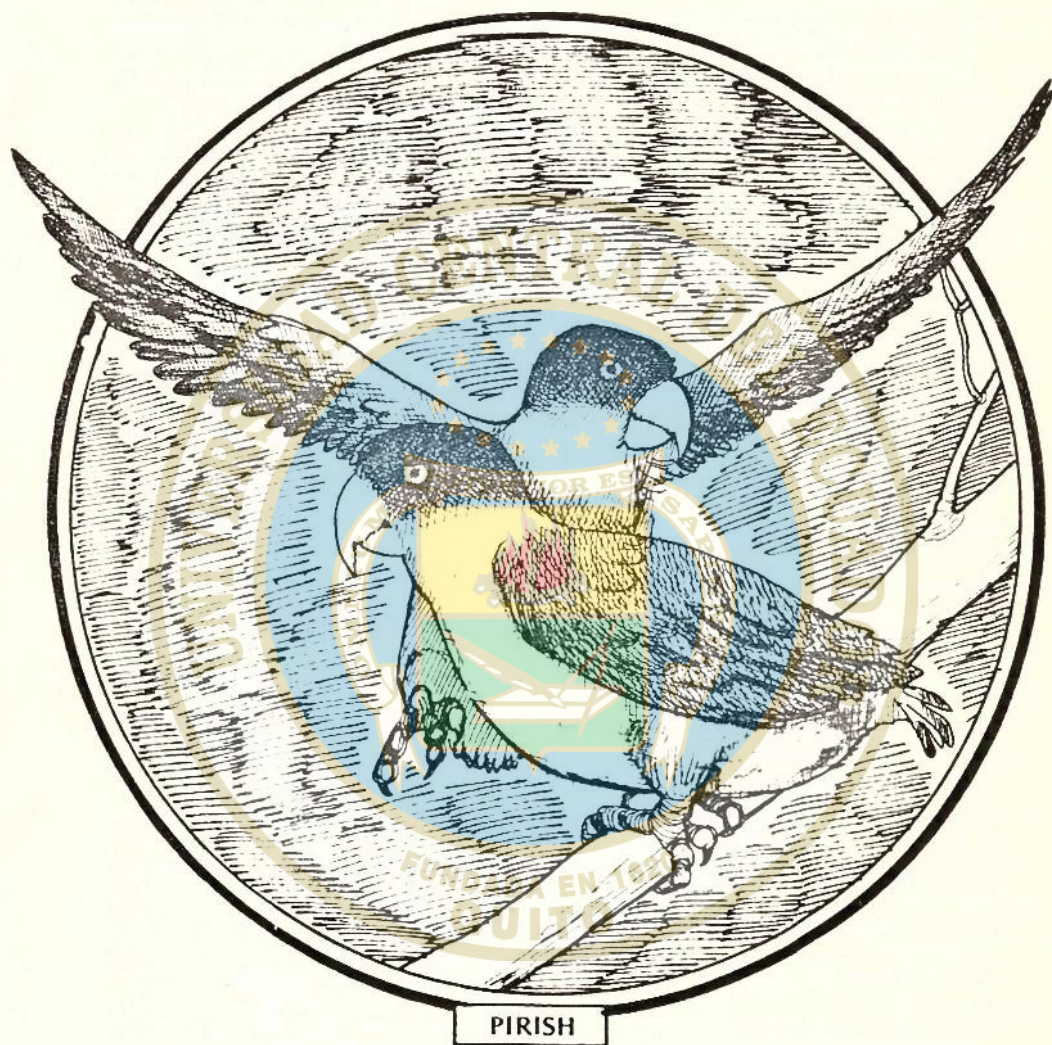
Netse: shuar tonto

Nuja -- tsank^u: celebración iniciática de las adolescentes

Numpi: árbol con espinas (mito)

Nukui: ser mítico, arquetipo de las mujeres

Nupi: pepa para construir una cintura sonora que usan las mujeres en los bailes



Paach': canelo (árbol)

Paits: pescado de las lagunas de 1,30—2 m. de largo.
Tienen escamas verduzcas brillantes

Pajanak: riachuelo, cuya corriente es rechazada por el río mayor en que desemboca, cuando éste crece

Pakui: lodazal

Pani: piraña

Panki: anaconda en general

Pápur — tseas: veneno

Páu: sapote (fruta)

Peak: cama

Penker wayukash: tipo de ardilla

Pinchu: gavilán

Pininch': tipo de tukán

Pintiu: caña de las riberas (pindo)

Pirisramu: la variedad más pequeña de tucán

Pirish: loro chiquito, verde y amarillo en el pecho

Pitiu: fruta silvestre que se come después de hervirla

Pitsa: ave de las zonas altas

Puách: sapo

Puachtin: tiempo de sapos

Puint: sapo de tamaño grande

Pukuij: hormiga encargada de limpiar los nidos de las arrieras

Punu: calabaza

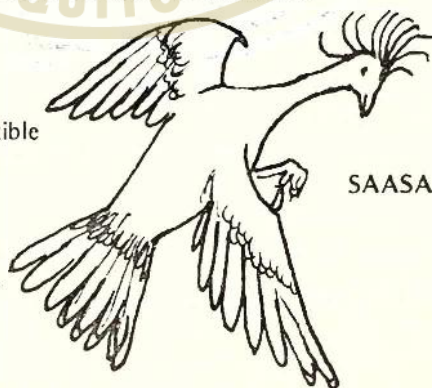
Pushunkat: tipo de loro

Saasá: ave hedionda, no comestible

Sampi: guaba

Sanku: palma

Saput: árbol de madera blanda.



SAASA

Sausú: pájaro

Sekat: cera negra de abejas

Senak: chicha de la celebración de la tsantsa

Sepeje: gusanito que hay en el ojo del tucán

Sesenk: lombriz que se encuentra en palos podridos

Súa: árbol de cuya pepa se sacaba el color azul–negro para el pelo

Suach' yawá: pantera de color negro

Sumai: tupo

Sumpa: lagartija

Sunka: gallo del monte, color rojo

Suntartuk: la especie más grande de bugla

Suku – nara: ortiga

Sunkumát: especie de mono chiquito

Suntai: iguana

Suwi: sapo grande, negro

Shaaki: guatusa chiquita de pelo rojo

Shaam: reina de las hormigas arrieras

Shakaim: personaje de los mitos del desmonte

Santanta: loro verde pequeño

Shauk: mullos, para fabricar gargantillas y brazaletes

Shiashiu: la especie más grande de jaguar, con el pelo maculado

Shiki: orina

Shikit: tira de chonta para construir la bodoquera

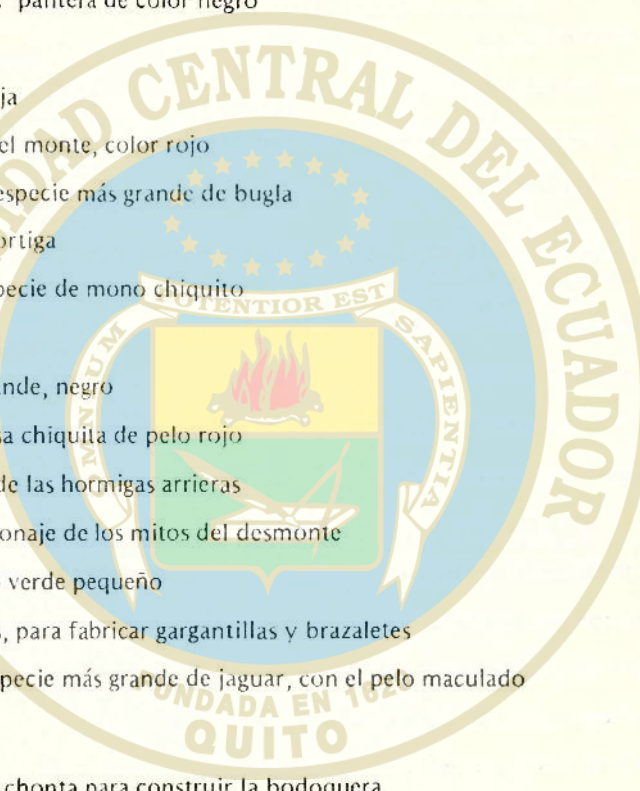
Shinki: parte dura de las palmeras

Shiripik: resina de copal

Shishim: fruta grande amarilla, no comestible

Shuar yawá: perro domesticado

Shuinia: árbol de madera blanda y blanca, con un fruto parecido a la uva.



Shukém: lora de tierra

Shumi: gusano no comestible de los palos podridos

Tachau: plato de barro, en que se comen comidas calientes (achuar)

Taish: nombre de persona. Lora mediana, de color verde

Takea: super hombre de la mitología

Taketak: tipo de trampa

Tampumput – pininch: variedad de tucán

Tampuch: tipo de trampa

Tanku: animal silvestre domesticado

Tárar: fruta de cáscara dura, comida por el loro yampuna

Tashitash: tipo de trampa

Tatasham: pájaro carpintero

Tanku: animal silvestre domesticado

Tawasap: adorno de varón de mucho prestigio, confeccionado con plumas de tucán

Tayu: pájaro nocturno que vive en las cuevas

Tayu kunchi: adorno masculino, confeccionado con huesos de tayu

Teeri: tiras del techo de la casa shuar en las partes semicirculares

Tamashnumi: árbol grande, de madera dura

Tentém: corona tejida con bejucos y plumas

Teremu: enfermedad (sarna, granos)

Timpiak: plumas. Trampa para aves

Timiu: barbasco

Tiuchi: árbol de madera blanda y blancuzca (canelo blanco)

Tinki: nombre de persona

Tinkimi: palmera delgada y alta, poco frondosa. Su cogollo es comestible

Tintiuk: palmera baja muy frondosa que produce cerda y la tagua.
Su fruto es comestible

Titink: alacrán en general

Tiukcha: pájaro negro

Tirisnumi: árbol grande de madera blanca, algo duro. Su savia es un veneno poderoso

Trumturi: tubo sonoro en la garganta del ayachri macho y del paujil

Tsaik: árbol majestuoso de madera rosada muy apreciada

Tsarpunt: coleóptero de cuyos huevos sales las larvas mukint
De 3 cm. color negro y una pequeña nariz de hueso

Tsanke u chuják: especie mediana de bugla

Tsantsa: cabeza humana reducida

Tsápatar: fruta silvestre, cuya pepa disecada se quema para alumbrar

Tsape: manchas negras

Tsarup: ramas externas de la palmera teren

Tseas: veneno para flechas

Tseasnuni: arbolito venenoso

Tseatik: ave de rapiña rojita con cuello negro. Aparece también en la mitología

Tséem: mono mediano de color verduzco y blanco (mono capuchino)

Tsempú: fruto

Tsenkunch: fruta

Tsenkush: mono tséem, en achuar

Tsenku - tsenku: jaguar mítico que vive cerca de los ríos

Tsentsak: flecha de bodoquera. Se la llama así también a la palmera de cuya hoja se recaba la flecha

Tsepai: mono muy chiquito

Tsere: mono machin

Tsuat: lugares de la selva donde no crecen árboles grandes, sino sólo arbustos.

Tsuatnum': lugar donde abundan los arbustos

Tsukanka: tucán real (predicador)

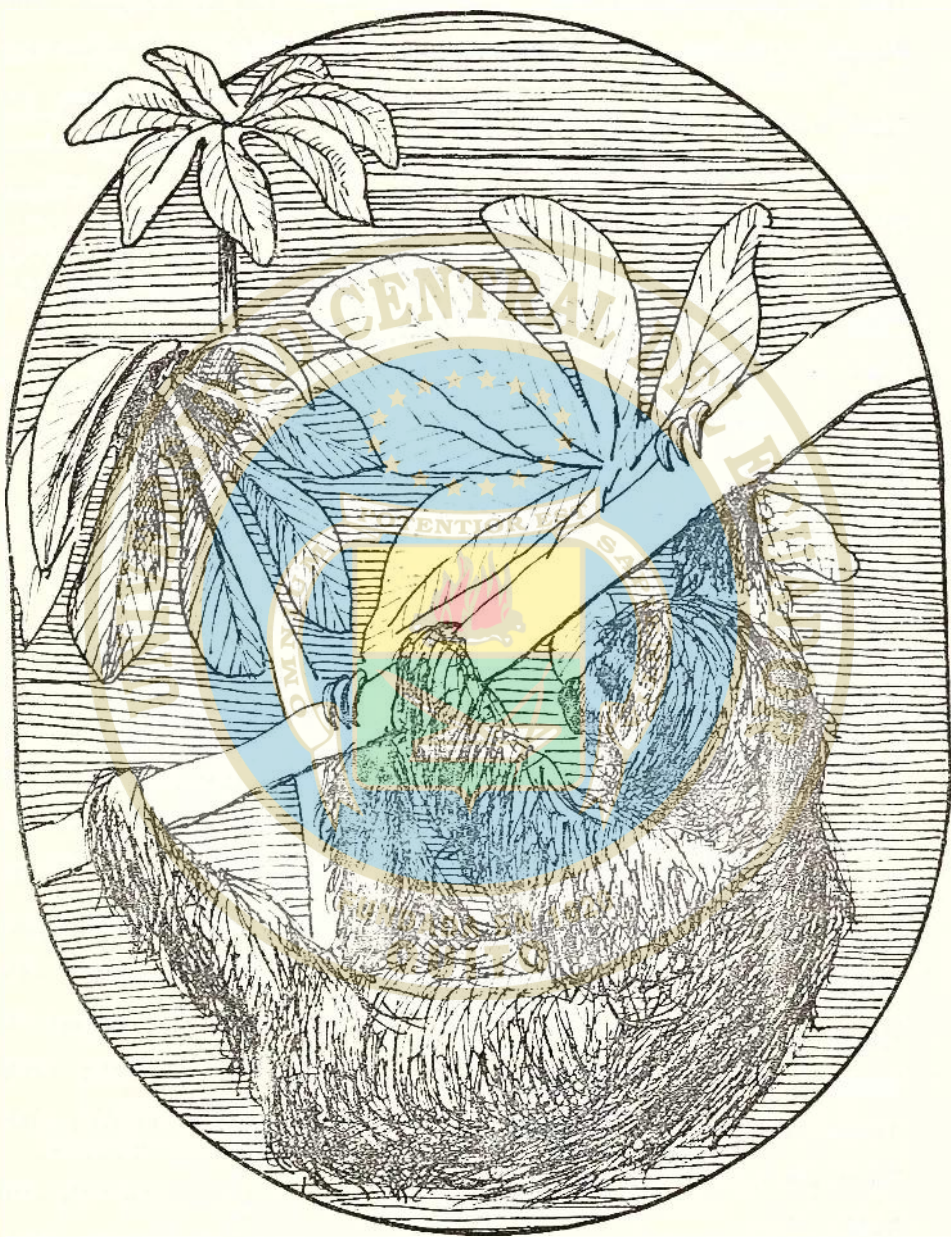
Tsunkajé: estómago de los pájaros

Tsunki: personaje mítico de las aguas

Tsunkirum: pez eléctrico

Tuásh: pájaro

UYUSHI



Tunká: se llaman así en general los peces más grandes
 Tuich': variedad pequeña de armadillo
 Tunir sunkur: enfermedad que causa torceduras
 Tunká ete: tipo de avispa
 Tunta: aljaba para las flechas de la bodoquera
 Tuwenk': especie de perro selvático, que anda en manadas. Come guantas
 Ujaj: mujer anciana que preside las celebraciones
 Unkum': ave negra de tamaño mediano
 Unsuri paki: sagino grande, que vive en manadas
 Unti wapú: es el macho más grande, de un grupo de animales
 Untúcham: tigrillo, ocelote
 Uruch': algodón
 Uum': cerbatana, bodoquera
 Uriki: cangrejo
 Uunt: persona mayor, con mucha experiencia
 Uunt yawa': jaguar
 Uwi: chonta (palmera)
 Uwishin: chaman, brujo
 Uyu: nutria
 Uyunt: bolsita de fibra vegetal o de piel de mono
 Uyush: brádipo, mono perezoso
 Wat: perdiz
 Wais: te silvestre (guayusa)
 Wakán': espíritu. Es también un tipo de pájaro
 Wakamp: cacao silvestre
 Wakáts: pacharaco, ave mediana de color café rojizo
 Wampa: fruta silvestre
 Wampu: árbol liviano

Wampuish: árbol de cuyo fruto se obtiene una especie de algodón más liviano, que se usa para las flechas

Wampuisttin: tiempo en que madura el algodón silvestre

Wampanku: mariposa grande, de color azul y negro

Wampi: pescado grande, corvina

Wampishuk: mariposa en general

Wancha: pescado, de color negro

Wankésh: perdiz de las alturas

Waruntam; variedad de lemucha (kasai) algo más grande

Wasaka: planta silvestre de hoja delgada y larga de la que se obtiene una fibra para bolsas

Washi: el mono más grande de la selva

Washim: barhacoa

Wauwau: coleóptero grande, con las alas verdes

Wawa: balza

Washikchiri: nombre que dan los achuar al pichón del tucán menos desarrollado

Wayashu: culebra sin veneno

Wea: el hombre que preside las celebraciones

Wee: sal shuar

Week: hormiga añango

Weektin: tiempo en que migran las hormigas añango

Wichiuk: ardilla de tamaño muy pequeño

Wishiwishi: oso hormiguero

Winchik: fruta silvestre

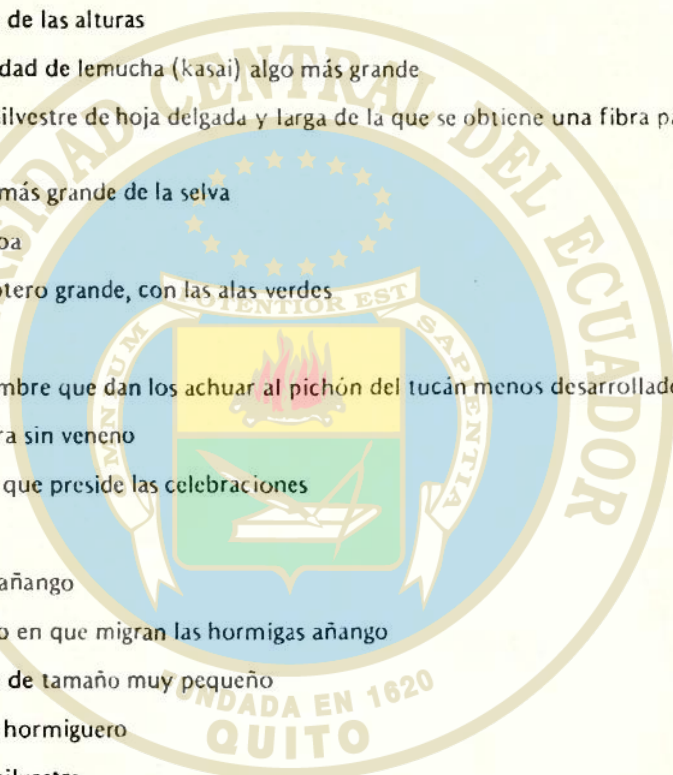
Winchíp: árbol maderable

Winchú: arbusto silvestre, parecido al banano

Wichi: palo podrido

Wisu: tipo de hormiga

Yais: árbol de madera blanda



Yakúm: mono aullador

Yakakua: ave mediana, no comestible, que anda con los tucanes

Yamunk: culebra venenosa

Yampuna: mono grande colorado

Yanaku: tipo de fruta silvestre

Yankipik: sagino de tamaño mediano y collar blanco.

Yantana - entsa: lagarto

Yankunt: tipo de armadillo muy grande, no comestible

Yantsan: árbol de las orillas de los ríos, cuyas pepas son muy apetecidas por los pájaros

Yarush o week: hormiga añango

Yapankam: tórtola

Yawá: perro

Yawit: saladeros a donde acuden los animales

Yumi: poro, calabaza para llevar agua

Yumin: dulce

Yunki: añangos más grandes y negros, que salen primeros

Yupichuch: mansa fácil

Yupiram: arisco

Yurank: la fruta silvestre en general

Yurunts: fruta apetecida por el pájaro kuyu

Yusa: papagallo rojo



Introducción	3
--------------------	---

PRIMERA PARTE

EL SHUAR Y EL UNIVERSO ANIMAL Y VEGETAL QUE LO RODEA

El ambiente	5
El shuar y el ambiente	16
La Cacería	19
Armas y trampas	36
El Perro	41
Técnicas	51
La muerte del animal	55

SEGUNDA PARTE

LA VIDA DE LOS DISTINTOS ANIMALES Y METODOS DE CACERIA

Charap	61
Puá-charap	67
Kunkuim	68
Pirau	71
Mukint'	71
Ete	75
Uunt chiwi	78
Kantse	78
Cuento de Pauch	78
Week o yarush	80
Narración de Jankichak	83
Ujukam	84
Tseepai	86
Sepur	89
Chu	91
Tsere	97

Washi	99
Narración de Kukush	102
Sunkamat	104
Yakúm	105
Mirut'	108
Kuji	110
Kunchikiai	113
Tseen	113
Cuento de Asap	116
Paki	117
Untsurí-paki	123
Narración	125
Esakar-paki	127
Relato de Nanchiram	128
Unkum'	129
Cuento de Cumpanam	133
Pamá	134
Relación de Chau	139
Kashai	141
Cuento de Pakunt	145
Kayuk o Yunkits	146
Narración de Tukup'	150
Shaak'	152
Shushui	152
Cuento de Pauch	157
Kunamp	158
Tsemtsu	161
Puach'	162
Cuento de Tsenkush	164
Mashu	165
Cuento de Mashinkias	168
Sunka	169
Cuento de Pedro Tsere	171
Awachá	172
Tayu	174
Cuento de Anank	179
Aunts	183
Chiwia	186
Tsukanka' o Pininch'	191
Narración de Entsakua	199
Kuyu	200

Ayachui	203
Wa	207
Wankesh	211
Narración de Mashiant	211
Chuwi	212
Hecho sucedido a orillas del Macuma	217
Yampuna o Chaak ^u	218
Yusa	222
Achu yampuna	222
Narración de Timias	223
Pushunkab	224
Awarmas	225
Hecho acaecido al P. Blas Re	225
Shiapu	227
Tinkiu	230
Shamak	230
Tuish	231
Pankuam	231
Cuento de Warush	233
Kuachá	234
Unturu	235
Yukum o yukurú	236
Yampits	239
Kiruancham	239
Wakats	240
Pitsa	240
Unkum'	240
Auju	241
Chantsentse	241
Tsanti	243
Pii o piwi	243
Tabúes	244
Pequeño vocabulario	249

ESTE LIBRO ES PROPIEDAD
DE LA BIBLIOTECA GENERAL
DE LA UNIVERSIDAD CEN-
TRAL SU VENTA ES PEN-
DA POR LA LEY.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

FUNDADA EN 1620
QUITO

BIBLIOTECA GENERAL

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR, QUITO

FECHA DE DEVOLUCION

39 (866)

N. Alta: 5034924

B577

Bianchi, César

Ej. 2

El shuar y el ambiente: conocimiento del medio y cacería no destructiva

Este libro no pretende ser un trabajo científico, sino la presentación de nociones que pertenecen a la ciencia shuar, fruto de experiencia milenaria y de una perfecta simbiosis con la vida de la selva, que le ha permitido al shuar sobrevivir, dominar sobre lo creado sin destruirlo, respetando y haciéndose respetar. Es una obra destinada primeramente a los mismos shuar, para que no se olviden de las enseñanzas que le ha proporcionado la selva y, en modo especial la fauna, en lo que se refiere a la cacería.

No es un esfuerzo orientado a ofrecer material a los científicos, sino más bien a los alumnos de las escuelas y, sobre todo, a todos los shuar. Por esta razón, se ha tratado de implementar la descripción verbal con una serie de dibujos que podrían ser tranquilamente interpretados y leídos aún por aquellos que no saben leer. De este modo los shuar pueden ser "lectores" de este texto y pueden sentirse con derecho destinatarios de estas páginas.

ediciones



ABYA
YALA

12 de Octubre 1436
Casilla 8513 - Quito - Ecuador
Telf.: 562-683



63424

UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES